MAESTRO JUAN DE ÁVILA

AVISOS Y REGLAS CRISTIANAS SOBRE AQUEL VERSO DE DAVID:

AUDI, FILIA



JUAN FLORS, Editor

El primer *Audi, filia* del Mtro. Juan de Ávila, que hoy presentamos en "Espirituales españoles", es un tesoro de nuestra literatura mística, que se creía perdido. Escrito en sus años jóvenes por el águila de los púlpitos andaluces y director espiritual de los grandes santos del siglo xvi, para una doncella noble, fue libro deseadísimo por devotos y sabios y las copias manuscritas se multiplicaron en sus manos. Advirtiendo que en algunas de ellas iban varias mentiras peligrosas de los amanuenses, Ávila se decidió a darlo a la imprenta, notablemente ampliado; lo patrocinaría el conde de Palma. Por aquel entonces se convocaba el concilio de Trento, que iba a tratar, como tema muy oscurecido por las teorías protestantes, el de la justificación, nervio en alguna manera del precioso tratado avilino. El P. Maestro quiso esperar los decretos del concilio antes de sacarlo a luz. Sin que él lo supiera, un librero admirador suyo, Luis Gutiérrez, lo hizo imprimir en 1556 en las prensas complutenses de Juan de Brocar. El P. Ávila, enfermo en Montilla, se vio sorprendido por esta edición. No estaban los tiempos como para que anduvieran en romance libros de teología y "cosas de contemplación para mujeres de carpinteros". El gran inquisidor Valdés era enemiguísimo de esta literatura espiritual. 1559 es año famoso no sólo por los autos de fe de Sevilla y Valladolid, sino también por el *Catálogo* inquisitorial *de libros prohibidos,* tan apretado que en él figuran los nombres de fray Luis de Granada, del arzobispo de Toledo Fr. Bartolomé Carranza, de san Francisco de Borja... y del P. Ávila. Hasta el fin de su vida trabajará el Apóstol de Andalucía en perfeccionar este tratado del *Audi, filia,* que sus discípulos darán nuevamente a la imprenta en 1574. La prohibición inquisitorial hace desaparecer los ejemplares de la redacción primera. Pero las bibliotecas portuguesas nos han conservado dos de ellos, que han hecho posible la edición presente.

Presenta esta edición el catedrático de Historia de la Universidad Pontificia de Salamanca, don Luis Sala Balust, codirector de esta colección, ya conocido por sus investigaciones avilinas. Él ha sido quien ha descubierto un Ávila nuevo, histórico, apasionante, bien distinto del cromo clásico de cierta hagiografía devota. A él debemos también la edición crítica de su *Obras completas,* a la que esperamos dé pronto cima.

AVISOS Y REGLAS CRISTIANAS SOBRE AQUEL VERSO DE DAVID: *AUDI, FILIA*

ESPIRITUALES ESPAÑOLES

Biblioteca patrocinada por el «Centro de Estudios de Espiritualidad»
de la Universidad Pontificia de Salamanca

Directores:

PEDRO SÁINZ RODRÍGUEZ
De las RR. Academias Española
y de la Historia

LUIS SALA BALUST
Catedrático de la Universidad
Pontificia de Salamanca

Serie A

TEXTOS

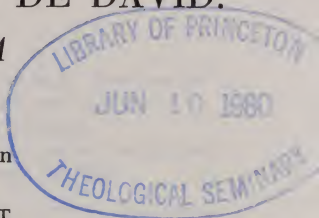
Tomo X

Maestro *JUAN DE ÁVILA*

AVISOS Y REGLAS CRISTIANAS SOBRE AQUEL VERSO DE DAVID: *AUDI, FILIA*

MAESTRO JUAN DE ÁVILA

AVISOS Y REGLAS CRISTIANAS SOBRE AQUEL VERSO DE DAVID: *AUDI, FILIA*



Introducción y edición
de
LUIS SALA BALUST

Apéndice con textos de
PEDRO FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA
JUAN DE LA PEÑA, O. P. (?)
(presentado por J. I. Tellechea Idígoras)
JUAN DE ÁVILA



JUAN FLORS, EDITOR
BARCELONA
1963

DEPÓSITO LEGAL, B. 10 - 1963

N.º R.º 978 - 1961

IMPRESO EN ESPAÑA

Imprenta Clarasó; Villarroel, 17. — Barcelona

A Mr. S. Hyatt Mayor, Presidente de la
Hispanic Society of America,
a Miss Clara L. Penney,
y a Miss Jean R. Longland, bibliotecarias
de la misma Sociedad,

con el grato recuerdo de los meses de convivencia y trabajo en Nueva York.

ÍNDICE GENERAL

Págs.

AVISOS Y REGLAS CRISTIANAS... SOBRE AQUEL VERSO DE DAVID: "AUDI, FILIA"

AVISOS Y REGLAS CHRISTIA-

nas para los que dessean seruir a Dios
aprouechando enel camino espi-
ritual. Compuestas porel Ma-
estro Auila sobre aquel
verso de Dauid.



*Audi filia & vide & inclina
aurem tuam.*



Vendense en casa de Luys Gutierrez
librero en Alcala de Henares.

Portada de la edición de 1556

INTRODUCCIÓN

PRESENTAMOS hoy al lector el *Audi, filia* del P. Ávila, uno de los libros claves en la historia del pensamiento religioso español del siglo XVI.* Puede decirse que el *Audi, filia* es el libro "de toda la vida" del gran Maestro Juan de Ávila, pues lo empezó a escribir en sus años mozos de Sevilla, y lo estaba terminando de enmendar y pulir en Montilla, cuando ya septuagenario, en 1569, le sorprendió la muerte.

Su redacción pasa por una serie de etapas laboriosas, que pretenderemos reconstruir, y que son reflejo de distintos momentos de la historia espiritual española. Confesamos de antemano que la tarea no es fácil, ya que solamente nos son bien conocidos dos de sus estadios: el representado por el texto publicado en Alcalá en 1556 y prohibido en el *Catálogo* de Valdés de 1559, que es el que publicamos en este tomo de ESPIRITUALES ESPAÑOLES, y el texto definitivo, que vió simultáneamente la luz en Toledo y Madrid, en 1574, a los cinco años de la muerte de su autor. ¿Hasta qué punto podemos atribuir el texto de una y otra edición al Maestro Ávila? ¿Por qué fue prohibida la edición complutense? ¿Cómo se llegó a la redacción definitiva? He aquí algunos de los interrogantes, a los que quisiéramos dar alguna solución.

Este estudio introductorio tendrá dos partes. En la primera intentaremos historiar las vicisitudes del

* Recogemos fundamentalmente en esta introducción lo que sobre el *Audi, filia* hemos escrito en la *Introducción biográfica* del tomo I de las *Obras completas del B. Mtro. Juan de Ávila* (Madrid, B.A.C., 1952), p. 81 s., 95-99, 147-150, y con el título: *Vicisitudes del "Audi, filia" del Mtro. Ávila y diferencias doctrinales de sus dos ediciones (1556, 1574)*, en "Hispania sacra", 3 (1950), 65-127. Hemos tenido muy en cuenta las observaciones de M. BATAILLON en su artículo *Jean d'Avila retrouvé (A propos des publications récentes de D. Luis Sala Balust)*, en "Bulletin hispanique", 57 (1955), 18-31, y hemos aprovechado también la nota adicional con que se ha dignado avalorar esta edición nuestro buen amigo J. Ignacio TELLECHEA IDÍGORAS: *Censura inédita del "Audi, filia" de 1556, por Fr. Juan de la Peña, O. P. (?). Su influjo en el texto corregido por el Bto. Ávila* (cf. apéndice II: p. 307-320).

texto de esta obra capital del P. Ávila. En la segunda, y principalmente a base del cotejo de las dos ediciones conocidas, de 1556 y 1574, estudiaremos los motivos que pudieron tener los calificadores del Santo Oficio para incluir en el *Cathalogus librorum qui prohibentur* la edición de Alcalá.

I. HISTORIA DEL "AUDI, FILIA"

1. Un libro escrito para doña Sancha Carrillo

En la primavera de 1526 llegaba a Sevilla un clérigo joven, que acababa de cantar Misa en Almodóvar del Campo, su patria, y había estudiado Artes y parte de la Teología en Alcalá. Venía dispuesto a pasar a las Indias. Y quería aprovechar la ida del dominico Fr. Julián Garcés, obispo de Tlascala, que zarparía de Sevilla con rumbo a Nueva España a primeros de 1527. Durante la espera intima con Hernando de Contreras, un sacerdote que influye decisivamente en su vida y que le presenta al arzobispo hispalense don Alonso Manrique. También traba amistad con los dominicos de Santo Tomás, particularmente con el Mtro. Párraga, regente del Colegio, y con Fr. Domingo de Valtanás, hombre espiritual, autor de algunos libros devotos y alma muy sensible a las corrientes religiosas de su tiempo.[1]

1 Con relación al dominico Fr. Domingo de Valtanás existe hoy día una amplia bibliografía, en parte polémica, que ha esclarecido su figura y su influencia. Véanse: P. Sáinz Rodríguez, *Una apología olvidada de San Ignacio y de la Compañía de Jesús por Fr. Domingo de Valtanás, O. P.*, en "Archivum historicum S. I.", 25 (1956), 156-178; A. Huerga, O. P., *Valtanás y su Apología de la comunión frecuente*, en "La vida sobrenatural", 55 (1953), 182-193; *El Bto. Ávila y el Mtro. Valtanás: dos criterios distintos en la cuestión disputada de la comunión frecuente*, en "La Ciencia tomista" (1957), 425-457; *El proceso de la Inquisición de Sevilla contra el Mtro. Domingo de Valtanás* (1561-1563), en "Bol. Instituto Estudios Giennenses", 5 (1958), 93-140: *Domingo de Valtanás, prototipo de las inquietudes espirituales en España al mediar el siglo XVI*, en "Teología Espiritual", 2 (1958), 419-466, 3 (1959), 47-96; *Apología de las obras del Mtro. Fr. Domingo de Valtanás*, en "Cuadernos hispanoamericanos", núm. 120 (dic. 1959), 109-136; *Procesos inquisitoriales y obras de espiritualidad en el siglo XVI*, en "Cuadernos hispanoamericanos", núm. 138 (1961), 251-269; V. Beltrán de Heredia, O. P. *Nota crítica acerca de Domingo de Valtanás y de su proceso inquisitorial*, en "La Ciencia Tomista", 84 (1957), 640-659; *Domingo de Valtanás ante la crítica histórica*, en "La Ciencia Tomista", 87 (1960), 341-345; *Respuesta obligada a unos artículos sobre el proceso inquisitorial de*

Parece que su condición de cristiano nuevo le es obstáculo para sus sueños de Indias. Y empieza muy pronto su apostolado en Andalucía. En Sevilla predica su primer sermón en la iglesia de San Salvador el día de la Magdalena, 22 de julio, de aquel mismo año. Pronto sale también a predicar por los pueblos del arzobispado: Alcalá de Guadaira, Lebrija, Jerez, Palma, Écija. Es el P. Valtanás quien le encamina a esta última ciudad, rica y comercial, a cuatro leguas de Córdoba. Muy pronto se le juntan como discípulos un grupo de seglares y de clérigos. Entre estos últimos le siguen desde primera hora el Mtro. Zamora, albacea y testamentario de la marquesa de Priego, y don Pedro Fernández de Córdoba, hijo de los señores de Guadalcázar.

Tenía don Pedro una hermana, doña Sancha Carrillo, doncella de poco más de quince años, a quien sus deudos trataban de poner al servicio de la emperatriz. Debió conocerla Carlos V, a su paso por Écija, camino de Granada, después de su boda, y mostró contento de recibirla como dama de Isabel. Sería esto en la primavera de 1527. Su hermano no paró hasta traerla a los pies del P. Ávila. En aquella confesión que hizo con él en la parroquia de Santa María mudó Dios el corazón de doña Sancha. Dispuesta a consagrarse al Señor, pidió a sus padres que la dejasen vivir en un cuarto apartado de su casa o que la encerrasen en el monasterio sevillano de Santa María de Gracia. Sus padres optaron por disponerle una casita junto a la suya, con un oratorio, dos aposentos y un patinillo. Y en ella comenzó su vida austerísima, de gran recogimiento, con mucha oración y extraordinarias visiones y revelaciones. El Mtro. Ávila la atendía solícito con sus cartas y visitas.[2]

Baltanás, en "Cuadernos hispanoamericanos", núm. 146 (1962), 202-206; P. Sáinz Rodríguez y A. Huerga publican en esta misma colección de ESPIRITUALES ESPAÑOLES las *Apologías* de Valtanás.

2 La biografía clásica de doña Sancha Carrillo es la de Martín de Roa, S. I., *Vida y maravillosas virtudes de doña Sancha Carrillo* (Sevilla, 1615), que se basa en las noticias que dejaron escritas el P. Mtro. Ávila, Fr. Luis de Granada y el hermano de doña Sancha, don Pedro Fernández de Córdoba. Lo que escribió el P. Ávila se ha perdido. Martín Ruiz de Mesa pretendió incluir este tratado en la edición de las *Obras* de Ávila de 1618, pero no pareció oportuno al censor, Fr. Cristóbal de Ovalle: "La vida de doña Sancha Carrillo,

La predicación del clérigo manchego por el arzobispado de Sevilla es denunciada a la Inquisición. Entre sus proposiciones las hay sospechosas de iluminismo y evangelismo o erasmismo. Casi un año pasa en las cárceles del Santo Oficio y al fin es liberado (julio de 1533) sin nota alguna, pero con obligación de aclarar sus palabras donde hubiesen producido alguna extrañeza.

¿En qué se había ocupado el bachiller Juan de Ávila durante los meses de prisión? Fr. Luis de Granada, su biógrafo, nos asegura que "en el tiempo de este entretenimiento ni este padre estuvo ocioso ni nuestro Señor olvidado de él... Y así tratando, una vez familiarmente conmigo de esta materia, me dijo — afirma Fr. Luis — que en este tiempo le hizo nuestro Señor una merced que él estimaba en gran precio, que fué darle un muy particular conocimiento del misterio de Cristo, esto es, de la grandeza de esta gracia de nuestra redempción y de los grandes tesoros que tenemos en Cristo para esperar, y grandes motivos para amar, alegrarnos en Dios y padecer trabajos alegremente por su amor; y que por eso tenía él por dichosa aquella prisión, pues por ella aprendió en pocos días más que en todos los años de su estudio".[3] Esto que nos dice Granada, lo insinúa también el mismo Juan de Ávila en la carta que escribió, unos diez años después, al predicador Fr. Alonso de Vergara: "La Escritura sagrada le digo que la da nuestro Señor a trueque de

que esté en gloria, es santísima y de mucha edificación, pero llena de muchas revelaciones y favores exteriores de nuestro Señor; los tiempos corren algo sospechosos en esta materia: no parece conveniente poner tropiezo a mujeres flacas con tales lecturas." (*Obras*, Madrid, A. Martín de Balboa, 1618, t. I, f. prel. 2 v.) Sin duda fué utilizado el escrito avilino por Fr. Luis de Granada, quien incluyó en su *Vida* del P. Ávila un esbozo biográfico de doña Sancha (*Vida del P. Mtro. Juan de Ávila,* 3.ª p., c. 4, § 5, en *Obras del P. Mtro. Juan de Ávila,* Madrid, 1588, f. 61 v-63 v: *Obras* del P. Granada, ed. Cuervo, XIV, 301-304). Los papeles de don Pedro eran totalmente desconocidos hasta hace unos meses, cuando dimos con una copia ms. de 13 folios en la biblioteca de la Hispanic Society of America, de New York, formando parte de un volumen en 4.º, escrito a final del siglo XVI o principios del XVII. Se titula allí esta obrita: "Vida de doña Sancha Carrillo, hija de don Luis Carrillo de Córdoba y de doña Luisa de Aguilar, señores que fueron de la villa de Guadalcazar, escrita por don Pedro Fernández de Córdoba, su hermano. Cosas que le pasaron a doña Sancha con Nuestro Señor en el discurso de su vida y sobre cómo comenzó a servirle." Publicamos este escrito en el tomo VII de "Iberida" (tomo II da Homenagem a Marcel Bataillon), páginas 195-217, y lo reproducimos como apéndice I de este tomo (pp. 279-305).

3 *Vida,* p. 2.ª, § 6, f. 49 r-v; *Obras,* XIV, p. 284.

persecución. A vosotros, dice el mesmo Señor, es dado a conocer el misterio del reino de Dios, mas a los otros en parábolas. ¿Quiénes son estos vosotros? A vosotros, discípulos míos, que no vivís de gana en este mundo y lo despreciáis, atribulados por mí, hechos escoria de este mundo. *Si algo de ello Dios me dió (que sí dió), a trueque de esto me lo dió,* y sin esto no aprovecha nada leer..." [4]

En los procesos de beatificación se mezcla el tema de la prisión inquisitorial con el *Audi, filia.* Uno de los testigos, que conoció al Mtro. Ávila, testifica haberle oído personalmente "que por un favor que de Dios tuvo, estando preso en la Inquisición de Sevilla, tuvo luz para escribir el *Audi, filia*".[5] Allí, en los largos días de encerramiento, Ávila concebía el misterio de nuestra justificación e incorporación a Cristo a manera de un epitalamio místico entre la Iglesia — el alma — y el Rey divino. Tal vez en la misma cárcel emborronó unos pliegos; pero debió de ser a su salida de la Inquisición cuando Juan de Ávila escribió su libro de la manera que refería su discípulo y amanuense Juan de Villarás, el cual compartió con el Maestro una misma casa y mesa durante los dieciséis años que éste pasó en Montilla. Decía "que, cuando el P. Maestro comenzó a componer este libro, que fué a ruego de una doncella religiosa muy sierva de Dios y persona de calidad, que pidió al P. Maestro algunas advertencias escritas como reglas de bien vivir, para que, leyéndolas, se consolase y aprovechase, ... el piadoso Padre Maestro de sus hijos espirituales comenzó sobre

4 Carta 2: *Obras completas* B.A.C., t. I, p. 276. En el Proc. de Jaén (Vaticano, Arch. Congr. SS. Rit., Proc. 3.173, f. 1115 r) depone el licenciado Bernabé Ortigosa: "Oyó decir este testigo a otro sacerdote, prior que murió de este obispado, que entiende este testigo conoció al dicho Mtro. Juan de Ávila, que le preguntaban muchas veces al dicho Mtro. Ávila: "Padre Maestro, ¿cómo entiende vuestra merced tan bien a san Pablo?", y que respondía el dicho Mtro. Ávila: "¿Y si vuesas mercedes estuvieran sentenciados a muerte con tres testigos contestes, como yo los tuve, entendier[an] muy bien a san Pablo?".

5 Así lo afirma Pedro Luis de León, hijo del mayordomo del monasterio de Santa Clara de Montilla y monaguillo de aquel sacerdote a quien reprendió tan caritativamente el P. Ávila por la ligereza con que trataba en la misa al "Hijo de muy buen Padre" (Proc. Montilla, f. 693 r). Rodrigo del Moral afirma taxativamente que "estando preso escribió el libro que se intitula *Audi, filia*" (Proc. Baeza, f. 1.353 v).

aquel psalmo 44 *Audi, filia,* y escribió cuatro o seis pliegos y enviólos a esta señora, la cual gustó tanto de lo escrito que volvió a suplicar al P. Maestro escribiese más para el mismo intento, y escribió otros ocho o diez pliegos más, y creció tanto el gusto y fervor de esta señora con lo escrito, que le rogaron esta señora y otras amigas suyas al P. Maestro que escribiera más; y de esta suerte se compuso este libro de *Audi, filia*".[6]

Este testimonio de los procesos corrobora la idea que nos habíamos formado del *Audi, filia,* después de analizar las dos redacciones que hoy conocemos. La variedad de estilos y repeticiones de ideas a través del tratado, incluso en la edición de Alcalá de 1556, nos había hecho pensar en distintas partes, obra de tiempos diversos, reducidas luego a unidad, tomando como nervio del esquema las palabras de los versículos 11 y 12 del salmo 44: *Audi, filia, et vide...* Alguna de las cartas que se nos han conservado en el *Epistolario* del Mtro. Ávila, bien pudiera ser el esbozo de alguna de las partes del libro. Por ejemplo las cartas 20 y 85, que han llegado a nosotros en tres redacciones distintas, lo cual da a entender cuán fundamentales eran en el magisterio avilino.[7]

La influencia de otros libros contemporáneos no creemos sea difícil descubrirla entre líneas. Y el propio título, *Audi, filia,* nos recuerda una epístola de San Jerónimo *ad Eustochium, Paulae filiam, de custodia virginitatis,* que comienza con el mismo texto bíblico, y en la que hallamos conceptos tan semejantes a los expuestos en algunos capítulos de la obra de Ávila, que no podemos menos de sospechar que ha sugerido a Juan de Ávila la idea de hacer sobre el mismo tema un comentario más adaptado al ambiente español de

6 Declaración del Lic. Juan de Vargas (Proc. Madrid, f. 49 v-50 r).

7 El primero en apuntar esta posibilidad con relación a la carta 20 ha sido M. Bataillon, *Jean d'Avila retrouvé,* en "Bull. hisp.", 57 (1955), 20 s. Este mismo año señalábamos la importancia de esta carta, censurada juntamente con el *Catecismo* de Carranza en 1559, en el artículo: *Una censura de Melchor Cano y de Fr. Domingo de Cuevas sobre algunos escritos del P. Mtro. Ávila,* en "Salmanticensis", 2 (1955), 677, 682-685. Si esta carta exalta la obra de Cristo en nuestra justificación, la carta 85 insiste en otro tema eminentemente avilino, cual es el de la miseria y poquedad del hombre.

la primera mitad del XVI. Ávila la pudo leer en la edición de Valencia de 1520, traducida por el bachiller Juan de Molina.[8] Las advertencias sobre la castidad con un tinte de realismo crudo y fuerte, reflejos de la decadencia del Imperio, han desaparecido del comentario de Ávila, quien se deleita más bien en parafrasear las últimas palabras: *Et obliviscere populum tuum, et domum patris tui, et concupiscet Rex decorem tuum.* San Jerónimo había resumido su pensamiento en estos términos: "Non est sponsus tuus arrogans, non superbus; Aethiopissam duxit uxorem. Statim ut volueris sapientiam audire veri Salomonis, et ad eum veneris, confitebitur tibi cuncta quae novit, et inducet te rex in cubiculum suum, *et mirum in modum colore mutato,* sermo tibi ille conveniet: Quae est ista quae ascendit dealbata?" [9] Sobre esta mudanza de color y la hermosura del esposo y de la esposa, véanse los capítulos últimos del *Audi, filia,* que se transmiten intactos a través de las dos redacciones que conocemos.[10] Junto con el comentario al texto de los Cantares (3, 11): *Salid y mirad, hijas de Sión, al rey Salomón con la guirnalda con que le coronó su madre en el día del desposorio de él...,*[11] es de lo más bello literariamente que se encuentra en el tratado del P. Ávila. Ello nos hace pensar en un comentario esmerado, escrito por el joven predicador de Écija a aquella doncella doña Sancha que había renunciado a servir al emperador terreno por ser la esposa del Rey celestial. Estos pasajes son, a nuestro entender, la parte más antigua del *Audi, filia,* acaso anteriores a la prisión del Apóstol de Andalucía.

Una luz sobrenatural que ilumina en el espíritu de Ávila el "negocio de la cristiandad", como dice fray Luis,[12] no se puede negar. Y tiene lugar en las cárceles del Santo Oficio. Pero, a la vez, cuando hoy leemos

8 *Traducción de las Epístolas morales de san Jerónimo, por el bachiller Juan de Molina* (Valencia, 1520).

9 *Ep.* 22: ML 22, 395.

10 *Avisos y reglas christianas... sobre aquel verso de David: Audi filia...* (Alcalá, 1556), f. 113 v ss.; *Audi, filia* 1574, c. 97-100, 103-113: *Obras espirituales,* 2.ª ed. Ap. Prensa. (Madrid, 1941), I, 301 ss.

11 *Avisos...,* f. 73 r-77 v; *Audi, filia* 1574, c. 68-69: *Obras espirituales,* 212-218. Pondera este pasaje el P. GRANADA, *Vida,* p. 1.ª, c. 2, § 5, f. 15 v.

12 *Vida,* p. 1.ª, c. 3, § 2, f. 19 r; § 10, f. 32 r.

los pasajes que a esto se refieren en la edición de 1556, nos vienen a la memoria conceptos de Juan de Valdés, como diremos más adelante. Juan de Ávila bien pudo haber leído aquel su *Diálogo de la doctrina cristiana,* impreso en Alcalá dos o tres años antes, en 1529. Tampoco falta en la edición de 1556 la mención del alma como *caballero cristiano,* que nos recuerda a Erasmo.[13] Y hay también, en los capítulos que tratan de la oración y el recogimiento, reminiscencias del *Ejercitatorio de la vida espiritual,* de García de Cisneros (Montserrat, 1500), y de los *Abecedarios* de Fr. Francisco de Osuna, impresos a sus ojos en Sevilla el *Primero* (1528) y *Segundo* (1530), editado el *Tercero* en Toledo en 1527.

Juan de Ávila dejó pronto Sevilla. Probablemente a fines de 1534 o principios de 1535 pasó a la diócesis de Córdoba, rogado por algunas señoras y caballeros amigos, en particular por su discípulo don Pedro, el hermano de doña Sancha Carrillo.[14] Ella había pasado por ahora a Guadalcázar, donde entregaría su alma a Dios el 13 de agosto de 1537. El P. Ávila estuvo en la presidencia del entierro. Esta fecha nos indica que al poco tiempo de salir de la Inquisición, siquiera un año antes de la muerte de doña Sancha, el *Audi, filia,* a ella dirigido, debió estar ya completo en su brevedad inicial.[15] Muy pronto corrió el libro de mano en mano

13 "Y si el tropel de la humana mentira quisiera cegar o hacer desmayar al caballero cristiano..." (*Avisos...,* f. 11 v). El grabado de la portada de la edición del *Enchiridion* de Valencia (1528) representa al alma como a un caballero que tiene delante de sí al mundo, al demonio y a la carne. Cf. ERASMO, *El Enquiridion,* ed. D. Alonso (Madrid, 1932), lám. 1.ª

14 "Por cumplir a los buenos deseos de muchas señoras y caballeros de Córdoba, y de su buen discípulo don Pedro, se vino a Córdoba este grande apóstol en tiempo del obispo don Fr. Juan de Toledo" (A. GARCÍA DE MORALES, S. I., *Historia de Córdoba,* II, 1, 10, c. 118, f. 525 r: Córdoba, Bibl. Municipal).

15 Como veremos en la nota siguiente, el P. Granada habla de la obra como de "un librillo". El prólogo al conde de Palma nos dirá que "lo que primero iba brevemente dicho y casi por señas (porque la persona a quien se escribió era muy enseñada, y en pocas palabras entendía mucho), agora, pues, para todos va copiosa y llanamente declarado, para que cualquiera, por principiante que sea, lo pueda fácilmente entender". Hablando de doña Sancha Carrillo, dice Fr. Luis en la *Vida* de Ávila, p. 3.ª, c. 4, § 5, f. 63 r-v: "A esta esposa de Cristo escribió el P. Ávila aquel excelente tratado de *Audi, filia, et vide,* etc., que es muy acomodado al estado del propósito virginal; el cual estimaba ella en tanto que lo llamaba "mi tesoro". Mas, después de los días de ella, lo acrecentó el Padre y enriqueció con tantas y tan graves

entre las personas amigas de la devota dirigida y del P. Maestro. Por ahora hay que situar la predicación del P. Ávila en Palma del Río, donde comunicó sin duda el manuscrito del *Audi, filia,* a don Luis de Puertocarrero, conde de Palma, al cual agradó muchísimo.

Hacia final de 1539 parece que Juan de Ávila tenía ya su tratado presto para la imprenta. Escribiendo Fr. Luis de Granada a Fr. Luis de la Cruz, que estaba en San Gregorio de Valladolid, le decía: "*Quod in oratione praecipi potest* el P. Ávila lo escribió muy bien en un librillo *que agora se imprimirá,* donde trata muy copiosamente de este santo ejercicio".[16] Fr. Luis estaba en íntimo contacto con el P. Ávila desde 1535. Alma contemplativa, suave, humanísima, muy pronto había quedado prendado de la espiritualidad de aquel clérigo evangélico que predicaba con tanta unción a Cristo crucificado, que propulsaba valientemente la reforma, y que en el trato particular, por su modestia, su buen sentido, su palabra viva e insinuante, ejercía un poder de atracción extraordinario. Este contacto con el Padre Ávila señala una época nueva, la más ardiente sin duda, de la vida espiritual de Fr. Luis. No parece pueda dudarse de que el "librillo" aludido del P. Ávila sea otro que el *Audi, filia,* en el cual tan bien se trata el tema de la oración.

Pero la mucha actividad de estos años, los trabajos y viajes con motivo de sus fundaciones docentes sobre todo, debieron distraer a Juan de Ávila de la proyectada edición.[17]

2. Nueva redacción dedicada al conde de Palma

Mas he aquí que en 1545 trueca Fr. Luis de Granada sus soledades de Escalaceli por el priorato de Palma del Río. Acaso Juan de Ávila se acercara a ver

y devotas sentencias que con mucha razón se puede llamar un gran tesoro".

16 Arch. convento Almagro O. P. Cf. A. Huerga, O. P., *Fr. Luis de Granada en Escalaceli,* en "Hispania", 10 (1950), 332, y nuestra *Introducción biográfica,* t. I, p. 148, n. 22. Las cartas 5 y 225, datadas en 1538, están muy cercanas a las reglas y plan de vida que se dan en el *Audi, filia.* Véase también la carta 236.

17 Cf. c. 4 de nuestra *Introducción biográfica,* t. I, p. 93 ss.

a sus dos amigos, el conde y el prior. A este último acababa de dirigir hacía poco la bellísima carta primera del *Epistolario*.[18] Por otra parte nos consta que muchas veces, por palabra y por carta, le había insistido don Luis de Puertocarrero en la publicación de su tratado, sin que Ávila acabara de ver llegado el momento oportuno. Por fin ahora se decide el Maestro a darlo a la imprenta. El conde de Palma patrocinará y sufragará la edición del libro. La alusión del prólogo a "la soberbia de nuestro tiempo" que mueve al Mtro. Ávila a dar algunos avisos y reglas más "seguras que altas" a los que comienzan a servir a Dios, nos trae a la memoria el caso reciente, tristemente célebre, de Magdalena de la Cruz, que abjura de sus supercherías el 3 de mayo de 1546. Los motivos del Maestro al decidirse a publicar su tratado se expresan en la dedicatoria a dicho conde de Palma, que debió de escribirse por ahora y leemos en la edición de 1556. En ella va también una idea del contenido y objeto del tratado. Dice así:

"La causa, muy ilustre señor, porque, siéndome por V. S. mandado muchas veces, por palabras y cartas, que imprimiese el presente tratado, no lo he hecho, no ha sido por falta de voluntad de obedecerle y servirle, como creo que de mí tiene conocido, mas haber temido de mi insuficiencia que, imprimiendo el libro con intención de aprovechar a los que le leyesen, se les tornase impedimento de leer otros muchos, de los cuales mayor erudición y santo calor pudiesen sacar. Y con pensar esto me he estado hasta agora y me estuviera de aquí adelante en lo que toca a la impresión de este libro, sino que los días pasados vino a mis manos, y, leyendo en él, vilo trastrocado, borrado y al revés de como yo le escrebí, que, siendo por mí compuesto, yo mismo no le entendía. Y parecióme que ya que no se perdiese mucho en estar tan depravado que ninguno pudiese aprovecharse de él, mas que no era cosa de sufrir que sacasen daño de él, por las muchas mentiras peligrosas que en él había y cada día acaecieran más, porque cada uno que trasladaba añadía errores a los pasados. Lo cual visto, quise tornar a trabajarlo de nuevo e imprimirlo, para avisar a los que tenían los otros traslados llenos de mentiras de manos de ignorantes escriptores, no les den crédito, mas los rompan luego, y, en lugar de ellos, puedan leer este de molde y verdadero. Y lo que primero iba brevemente dicho y casi por señas (porque la persona a quien se escribió era muy enseñada, y en pocas palabras entendía mucho), agora, pues, para todos va copiosa y llanamente declarado, para que cualquiera, por principiante que sea, lo pueda fácilmente entender.

---

18 T. I, p. 257-268.

El intento del libro es dar algunas enseñanzas y reglas cristianas, para que las personas que comienzan a servir a Dios, por su gracia sepan efectuar su deseo. Y estas reglas quise más que fuesen seguras que altas, porque, según la soberbia de nuestro tiempo, de esto me pareció haber más necesidad. Danse primero algunos avisos, con que nos defendamos de nuestros especiales enemigos, y después gástase lo demás en dar camino para ejercitarnos en el conocimiento de nuestra miseria y poquedad, y en el conocimiento de nuestro bien y remedio, que está en Jesucristo. Las cuales dos cosas son las que en esta vida más provechosa y seguramente podemos pensar.

Reciba, pues, V. S. el presente tratado, a él por muchas partes justísimamente debido, porque el amor entrañable y dulce benignidad con que su generoso corazón sé que lo ha de recibir, y el mucho provecho que, por la bondad de Dios espero que de la lección de él ha de sacar, y el tan perseverante deseo con que siempre me ha puesto espuelas para lo imprimir, lo han hecho tan suyo, que sería gravísimo yerro quererlo hurtar. Plega, etc."[19]

De la lectura de esta dedicatoria sacamos en conclusión que el libro que ahora presenta al conde de Palma no solamente corrige los yerros que circulaban en los traslados de mano, algunos muy mentirosos y peligrosos, sino que iba notablemente añadido y ampliado. Se diferenciaba, pues, bastante de aquel otro "brevemente dicho y casi por señas" que se escribió para doña Sancha Carrillo, cuya memoria queda ya distante. Mucha parte debieron tener las instancias del P. Granada en la preparación de esta edición. Tampoco dudamos de que esta redacción fué objeto de largos coloquios entre los dos amigos. El propio Fr. Luis viene a confesarlo confidencialmente a la santa Condesa de Feria, ya muy viejo y, como él dice, "al cabo de la jornada", con estas palabras: "El *Audi, filia* también podré yo decir que lo tengo en la cabeza por haberlo leído muchas veces; y, cuando lo leo, paréceme que veo vivo al Padre en aquellas letras muertas, mayormente acordándome cuántas veces platicó conmigo muchas de éstas".[20]

Sin embargo, a pesar de estar el libro del *Audi, filia* dispuesto y dedicado, todavía habrá de diferirse unos años su publicación. Habiendo sido convocado el con-

19 *Avisos...*, f. 2 r-4 r.

20 Carta publicada por B. VELADO GRAÑA, *Dos cartas inéditas del V. P. Fr. Luis de Granada*, en "Revista de espiritualidad", 7 (1948), 355.

cilio de Trento en 1546 y siendo la justificación uno de los más importantes temas a tratar en aquella primera etapa conciliar, es normal suponer que el P. Ávila quisiera aguardar hasta conocer las decisiones tridentinas. No es posible imaginar que Juan de Ávila, que en las lecciones leídas en Zafra en 1549, sobre la primera canónica de San Juan, saborea una y otra vez las enseñanzas que se acaban de dar sobre la justificación en "este Concilio de Trento", y las tiene tan en cuenta,[21] preparase un libro para la imprenta, cuyo tema fundamental es la justificación, y no mencionase ni una sola vez los decretos del Concilio. Para nosotros no hay duda de que la redacción que va a publicarse en Alcalá en 1556 es anterior a Trento, escrita entre los años 1545 a 1548, cuando todavía estaba en frecuente trato con Fr. Luis, quien pasa pronto desde Badajoz a Portugal.[22]

3. La edición del "Audi, filia" de Alcalá de Henares (1556)

El año de 1556 tiene un interés particular para la historia literaria del P. Mtro. Juan de Ávila. En él ven la luz varios de sus escritos, que se publican respectivamente en Italia, Portugal y España.

El primero en salir al público debió de ser la *Doctrina christiana,* que sabemos se estaba imprimiendo a fines de diciembre de 1555 en la ciudad siciliana de Mesina.[23] Era una traducción italiana en versos harto pedestres[24] de aquella *Doctrina* que cantaban los niños

21 Cf. *Introducción biográfica,* t. I, p. 163, n. 59.
22 Cf. *Introducción biográfica,* t. I, p. 165, 170 s.
23 Carta del P. Jerónimo Doménech, Mesina, 20 dic. 1555: "La *Dottrina christiana* si fa stampar, et spero serà utile; perque sua Ex. za ha ordinato que le domeneche et feste in ogni parrochia si habbiano di giontar' tutti gli figlioli, et que uno de li nostri gli insegni la dottrina christiana. Et così si pensa di far impar' questa, che è per rima" (MHSI, *Ep. mixt.,* V, 133). Sabemos que se trata de un libro de Ávila por la carta escrita desde Roma al P. Cristóbal de Mendoza, el 15 de septiembre de aquel año. Se intentaba por estas fechas que fuera impresa en Nápoles: "Qui si manda una *dottrina christiana,* quale vorriamo si stampasse in Napoli. et è quella di Mtro. Ávila fatta in versi, italiana, per li putti" (MHSI, *Mon. Ign.,* ser I, IX, 623; cfr. *ibid.,* X, 49).
24 Traducida la *Dottrina* por un estudiante de la Compañía, el Vicario de Nápoles "non detti licentia de stamparla, perchè *le rime le parsino un poco goffe,* et cossì il Mtro. Geronimo Dominech'

de todos los colegios del P. Ávila y que, con el tiempo, parece que llegó a ser la común y ordinaria no sólo en Andalucía, sino también en Castilla.[25] Perdida hasta hace muy poco, conocemos hoy un ejemplar de la misma, impreso en Valencia en julio de 1554.[26] A primeros de febrero de 1556 enviaban ya unos primeros ejemplares de la versión italiana al gran catequista y discípulo de Ávila don Diego de Guzmán, que residía entonces en Florencia.[27]

Casi por el mismo tiempo estampaban también las prensas de Portugal el nombre de Juan de Ávila. En una carta de últimos de marzo escribía desde Lisboa el P. Fr. Luis de Granada: "Agora imprimo aquí la *Tercera parte del libro de la oración,* que al principio prometí, con algunas otras cosas añadidas..." [28] Entre es-

la pigló per farla stampare in Sicilia" (MHSI, *Mon. Ign.*, ser. I. X, 106; cfr. *ibid.*, IX, 625). En el artículo *La "Doctrina cristiana" del Mtro. Ávila*, en "Maestro Ávila" 2 (1948) 56-59, hemos publicado el proemio de esta versión, hoy perdida, según dos copias manuscritas del Arch. Rom. S. I. Véase cuán literal es la traducción, volviendo al castellano unos pocos versos. Empieza así: "Sentite voi / per amor d'Iddio. / A tutti li padri / et alle madri..." ¿A quién no le suena: "Oídnos vos / por amor de Dios. / A todos los padres / y a las madres..."?

25 Esta generalización de la *Doctrina* de Ávila la deducimos de lo que escribía el P. Pedro Villalba, desde Valladolid, al P. Aquaviva, el 28 de julio de 1586: La doctrina de Ripalda no gusta en esta provincia; por esto no se usa en las misiones. "La nota que ponen en la doctrina del P. Ripalda es ser muy teóloga y que no tienen los niños necesidad de tanta teología, ni aun tampoco los grandes. Ítem, que no tiene orden ni método para que con facilidad se pueda tener en la memoria; y que no tiene semejanza con la que comúnmente ha corrido por acá, que ha sido la muy usada y la que parece que bastaba usar, que era la del P. Mtro. Ávila" (Arch. Rom. S. I., *Hisp.*, 132, f. 92 v.).

26 Por perdida dábamos la *Doctrina cristiana* en 1952, en que publicamos el proemio de la misma en el t. I de las *Obras completas,* p. 1.084 s. Tres años después nuestro docto amigo don Eugenio Asensio nos señalaba la existencia de un ejemplar en Milán, Bibl. Naz. Braidense, sign. ZY.1.70. Inmediatamente pedimos fotocopia. Son 24 fols. en 24.º, en letra gótica. Dice la portada: "IHS / Doctrina christia / na que se canta. Oydnos vos por a- / mor de Dios. Hay añadido de nue / vo el Rosario de nra. señora: y / vna instrucción muy necessa- / ria ansi para los niños co / mo para los mayores / Impressa con licencia" (f 1 r). En el f. 24 v reza el colofón: "Imprimióse en Valencia junto / al molino de la Rouella. A- / cabosse a xxiiij de Julio / Año M.D.liiij".

27 El 1 de febrero se escribía a don Diego de Guzmán desde Roma: "Ci scribe Mtro. Geronimo Domenech' che ha fatto stampare quella [*Dottrina*] che portò in versi italiani... como ci mandino alcune copie stampate, farremo la parte a V. R." (MHSI, *Mon. Ign.*, ser. I, X, 597 s.). Y el 8 del mismo mes: "Qui mando la *Dottrina christiana,* stampata in Sicilia mutate alcune cose" (Ibid., 658).

28 P. Rivadeneira, *Hist. Asist. España S. I.* 1. III, c. 7, f. 167 r. (Roma, Bibl. Priv. Praep. Gen. S. I. — Bibl. Script., Ms.).

tas cosas añadidas figuraban un tratadito de Savonarola, la traducción del sermón del Señor en el monte, tomado de la *Suma* de Constantino, una regla de vida cristiana de Fr. Tomás de Villanueva y "*otra breve regla de vida cristiana, compuesta por el Reverendo P. Mtro. Joannes de Ávila*",[29] la misma precisamente con que se encabeza la edición del primer texto del *Audi, filia,* libro que sale también de la imprenta en 1556.

En efecto, en este mismo año el librero Luis Gutiérrez hacía gemir los tórculos complutenses de Juan de Brocar con los *Avisos y reglas christianas para los que desean seruir a Dios, aprouechando en el camino espiritual. Compuestas por el Maestro Áuila, sobre aquel verso de Dauid: "Audi, filia, et vide et inclina aurem tuam*".[30] Y los publicaba, sin retoques, exactamente como los había dejado Juan de Ávila un par de lustros antes, al dedicarlos al Conde de Palma, don Luis Puertocarrero.

No puede extrañarnos que las copias del manuscrito pretridentino del tratado del Mtro. Ávila se hubieran difundido con cierta profusión, de suerte que no fué cosa difícil que una de ellas cayera en manos del librero complutense. Quién sabe si de buena fe no fué la mano amiga de algún discípulo o de alguno de la Com-

29 Fr. L. DE GRANADA, *Libro llamado Guía de peccadores, en el qual se enseña todo lo que el christiano deue hazer, dende el principio de su conuersión hasta el fin de la perfection...* Lisboa, Ioan. Blavio de Colonia, 1556, ff. 171 v-176 r. En la edición de Amberes, Vda. Martín Nucio, 1559, se reproduce en los ff. 119 r-122 r. Véase sobre esta "Breve regla de vida cristiana" lo que decimos en *Obras completas,* t. I, p. 1039, nota *.

30 Hemos descrito esta edición — cuya reimpresión ofrecemos al lector en este tomo — en el artículo *Ediciones castellanas de las Obras del Bto. Mtro. Juan de Ávila,* en "Maestro Ávila" 1 (1946) 53 s. Conocemos dos ejemplares de esta obra rarísima: uno de la Bibl. Nac. de Lisboa, Res. 520 P y otro de la Bibl. Públi. de Evora, Séc. XVI-183. Consta de 143 f. Tamaño: 15 cm. La portada dice: "AVISOS Y / REGLAS CHRISTIA- / nas para los que dessean seruir a Dios / aprouechando en el camino espi- /ritual. Compuestas por el Ma- / estro Auila sobre aquel / verso de Dauid. / *Audi filia & vide & inclina / aurem tuam* / (Grabado de Na. Señora) / Vendense en casa de Luys Gutierrez / librero en Alcalá de Henares." En el colofón (f. 143 v) leemos: "Impresso en la florentissima vniuer / sidad de Alcala de Henares en / casa de Iuan de Brocar que / santa gloria aya año. / 1556." En la colección "Les maîtres de la spiritualité chrétienne" existe una versión de esta edición de Alcalá, hecha por J. CHERPRENET a base de una copia que le facilitamos: LE BIENHEUREUX JEAN D'AVILA. *Écoute, ma fille (Audi, filia).* París, Aubier, 1954. Entregado desde hacía tiempo el original a la imprenta, es lástima que no pusiera al día su introducción.

pañía, la que muy inoportunamente proporcionó el original al editor. Nos consta que este año estaba predicando en Alcalá, por mandato del P. Ávila, el Lic. Francisco García, uno de los de Baeza,[31] y sabemos, por otra parte, que las relaciones del Apóstol de Andalucía con los jesuítas estaban ahora en un período de máxima cordialidad. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que Luis Gutiérrez, "*presupuesta* la voluntad de su autor", — como en su prefación "al devoto lector" dice él mismo —, publicó el tratado, creyendo "que hacía yo algún servicio a nuestro Señor y ayuda a mis prójimos, en hacer imprimir obra tan espiritual y tan excelente, y de muchos y muy grandes juicios muy estimada. Que, cierto, yo no me fiara en esta parte del mío, si no viera a muchos hombres, muy sabios y muy espirituales, tener en tanto las obras de un tan santo varón como es el P. Ávila, que no hay ninguno de ellos que no las haya hecho trasladar para tenerlas, siendo ellos tales que podían escrebir otras muchas".[32]

En el prólogo a la segunda edición, escrito por el Mtro. Juan de Ávila el año de 1564, confirma éste cuanto llevamos dicho.

Veinte y siete años ha, cristiano lector, que escrebí a una religiosa doncella, que muchos años ha que es defunta, un tratado sobre el verso del salmo 44, que comienza: *Oye, hija, y ve;* y aunque muchos de mis amigos me habían afirmado muchas veces que, *corregido* el tratado y poniéndolo en orden para se imprimir, recebirían provecho los ánimos de los que lo leyesen, no había salido a ello, por parecerme que para quien se quiere aprovechar de leer en romance hay tantos libros buenos que éste no les era necesario: y para quien no, también sería éste superfluo, como los otros. Y ayudábame a esto mi enfermedad continua de casi ocho años,[33] que basta por ejer-

---

31 "Ha de haber por el gasto que hizo en Alcalá el Lic. Francisco García el año de 56, porque estobo allí predicando por mandato del P. Mtro. Juan de Ávila, doce mil y ciento ochenta y nueve maravedís; mostró carta de pago del P. Francisco López, que le dió el sustento necesario mientras allá estuvo, y libramiento de ello" (Baeza, Arch. antigua Universidad, *lib. I de Cuentas*).

32 *Avisos...*, f. 4 v.

33 Aunque las enfermedades del Mtro. Ávila comenzaron por el año de 1551 (Cf. *Introducción biográfica*, p. 166, 18; carta 199 [t. I, p. 915] a Juan de Lequetio, de 3 agosto 1551: "Enfermo estoy más ha de medio año"), sin embargo, Ávila debe hacer el cálculo, partiendo de 1555-56, cuando muy achacoso ya, y a ruegos de la condesa de Feria, fijó definitivamente su residencia en Montilla (Cf. *Introducción biográfica*, p. 146). Damos por fecha aproximada

cicio. Y así se había quedado el tratado sin imprimirlo, y aun casi sin acordarme de él, hasta que el año pasado, vencido ya de ruegos de amigos, comenzaba poco a poco a lo *corregir y añadir* para que se imprimiese, aunque sabía lo mucho que me había de costar de mi salud.

Y a cabo de pocos días supe que se había impreso un tratado sobre este mesmo verso [*Audi, filia*], y con título de mi nombre, en Alcalá de Henares, en casa de Juan de Brocar, año de 1556. Maravilléme de que hobiese quien se atreva a imprimir libro la primera vez *sin la corrección del autor,* y mucho más de que alguno diese por autor de un libro a quien primero no preguntase si lo es; y procuré con más cuidado a entender en lo comenzado, para que, imprimido este tratado, el otro se desacreditase. Mas las enfermedades que, después acá, aun han crecido, y haber añadido algunas cosas, han sido causa para que más presto no se acabase. Ahora que va, recíbelo con caridad, y no tengas el otro por mío ni le des crédito. Y no te digo esto solamente por aquel tratado, mas también por si otros vieres impresos en mi nombre hasta el día de hoy, porque yo *no he puesto en orden* cosa alguna para imprimir, sino una *Declaración de los diez mandamientos,* que cantan los niños de la doctrina, y este tratado de ahora.

Y también te digo que a las escripturas de mano que, con título de mi nombre, vinieren a ti, no las tengas por mías, si no conocieres mi letra o firma, aunque también en esto hay que mirar, porque algunos han procurado de contrahacello.

También me pareció avisarte de que, como este libro fué escrito a aquella religiosa doncella que dije, la cual y las de su calidad han menester más esforzarlas el corazón con confianza que atemorizarlas con rigor, así va enderezado más a lo primero que a lo segundo. Mas, si la dispusición de tu ánima, pide más rigor de justicia que blandura de misericordia, toma de aquí lo que hallares que te conviene y deja lo otro para otros que lo habrán menester.

Y todo el libro, con el autor, va subjeto a la corrección de nuestra Madre, la santa Iglesia Romana.[34]

Como se ve, en estas palabras del prólogo, el Maestro Ávila no niega que el libro impreso en 1556 fuera suyo; antes, por el contrario, lo afirma, al lamentar que se haya dado a la imprenta "la primera vez, *sin la corrección del autor*" y al quejarse, con razón, de que se

de composición del prólogo el año 1564. Ciertamente, como veremos luego (*infra,* p. 37), el prólogo de la redacción del *Audi, filia* aprobada por el obispo de Córdoba en 1565, decía ya que "no tengan por suyo el impreso en Alcalá, con título de su nombre, en casa Juan Brocar, año de 1556". Este prólogo debe ser anterior unos meses o como un año a la aprobación. Descontando los ocho años, nos situamos en 1555-56 como fecha de la enfermedad. Y restando los veintisiete desde la composición, resulta la fecha de 1536-37, que hemos considerado como tiempo probable de primera redacción para doña Sancha Carrillo (*supra,* p. 10).

34 *Obras espirituales,* I, 13 s.

haya publicado sin darle previo aviso: "...y diese por autor de un libro a quien primero no preguntase si lo es".

4. Inoportunidad de la edición

El momento de la publicación del *Audi, filia* del Mtro. Ávila no había sido, por cierto, el más oportuno. Dentro de pocos meses la Inquisición fijará sus ojos, en Valladolid y Sevilla, sobre grupos muy afines al movimiento de Ávila, que serán tachados de luteranizantes. Apuntemos algunos datos en torno a aquel incendio que prende simultáneamente en Andalucía y en Castilla, haciendo vivir horas de preocupación honda a la España del XVI, y cuyas llamas alcanzarán las vestiduras arzobispales del Primado de las Españas, Fr. Bartolomé Carranza de Miranda.

a) *El foco luteranizante de Sevilla.* — Mientras el sucesor de Juan de Brocar lanzaba al mercado los *Avisos y reglas cristianas* del P. Mtro. Ávila, se confería la canongía magistral de la santa iglesia de Sevilla al doctor Constantino Ponce de la Fuente, predicador famoso de la catedral desde 1533.[35]

Son conocidos los hechos principales de la vida del doctor Constantino. El renombre de su oratoria le había llevado hasta la corte del Emperador, quien le nombró capellán y predicador suyo e hizo que le acompañara a Alemania y a los Países Bajos. Vuelto luego a Sevilla, casi por el mismo tiempo en que se hacía proceso inquisitorial contra el doctor Egidio, que era entonces magistral y había sido antes compañero de Constantino en la Universidad de Alcalá, prosiguió éste su antigua predicación, uniendo ahora a sus sermones desde el púlpito unas lecciones de sagrada Escritura en la cátedra fundada por el Mtro. Escobar en el colegio de los niños de la doctrina de Sevilla. También era el doctor Constantino elegante escritor. Enumeremos entre sus libros impresos la *Suma de doctrina cristiana* (Sevilla, 1543), con la cual vió la luz su traducción y

35 Sobre el Dr. Constantino y demás luteranizantes de esta época en Sevilla, véase lo que escribió MENÉNDEZ Y PELAYO, *Historia de los heterodoxos españoles*, 1. IV, c. 9 (Ed. Nac., t. IV, 82 ss.) y más recientemente M. BATAILLON, *Erasme et l'Espagne* (París, 1937), páginas 561 ss.

explicación del *Sermón de Cristo nuestro Redemptor en el monte,* la exposición del salmo *Beatus vir* (Sevilla, 1546) y el *Catecismo cristiano* (Sevilla, 1547),[36] más breve que la *Suma,* notable por la *Confesión del pecador* que la acompaña, calificada por Menéndez y Pelayo como "hermoso trozo de elocuencia ascética, y prueba la más señalada del ingenio de Constantino".

Aunque, con motivo de su promoción a la canongía magistral, el provisor Juan de Ovando había señalado con el dedo su condición de "casado" y había insinuado que era de cristianos nuevos y no seguro en la fe, era tal, sin embargo, el crédito de Constantino, que los canónigos sevillanos le votaron unánimemente. Ocurría esto el 12 de mayo de 1556. Por estas mismas fechas el Padre Fr. Luis de Granada imprimía, como hemos dicho antes, en su *Tercera parte del libro de la oración,* la traducción del *Sermón del monte* de Constantino, aunque sin indicar el nombre del autor.[37]

Este mismo año de 1556, a mediados de septiembre, uno de los doctores de Baeza, Diego Pérez de Valdivia, se dirige a Marchena, donde residen los duques de Arcos, muy aficionados al Mtro. Ávila. Es el momento en que la Compañía parece que se va a hacer cargo del colegio de Baeza y el P. Ávila procura ir colocando a sus discípulos, para dejar el campo desembarazado a los jesuítas.[38] Los procesos de beatificación nos han

36 Fijamos la fecha de esta edición a base de una relación de los libros mandados quemar en Valladolid el 2 de enero de 1558: "Otro del mismo [Constantino], que se intitula *Catecismo cristiano,* impreso en Sevilla, año 1547, y en Anvers, año 1556" (Arch. Hist. Nac., *Inquis,* lib. 323, f. 146 r). Se tenía noticia de la existencia de una edición anterior a 1548: cf. BATAILLON, *o. c.,* p. 579, n. 2.

37 Algo parecido había hecho antes, en 1545, Fr. Juan de Zumárraga, refundiendo, sin citarla, buena parte de la *Suma* de Constantino. Cf. ERASMO, *El "Enchiridion".* Ed. D. Alonso (Madrid, 1932); apénd. III de M. BATAILLON, *El "Enchiridion" y la "Paraclesis" en Méjico,* p. 528; M. BATAILLON, *Erasme et l'Espagne,* p. 580.

38 "Ha de haber porque emprestó al Dr. Diego Pérez, para que fuese a Marchena, doce ducados, Dióselos en 19 de septiembre de 1556 años" (Baeza, Arch. Univ., *lib. I de Cuentas:* toma de cuentas mayo 1554-oct. 1556). En el mismo libro han quedado varios apuntamientos que recuerdan las negociaciones en torno a la inminente entrada de los jesuítas. He aquí una muestra bien clara: "Dió más el dicho mayordomo Lucas Ruiz, en descargo, ciertas libranzas del señor Mtro. Juanes de Ávila y otros gastos. Item dió por célula del P. Ávila al Dr. Valentín Vélez veinte ducados, por gratificación de su lectura; el cual dicho partido y los de arriba se dieron cuando había de entrar la Compañía del nombre de Jesús en posesión del Colegio; la cual cédula se rompió" (*Ibid.* toma de cuentas nov. 1556-jun. 1559).

conservado una anécdota que hace a nuestro propósito. Diego Pérez se llegará en esta ocasión hasta Sevilla, para oír la predicación de Constantino. Él contará años más adelante a sus discípulos de Baeza que le oyó predicar

...con notable afecto de la pasión de nuestro Señor Jesucristo, haciendo grande ponderación en cada punto de ella y con gran moción de los oyentes; y que, cuando acabó el sermón, le aguardaba una mula con pajes y lacayos, y crujiendo mucha seda subió en ella y se fué a su casa... El dicho señor doctor Diego Pérez le fué a visitar a la tarde a su casa, donde vido muchas colgaduras de damascos y grande menaje de casa, y sobre un bufete, algunos diurnos y breviarios, hechos un ascua de oro, y dijo al dicho Constantino como era un clérigo del obispado de Jaén y que iba con deseo de oír buenos predicadores, y que en razón de eso le había oído aquel día. Y decía [el doctor Diego Pérez] que de sermón de tanta pasión de Cristo y tan poca mortificación en persona y casa le pareció que olía a herejía de Lutero; y que viniéndose a Baeza [hacia mediados de agosto de 1558]... se vino por Montilla, para visitar al P. Mtro. Joan de Ávila, donde entonces residía. Después de haber llegado, y dándole cuenta de su viaje, le preguntó el P. Mtro. Joan de Ávila que a qué predicador había oído en Sevilla, y le respondió: Señor, al canónigo Constantino; y que le preguntó: Hijo, ¿qué os ha parecido? Y respondió el dicho doctor Diego Pérez: No me ha parecido bien; porque en el sermón todo fué predicar pasión de Jesucristo, y luego tanto resplandor en su vida y tan poca mortificación; discípulo me ha parecido de Lutero. Y entonces el dicho venerable Mtro. Joan de Ávila le dijo: Hijo, en la vena del corazón le habéis dado. Y que a pocos días prendieron al dicho Constantino por hereje luterano.[39]

Precisamente el 16 de agosto de este año de 1558 el Dr. Constantino era encarcelado.[40] Juzgamos que esta expresión del Padre Ávila nació no tanto de un instinto profético cuanto de su buena información. El

39 Arch. Segr. Vaticano, *Arch. Congr. SS. Rit.-Processus* 3173, ff. 1189 v-1190 v: Declaración del Dr. Martín Yáñez Dávila en el proceso de Jaén. — El Dr. Diego Pérez estuvo ausente de Baeza los dos cursos de 1556-7 y 1557-8. En la toma de cuentas de nov. 1556-jun. 1559, figura su paga en estos términos: "Al dicho señor Dr. Diego Pérez, de la cátedra del Maestro de las Sentencias, desde primero de setiembre de cincuenta y ocho hasta en fin de junio de cincuenta y nueve años..." (Baeza. Arch. Univ., *lib. I Cuentas*).

40 "Prendieron... a un Mtro. Blanco, predicador antiguo, y Constantino, muestra de todos los predicadores de esta ciudad: quiero decir, que el que más le imitaba en la acción y en la doctrina era tenido en más, y aun todavía vive esta estimación... Prendiéronle el año pasado, día de san Roque a mediodía". Carta del Padre Diego Suárez a Laínez; Sevilla, 23 agosto 1559 (MHSI, *Lainii Mon.*, IV, 470).

negocio de Constantino tenía inquieta a la Inquisición desde 1554,[41] y los asuntos de Sevilla no eran tan indiferentes al Maestro, para que no le preocupasen hondamente.

Apenas hacía ahora un año que la Inquisición había echado mano sobre el Mtro. García Arias, llamado también por sus canas el Mtro. Blanco, y le había tomado todos sus libros, escrituras y papeles.[42] Era prior de los jerónimos de San Isidoro. Fingía santidad, austeridad y espíritu y era más bien hombre regalado, inconstante, artero y de erróneas doctrinas en materia de fe. En las calificaciones de Egidio dió un parecer ambiguo. Entre los dos habían maleado el monasterio de San Isidoro. Su inconstancia y su espíritu innovador se habían manifestado primero en la supresión de todos los ayunos, mortificaciones y culto de las imágenes, junto con la sustitución del rezo canónico por la lectura de las sagradas Escrituras; a lo que sucedió después un período de rigor y penitencias intolerables. Al Mtro. García Arias había dirigido el P. Ávila desde Granada, en 1538, unas instrucciones sobre la oración, que son una de las más bellas cartas del *Epistolario*, aunque en las ediciones modernas faltan las recomendaciones que hacía el Apóstol de Andalucía de los libros de Erasmo y de Herp.[43]

El tino y la mesura de Ávila habían sido traspasados

41 Carta del Consejo a los inquisidores de Sevilla, 11 sept. 1554 (Arch. Hist. Nac., *Inquis.*, lib. 574, f. 350 v.).

42 Cartas del Consejo a los inquisidores de Sevilla, 22 oct. y 22 dic. 1557 (Arch. Hist. Nac., *Inquis.* lib. 575, ff. 54 r., 55 v.). Sobre el Mtro. García Arias: MENÉNDEZ PELAYO, *Heterod.*, 1. IV, c. 9 (Ed. Nac., p. 107 s.).

43 Carta 5 (*Obras completas*, I, 287-295). Es una carta notable. Publicada por vez primera en el *Epistolario* de 1578 con la indicación general: "a un predicador", en la edición de 1618 se determina su nombre: "Carta admirable al Mtro. García Arias, predicador". Ha llegado a nosotros en tres mss. diversos: el &, III, 21, ff. 213 r-216 v. de la Bibl. de El Escorial ("a un sacerdote teólogo"); el 3620 de la Bibl. Nac. de Madrid, ff. 94 v-95 v., y el de la Real Academia de la Historia, 12-12-2/266, ff. 175 r-178 v. ("De Granada, a 2 de [falta mes] 1538"). Por estas copias mss. vemos que la carta sufrió algunas supresiones de interés, por ejemplo, la del nombre de Erasmo después del de Nicolao, entre los autores recomendables para la inteligencia de la Escritura (p. 432); la omisión del inciso demasiado realista: "en la cama", después de esta frase: "Lo que en su corazón pasa con Dios, cállelo con grande aviso, como debe callar la mujer casada lo que con su marido pasa" (p. 434); y, al encomiar algunos libros espirituales (p. 434), el pasar en silencio esta recomendación de Ávila: "Otro es en gran manera bueno de Enrico Herpio, *De duodecim mortificationibus*".

por García Arias y otros discípulos. Es verdad que no era fácil la postura de equilibrio entre la rigurosa vida de recogimiento y oración mental, aconsejada por Ávila a los suyos, y aquel dinamismo apostólico que, por otra parte, veían también en su Maestro; dinamismo que les hacía concebir el deseo de levantar la pesada carga del largo rezo canónico. Todo esto pudo llevar, al mezclarse con otros influjos menos ortodoxos, a los extremos del Mtro. García Arias. Es interesante, a este propósito, una carta del Mtro. Gaspar López, discípulo del P. Ávila que estaba al frente del colegio de Jerez de la Frontera. La escribe a San Ignacio de Loyola en 1548 y en ella podemos ver qué era lo que veían en la Compañía algunos, por lo menos, de los discípulos de nuestro P. Maestro.

Días muchos ha — le dice — que también a mis oídos ha venido el rumor de ese acuerdo tan nuevo y tan antiguo, y tan digno de ser recebido y adorado: religión tan alta y tan acertada, donde por maitines y prima, y en lugar de canto de las otras horas canónicas se hace oración mental, para cobrar fuerzas, para después salir a lavar los pies de sus pobres de Cristo, etcétera. Y el que tiene cuidado y no se desdeña de mantener a los gusanos y de guisar de comer a los pajarillos, también me puso a mí algún sentido con que hubiese ser este camino enseñando del que sólo es verdad y vida.[44]

Hemos hablado antes del colegio de los niños de la doctrina, en que Constantino leía una cátedra de Escritura. Sospecha Menéndez y Pelayo que para estos niños escribió su *Suma* el magistral de Sevilla. Pero no podemos olvidar que este colegio de la doctrina cristiana, célebre por haber sido uno de los focos del protestantismo hispalense, tiene relación con el V. Fernando de Contreras, y con el Mtro. Juan de Ávila.[45] Tam-

44 Jerez, 2 junio 1548 (MHSI, *Ep. mixt.*, *I*, 509).
45 "Del Colegio de Sevilla que, con anterioridad a 1546 recibió donaciones de importancia — un local adecuado — de la condesa de Bailén, doña Blanca de Guzmán, madre de un adictísimo discípulo del Bto. Ávila [D. Diego de Guzmán], lo que sabemos inclina a considerarlo como una rama del árbol sembrado por el Apóstol de Andalucía en colaboración con su maestro el V. P. Fernando de Contreras, bien que caído en manos de los primeros luteranos hispaleneses estuviera ya en trance de producir frutos amargos". Debemos esta nota a la amabilidad de don Hipólito Sancho, quien tiene preparado un estudio sobre algunos de los colegios avilinos. Sobre este mismo Colegio de los doctrinos de Sevilla, cf. J. HAZAÑAS, *Maese Rodrigo* (Sevilla, 1909), pp. 427 ss.; F. COLLANTES DE TERÁN, *Memo-*

poco podemos pasar por alto que el más ilustre, por la nobleza de su sangre, entre los fautores de la herejía en Sevilla era don Juan Ponce de León, hijo del conde de Bailén y hermano de don Diego de Guzmán, uno de los predilectos del P. Ávila y por estos días jesuíta en Italia. Y no sabemos si tiene también relación con los enojosos asuntos que ahora se ventilan en la Inquisición sevillana el destierro en Córdoba, por orden del santo Oficio, de don Pedro de Córdoba, hermano de doña Sancha Carrillo.[46] Era esto por agosto de 1560. En 1558 había escrito el jesuíta don Antonio de Córdoba al P. Laínez: "Y por dar testimonio de toda gente y estados, diré lo que el Mtro. Ávila dice: que no halla a donde poner los ojos y el corazón para descansar de las calamidades que se ven en la Iglesia ahora, si no con mirar a la Compañía".[47] Ella será, por cierto, la que irá a sustituir a los engañosos maestros seglares del colegio de la doctrina.[48]

El 24 de septiembre de 1559 tuvo lugar un primer auto de fe en la plaza de San Francisco. Entre los relajados al brazo secular figuraban: el hijo del conde de Bailén, el Mtro. García Arias y el maestro del colegio de los niños, Fernando de San Juan. Un segundo auto de fe se celebró en la misma plaza el 22 de diciembre del año siguiente. De los catorce relajados, tres lo fueron en estatua: el doctor Egidio, el doctor Constantino, quien parece se suicidó en la cárcel, y el doctor Juan Pérez de Pineda, de Montilla, que fué rector en la ciudad del Guadalquivir del colegio de la doctrina cristiana y había huido de España mucho antes de 1559, con posterioridad a la prisión del doctor Egidio. El más notable de los relajados era el fanático Julián Hernández — "Julianillo" —, que había traído desde Ginebra

rias históricas de los establecimientos de caridad de Sevilla, t. II, página 195.

46 "El martes que ahora pasó, vacó en Jaén una calongía, libre de regreso y pensión, y luego el miércoles los canónigos entraron en cabildo y dicen que la proveyeron por el Tridentino a don Pedro de Córdoba, que reside en esta ciudad, desterrado por los inquisidores de Sevilla". Carta del inquisidor Villar al Consejo; Córdoba, 2 agosto 1560 (Arch. Hist. Nac., *Inquis.*, leg. 2392).

47 Montilla, 3 marzo 1558 (MHSI, *Lainii Mon.*, II, 173).

48 Cf. H. Sancho, *El Colegio de la Compañía de Jesús de Cádiz. Notas y documentos inéditos referentes a su fundación y principios,* art. que aparecerá en "Archivo Iberoamericano".

en 1557 dos grandes toneles de *Nuevos Testamentos,* traducidos por el doctor Juan Pérez. Conocido el peligro en que estaba, emprendió la fuga, pero la Inquisición le dió alcance en la sierra de Córdoba. Fué famosa su disputa, junto a la hoguera, con el P Lic. Francisco Gómez, célebre teólogo, discípulo del P. Ávila.[49]

b) *Otro foco protestante en Valladolid.* — También en Valladolid, Toro, Zamora y la Rioja se había descubierto por el mismo tiempo otro foco de protestantismo, en el que juegan un papel muy importante los nombres del doctor Cazalla, Fr. Domingo de Rojas, dominico, don Carlos de Seso, el bachiller Herrezuelo y un criado de la marquesa de Alcañices, Cristóbal de Padilla. [50]

En el proceso que se les abrió inmediatamente, salió a relucir con demasiada frecuencia el nombre de Fray Bartolomé Carranza de Miranda, y alguna vez también el del P. Mtro. Ávila. El 15 de abril declaraba doña Antonia de Mella, mujer de Gregorio Sotelo, que "Padilla fué a casa de esta declarante, e leyó una carta que dijo que era del Mtro. Ávila, e la leyó a este declarante e a su marido, e lo que se contenía en la carta parecían buenas cosas, y el dicho Sotelo se la pidió, y el dicho Padilla no se la quiso dar, pero le ofreció un traslado. E pasados ciertos días, volvió Padilla e leyó a esta que declara y a la mujer de Robledo una carta, que también dijo que era del Mtro. Ávila, que trataba de la misericordia de Dios, e desque la acabó de leer, dijo a la mujer de Robledo que dijese a su marido que revocase su penitencia, porque Dios la había hecho por todos".[51]

No hay por qué descender a pormenores de aquellos dos solemnes autos de fe que se hicieron en Valladolid el 21 de mayo y 8 de octubre de 1559, con asistencia de la princesa doña Juana y del príncipe don

49 Cf. MENÉNDEZ PELAYO, *Heterodoxos* (Ed. Nac.), t. IV, página 115. Sobre el caso de "Julianillo": J. DE SANTIVÁÑEZ, S. I., *Historia de la Provincia de Andalucía de la Compañía de Jesús* (Ms. de la Bibl. Univ. de Granada), p. I, l II, c. 32, nn. 10-11, ff. 112 r-113 r.

50 Habla de este foco de Castilla, MENÉNDEZ PELAYO, *Heterodoxos,* l. IV, c. 7 (Ed. Nac., t. III, pp. 394 ss.).

51 Reproduce este testimonio MENÉNDEZ PELAYO, *Heterodoxos* (Ed. Nac.), tomo III, p. 404. Bien pudiera ser ésta la carta 20, a la que ya hemos aludido.

Carlos, el primero, y el segundo en presencia de Felipe II. Permítasenos, sin embargo, recordar algunos datos que nos interesan del farragoso proceso del arzobispo de Toledo, negocio en que se cruzan y se trenzan las pasiones, la ortodoxia y la política.

c) *Carranza, Fr. Luis de Granada y el Mtro. Ávila.* En estos últimos años se ha fijado la postura de Carranza entre las diversas corrientes de espiritualidad dominicana.[52]

Al entrar Carranza en el ambiente reformado del P. Juan Hurtado de Mendoza, ha bebido ya en Alcalá el erasmismo y acaso ha tenido algún contacto con los alumbrados de Guadalajara. Sólidamente piadoso, más afecto a la contemplación que a la especulación, celoso de hacer llegar hasta la entraña del pueblo un cristianismo más vivo, aspira a formar un grupo que participe de sus tendencias espirituales.

En torno a él hay que colocar a Fr. Luis de Granada y a Fr. Luis de la Cruz, quien tendrá su buena intervención en los procesos. Son también discípulos suyos, aunque no comparten ya tan plenamente sus ideas, Pedro de Sotomayor, Felipe de Meneses, Juan de la Peña...

52 V. Beltrán de Heredia, O. P., *Las corrientes de espiritualidad entre los Dominicos de Castilla durante la primera mitad del siglo XVI* (Salamanca, 1941), pp. 110 ss. La figura de Carranza ha sido estudiada sobre todo por nuestro amigo J. Ignacio Tellechea Idígoras en sus trabajos *El dominio y uso de los bienes eclesiásticos según B. de C.*, en "Rev. Esp. de Derecho Can.", 9 (1954), 725-778; *El "articulus de justificatione" de Fr. B. de C.*, en "Rev. Esp. de Teol.", 15 (1955), 563-636; *Dos textos teológicos de C.*, en "Anthologica Annua" 3 (1955), 621-707; *El formulario de visita pastoral de B. de C.*, ib., 4 (1956), 385-437; *Un voto de Fr. B. de C. sobre el sacrificio de la Misa en el Concilio de Trento*, en "Scriptorium Victoriense", 5 (1958), 96-146; *B. C., arzobispo. Un prelado evangélico en la silla de Toledo (1557-1558)*, San Sebastián, 1958, 103 p.; *Así murió el emperador*, en "Bol. R. Ac. Hist.", 143 (1958), 155-227; *Bartolomé de las Casas y B. C. Una página amistosa olvidada*, en "Scriptorium Victoriense", 6 (1959), 7-34; *Carlos V y B. C.*, en "Príncipe de Viana", 19 (1959), 33-82; *Los prolegómenos jurídicos del Proceso de C.*, en "Anthologica annua", 7 (1959), 215-336; *Correcciones autógrafas de los "Comentarios del Catechismo Christiano" de C.*, en "Bull. Hispanique", 61 (1959), 273-287; *Declaración inédita del santo Patriarca Ribera sobre las Consideraciones de Juan de Valdés*, en "Hispania sacra", 12 (1959), 455-463; *Francisco de Navarra, arzobispo de Valencia, amigo fiel de C.*, en "Estudios eclesiásticos", 35 (1960), 465-476; *Juan de Valdés y B. C. La apasionante historia de un papel*, en "Rev. Esp. de Teol.", 21 (1961), 289-324; *Fr. B. C. Documentos históricos. I. Recusación del inquisidor general Valdés*, "Archivo Documental Español", t. 18 (Madrid, R. Ac. Hist., 1962). XXXVIII, 462 p.; *Ideario ascético-pastoral de B. C., O. P.*, en *Corrientes espirituales en la España del siglo XVI* (Barcelona, Juan Flors, 1963), 203-245.

En Roma, el año 1539, debió hacerse con la 65 de las *Consideraciones* de Juan de Valdés sobre la importancia de la oración y consideración para la inteligencia de los Libros sagrados. A su regreso de Roma quiere llevar consigo al P. Granada, quien por aquellos días gusta en Escalaceli los frutos de la oración recogida. La carta con la respuesta de Fr. Luis a la invitación de Carranza es conocida. El P. Granada hace días que está bajo la influencia de otro gran maestro, el P. Ávila. De él le llegan ahora cartas desde la ciudad de Granada.

Fr. Luis se atreve a rogar a su Maestro, Carranza,

...por amor de nuestro Señor Dios, que, si fuera posible, cada día tenga una hora o dos en que se recoja a la oración y a la meditación, en la hora más quieta del día o de la noche que hallare, y cuanto más pudiere durar en ella más dure; y todas las cosas que de eso le apartaren, las aparte de sí... Dirá V. R.: ¿Luego vos querríades que dejase el estudio y me diese principalmente a la oración? No sé qué le quiera; si le viera libre, diríale que sí querría; viéndole captivo, no sé qué me responda. Veo a la clara que pierde grandísimo gusto y amor que podría tener de Dios; pierde grandísima luz del entendimiento que Dios le comunicaría, para que alcanzase mayores cosas que los otros hombres...: que esto no se alcanza en los cartapacios porque esta paz de Dios *est quae exsuperat omnes sensus,* y en sólo el libro de la oración se estudia, aunque de esto (¡sea mi Dios bendito!) bien sé que tiene las primicias; y si no tiene los diezmos, es porque le han hecho por fuerza tomar las alcabalas del César...[53]

El P. Mtro. Carranza le contesta en torno a Navidad de aquel año. En la respuesta, Fr. Luis se hace eco de lo que le dice Carranza:

En lo que me dice del deseo que tiene de verse libre de esos estudios y ocuparse en los divinos, muy justo es el deseo para que viva con él... Paréceme que si saliese de ese bullicio y golfo al monte de la soledad y recogimiento del hombre interior, que luego vería la gloria del Señor. ¡Oh padre mío, cuán diferente es la vida de los santos a la de los hombres que agora son! Pues yo le prometo a V. R. que puede despedirse de hacer fruto en las almas de los prójimos quien no vive como vivieron los santos. San Jerónimo y San Bernardo, ayunando y comiendo legumbres, y estando noche y día en oración,

53 P. Quirós, O. P., *Reseña histórica de algunos varones ilustres de la Provincia de Andalucía O. P.* (Almagro, 1915), pp. 419-421.

viviendo en grandísima pobreza, aprovecharon en las almas. Bien podrá ser muy gran letrado y predicador; pero convertir almas, ni es de letras ni es de ciencia, ni es parte para esto sino sólo Dios, que Él no obra este efecto por los letrados hinchados sino por siervos humildes. Semejante locura es ésta a la que yo tenía estudiando allá [en Valladolid] mucha retórica para convertir almas, como si hubiese Dios de tomar los retóricos por ministros de un tan gran misterio como su Evangelio y su espíritu, de cuya autoridad y excelencia dice San Pablo: *quasi ministrans mortuis litteris*. Los ministros del Evangelio no han de ser semejantes a Tulio sino a Jesucristo; y han de ser tan semejantes a Él que se trasluza y represente en su vida a Jesucristo, como la figura en el espejo, como dice de ellos San Pablo: *Nos, revelata facie, gratiam Dei speculantes*... Querría saber cuál está su ánima, si llueve por allá o si es buen año, agradable y aceptable a Dios; si está harta o hambrienta. Hay razón para tener de esto cuidado, por estar plantada *in terra deserta, invia et inaquosa*, entre sauces y entre hayas, adonde los desterrados de Jerusalén pusieron silencio en sus órganos y suspendieron la música celestial. Gran miseria es estar tan estragadas las letras el día de hoy, pues que hemos dejado la fuente de agua viva y hemos labrado los algibes; pero todavía es bien que, cerrados los ojos, como quien bebe purga, trague V. R. estos tragos de amarguras por amor de Aquel que bebió hiel y vinagre en la cruz, y porque le pueda pasar, tiémplele ese acíbar con la dulzura de las sanctas Escripturas y con las consolaciones de la oración, porque al que ama ninguna cosa es dificultosa.[54]

---

54 Debemos agradecer a Fr. Álvaro Huerga, O. P. el habernos facilitado en su día el texto de las dos cartas inéditas que utilizamos de Fr. Luis de Granada, conservadas en el Arch. del convento de Almagro: la primera dirigida a Carranza y la segunda, a Fr. Luis de la Cruz. Esta última es la carta tercera de que habló el P. Quirós, *o. c.*, p. 414, nota 1. Lleva la indicación: "*Fr. Ludovicus Granatensis fratri Ludovico de Cordoba*". Creemos que hay que identificar a este Luis de Córdoba con el P. Luis de la Cruz, que jura en el Colegio de San Gregorio de Valladolid en 1539 (G. DE ARRIAGA, *Hist. Coleg. S. Greg. Valladolid*, t. II, p. 121) y aparecerá más tarde en el proceso de Carranza como amigo de éste y de Fray Luis de Granada. Fr. Luis de la Cruz había pedido al P. Granada que le diese unas reglas sobre la oración; éste le responde que le parece ello "contra razón, porque teniendo la fuente [Carranza] tan cercana, quiere proveerse de un arroyuelo turbio, como es el que acá hay". La carta es posterior al capítulo general de Roma (del cual vuelve Carranza en la primavera de 1539), puesto que en él se le dió el grado de Maestro, y con este título habla de él más adelante Fr. Luis de Granada: "Y pues V. R. tiene al P. Maestro [Carranza] tan a lado, no pierda la buena ocasión que N. S. le ha dado. Una sola cosa demando a V. R. por amor de Jesucristo y de su santo nacimiento y de su bendicta cruz: que aparte cada día dos o tres horas, por lo menos, y las sacrifique a Dios para entender en su alma, y por cielo y tierra no deje esa buena costumbre, agora a lo menos a los principios, hasta que esté firme en Cristo. Y digo esto porque barrunto que tiene en contra de este parecer la mar y las arenas, porque el colegio y preceptores y compañeros, y la provincia y el mundo y sus padres, le darán mil voces a sus oídos sobre que estudie y nadie le dirá que ore". Como se ve, Fr. Luis

Con la carta a Carranza iba otra para Fr. Luis de la Cruz, que acababa de entrar en San Gregorio. La insistencia en los mismos temas es todavía más viva y enérgica. Fr. Luis de la Cruz le había pedido unas reglas para la oración. El P. Granada, aunque le remite a las enseñanzas de Carranza, extracta en la carta unos cuantos avisos del *Audi, filia* del Mtro. Ávila, "un librillo — dice — que agora se imprimirá, donde trata muy copiosamente de este santo ejercicio". Fr. Luis de Granada, en esta época de Escalaceli, está evidentemente influído por el Apóstol de Andalucía, cuyo magisterio, a través del P. Granada, llega hasta San Gregorio de Valladolid.

Al terminar de resumir las reglas del P. Ávila sobre la oración, prosigue Granada:

Sé yo también que la contemplación de la pasión del Señor es para tres fines principales: el primero, para haber de ella compasión, y éste es el grado más bajo; el segundo, para imitación de tantas virtudes como en ella resplandecen; el tercero es intelectual y altísimo, y es para venir por la santísima Humanidad de Cristo en conocimiento de la bondad y caridad y clemencia de Dios. Para sentir todo esto es menester conocer a Cristo, a[l] cual suplico yo que Él tenga por bien de se le dar a conocer, porque verdaderamente para esto no basta ninguna teología; no se da este conocimiento de Cristo a los sabios, sino a los pequeñuelos. No es conocimiento adquisito sino infuso. No tiene el magisterio de este don con eficacia ningún hombre, sino Dios reservó esta facultad para sí, como Él lo dijo: Mt. [23, 8]: *Unus est magister vester,* de cuyo conocimiento y alteza bien ha oído V. R. lo que dijo aquel teólogo [Ávila]. De este conocimiento confío en nuestro Señor que le ha dado a mi P. Mtro. [Carranza] buena parte, porque vela a las puertas de él con humildad y simplicidad, que son las epístolas de San Pablo.

Precisamente ahora, en aquel curso de 1539-40, explica Carranza las epístolas paulinas. Había iniciado el curso con la epístola a los Filipenses y, en clase había explicado ampliamente, y dando doctrina católica, el *Aviso sobre los intérpretes de la sagrada Escritura,* de Juan de Valdés, que secretamente le quitaron de la

---

de la Cruz es un estudiante de san Gregorio, que acaba de llegar ahora al Colegio, según se puede colegir del principio de la carta: "Sabe N. S. la consolación que recibí con la carta de V. R. y con *su llegada* y con la relación que en ella me hace del *recibimiento* con que N. S. le recibió".

celda y corrió como suya. ¡Cuántos puntos de contacto entre la postura adoptada por Carranza bajo la influencia valdesiana y aquellas cartas que, como un eco de la dirección del P. Mtro. Ávila, llegaban de Escaladeli!

Recordemos que la *Consideración* de Valdés es encontrada, cuando se hace el proceso de Carranza, entre los papeles de Fr. Luis de la Cruz y en poder del jesuíta don Antonio de Córdoba,[55] un discípulo adictísimo del Mtro. Ávila, que en marzo de 1558, es decir, en vísperas del proceso de Valladolid, habla todavía con sincero encomio, en carta al P. Laínez, de aquel "Fr. Domingo de Rojas, siervo de nuestro Señor y amigo de otros frailes, que no lo son nuestros...".[56] No puede maravillarnos que, entre los libros de Carranza examinados en su proceso, figure algún tratadillo avilino, e incluso "unas notas a la exposición del salmo *Audi, filia,* hecha por el Mtro. Ávila".[57] En estas obras, como hemos de ver, pudo saborear conceptos muy vivos y expresivos sobre el gran misterio y beneficio de Cristo.

Tal vez nos hemos entretenido más de lo justo en subrayar el influjo que le viene a Carranza del P. Ávila, a través de Fr. Luis de Granada; pero interesaba hacerlo, por la luz que proyecta sobre las tres figuras.

5. El "Cathalogus" de Valdés

El descubrimiento de los focos luteranizantes de que acabamos de hablar, no pudo menos de poner en guardia a los inquisidores en materia de libros espirituales y de teología, particularmente en lengua vulgar, por el peligro que suponían para el pueblo.

55 Menéndez Pelayo, *Heterodoxos* (Ed. Nac.), t. IV, pp. 46, 50; Beltrán de Heredia, *Las corrientes...*, pp. 148, 113 s.

56 MHSI, *Lainii Mon.*, III, 172.

57 Menéndez Pelayo, *Heterodoxos* (Ed. Nac.), t. IV, p. 25, 58 nota 2. Ya hemos dicho (nota 7) como, juntamente con el *Catecismo* de Carranza, fueron censurados por Melchor Cano y Domingo de Cuevas unos tratados del P. Ávila, en concreto la carta 20 y el tratado del amor de Dios. Las "notas a la exposición del salmo *Audi, filia*" sin duda eran el apéndice II, que se publica al final de este tomo y del que hablaremos más adelante.

Conocemos la lista de "los libros que se mandaron quemar por los señores del Consejo de Valladolid, 2 de enero [de] 558 años".[57 bis] A mediados de octubre de este mismo año el Inquisidor Valdés encargaba a Melchor Cano la censura del *Catecismo* de Carranza. Unos meses después, el 20 de marzo de 1559, escribían del Consejo a los inquisidores de Sevilla: "El *Catálogo* de los libros se imprimirá con la más brevedad que sea posible; que, por haber venido nuevamente muchos libros (se están viendo), no se ha podido hacer".[58]

En verano se entera Fr. Luis de Granada de que sus libros han sido llevados a la censura del santo Oficio y vuela desde la corte portuguesa a Valladolid, a parar el golpe. Se entrevista con Valdés; pero era ya tarde: el *Catálogo* se había dado a la imprenta. La única esperanza que le queda es que se le permita reformar el *Libro de la oración*. Y aun esto no es seguro, porque el arzobispo Valdés es muy "contrario a cosas, como él llama, de contemplación para mujeres de carpinteros".[59] Así, literalmente, se lo escribe Fr. Luis de Granada a Carranza desde Valladolid, a mediados de aquel año, en una carta que hubo de ir a engrosar los innumerables folios del proceso contra el arzobispo de Toledo, cuya prisión tenía lugar el 22 de agosto.[60] Por estos mismos días salía de las prensas vallisoletanas de Sebastián Martínez el *Cathalogus librorum qui prohibentur mandato Reverend. D. D. Ferdinandi de Valdés, Hispalen. archiepiscopi, Inquisitoris Generalis Hispaniae.*

En las primeras páginas se indicaba el criterio seguido. Se había mandado hacer *Catálogo* de cuantos libros "pareciese eran heréticos, sospechosos y que contenían algún error, o que eran de autor hereje, o que podría resultar algún escándalo o inconveniente en que se tuviesen y leyesen".[61]

Entre los libros espirituales que se prohibían figuraban varios de Enrique Herp, Taulero, Savonarola, Dionisio Richel... y algunos otros de autores españoles

57 bis Arch. Hist. Nac., *Inquis.*, lib. 323, f. 146 r.
58 Arch. Hist. Nac., *Inquis.*, lib. 575, f. 75 r.
59 *Obras de Fr. Luis* (Ed. Cuervo), XIV, 441.
60 MENÉNDEZ PELAYO, *Heterodoxos* (Ed. Nac.), t. IV, pp. 43 ss.
61 *Cathalogus...*, p. 4.

contemporáneos de gran predicamento: San Francisco de Borja, Fr. Luis de Granada, Fr. Bartolomé Carranza de Miranda y el P. Mtro. Ávila. El libro de este último, incluído en el *Catálogo,* era el *Aviso y reglas christianas compuestas por el Mtro. Ávila, sobre aquel verso de David: Audi, filia,* etc.[62] Se vedaban, además, "todos y cualesquier sermones, cartas, tractados, oraciones o cualquier escriptura escripta de mano que hable o tracte de la sagrada Escriptura o de los sacramentos de la santa Madre Iglesia y religión cristiana por ser artificio de que los herejes usan para comunicarse sus errores".[63]

No sabemos la impresión que produjo en el Padre Ávila ver puesta en el *Índice* su obra maestra; pero creemos que hay que situar en este momento lo referido por su discípulo, el P. Alonso Molina, quien decía que, "habiendo llegado a su noticia del dicho Maestro Joan de Ávila la dicha prohibición, y hallándose al presente con muchos cartapacios que había escrito de su mano en las Universidades de Alcalá y Salamanca, y otros estudios suyos de mucho trabajo; que, sin mirar glosa ninguna... sino entendiéndolo a la letra, los quemó luego sin dilación", con gran sentimiento de sus discípulos.[64]

6. El Mtro. Ávila corrige su tratado

a) *Primera revisión.* — Ávila estaba ahora muy enfermo y residía de quieto en Montilla, en una casita junto al palacio de la marquesa de Priego, no lejos de Santa Clara, donde estaba encerrada la condesa de Feria. Sin los muchos viajes de etapas anteriores, tendría en adelante alguna mayor paz para sus escritos. Es la etapa fecunda la de su inmovilidad montillana. Ahora

62 *Ibid.,* p. 37.
63 *Ibid.,* p. 50.
64 Declaración del H. Sebastián de Escabias, S. I., en el proceso de Jaén (Arch. Segr. Vatic., *Rit-Proc.* 3173, f. 1124 v.). El H. Escabias dice que se lo había contado el P. Molina, con quien vivió algunos años, y que el hecho tuvo lugar con ocasión de haber "inviado Su Santidad un breve muy apretado, prohibiendo que la Sagrada Escritura estuviese escrita en cartapacios, sino impresa". Creemos que la ocasión debió ser más bien la publicación del *Catálogo* inquisitorial.

tendría tiempo para revisar el *Audi, filia,* que estaba sin tocar desde hacía diez años casi, de cuando lo dispuso con una dedicatoria para el conde de Palma. Seguían los ruegos de los amigos, pidiéndole que lo publicase, y era preciso, además, ajustarlo a los cánones de Trento. Así, pues, "el año pasado — nos dirá, sin precisar, en su prólogo definitivo de hacia 1564 —, vencido ya de ruegos de amigos, comenzaba poco a poco a lo *corregir y añadir* para que se imprimiese, aunque sabía lo mucho que me había de costar de mi salud", cuando "a cabo de pocos días supe que se había impreso un tratado sobre este mesmo verso [*Audi, filia*], y con título de mi nombre, en Alcalá de Henares, en casa de Juan de Brocar, año de 1556". Sorprendido por esta edición tan bien intencionada como fraudulenta, "procuré con más cuidado — nos dice a continuación — a entender en lo comenzado, para que, imprimido este tratado el otro se desacreditase. Mas las enfermedades que, después acá, aun han crecido, y haber añadido algunas cosas, han sido causa para que más presto no se acabase".[65]

Estaba entendiendo todavía el Mtro. Ávila en corregir y aumentar su tratado, cuando el *Audi, filia* fue llevado al Santo Oficio y, luego, incluído en el Índice. A este momento pertenece la censura que se publica en apéndice a esta edición nuestra del texto de 1556 y que

65 Véase también lo que hemos dicho en la nota 33. Comparándolo con lo que escribimos hace diez años en el artículo *Vicisitudes del "Audi, filia" del Mtro. Ávila,* en "Hispania sacra", 3 (1950), 82 s., nota 44, se advertirá que adoptamos ahora otra cronología. La "enfermedad continua de casi *ocho años*", de que habla Ávila en el prólogo de 1574, y que empezábamos a contar en 1551 nos llevaba como fecha de redacción del mismo a 1558-59. Descontando los "*veintisiete años*" que hacía se escribió el libro para doña Sancha Carrillo, nos íbamos a 1531-32. "*El año pasado*", dándole un sentido concreto, no el impreciso de "uno de estos años pasados", que ahora le damos, lo situábamos hacia 1557. Con dicha cronología el prólogo no resultaba demasiado claro y nos temíamos que había sufrido alguna interpolación. BATAILLON, *l. c.*, p. 27, teniendo en cuenta las dificultades del texto y otras consideraciones, afirmaba en 1955: "Dans l'état actuel de notre documentation, c'est cette préface que j'incline à croire du à un disciple trop bien intentionné, et je pense que l'édition de 1556, si hardie ou inopportune qu'elle pût sembler en 1559, avait bel et bien été imprimée avec l'agrément de Jean d'Avila". Estimamos que hay que mantener la autenticidad de los dos prólogos, que ahora se entienden mejor. Y seguimos considerando que Ávila no pudo autorizar en vísperas de 1556, después de las dos primeras convocatorias de Trento, la edición de su obra sin retoques en lo relativo a los temas sobre la justificación.

parece debe atribuirse a Fr. Juan de la Peña. J. Ignacio Tellechea, al presentarla, se hace muy justamente estas preguntas: "¿Fué esta censura de Peña antes o después de la aparición del *Catálogo?* ¿Acaso fué el voto oficial dado por Peña ante el Santo Oficio...? ¿O se trata simplemente de una censura privada e íntima, amigablemente enviada al Maestro para que se guardase la ropa en adelante?". La censura ciertamente es posterior a 1556, año de la edición de Alcalá, cuya foliación cita, y anterior al 19 de agosto de 1559, tres días antes del arresto de Carranza, fecha en que se halló en la celda de Fr. Juan de la Peña, al hacerse el secuestro de sus papeles. Por su condición de censor habitual del Santo Oficio nos inclinamos a pensar que la censura había sido hecha con vistas al *Catálogo* de Valdés, pero con gran benignidad y muchísimo respeto al autor del libro.[66]

Es natural que Ávila, suspendiese ahora su trabajo y que antes de proseguir la corrección del *Audi, filia,* quisiera averiguar el alcance de la prohibición y saber qué era lo que se había encontrado en su escrito merecedor de censura.[67] Y bien se le avisase amigablemente

66 La censura es, al parecer, oficial y no privada: "Lo que me parece en el *articulo 'Audi, filia'*, etc., se debe notar y explicar es lo siguiente" (f. 268 r). "Paréceme que *un hombre* [Ávila] *bien ejercitado en esto* [la oración], podría fácilmente obviar este inconveniente y dar el consejo de manera que ni los flacos tomen ocasión de variar fácilmente..." (13, f. 269 v). La censura tiene sobre todo ante los ojos a luteranos (2, 3, 6, 9, 11), alumbrados dejados (2, 3), y también a pelagianos (5, 10). La suavidad de la censura se refleja en las observaciones de Fr. Juan de la Peña: "Explíquese" (1, 6); "Añada" (2, 4, 9, 12); "Esta palabra se podía quitar, si pareciere" (3), "Diga, si pareciere" (10): "Esto se puede explicar brevemente con alguna palabra. *ne scandalicemus eos*" (5); "Porque no convengamos aun en las palabras con los luteranos" (7, 8); "Más llano será para estos tiempos" (11); "Hay un consejo que, aunque para algunos, mayormente provectos en la virtud y ejercicio espiritual y ejercitados en él, sea muy bueno..." (13); "Si mi parecer se tomase en este caso..." (14); "Modérese" (7), "Témplense aquellas palabras" (16). Sólo con ocasión de yerros materiales se dice: "En la foja 95, ca. 1.ª, *está* una mentira que dice..." (15), "La negativa que dice que Ezequías no era justo *es* falsa" (16).

67 Recordemos a Fr. Luis de Granada acudiendo al inquisidor Valdés, para hablarle sobre sus libros. Algo sabemos de san Francisco de Borja, a quien afectaba también la publicación del *Catálogo,* por una carta del P. Baptista a Laínez, de 20 sept. 1559: "De Alcalá tengo carta del P. Francisco, cómo llegó bueno y va al Andalucía, y dícenme que cree remediará el haber metido en el *Catálogo de libros prohibidos,* que nuevamente ha salido, un tratadillo del P. Francisco, que por acá ha dado algún ejercicio, aunque sin ocasión, pues se ve que a él y a Fr. Luis de Granada y otros no prohi-

y de manera privada por Fr. Juan de la Peña sobre los puntos notados — tal vez antes de la misma inclusión en el Índice —, bien recibiese oficialmente la censura del dominico, lo cierto es que, a través de la edición definitiva de 1574, advertimos que en esta corrección se han tenido muy presentes las observaciones de Peña, las cuales se han seguido fielmente aun en correcciones que afectan a veces a una sola palabra. Dado, sin embargo, el escaso número de correcciones propuestas, y sólo alguna fundamental, y el volumen, por otra parte, de la enmienda realizada por Ávila en su redacción última, sospechamos que, además de esta censura, tuvo en cuenta el Maestro otras por lo menos tan importantes.[68]

La nueva revisión debió terminar, lo más tarde, hacia final de 1564; pues desde 1565 vuelven a circular copias del célebre libro del Mtro. Ávila. Una de ellas parece que llevaron consigo a Roma los jesuítas que, al comenzar el verano de 1565, fueron a la congregación en que fué elegido Prepósito General de la Compañía de Jesús, el P. Francisco Borja.[69] Mientras tanto, como

ben por tener mala o sospechosa doctrina, sino por haber parecido por agora que no anden estas cosas de devoción en romance" (MHSI, *Lainii Mon.*, IV, 513). El ambiente de encogimiento que creó el *Catálogo* se retrata en una carta del P. Juan Suárez a Laínez, fechada en Sevilla, 20 oct. 1559. Les habían obligado a entregar los ejemplares de los *Ejercicios*, y de la pena se había puesto malo. Escribe: "En el ejercicio de la Natividad dice: Tenía la Sma. Trinidad, etc. En las adiciones a la pasión: ¿Cómo seré miembro a tal Cabeza, habiendo tanta disimilitud? En el segundo modo de hacer elección dice: Que el amor que me incita a elegir sea de arriba, de manera que el que hace la elección, primero sienta que aquel amor sea por su Criador. — Por menos que esto he visto en este tiempo vedar obras, *alias* católicas y provechosas, y de autor cristiano; y en estos ejercicios leerán éstas y otras semejantes..." (MHSI, *Lainii Mon.*, IV, p. 522).

68 Los puntos de corrección propuestos por Fr. Juan de la Peña se reducen a 16: dos de ellos, como ya hemos dicho, puramente de aquilatación material o histórica (15, 16); los más, relativos a puntos ascéticos, tocantes algunos de ellos a la oración y sus métodos o a la manera de comportarse en las revelaciones y cosas extraordinarias (1, 2, 3, 4, 5, 10, 12, 13, 14); otros cinco, en relación con la fe y la justificación (6, 7, 8, 9, 11). Del punto 11 dice al final el censor: "Esta anotación baste en este capítulo para buen entendedor y advierta que lo principal que hay que enmendar en este libro es esto" (f. 269 r). Como bien advierte Tellechea no hay una sola observación sobre el beneficio de Cristo, sobre la teología del pecado, sobre el valor e interpretación de la Escritura (*infra*, p. 320).

69 En octubre de este año reclamaba esta copia el P. Polanco al P. Salmerón, que se la había llevado a Nápoles: "Un tratto sopra il salmo *Audi, filia,* che V. R. porto seco, e molto desiderato per

veremos, el P. Ávila, para obviar cualquier inconveniente, había presentado el libro a la censura del obispo de Córdoba, don Cristóbal de Rojas, quien concedió su aprobación el 7 de junio de este mismo año de 1565.

Muy difícil es averiguar las diferencias entre esta revisión y la que se hará, según diremos, como consecuencia de una nueva intervención del Santo Oficio. Sin duda fué ahora cuando se trastornó el orden de las palabras del salmo. Ávila se contenta con decirnos que ha "añadido algunas cosas". Entre ellas creemos deben contarse los preciosos capítulos sobre la Pasión de Jesucristo (caps. 76-81), que no figuraban en la redacción de 1556 y que deja incompletos, según él mismo confiesa,a causa de sus enfermedades; [70] y asimismo el largo tratado apologético sobre la fe, constituído por los capítulos 32-44.[71] En general parece que puede decirse que, comparándolo con el impreso de 1556, el *Audi, filia* de 1565 había crecido de volumen y que, salvo algunas variantes de las que hemos de hablar, este *Audi, filia* de 1565 había de ser el que llegase a nuestras manos. ¿Reflejaba el texto de esta revisión un manuscrito del que luego hablaremos, que sólo tenía 107 capítulos, en lugar de los 113 de la redacción definitiva?

Una preocupación constante de Ávila en esta revisión de 1565, fué la de dejar en su punto exacto la doctrina del beneficio de Cristo. Todavía quedó con escrúpulo de que apareciera subrayada en exceso la parte dada a la misericordia y a la confianza. Por esto no quiso terminar su prólogo sin hacer al lector una última advertencia: "También me parece avisarte, le decía, de que, cómo este libro fué escrito a aquella religiosa doncella que dije, la cual, y las de su calidad, han menester más esforzarlas el corazón con confian-

rimandarlo in Granata: habbisi memoria di rimandarlo" (MHSI, *Ep. P. Salmeronis*, II, 46). El 12 de enero de 1566 escribía san Francisco de Borja al P. Salmerón: "*L'Audi, filia*, del P. Mtro. Ávila, non è comparso ancora" (*Ibid.*, II, 59).

70 Dice en el cap. 81: "Y porque tenía deseado y pensado de proseguir esta materia más largo y pasar a la consideración de la Divinidad por el escalón de la santísima Ánima de Jesucristo nuestro Señor, y mi poca salud no da lugar, no os digo más; porque *lo que aquí escribo es lo postrero de este tratado...*" (*Obras*. I, 256).

71 Estos capítulos reflejan el ambiente de los últimos años del P. Ávila, próxima ya la rebelión de los moriscos (Navidad de 1568).

za que atemorizarlas con rigor, así va enderezado más a lo primero que a lo segundo" Ávila quedaba con esto tranquilo.

b) *Nuevas enmiendas, posteriores a 1565.* — No tardó mucho en llegar noticia a la Inquisición del manuscrito del P. Ávila, aprobado por el obispo de Córdoba. En carta al Consejo de 26 de abril de 1568 escribían los inquisidores cordobeses:

Teniendo entendido que aquí había un libro de mano del Mtro. Juan de Ávila, sobre el verso *Audi, filia* del psalmo 44, se hizo diligencia para saber en cúyo poder estaba. Es de cerca de trescientas hojas y en el prólogo el autor dice que no tengan por suyo el impreso en Alcalá con título de su nombre en casa Juan Brocar, año de 1556, que es el que está reprobado. Al fin de este libro tiene aprobación firmada del obispo de esta diócesis, en que dice las palabras siguientes: "Habiendo mandado ver y examinar este libro, que ha sido hecho por el P. Mtro. Juan de Ávila, entiendo que su doctrina es católica y provechosa para cualquier cristiano; por tanto, doy licencia para que le puedan leer y tener todas las personas que quisieren. Dada en Córdoba, a 7 de junio de 1565 años. *Episcopus Cordubensis*." Ha parecido de dar aviso a V. S., porque, demás que por el *Catálogo* está prohibido que ninguno pueda tener libros ni papeles escriptos de mano que hable o trate de la sagrada Escritura, por la pragmática de Valladolid de septiembre de 1558 está también mandado so graves penas.[72]

Los del Consejo contestaron el 19 de mayo, mandando que se diese a examinar a algunos teólogos.[73] Y el 14 de junio escribían los inquisidores de Córdoba: "El libro del Mtro. Juan de Ávila, escripto de mano, se ha encomendado a personas que lo vean, y se dará aviso de su parecer, como V. S. manda." [74]

A mediados de noviembre había terminado la censura su tarea. El 20 de este mes la Inquisición de Córdoba enviaba a la Suprema el parecer sobre el libro. Los señores del Consejo apuntaron al margen de la carta recibida: "Que adviertan al Mtro. Ávila de estos apuntamientos por buenas razones, sin darle el nom-

72 Arch. Hist. Nac., *Inquis.*, leg. 2392.

73 "En lo del libro, escripto de mano, hecho por el Mtro. Juan de Ávila, que por la aprobación en él hecha por el obispo de esa ciudad algunas personas usan de él, parece proveáis, señores, que el dicho libro se vea por teólogos y den su parecer en él; del cual daréis aviso al Consejo, para que, visto, se provea lo que más convenga" (Arch. Hist. Nac., *Inquis*,, lib. 576, f. 196 v).

74 Arch. Hist. Nac., *Inquis.*, leg. 2392.

bre de la persona que hizo los dichos apuntamientos."[75] Y luego, en la carta que escribieron el 4 de diciembre a los inquisidores de Córdoba, decían: "Vimos los apuntamientos que Fr. Alberto de Aguayo escribió sobre el libro del *Audi, filia* del Mtro. Ávila, escripto de mano, y ha parecido debéis, señores, advertir de ellos por buena orden, sin que le pueda causar alteración, al dicho Mtro. Ávila." Firmaban la carta: don Rodrigo de Castro, Busto de Villegas, Francisco de Soto Salazar, Juan de Ovando, Hernando de Vega de Fonseca.[76]

La respuesta está dada con un sentido de veneración evidentísimo. Alguien velaba por él desde el Consejo. No conocemos las relaciones que todos y cada uno de aquellos señores pudieran tener con el Maestro; pero sabemos que el futuro obispo de Salamanca, Francisco de Soto Salazar, que había sido provisor del prelado cordobés don Diego de Álava y Esquivel,[77] sentía una viva admiración por el Mtro. Ávila. No hacía mucho que Teresa de Jesús había acudido al inquisidor para que la asegurase en sus dudas. "Él le dijo — hemos cedido la pluma a la misma Santa de Ávila — que todo esto no era cosa que tocaba a oficio, porque todo lo que vía y entendía la afirmaba más en la fe católica... Díjole, como la vido tan fatigada, que escribiese al Mtro. Ávila, que era vivo, una larga relación de todo, que era hombre que entendía mucho de oración, y que con lo que la escribiese se sosegase."[78] Ahora, cuando escriben los inquisidores, hace apenas unos meses que Juan de Ávila ha escrito una notable carta a Santa Teresa, certificándole ser buena su oración.[79]

A primeros de febrero de 1569, tres meses antes de la muerte del P. Mtro. Ávila, todavía no se le había hecho sabedor del contenido de los apuntamientos. Lo deducimos de la carta del Consejo a los inquisidores de Córdoba, de 4 de febrero de este año: "Cuanto a la diligencia que se os encomendó hiciésedes con el Maes-

75 Arch. Hist. Nac., *Inquis.*, leg. 2392.

76 Arch. Hist. Nac., *Inquis.*, lib. 576, f. 273 r.

77 J. Gómez Bravo, *Catálogo de los obispos de Córdoba*, t. II, p. 465. El episcopado de don Diego de Álava empezó el 21 oct. 1558; murió el 24 marzo 1562. Cf. Gulik-Eubel, *Hierarchia catholica*, III², pág. 78.

78 Relación IV: Sevilla, 1576 (*Obras*, ed. Silverio, II, p. 23).

79 Carta 158 (*Obras completas*, I, 805,-808).

tro Ávila, sobre el libro de *Audi, filia,* ha parecido se haga como decís, pues está ausente de esa ciudad." [80] Así lo debieron hacer los inquisidores cordobeses después del recibo de esta carta. Y Juan de Ávila volvería a poner, por última vez, su mano en aquella obra, en que se cifran las ilusisones de sus primeros años de apostolado y las agonías de su vejez. Cuando hagamos el análisis de las diferencias entre los dos textos del *Audi, filia,* que han llegado a nosotros, el de 1556 y el de 1574, señalaremos alguna de las correcciones que, a nuestro entender, se deben a esta última hora. ¿Las redactó él mismo antes de morir, o señaló a su discípulo, el P. Villarás, lo que debía modificarse, para que éste lo hiciera? No podemos responder de una manera categórica. Tampoco podemos asegurar que se refieran al *Audi, filia* unas enmiendas de que habla Pedro Navarro, su discípulo de Granada, en una carta que parece posterior a la muerte de Ávila: "Los papeles me envió Villarás, apuntados algunos pasos del Patriarca [Ávila] que se habían de enmendar, y helos vuelto al principio tan de veras, que parecen otros en la claridad y elegancia, viendo que le agradaron al Santo, mayormente en la materia de ellos. Al Arzobispo [D. Pedro Guerrero] dije de ellos: quizá los querrá ver cuando estén sacados en limpio." [81]

7. La edición definitiva de 1574

Después de la muerte del P. Ávila, dos de los discípulos, Juan de Villarás, su amanuense, y el P. Juan Díaz, su sobrino, se empeñaron en la publicación de las obras del P. Maestro. Comenzaron por el *Audi, filia,* que dedicaron ambos juntamente a don Alonso de Aguilar, marqués de Priego. La aprobación del P. Bartolomé de Isla, S. I., lleva la fecha de 26 de noviembre de 1573 y contiene algo de historia: "Aunque antes de agora se imprimió — dice — debajo de otro título y con el nombre del mismo autor, en hecho de verdad ni

80 Arch. Hist. Nac., *Inquis.*, lib. 576, f. 290 v.
81 Carta de Pedro Navarro a María Cerrato; 5 dic. Una nota del P. Santiváñez, escrita en la misma carta, apunta que debe ser de 1569 ó 1570 (Arch. Prov. Toledo S. I., Ms. 20 bis, p. 153).

él lo supo ni para la tal impresión, si lo supiera, diera su consentimiento, por no haberla entonces acabado de rever." [82]

El libro apareció el año siguiente de 1574 en Toledo, donde residía ahora el P. Juan Díaz, con el título bastante oscuro de *Libro espiritual, que trata de los malos lenguajes del mundo, carne y demonio y de los remedios contra ellos; de la fee y del proprio conocimiento; de la penitencia, de la oración, meditación y pasión de nuestro Señor Jesucristo; y del amor de los prójimos.*[83] No debió ser muy numerosa la edición, puesto que los ejemplares son rarísimos. Al poco tiempo firmó Juan Díaz un contrato con el impresor Pierres Cosin, el cual hizo una tirada de 1.500 ejemplares, que salieron a la luz en Madrid aquel mismo año de 1574.[84]

Al año siguiente se imprimía nuevamente el tratado en Salamanca, en casa de Matías Gast. En esta edición se quitaba el confusionismo de la portada, a la que volvía otra vez el título de *Audi, filia.*[85] Con esto quedaban fijados definitivamente el título y el texto del mejor libro espiritual del P. Ávila. La edición anterior seguía prohibida. En el *Index et Cathalogus* de don Gaspar de Quiroga, de 1583, leemos todavía: "Aviso y reglas cristianas, del Mtro. Ávila, sobre el verso de David: *Audi, filia,* etc., impreso antes del año 1574." [86]

82 *Obras espirituales,* I, 12.

83 La descripción de ésta y otras ediciones puede verse en nuestro artículo: *Ediciones castellanas de las Obras del Bto. Maestro Juan de Ávila,* en "Maestro Ávila, I (1946) 54 ss. Cf. *Obras completas,* t. I, p. 5 ss.

84 Cf. C. PÉREZ PASTOR, *Bibliografía madrileña* (Madrid, 1907), páginas 330 ss.

85 "*Aviso al cristiano lector.* Pareció cosa conveniente, cristiano lector, avisarte, que el título de este libro, que era *Libro espiritual de los malos lenguajes del mundo, carne y demonio,* etc., era a parecer de algunos, largo y oscuro, aunque por ventura se tuvo respeto en ello a que no pensasen algunos ignorantes que era este libro uno que los años pasados salió con título de *Audi, filia,* y se vedó, como lo dice el autor en su prólogo, afirmando que aquél no era suyo, y lo que [*lege:* que lo] ha corregido, y con licencia y bastantes aprobaciones se ha impreso. Por lo cual, no será fuera de la intención del autor que se le añada en el título, y diga así: *Libro espiritual sobre el verso "Audi, filia", que trata de los malos lenguajes, etc.,* así porque el mismo autor reconoce este título, pues comienza su libro con él, como porque por él será conocido el autor y todos con más facilidad y brevedad le podrán buscar y aprovecharse de él." Edición de Salamanca, 1575, f. prel. ++iiij.

86 *Index et Cathalogus librorum prohibitorum, mandato illustriss. ac Reverendiss. D. D. Gasparis a Quiroga. Cardinalis Archiepiscopi Toletani ac in regnis Hispaniarum Generalis Inquisitoris*

II. DIFERENCIAS DOCTRINALES ENTRE LAS DOS EDICIONES DEL "*AUDI, FILIA*"

¿Por qué habían sido incluídos en el *Catálogo* los *Avisos* del Mtro. Ávila? Aunque tenemos una de las censuras hechas a la edición de Alcalá, la mejor respuesta a este interrogante, será el resultado de la comparación de los dos textos: el prohibido de 1556 y el publicado por los discípulos de Ávila en 1574. Las enmiendas, adiciones y supresiones serán sumamente significativas. Recordemos, sin embargo, que el texto vedado, antes de llegar al estudio definitivo de la edición póstuma de 1574, pasa, por lo menos, por un doble proceso de revisión: el que estaba en curso en el momento de la prohibición inquisitorial y se amplía y continúa hasta el año de 1564, y el que sigue a los reparos puestos por Fr. Alberto de Aguayo a fines de 1568. En el texto actual, ¿qué es lo que corresponde a cada una de estas enmiendas? No va a ser del todo fácil discernirlo. Para proceder con algún orden, presentaremos primero ante los ojos los esquemas de las dos ediciones, enfrentados en páginas paralelas; examinaremos luego las diferencias que resultan de la comparación de los dos esquemas; y estudiaremos, por fin, las variantes de tipo doctrinal.

(Madrid, 1583), f. 63 v. Debió ser por razón del título que un ejemplar de 1575 se guardaba en Logroño en las "cámaras del secreto por los años 1634-35". Cf. M. BATAILLON, *Jean d'Avila retrouvé, l. c.*, página 29.

1. Esquemas de las dos ediciones:

a) *Avisos (1556).*[87]

1. Orden de las sentencias:

I. *Audi, filia.*
II. *Et vide.*
III. *Et inclina aurem tuam.*
IV. *Et obliviscere populum tuum.*
V. *Et domum patris tui.*
VI. *Et concupiscet Rex decorem tuum.*

2. Cotejo de las sentencias:

Introducción.

I. AUDI, FILIA (= 1574, c. 1).

A) *A quién no debemos oír:*

1. Lenguaje del mundo y honra vana (c. *2*):
   Remedios (c. *3*).
2. Lenguaje de la carne:
   Remedios (cc. *5-9*).
   Es don sobrenatural, que no se da a todos igualmente (cc. 14-16).
3. Lenguaje del demonio:
   a) *Secretamente* pone asechanzas:
      1) ensoberbeciendo al hombre (cc. 17, *67*),
      2) desesperándole: con la memoria de sus pecados (c. 18),
         Remedios: misericordia de Dios y beneficio de Cristo (cc. *18-19*, 21),
         con pensamientos contra Dios (cc. 25-28);
   b) *Abiertamente* se enoja (cc. *29-30*).

B) *A quién debemos oír:*
A solo Dios, por la "fe" (c. 31).

---

87 Para facilitar la comparación de las dos ediciones, indicamos a continuación de cada uno de los puntos que se tratan en los *Avisos* de 1556, el capítulo correspondiente donde se desarrolla el mismo tema en el texto definitivo de 1574. Cuando el número que indica el capítulo va en cursiva, quiere advertir que en la última edición ha sido refundido o aparece notablemente ampliado.

b) *Audi, filia (1574).*[88]

1. Orden de las sentencias:

I. *Audi, filia.*
II. *Et inclina aurem tuam.*
III. *Et vide.*
IV. *Et obliviscere populum tuum.*
V. *Et domum patris tui.*
VI. *Et concupiscet Rex decorem tuum.*

2. Cotejo de las sentencias:

Introducción.

I. AUDI, FILIA (c. 1).

A) *A quién no debemos oír:*
1. Lenguaje del mundo y honra vana (c. 2):
Remedios (c. 3).
Cuándo es lícito desear la honra humana (c. *4*).
2. Lenguaje de la carne:
Remedios (cc. 5-9).
Más remedios (c. *10*).
Otras cuasas de la pérdida de la castidad, en particular: soberbia, ociosidad y desobediencia (cc. *11-13*).
Es don sobrenatural, que no se da a todos igualmente (cc. 14-16).
3. Lenguaje del demonio:
a) *Secretamente* pone asechanzas:
1) ensoberbeciendo al hombre (c. 17),
2) desesperándole: con memoria de sus pecados (c. 18).
Remedios: beneficio de Cristo (cc. *19-20*),
misericordia de Dios (cc. *21-22*),
alegre diligencia y esperanza (cc. *23-24*),
con pensamientos contra la fe y Dios (cc. 25-28);
b) *Abiertamente* se enoja (cc. 29-30).
B) *A quién debemos oír:*
A Dios por la "fe" (c. 31):
a) credibilidad de nuestra fe (cc. *32-42*),
b) sobrenaturalidad de nuestra fe (cc. *43-44*).

---

88 Los capítulos cuyo número va indicado en cursiva no se encontraban en la primera edición.

II. ET VIDE:

A) *Con los ojos del cuerpo* (c. 56).

B) *Con los ojos del ánima* (c. 56):

1. A sí mismo:

   Necesidad del propio conocimiento y diligencia por conseguirlo:
   - a) lugar (cc. 57-58),
   - b) principio de la oración: lección y oración (c. 59),
   - c) meditación de la muerte (cuerpo) y juicio (alma) (cc. 60-61),
   - d) examen cotidiano (c. 62),
   - e) conocimiento de nuestras buenas obras:
     nuestro "ser",
     nuestro "bien ser" (cc. 63-67),
     nuestro "bienaventurado ser" (no se desarrolla ni en 1556 ni en 1574).

2. A Cristo:

   Frutos (c. 68).
   Modo de meditar la pasión: avisos y normas para la oración (cc. *72, 74-75, 81*).
   Exposición de un lugar de los Cantares (cc. 68-69).

3. A los prójimos (cc. 94-96).

III. ET INCLINA AUREM TUAM:

A) *Positivamente:*

1. A la palabra de Dios: "toda la Sda. Escritura" (cc. 45-46);

2. "A la determinación y enseñanza de la Iglesia católica, cuya cabeza en la tierra es el Pontífice Romano" (c. 46).

B) *Negativamente:*

"Malas revelaciones que trae el demonio" (cc. 50-51);
Avisos de discreción de espíritus:
- a) conformidad con la Sda. Escritura,
- b) no haya mentira (faltan 1574),
- c) provecho espiritual (c. 52).

La soberbia, causa de engaños. El director espiritual (cc. 53-55).

C) *El Señor nos da ejemplo:*
Él nos mira y nos oye, a pesar de habernos amenazado por nuestros pecados (cc. 82-83),
porque la justicia nuestra, que mira, no es nuestra: es de Cristo; ni nos oye a nosotros, sino en Él (cc. *84-87*).

II. ET INCLINA AUREM TUAM:

A) *Positivamente:*

1. A la Sda. Escritura (c. 45),
2. Interpretada por la Iglesia Romana (c. 46).
   Terrible castigo es la pérdida de la fe (cc. *47-49*).

B) *Negativamente:*

Falsas revelaciones (cc. 50-51).

Aviso: Mírese qué provecho dejan en el alma, para decirlo al director (c. 52).

La soberbia, causa de engaños. El director espiritual (cc. 53-55).

III. ET VIDE:

A) *Con los ojos del cuerpo* (c. 56).

B) *Con los ojos del ánima* (c. 56):

1. A sí mismo:
   Necesidad del propio conocimiento y diligencia por conseguirlo:
   a) lugar (cc. 57-58),
   b) principio de la oración: lección y oración (c. 59),
   c) meditación de la muerte (cuerpo) y juicio (alma) (cc. 60-61),
   d) examen cotidiano (c. 62),
   e) conocimiento de nuestras buenas obras:
      nuestro ser natural,
      nuestro ser sobrenatural (cc. 63-67).
2. A Cristo:
   Frutos (c. 68).
   Exposición de un lugar de los Cantares (cc. 68-69).
   Oración:
   a) *Importancia* y provechos (c. *70*).
   b) *Pasos* para llegar a Dios:
      1) Penitencia (c. *71*),
      2) Hacimiento de gracias; meditación de la pasión (c. *72*).
         Normas y avisos (cc. *73-75*).
         Fines: *a*) mortificación corporal (c. *76*),
         b) mortificación pasiones (c. *77*),
         c) amor (cc. *78-80*),
         d) pensaba "pasar a la consideración de la Divinidad por el escalón de santísima Ánima de Jesucristo N. S., y mi poca salud no da lugar" (c. *81*).
      Otros avisos (c. *81*).
   c) *Eficacia:* [*El Señor no da ejemplo*]:
      Él nos mira y oye, a pesar de habernos amenazado por nuestros pecados (cc. 82-83),
      porque nos mira y oye a través de Cristo (cc. *84-87*).
      Cristo es nuestra justicia; pero la justicia de los justos es distinta de aquélla por la que Cristo es justo.
      Consecuencias (cc. *88-93*).
3. A las prójimos (cc. 94-96).

IV. ET OBLIVISCERE POPULUM TUUM:

El mundo malo y la vanidad de la nobleza de linaje (cc. 97-99).

V. ET DOMUM PATRIS TUI:

La casa es la propia voluntad; el padre, el demonio (c. 100).

VI. ET CONCUPISCET REX DECOREM TUUM:

1. Esta hermosura no es la del *cuerpo* (cc. 103-105);
2. sino la del *alma,* la cual:
   a) afeada por el pecado (cc. 106-107),
   b) es hermoseada con la sangre de Cristo crucificado, el cual, aunque mirado con ojos humanos parece feo, es hermoso a los ojos de la fe (cc. 108-113).

2. Comparación de los dos esquemas

La comparación del plan desarrollado en cada una de las dos ediciones, nos muestra claramente las siguientes diferencias:

1) En la *primera sentencia* — Audi — el esquema general queda intacto: A) *A quién no debemos oír:* lenguaje del mundo, carne y demonio; B) *A quién debemos oír;* A Dios (solo Dios: 1556), por la "fe".

Hay, sin embargo, variantes de alguna monta. Sin contar aquellos capítulos que han sido notablemente refundidos o se han aumentado con adiciones que no afectan a la doctrina y plan general, advertimos: a) la adición del c. 4, que es una aclaración de lo que antecede contra el lenguaje del mundo y honra vana. La aclaración responde a esta pregunta que brota espontánea: ¿Pero, en ningún caso será lícito desear la humana honra?; b) la adición de más remedios contra el lenguaje de la carne (c. 10) y de tres capítulos (11-13) sobre las causas por la cuales se puede perder la castidad; c) una notable ampliación explicativa de los remedios contra la desesperación (cc. 19-24), que constituye, como luego veremos, una de las variantes ideológicas más notables. d) Otra diferencia, también muy importante, es haber convertido en un verdadero tratado apologético los escasos y sustanciosos folios que

IV. ET OBLIVISCERE POPULUM TUUM:

El mundo malo y la vanidad de la nobleza de linaje (cc. 97-99).

V. ET DOMUM PATRIS TUI:

La casa es la propia voluntad; el padre, el demonio (c. 100).
Cómo ir negando la propia voluntad (c. *101*).
No todo lo que deseamos y pedimos es propia voluntad; ¿cómo se conoce la voluntad de Dios? (c. *102*).

VI. ET CONCUPISCET REX DECOREM TUUM:

1. Esta hermosura no es la del *cuerpo* (cc. 103-105);
2. sino la del *alma,* la cual:
   a) afeada por el pecado (c. 106-107),
   b) es hermoseada con la sangre de Cristo crucificado, el cual, aunque mirado con ojos humanos parece feo, es hermoso a los ojos de la fe (cc. 108-113).

se dedican a la "fe" en la edición de 1556, explanando sus frutos, naturaleza, verdad, gratuidad y la postura del libre albedrío ante ella. La apologética del Mtro. Ávila, que hoy tenemos en el actual *Audi, filia,* consta de trece capítulos: once, sobre los motivos de credibilidad de nuestra fe, contra moros y judíos (cc. 32-42);[89] y dos sobre su naturaleza sobrenatural, su papel en la justificación y sus relaciones con la caridad, contra los protestantes (cc. 43-44).

2) Las *sentencias segunda y tercera* — ET VIDE, ET INCLINA AUREM TUAM — han experimentado una transposición en el orden y han sufrido un desmembramiento y reajuste internos.

La *tercera sentencia* de 1556 es la segunda de 1574, y de los tres miembros de que constaba en aquella redacción, sólo conserva los dos primeros — *positivamente, negativamente* —, pues el tercero ha pasado a formar parte de la sentencia siguiente — ET VIDE —. Esta disposición es, en sí, mucho más lógica, aunque no se adapta al orden exigido por las palabras del texto bí-

89 Es expresivo este texto del c. 37: Los cristianos se sienten tan ricos con Cristo "que cierto no tienen gana de esperar al Mesías que los *judíos* esperan ni gozar del paraíso que *Mahoma* promete...". (*Obras espirituales*, I, 123). Cf. c. 32 (p. 111), cc. 39-40 (pp. 126 ss), sobre la Trinidad y la Redención.

blico, que sirve de armazón al tratado. Después que se dijo en la primera sentencia que debíamos oír a solo Dios por la fe, era consecuente preguntarse: ¿Dónde, encontraremos las palabras de Dios? ¿Hacia dónde inclinaremos nuestra oreja? A esto responde el P. Ávila: "A toda la Escritura de Dios" y "con muy mayor y particular devoción y humildad a las benditas palabras de Dios hecho carne". Y en la primera edición añade: "Item, inclinad vuestra oreja a la determinación y enseñanza de la Iglesia católica, cuya cabeza en la tierra es el Pontífice Romano." En la redacción definitiva, el haber desglosado — para tratarlo más particularmente (c. 46) — aquel aviso que se lee también en el texto de 1556: "Y habéis de mirar que la exposición de esta Escritura no ha de ser por seso o ingenio de cada cual..., mas ha de ser por la determinación de la Iglesia católica, a interpretación de los santos de ella",[90] hace que se olvide luego de añadir este segundo miembro de "la determinación y enseñanza de la Iglesia católica", como puede verse en los esquemas.

Puede asimismo advertir el lector que el texto de 1574, a continuación de los capítulos 45 y 46, añade otros tres (cc. 47-49), que, con ligeras variantes, coinciden con los párrafos 23-30 del tratado avilino de las *Causas de las herejías.*[91] Todo esto, por lo que se refiere al primer miembro: A) *Positivamente,* de esta sentencia ET INCLINA AUREM TUAM.

El segundo miembro: B) *Negativamente,* sobre las falsas revelaciones, se reduce notablemente en la edición de 1574. Obsérvese que se suprimen dos de las señales que se daban al alma para distinguir las verdaderas revelaciones de las falsas; y que en lo que se ha conservado se insiste mucho en la necesidad de acudir al director espiritual, contrastando esta insistencia con lo que se había escrito la primera vez: "Necesaria es en todo caso lumbre del Espíritu Santo, que se llama discreción de espíritu, con la cual entrañable inspiración y alumbramiento *se hace huir todo error y opinión y duda,* y juzga el hombre que este don tiene cuál

90 *Avisos,* f. 82 r-v.
91 Ya lo señaló el P. C. MA. ABAD, S. I., *Dos memoriales inéditos del Bto. Juan de Ávila para el Concilio de Trento,* en "Miscelánea Comillas" 3 (1945), p. XII.

es el espíritu de verdad y de mentira, sin errar. *Y si nuestro Señor os ha dado este don, excusado es daros otra enseñanza más, sino para alguna duda de aquesta cosa tan alta.*" [92] Lo escrito en cursiva ha sido borrado y, en lugar de esto último, se ha escrito: "Y si es cosa de tomo, débese decir al prelado y tener por acertada su determinación." Así concluye el c. 51; inmediatamente comienza el c. 52 de esta manera: "Allende de lo dicho habéis de mirar qué provecho o edificación dejan en vuestra ánima aquestas cosas. Y no os digo esto para que, por estas u otras señales, vos seáis juez de lo que en vos pasa; mas, para que dando cuenta a quien os ha de aconsejar, tanto más ciertamente él pueda conocer y enseñaros la verdad cuanto más particular cuenta le diéredes." [93]

3) La *tercera sentencia* del orden moderno — ET VIDE — conserva la misma configuración general que tenía antes, con su triple mirar de los ojos del alma: a sí misma, a Cristo, a los prójimos; pero la parte dedicada al conocimiento de Cristo ha sido mejorada y ampliada de modo considerable.

Continúan intactas, casi a la letra, la declaración de los frutos de la meditación de la pasión (c. 68) y la bellísima exposición del texto de los Cantares, III, 11: *Salid y mirad, hijas de Sión, al rey Salomón con la guirnalda con que le coronó su Madre en el día del desposorio de él...;* en cambio, aquellos avisos y normas para orar, que, a juicio de Fr. Luis de Granada, eran "cuanto podía recomendarse en esta materia", se han convertido en un verdadero tratado sobre la oración, particularmente sobre la meditación de la pasión de Cristo. Es una pena que las enfermedades no le permitieran al P. Ávila completarlo, como ya dijimos que lo advierte él mismo en el capítulo 81.[94]

De las tres partes que comprende este tratadito sobre la oración son totalmente nuevas la primera y segunda — a) y b) (cc. 70-81) —; la tercera — c) *eficacia* de la oración — no es otra cosa que el tercer miembro de la sentencia ET INCLINA AUREM TUAM de la edición

92 *Avisos*, f. 99 v.
93 Véase sobre esto el punto 14 que señala el censor en el apéndice (*infra*, p. 000).
94 Cf. nota 70.

complutense. Hay, con todo, una variante que no se puede silenciar. Lo que el P. Ávila había dicho, en 1556, en este lugar, necesitaba una aclaración; y esta aclaración se da suficientemente en los capítulos que siguen, especialmente en el c. 84, casi nuevo del todo y de una claridad meridiana. Hemos de volver más adelante sobre ello. Sin embargo, a pesar de que todo quedaba diáfano, todavía se añaden al *Audi, filia* definitivo otros seis capítulos, de sabor netamente tridentino (cc. 88-93).

4) Las *sentencias cuarta, quinta y sexta* — ET OBLIVISCERE POPULUM TUUM, etc. —, salvo leves correciones, son idénticas en una y otra redacción. La *quinta* — ET DOMUM PATRIS TUI — se aclara con un capítulo nuevo (c. 101), de índole ascética: No se puede decir — afirma este capítulo — que todo lo que deseamos y pedimos sea propia voluntad; la voluntad de Dios es clara cuando hay mandamiento de Dios o de la Iglesia y siempre que el superior mande algo que no esté en contradicción con dichas leyes de Dios y de la Iglesia o con la razón natural.

3. Diferencias doctrinales entre las dos redacciones

Las diferencias de tipo doctrinal son mucho más reveladoras en orden a la espiritualidad del P. Mtro. Juan de Ávila. Con todo, desde el principio, nos creemos en la obligación de advertir al lector que el texto de los *Avisos y reglas cristianas,* publicado por Juan de Brocar, pasa casi íntegramente a la recensión definitiva de 1574. De trecho en trecho un "según san Bernardo, san Agustín, san Pablo..." interrumpe ahora la tersura de la redacción primera y respalda las afirmaciones del P. Ávila. Las supresiones, como se ha podido observar al hacer la confrontación de los dos esquemas, son muy raras. Todo esto nos quiere decir que, en lo sustancial y en conjunto, la doctrina espiritual del Mtro. Ávila expuesta en el *Audi, filia* de 1556, es sana, segura y tradicional. Quien quiera emprender con él el camino de la perfección no dejará la oración

vocal,[95] ayunará, tendrá vigilias y hará limosnas.[96] El P. Ávila le encomendará el recurso a los santos;[97] le aconsejará que se ayude en su oración de libros piadosos y también de imágenes devotas,[98] le hablará con encomio de la obediencia de las Órdenes religiosas;[99] le exhortará a rezar "por los que en purgatorio están";[100] le pondrá en guardia contra los alumbrados...[101]

95 "Conviene, cuando mucho combaten [los pensamientos deshonestos], tener por peligrosa la soledad y el ejercicio de los buenos pensamientos, y es más seguro *rezar vocalmente* o leer..." (*Avisos*, f. 14 r; cfr. *Obras espirituales*, I, 33). "Después *rezad algunas devociones*, que debéis tener por costumbre: no tantas, que demasiadamente os fatiguen la cabeza y os sequen la devoción, ni tampoco las dejéis del todo, porque sirven para despertar la devoción del ánima, y para ofrecer a Dios servicio *con nuestra lengua*, en señal que Él nos la dió. Y por eso nos enseña san Pablo que hemos de orar y cantar *con el espíritu de la voz* y con el ánima" (*Avisos*, ff. 48 v-49 r; *Obras*, I, 189). "Recogida, pues, en vuestra celda, como os he dicho, haréis vuestra confesión general y rezaréis algunas *oraciones vocales* (*Avisos*, f. 65 v; cf. *Obras*, I, 230).

96 "...porque están tan amigos [el hombre interior y el exterior], que si el interior come castidad, orar, *ayunar y velar*, y otros santos ejercicios, hallando mucha dulzura en ellos, también el hombre exterior hace estas obras, y le saben como dulce manjar" (*Avisos*, f. 20 v; *Obras*, I, 59). "No debe, pues, desmayar el hombre por la grandeza de los mandamientos de Dios, por sentir su inclinación ser contraria a ellos; mas debe trabajar con *ayunos, limosnas* y otros buenos ejercicios..." (*Avisos*, f. 40 r).

97 "Estos montes a los santos significan, *a los cuales conviene invocar* con oraciones, para que nos alcancen de Dios esta merced. Que, [si] para sanar de corporales enfermedades, visitamos sus casas, ayunamos sus vigilias, celebramos sus fiestas y los invocamos con oraciones, ¿cuánto con más razón debemos hacer todo esto para que nos alcancen de Dios remedio contra este fuego infernal?" (*Avisos*, f. 17 r; cf. *Obras*, I, 54).

98 "¿Con cuánta más razón la doncella de Cristo, que está libre de los mundanos cuidados, y que debe pensar que no vive para otra cosa sino para usar de la oración y recogimiento, debe buscar en su casa algún lugar escondido y secreto, en el cual tenga sus libros devotos e *imágenes devotas*, diputado para ver y gustar cuán suave es el Señor?" (*Avisos*, f. 47 r; *Obras*, I, 186). "Y para esto sirve mucho tener algunas *imágenes* de los pasos de la pasión, bien proporcionadas, en las cuales miréis muchas veces, para que después, sin mucha pena, las podáis vos sola imaginar" (*Avisos*, ff. 66 v-67 r; *Obras*, I, 233; cf. p. 229 un texto que no está en 1556).

99 "Y entre las muchas buenas cosas que en las órdenes de la Iglesia hay, por maravilla hallaréis otra tan buena como vivir todos debajo de la obediencia" (*Avisos*, f. 99 r; *Obras*, I, 177).

100 *Avisos*, f. 49 r; *Obras*, I, 189.

101 He aquí una descripción de la doctrina de los *dejados:* "Otros han querido buscar sendas nuevas, que les parecía muy breve atajo, para llegar presto a Dios. Parecíales que, dándose una vez perfectamente a Él, y *dejándose* en sus manos, eran tan amados de Dios y regidos por el Espíritu Santo, que todo lo que a su corazón venía, no era otra cosa sino lumbre e instinto de Dios. Y llegó a tanto este engaño, que si aqueste movimiento interior no les venía, no habían de moverse a hacer obra por buena que fuese. Y si les movía el corazón a hacer alguna obra, la habían de hacer,

Pero se trata de averiguar qué pasajes no debieron parecer tan bien a los teólogos encargados por Valdés de hacer el *Catálogo de los libros prohibidos*. El examen escrupuloso de todas las variantes, aun las meramente materiales, que nos hemos impuesto en orden a la edición crítica de ambos textos, nos ha dado muchísima luz. Prescindiendo de las erratas de impresor o del manuscrito que sirvió de original, que no hay por qué colocar en el haber del Apóstol de Andalucía, juzgamos que todas las variantes que pueden significar una diferencia de pensamiento, o por lo menos de expresión, pueden reducirse a estos dos grupos: 1) las que, impregnadas de un paulinismo de corte más o menos erasmita-valdesiano, se prestaban a malas interpretaciones, por no acomodarse su formulación a los moldes nítidos y definitivos de Trento y constituir, en algunos casos, el santo y seña de los innovadores; 2) las que aclaran un lugar oscuro, suprimen un ejemplo inoportuno, desarrollan un punto demasiado conciso, enmiendan una interpretación no aquilatada.

Las del primer grupo forman como un cuerpo de doctrina, que satura la obra. Es aquella concepción del misterio de Cristo que rumió Juan de Ávila en los días de su retiro con ocasión del proceso que le hizo la Inquisición hispalense: un paulinismo que viene a ser como el centro y nervio de su espiritualidad; pero expresado en términos demasiado vivos, demasiado absolutos, que desbordan su contenido exacto y amenazan sumergir, u olvidar por lo menos, otras verdades que Pablo no ignoró. Ávila vive aquel misterio con toda la riqueza de su psicología, apasionada en lo natural, activa, atrayente, luminosa. Y la gracia divina, que obra maravillas en aquella alma toda abierta a los dones de Dios, le descubre en la oración una luz, y un sabor y un juzgar de los beneficios y del misterio de Cristo, que encandila y cautiva. La nutrida escuela

aunque fuese contra el mandamiento de Dios, creyendo que aquella gana que en su corazón sentían, era instinto y libertad del Espíritu Santo, que los libertaba de toda obligación del mandamiento de Dios, al cual decían que amaban tan de verdad que, aun quebrantando sus mandamientos, no perdían su amor" (*Avisos*, f. 86 r-v; *Obras*, I, 161). Otro buen dibujo de los falsos espirituales puede verse en los *Avisos*, ff. 93 v-94; *Obras*, I, 169 ss.

del P. Ávila, tan ferviente y adicta al Maestro, que la rige sin necesidad de ataduras estrechas, no se explica sin ese halo sobrenatural que envuelve la figura del Apóstol. Examinemos ya las variantes más notables.

a) *El beneficio de Cristo. Su justicia y la nuestra.* Uno de los pasajes, en que quizás con más vehemencia que en otro alguno, habla el P. Mtro. Ávila del beneficio de Cristo, es el siguiente, que, con los cambios y adiciones que hemos de señalar, se lee también en parte en el c. 18 de la edición moderna:

Si el demonio nos quisiere turbar con gravarnos los pecados que hemos hecho — escribe —, miremos que ni él es la parte ofendida ni tampoco el juez. Dios es quien ofendemos cuando pecamos, y Él es el que ha de juzgar a hombres y a demonios; y por tanto, no nos turbe que el acusador acuse, mas consuélenos que el que es parte y juez nos perdona y absuelve [Añade la redacción posterior: "mediante nuestra penitencia y sus ministros y sacramentos"]. Y esto dice san Pablo así: Si Dios con nos, ¿quién será contra nos? El cual a su propio Hijo no perdonó, mas por todos nosotros lo entregó. Pues, ¿cómo es posible que, dándonos a su Hijo, no nos haya dado todas las cosas? ¿Quién acusará contra los hijos de Dios? Dios es el que justifica; ¿quién habrá que condene? Todo esto dice san Pablo. Lo cual, bien considerado, debe esforzar a nuestro corazón a esperar lo que falta, pues tales prendas de lo pasado tenemos. No nos espanten nuestros pecados, pues el Eterno Padre castigó a su Hijo Unigénito por ellos, [para] que ansí viniese el perdón sobre nosotros, que merecemos el castigo [Se añade: "si el... hombre se dispusiere a lo recebir"]. Y pues Dios nos perdona, ¿qué aprovechará que el demonio dé voces, pidiendo justicia? Ya una vez fué hecha justicia de todos los pecados del mundo, la cual cayó sobre el inocente Cordero, que es Jesucristo, para que todo culpado, que quisiere llegarse a Él [añade el texto de 1574: "y gozar de su redención por la penitencia"], sea perdonado. Pues, ¿qué justicia sería castigar otra vez los pecados del penitente con infierno, pues ya una vez fueron suficientemente castigados en Jesucristo? Él nos es dado por la misericordia del Padre, y en Él tenemos todas las cosas; porque, en comparación de tal persona divina como es el Hijo, ¿qué es todo lo demás sino menos que Él? Y quien dió el Señor también dió el señorío; y quien dió el sacrificio, dió el perdón; y quien dió el Hijo, dará todo cuanto quisiéremos.

Así que, doncella de Cristo, si nos quisiere el demonio cegar en nuestros pecados, digamos que no son sino pocos y chicos, y nuestros bienes muchos y grandes. Pocos son nuestros pecados, no en sí, mas comparados con los muchos merecimientos de Jesucristo. Muchos son nuestros bienes, no en nosotros, mas en Cristo, que nos dió lo que Él ayunó, oró y caminó y trabajó; y sus espinas y sus azotes, y clavos y lanza, muerte y vida, haciéndonos participantes en todo mediante los sacramentos y fe. Cuantas son las misericordias del Señor,

tantos podemos decir que son nuestros merecimientos, y cuantos son los bienes de Cristo, en tantos tenemos parte nosotros. Y así como en el mar Bermejo fueron ahogados Faraón y los suyos, que perseguían a Israel por las espaldas, así en la sangre y merecimientos de Cristo son los pecados que hemos hecho ahogados, que ninguno queda.[102]

Toda la última parte ha sido suprimida en la redacción definitiva y en su lugar se han escrito seis capítulos nuevos (cc. 19-24), en que se explica muy bien "lo mucho que nos dió el Eterno Padre en darnos a Jesucristo nuestro Señor" y "la grandeza de la misericordia de Dios que usa con los que le piden perdón de corazón". El discurso, caudaloso y ardiente, de Ávila ha quedado cortado a filo por unas frías puntualizaciones teológicas, detrás de aquella interrogación atrevida: "pues, ¿qué justicia sería castigar otra vez los pecados del penitente con infierno, pues ya una vez fueron suficientemente castigados en Jesucristo,"

Y digo castigar con infierno — dice ahora el Mtro. Ávila, en la redacción de 1574 —, porque hablo de penitente baptizado que, por vía del sacramento de la penitencia, recibe perdón y la gracia perdida, comutándosele ordinariamente la pena del infierno, que es eterna, en pena temporal que en esta vida satisfaga con buenas obras, o en el purgatorio, padeciendo las penas de allá. Mas no piense nadie que no quitarse toda la pena sea por falta de redención del Señor, cuya virtud está y obra en los sacramentos, porque copiosa es como dice David; mas es por falta del penitente, que no llevó disposición para más. Y tal dolor y vergüenza puede llevar, que de los pies del confesor se levante perdonado de toda culpa y de toda la pena como si recibiera el santo Baptismo, que todo esto quita a quien lo recibe aún con mediana disposición.[103]

Otro lugar de la edición de 1556, que debió llamar poderosamente la atención de los censores, es éste:

Mas, por oír nombre de justos, no venga algún pensamiento de ciega soberbia, con la cual se haga injusto el que se tenía por justo. La justicia de los que son justos no es suya, mas de Cristo, el cual es justo por sí y justificador de los pecadores que a Él se subjetan. Por lo cual, dicen san Pablo, que la que es verdaderamente justicia delante los ojos de Dios, es justicia por ser de Jesucristo, porque no consiste en nuestras obras propias, mas en las de Cristo, las cuales se nos comunican por la fe. Y así como nuestra justicia está en Él,

---

102 *Avisos*, ff. 25 v-26 v; cf. *Obras*, I, 67 s.
103 *Obras*, I, 68.

así, si somos oídos de Dios, no en nosotros, mas en Él. La voz de todos los hombres, por buenos que sean, sorda es delante las orejas de Dios, porque todos son pecadores de sí. Mas la voz de solo Cristo, Pontífice nuestro, está acepta delante del Padre, que hace ser oídas todas las voces de todos los suyos.[104]

Este texto un poco equívoco del Mtro. Ávila se transforma en una explicación nítida y limpia de toda sospecha en el *Audi, filia* enmendado:

Porque, si en nuestras propias obras de naturaleza — escribe, después de referirse a Pelagio — consistiera la verdadera justicia, o por ellas mereciéramos que se nos diera, en balde hubiera muerto Jesucristo, como dice san Pablo, pues pudiéramos alcanzar sin su muerte lo que con ella Él nos ganó... El mismo Apóstol nos dice que Cristo nos es hecho justicia; y dícelo, porque en sus obras y muerte está el merecimiento de nuestra justicia. El cual merecimiento se nos comunica por la fe y amor, que es la vida de ella y por los sacramentos de la Iglesia, según declaramos arriba; y así somos incorporados en Jesucristo, y se nos da el Espíritu Santo y su gracia, que, infundida en nuestra ánima, somos por ella hechos hijos adoptivos de Dios y agradables a Él, y también recibimos virtudes y dones, para que podamos obrar conforme al alto ser de la gracia que nos fué dada. Con todo lo cual somos hechos verdaderamente justos delante los ojos de Dios, con propia justicia que en nosotros mora y está, distinta de aquélla por la cual Cristo es justo; y de aquí viene que, aunque las buenas obras que antes hacíamos eran bajas y de imperfecta bondad, que ni consistía en ellas la verdadera justicia ni tampoco la merecían alcanzar, por ser de nuestra propia cosecha; mas las que ya hacemos estando en estado de gracia, son de tan alto valor que son obras verdaderamente justas y que merecen acrecentamiento de la propia justicia... y son dignas de alcanzar el reino de Dios.[105]

Todo quedaba claro. En los tres capítulos que siguen (cc. 85-87) Juan de Ávila continúa transcribiendo, casi literalmente, lo que tenía redactado en el primer *Audi, filia.*

Siguiendo el orden, correspondía ahora tratar del tercer miembro de la sentencia ET VIDE, a saber, cómo hemos de mirar a nuestros prójimos. Pero el texto se interrumpe y se intercalan seis capítulos íntegros (cc. 88-93), que damos como apéndice III y con los que se aclara todavía una vez más este punto: "Cómo se ha de entender que Cristo es nuestra justicia, para que no

104 *Avisos,* ff. 104 v-105 r.
105 *Obras,* I, 264 s.

vengamos a caer en algún error, pensando que no tienen los justos justicia distinta de aquella por la cual Jesucristo es justo."

Creemos que estos capítulos, sobreabundantes, y que no llegan a encajar del todo dentro del marco de la disposición general del libro, son de lo último — acaso lo último — que se añadió al *Audi, filia,* poco antes de la muerte del P. Ávila, si es que no fueron una adición póstuma, hecha por los discípulos — a base, indudablemente, de doctrina del Maestro —, para satisfacer a los reparos de la Inquisición, que se le comunicaron a Juan de Ávila, como ya dijimos, en la segunda mitad de febrero de 1569, tres meses escasos antes de su fallecimiento. Refuerza esta nuestra hipótesis la existencia de un manuscrito, que se conservaba en el convento del Ángel de Sevilla en el siglo XVIII, en el cual faltaban precisamente seis capítulos cabales. He aquí la descripción del mismo, tal como nos la da un Ms. de la Biblioteca Nacional: "Ibidem, un manuscrito en cuarto, que contiene el tratado *Audi, filia,* del V. P. Maestre Ávila, últimamente corregido por su mano, con el que parece no convienen los impresos, pues en éste se ven 107 capítulos, y en las ediciones llegan a 113".[106]

Es, pues, muy probable que, entre los reparos puestos por Fr. Alberto de Aguayo al texto corregido por Ávila y aprobado por el obispo de Córdoba, se señalase esta característica de un paulinismo exagerado, que convenía limar y aquilatar, teniendo en cuenta la malicia de los tiempos. "Es tanta la cizaña que nuestro enemigo ha sembrado en los que le creen — se escribe al empezar estos capítulos —, que de las palabras de la divina Escritura que hablan de este dulcísimo misterio de Jesucristo nuestro Señor y de los bienes que por Él y en Él poseemos, sacan perversos entendimientos, de los cuales es menester avisaros por que no incurráis en peligro." Y en el capítulo siguiente: "Posible es que llegue a tanto la ceguedad de algunos..."[107]

106 ANDRÉS DE LA ENCARNACIÓN, O. C. D., *Memorias historiales,* t. 4: Madrid, Bibl. Nac., Ms. 13.484, f. 18 v. Agradecemos a M. Jean Krynen y al P. Adolfo de la Madre de Dios, O. C. D., el habernos llamado la atención sobre este ms.
107 *Obras,* I, 279, 281.

No son los aducidos los únicos textos en que habla el P. Ávila de estos temas. Unas páginas más adelante se leen en la redacción de 1556 las mismas expresiones:

Pues no os maraville que las orejas de Dios estén en los ruegos de los justos, porque no siendo justos por sí no son oídos por sí, mas por Cristo, que con su oración y padecer mereció ser oído. A Él oye el Padre cuando nos oye, y por Él nos oye; en señal de lo cual decimos en fin de las oraciones: Concédenos esto por nuestro Señor Jesucristo. Lo cual el mismo Señor nos enseña diciendo: Cualquier cosa que pidiéredes al Padre en mi nombre, os la dará. Y porque no pensásemos que por Él, y no a Él, hemos de pedir, dice también: Y cualquier cosa que pidierdes en mi nombre, yo lo haré. Cristo hombre nos ganó con su padecer el ser oídos; y Cristo Dios, con el Padre y Espíritu Santo, es el que nos oye.[108]

Este párrafo en la edición de 1574 ha sido sustituído por unos renglones totalmente inofensivos.[109] Como ha sido también sustituído este otro, por el que podía entenderse que la justicia no era algo formal inherente al alma, sino un atavío externo: "No porque nosotros tuviésemos algo digno, mas encorporados en este Pastor, siendo ataviados con sus riquezas y rociados con su sangre, somos mirados de Dios por su Cristo".[110] Lo que hoy leemos es esto: "No porque nosotros tuviésemos de nuestra cosecha cosa digna para parecer bien a Dios, mas rociados con la sangre de este Pastor, y ataviados con la hermosura de su gracia y justicia, que por el Señor se dan, e incorporados en Él, somos lavados de nuestros pecados, mirados de Dios y agradables a Él, como sacrificio ofrecido por este Sumo Sacerdote y Pastor".[111] Y más adelante se ha eliminado este pasaje: "Mirad, pues, a Cristo, porque os mire Cristo. Vos veréis a vos en Él, y Él verá a Sí en vos, porque ni era propia de él la imagen que tenía [en la cruz] de tanta afección, ni es propia del ánima la imagen hermosa que tiene".[112]

108 *Avisos,* f. 106 v.

109 "Y pues el Padre le oye, rogando por vos, y pues tan caro le costó a Él alcanzar la gracia con que seáis justo, para ser oído de Dios, procurad de ganarla, si no la tenéis, y tenida, ejercitadla en ofrecer ruegos a Dios, pues sus orejas están puestas en tales ruegos" (*Obras,* I, 270 s.; cf. p. 266).

110 *Avisos,* f. 112 r.

111 *Obras.* I, 277.

112 *Avisos,* f. 140 r.

b) *La fe.* — Sobre la fe hay en los *Avisos* expresiones poco felices. Apenas abrieran el libro, debieron tropezar los censores con esta proposición: "Como *todo el fundamento* de la vida espiritual es la fe".[113] En el capítulo I del *Audi, filia* vemos hoy que Ávila cuidó de atenuarla: "Como *el principio* de la vida espiritual sea la fe...".[114] Recordemos que una afirmación parecida, menos absoluta que la de Ávila en su primera redacción, era la primera de las proposiciones notadas en el *Catecismo* de Carranza: "El principal instrumento para nuestra justificación es la fe, aunque concurran otras cosas".[114 bis] En el *Audi, filia* de 1556 se repite otra vez la misma expresión sospechosa: "Por diversas palabras nos quiere encomendar este sencillo y humilde creer, y decir que *consiste* en ello nuestra salud".[115] El P. Ávila la retoca y completa de esta manera: "...este sencillo y humilde creer, *principio* de nuestra salud: y *si con ella se junta el amor,* tenemos salud del todo perfecta".[116]

La segunda de las proposiciones del arzobispo Carranza era ésta: "Tomando para nuestra defensa el escudo de la fe, quedamos seguros de todos nuestros enemigos, el mundo, el diablo e la carne".[117] El Maestro Ávila había escrito una proposición semejante. "Mas, ¿cuáles son las armas con que se vence este bravo león [el diablo], para que de esta guerra, como de la pasada, vaya confundido el que pensó confundirnos? Estas son la fe, según dice san Pedro; porque, cuando una ánima desprecia lo que ve y confía en Dios al cual no ve, no hay por dónde el demonio le entre".[118] Este lugar ha sufrido alguna transformación: "...éstas son, como dice san Pedro y *san Pablo,* la *fe;* porque cuando una ánima, *con el amor de Dios que es vida de la fe,* desprecia...".[119]

113 *Avisos,* f. 9 v. Véase el punto 11 del censor en el apéndice II (*infra,* p. 316 s.).
114 *Obras,* I, 17.
114 bis Proposiciones entregadas por la Inquisición al Maestro Juan de la Peña, para su censura el 15 de marzo de 1559. Cf. V. Beltrán de Heredia, *El Mtro. Juan de la Peña, O. P.,* en "Ciencia Tomista" 51 (1935) 338, n. 2.
115 *Avisos,* f. 85 r.
116 *Obras,* I, 160.
117 Cf. Beltrán de Heredia, *l. c.*
118 *Avisos,* f. 33 r.
119 *Obras,* I, 97.

En lo que sigue a estas palabras, la nueva redacción de 1574 cambia casi por completo y amplía notabilísimamente lo que se leía en el texto de Alcalá. Sin embargo, tanto en esta primera redacción como en la definitiva, en todo este pasaje se usa con gran confusión de las palabras fe y confianza. Entre los apuntamiento del censor, Fr. Juan de la Peña, había, como diremos, un aviso sobre esto. En la moderna recensión hay un paréntesis que no existía en la de 1556: "La señal de la cruz y la fe del Señor — *que algunas veces quiere decir confianza* — nos es a nosotros muro inexpurnable".[120] Otro paréntesis mucho más largo se abre en este mismo lugar, en el capítulo 30; capítulo éste, que es totalmente de nueva redacción, excepto unos quince renglones que se leían ya en la edición de Juan de Brocar. Dice así:

Y conviene saber que unas veces se toma *creer* por aquella obra que el entendimiento hace, afirmándose en las verdades de la fe católica con suprema certidumbre, según arriba se dijo. Y el que cree contra esta fe se llama y es hereje e incrédulo a boca llena; y el tal error creído tiene nombre de herejía e incredulidad. Mas otras veces suelen los santos y el uso común de hablar, llamar *creer* al tener una opinión causada de razón o conjeturas, la cual llaman credulidad y, si es vehemente, llámase fe. Y esta manera de credulidad tiene uno que por conjeturas probables cree que está perdonado de Dios y en su gracia, y que Dios le ayudará en lo que adelante hubiere menester. Y *esto que en el entendimiento está, ayuda a la confianza o esperanza, que están en la voluntad,* y por esto algunas veces se toma incredulidad por desconfianza, y credulidad o fe por confianza. Y de esta manera se puede decir que éste, que por haberle Dios librado de otros peligros, y por otros motivos, tenía razón para creer — no con certidumbre — que Dios también le librará en este peligro, tiene incredulidad, no contra la fe católica, mas contra la que resulta de las conjeturas. Mas, *porque los luteranos usan tomar unas palabras de éstas por otras, debemos los católicos hablar distintamente, llamando la fe y confianza con sus propios nombres,* declarando el creer o la incredulidad de qué manera se entiende; pues lo que en un tiempo se puede seguramente decir por unas palabras, en otro se debe evitar.[121]

Este paréntesis es un eco claro del reparo puesto por Fr. Juan de la Peña en su censura: "Modérese también lo que se dice en la foja 36, ca. 2.ª, en consecuencia de

120 *Obras,* I, 99; *Avisos,* f. 33 v.
121 *Obras,* I, 104 s.

esto, adonde dice: *Extrema incredulidad es,* etc. Y adviértase que la incredulidad pertenece al entendimiento, la desconfianza a la voluntad. Los luteranos confunden la fe y esperanza muchas veces. Mírese que en esta obra no convenga con ellos en este error. También se advierta que los luteranos a todo pecado mortal llaman incredulidad y dicen que por cualquiera de ellos se pierde la fe, mayormente cuando es desconfianza de la propia justificación y de que Dios me haga merced en concederme sus promesas. En esta cláusula que digo hay algún olor en la manera de hablar de esta dotrina; modérese y adonde dice fe, diga confianza e irá más llano." [121 bis]

Pero no son éstos los lugares donde el Mtro. Ávila habla de propósito sobre la fe, sino, inmediatamente después de enumerar los tres lenguajes que no debemos oír, cuando empieza a declarar cómo debemos oír a *solo* Dios.[122] Ya hemos indicado la transformación total que experimenta esta parte del *Audi, filia* en la corrección posterior al *Catálogo.*

El breve tratadito sobre la fe, que encontramos en la edición de 1556, es realmente sólido, seguro y precioso.[123] La fe dice el Mtro. Ávila, es un "convertir los ojos del entendimiento a la cierta y suma verdad de Dios"; "es fundamento de todos los bienes y la primera reverencia que el hombre hace al Señor cuando le toma por Dios". Por ella "no creemos a las Escripturas como a palabras de Esaías o Jeremías, o de san Pablo o de san Pedro, ni creemos más al evangelista que fué testigo de vista de lo que escribió que al que no lo fué; mas recibimos estas palabras como dichas de Dios por la boca de ellos, y a Dios creemos en ellos. Y por eso nuestra fe imposible es dejar de ser verdadera, como es imposible la suma verdad de Dios dejar de ser". El objeto formal, firmeza y verdad de la fe están expuestas en las anteriores palabras. Su influjo en la justificación, lo expresa en estos términos: "Esta [fe] hace a los creyentes hijos de

121 bis Punto 7 de Fr. Juan de la Peña (*infra,* p. 315).
122 Véase el punto 8 del censor (*infra,* p. 315).
123 *Avisos,* ff. 38 r-40 v. Algunos de estos conceptos, aunque totalmente refundida su redacción, se encuentran en los cc. 31, 43 de la edic·ón de 1574 (*Obras,* I, 108 cc., 135 ss.).

Audi filia

caos el como el sol, y las almas por el redimidas blãcas como la nieue. Aquellas digo q̃ cõfessando, y conociẽdo, y aborreciendo su ꝓpria fealdad, piden ser hermoseadas y lauadas enesta piscina de sangre del saluador. Dela qual salen tan hermoseadas por el, que bastan para enamorar a Dios, y que les sean cantadas con gra verdad las palabras ya dichas. Desseara el rey tu hermosura.

¶ F I N.

Impresso en la florentissima vniuersidad de Alcala de Henares en casa de Iuan de Brocar que santa gloria ayã año.
1 5 5 6.

Colofón de la edición de 1556

Dios, como dice san Pablo: Todos vosotros sois hijos de Dios por la fe que tenéis en Jesucristo; y por ella alcanzan el cielo, pues, siendo hijos, han de ser herederos. Esta incorpora al hombre en el cuerpo de Jesucristo y le hace ser hermano y compañero de él, y ser participante en la justicia y merecimientos y bienes de Cristo, [semejante] a lo cual no hay ningún bien." Esta manera de expresar el P. Ávila su pensamiento nos es ya conocida. A continuación aclara más su pensamiento: Esa fe que justifica es fe con obras, informada por la caridad. "Y cuando hablamos — dice — de fe, no entendáis de fe muerta, mas de la viva; la cual dice san Pablo que es fe que obra mediante el amor, como cuando hablamos de hombres o de caballos, no entendemos de los muertos, mas de los que viven y sienten, y obran obras de vida".[124]

La gratuidad de la fe es profesada claramente:

"Esta fe no es de nuestras fuerzas ni se hereda de nuestros pasados, mas obra de divina inspiración... La verdadera fe cristiana no está arrimada a decir: Nací de cristianos, o: Veo a otros ser cristianos y por eso soy cristiano, y: Oyo decir a otros que la fe es verdadera y por eso la creo; porque a hombre principalmente cree, no mirando a Dios. Mas esta obra es un atraimiento divino que hace el Eterno Padre, haciendo creer con gran firmeza y certidumbre que Jesucristo es su divino Hijo, con todo lo demás que de Él cree su esposa la Iglesia, en la cual está el verdadero conocimiento y culto de Dios, y fuera de ella no hay sino error y muerte y condenación." No hay, pues, de qué gloriarse en la obra de la justificación, que "consiste en fe y caridad; pues que la fe, que es el principio de todo el bien, es atraimiento de Dios, como dice el Evangelio, y don gracioso de él, como dice el bienaventurado san Pablo; y la caridad, que es el fin y perfección de la obra, tampoco es de nuestra cosecha, mas como dice el Apóstol: Es derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos es dado".

A continuación, se plantea el P. Ávila el problema de la libertad de la fe: "Dirá alguno: Pues Dios es el que infunde la fe y caridad, ¿para qué nos amonesta la Escritura que creamos y amemos?" Y el Maestro explica segura y bellamente el problema de la gracia y de la cooperación del libre albedrío, con un

124 El influjo de la fe en la justificación del pecador se explica con gran claridad en el c. 44 de la segunda redacción (*Obras*, I, 140 ss.).

símil que nos recuerda las clásicas comparaciones de san Agustín, del ramo verde ofrecido a la oveja o de las nueces que se muestran a un niño.[125]

Este atraer — dice — no es forzar, mas suavemente convidar y instigar y mover, de arte que el libre albedrío del hombre es ayudado por el movimiento de Dios a consentir y a obrar lo que Dios le inspira; mas no de tal arte forzado, que si él quisiese contradecir al llamamiento de Dios, hobiese quien le fuese a la mano. De manera que si el hombre consiente, Dios le instigó y le puso gana para consentir, y a Él se debe la gloria; y si no consiente, a su propia flaqueza se ha de imputar, que quiso con su libertad escoger la parte peor, que fué no seguir a Dios [que] le llamaba. Así como [si] tú quisieses atraer hacia ti un hombre y le echases cuerdas tirándole hacia ti, no tan recio que lo lleves por fuerza, mas tirando algún tanto, de manera que si él quisiese libremente seguir a tu traimiento, puédelo hacer, y diremos que tú le trajiste, por que tú le tiraste y fuiste causa que libremente fuese para ti; mas, si él no lo quisiere hacer y tirase hacia atrás, contradiciendo a tu tirar, podríalo hacer, y la culpa de ello sería propria suya, sin que de ti se pudiese quejar. Porque, según dice el Señor: Tu perdición es de ti, y tu remedio está en Mí solamente.

c) *El perdón de los pecados: dos miradas.* — "Algunas veces le oí decir — ha escrito Fr. Luis de Granada, hablando del Mtro. Juan de Ávila — que él estaba alquilado para dos cosas, conviene saber, para humillar al hombre y glorificar a Cristo. Porque realmente su principal intento, y su espíritu y su filosofía, era humillar al hombre hasta darle a conocer el abismo profundísimo de su vileza; y, por el contrario, engrandecer y levantar sobre los cielos la gracia, y el remedio y los grandes bienes que nos vienen por Cristo. Y así, muchas veces, después de haber abatido y casi desmayado al hombre con el conocimiento de su miseria, revuelve luego y casi lo resucita de muerte a vida, esforzando su confianza con la declaración de este sumo beneficio, mostrándole que mucho mayores motivos tienen en los méritos de Cristo para alegrarse y confiar, que en todos los pecados del mundo para desmayar".[126]

Esta apreciación de Fr. Luis es exacta. Precisamente la pasión con que exponía estos temas el Padre

125 S. Agustín, *In Iohannis evangelium tractatus*, 26, 5: PL 35, 1609.
126 *Vida*, p. I, c. 3, § 11, ff. 37 v-38 r.

Ávila, recién salido de las manos de la Inquisición, fué lo que convirtió al P. Granada en un entusiasta de su doctrina, allá por el año de 1535, cuando por vez primera se puso en contacto directo con el P. Maestro. En el prólogo de la edición de 1556 escribía el propio Ávila sobre el contenido del *Audi, filia:* "Danse primero — decía — algunos avisos, con que nos defendamos de nuestros especiales enemigos, y después gástase lo demás en dar camino para ejercitarnos en el conocimiento de nuestra miseria y poquedad y en el conocimiento de nuestro bien y remedio, que está en Jesucristo. Las cuales dos cosas son las que en esta vida más provechosa y seguramente podemos pensar".[127] Aquí, en el *Audi, filia,* en la sentencia ET VIDE, habla largamente el Apóstol de Andalucía de dos miradas: a Cristo y a nosotros mismos.

Con estas miradas va muy estrechamente unido, en la primera redacción del tratado, el perdón de los pecados. La diferencia existente entre lo que se dice sobre estos temas en una y otra edición, es harto notable. En la edición de 1574 se dedica un capítulo nuevo a "la penitencia de los pecados [que] es el primer paso para nos llegar a Dios, teniendo de ellos verdadero dolor y haciendo de ellos verdadera confesión y satisfacción" (c. 71);[128] en cambio, lo que se dice en el texto primitivo sobre la remisión de nuestras culpas va embebido en la doctrina clásicamente avilina del "propio conocimiento". Los pasajes relativos al mismo, que han sido modificados, son abundantes. Para Ávila, en su primer *Audi, filia,* parece como si todo el negocio de la remisión de nuestros pecados estuviera en mirarlos, en conocer nuestras faltas y nuestra poquedad, como él dice;[129] conocimiento éste, al cual se junta,

127 *Avisos,* f. 3 v.

128 La palabra penitencia aparece también en el largo título de la portada: *Libro espiritual que trata... del proprio conoscimiento,* de la penitencia, *de la oración, meditación y pasión de nuestro Señor Jesucristo, y del amor de los prójimos. Compuesto...* (Toledo, 1574).

129 *Avisos,* ff. 42 v, 45 v, 46 r, 63 r-v. Recuérdese que el c. 3 del *Enquiridion* de Erasmo trata de este "conocerse el ánima a sí mesma y a su poquedad". Ávila desarrolla, al tratar este tema, el mismo texto escriturístico que cita Erasmo (*Enquiridion,* ed. D. Alonso, p. 156). M. BATAILLON, *ibíd.,* p. 27, subraya la importancia de este conocimiento de sí mismo en la religión valdesiana, "llamando otra vez la atención sobre la distancia que media entre el

como parte positiva, una segunda mirada a Cristo, característica también de la espiritualidad del Maestro. Veamos algunos textos, suficientemente expresivos.

Hablando concretamente del conocimiento de nuestros pecados, escribe: "Lo segundo que habéis de mirar cerca deste conocimiento, es que, aunque es bueno y provechoso, pues por él *recibimos perdón de nuestros pecados...*".[130] Lo que hoy leemos es otra cosa: "pues por él *nos viene el corazón contrito y humillado, que Dios no desprecia...*".[131]

Los lugares en que a ese mirar se ha añadido el dolor, gemido, penitencia o llanto, son varios: "A aquellos perdona [Dios] sus faltas — dice Ávila en la primera redacción — que se conocen y humillan por ellas en el juicio de la verdad." "Y las gimen con su voluntad", añade el texto de 1574.[132] En el folio siguiente, sobre el verso de Isaías, IV, 4: "El Señor lava las suciedades de las hijas de Sión y la sangre de en medio de Jerusalén en espíritu de juicio y en espíritu de ardor", escribe: "El lavar el Señor nuestras manchas, viniendo a nosotros, es dando a entender primero quién somos, y esto es en juicio y espíritu de ardor, que es amor [añade 1574: "y causa *dolor*"]. Y así nos lava [añade: "dándonos su perdón y su gracia"], sin que podamos atribuir a nosotros cosa buena...".[133] Y a los pocos pasos: "Ninguna [cosa] hay tan segura ni que así haga que aparte Dios sus ojos de nuestros pecados, como mirarnos nosotros y reprehendernos." Como es natural, la redacción definitiva ha completado: "con dolor y penitencia".[134]

Más adelante, tratando del remedio de nuestros pecados, aconseja con san Agustín, cuyo nombre no había mencionado en la primera redacción: "Míralos tú [puntualiza en 1574: "Quiere decir: conócelos y haz penitencia"], y no los mirará él".[135] Y poco después, todavía sobre el conocimiento de nuestras faltas: "Ad-

erasmiano conocimiento de sí propio, tan sereno y objetivo, y el sentido valdesiano del pecado".

130 *Avisos*, f. 55 r.
131 *Obras*, I, 197.
132 *Avisos*, f. 53 v; *Obras*, I, 195.
133 *Avisos*, f. 54 r-v; *Obras*, I, 196.
134 *Avisos*, f. 54 v; *Obras*, I, 197.
135 *Avisos*, f. 110 r; *Obras*, I, 274.

mirable poder dió Dios a este mirar [se añade: "y gemir"] nuestros pecados: porque, tras nuestro mirar para aborrecerlos, se sigue el mirar de Dios para deshacerlos. Y convirtiendo nosotros los ojos [1574: "con dolor"] a lo que malamente hecimos, para afligirnos, convierte Él los suyos para salvar y consolar lo que Él hizo. *De manera que si el pecador conoce sus pecados, Dios le perdona; si los olvida, Dios le castiga*". Esto último ha sido suprimido en la redacción definitiva.[136] Recordemos que el tratado del *Audi, filia* complutense termina con estas palabras:

Parézcaos Él como el sol, y las almas por Él redimidas blancas como la nieve. Aquellas, digo, que confesando *y conociendo* [lo omite 1574] y aborreciendo [explica: "con dolor"] su propia fealdad, piden ser hermoseadas y lavadas en esta piscina de la sangre del Salvador, de la cual salen tan hermoseadas [1574: "hermosas, justas y ricas, con la gracia y dones que reciben"] por Él, que bastan para enamorar a Dios, y que les sean cantadas con gran verdad las palabras ya dichas: Deseará el rey tu hermosura".[137]

Pero, como hemos indicado, a este mirar nuestros pecados, hay que añadir la mirada a Cristo:

Quien a Cristo, puesto en el madero de la cruz, no mirare ["con fe y amor" dice el texto de 1574, excluyendo todo mirar, meramente fiducial], morirá para siempre. Y así como arriba os dije que hemos de suplicar al Padre, diciendo: Mira, Señor, en la haz de tu Cristo; así nos manda el Eterno Padre, diciendo: Mira, hombre, en la haz de tu Cristo. Y si quieres que mire yo a su cara, para te perdonar [por] Él, mira tú a su cara, para me pedir por Él. En la cara de Cristo nuestro Mediador se junta la vista del Padre y la nuestra. Allí van a parar los rayos de nuestro creer y amar, y los rayos de su perdonar y hacer mercedes. Cristo se llama Cristo del Padre, porque el Padre lo engendró y le dió lo que tiene. Y llámase Cristo nuestro, porque se ofreció por nos, dándonos todos sus merecimientos. Mirad, pues, en la haz de vuestro Cristo, pensando en Él y cotejando vuestra vida con Él, para que en Él, como en espejo, veáis vuestras faltan y cuán lejos de él, para que, conociéndoos por fea [1574: "conociendo vuestras faltas, que os afean"], toméis de sus lágrimas y de su sangre, que por su cara hermosa veréis correr, y [1574: "con dolor"] alimpiéis vuestras manchas. *Mirad vuestro Cristo y conoceréis quién sóis vos, porque tal cual está Él de fuera, tal érades vos de dentro, que por esto vistió de nuestra fea semejanza para*

---

136 *Avisos*, f. 110 v; *Obras*, I, 275.
137 *Avisos*, f. 143 v; *Obras*, I, 347.

destruirla y darnos su imagen hermosa [Lo que va en cursiva ha sido reducido a estas dos palabras: "y quedéis hermosa"]. Y así como los judíos quitaban sus ojos de Cristo, porque le veían tan mal tratado, así Cristo quita sus ojos del ánima que es mala y la abomina como a leprosa; mas, después que la ha hermoseado con [1574: "la gracia que le ganó con"] sus trabajos, pone sus ojos en ella, diciendo: Cuán hermosa eres, amiga mía...[138]

No faltan algunos pasajes en que el P. Mtro. Ávila habla de la enmienda de la vida y del dolor de los pecados, dos aspectos de la penitencia, que parecían olvidados; sin embargo, en ellos el pensamiento de Ávila ha tenido que ser aquilatado. "Ore, pues — dice —, el confesor, y busque oraciones ajenas, y encomiende al penitente la enmienda de su vida, y déle buena esperanza de parte de nuestro Señor, que Él cumplirá las promesas que de su parte le dieren con fe".[139] Este lugar se lee ahora de la siguiente manera: "Encomiéndele la enmienda de la vida *y que tome los remedios de los sacramentos*... y déle buena esperanza *en la misericordia* de nuestro Señor, *que a su tiempo le librará*".[140]

Dos pasajes sobre el dolor de los pecados han sido enmendados de manera parecida: "Alegraos, esposa de Cristo, y alégrense todos los pecadores, si les pesa de corazón por haber pecado [añade la redacción moderna: "y quieren tomar los remedios que en la Iglesia católica hay"], que sordo está Dios a nuestros pecados para vengarlos [1574: "castigarlos"].[141] El segundo pasaje, acerca de la voluntad que hay en Dios de perdonarnos, decía: "Y más descansas Tú con haber perdonado a los que deseas que vivan, que el pecador con haber escapado de la muerte. No guardas leyes ni dilaciones; mas la ley es, que los que hubieren quebrantado tus leyes, quebranten solamente su corazón con dolor." A renglón seguido se ha corregido este pensamiento con una adición: "...de lo pasado y propongan la enmienda de lo por venir, y tomen las saludables medicinas de tus sacramentos que en tu Iglesia dejaste, o tengan intento de las tomar".[142]

138 *Avisos*, ff. 139 v-140 r; *Obras*, I, 342.
139 *Avisos*, f. 31 v.
140 *Obras*, I, 94.
141 *Avisos*, f. 106 r; *Obras*, I, 269.
142 *Avisos*, f. 101 v; *Obras*, I, 260.

d) *Otras inexactitudes teológicas.* — Otras inexactitudes teológicas hay todavía, tocantes, por la mayor parte, a nuestra justificación. Se advierte cierta tendencia a deprimir las fuerzas del hombre, dando la impresión de que es Dios quien lo hace todo. El P. Ávila ha enmendado algunas frases, las cuales aunque pueden entenderse en un sentido plenamente ortodoxo, se podrían prestar a malas interpretaciones. Señalamos algunos ejemplos:

"Porque, antes que os diese Él su gracia — leemos en el texto de 1556 —, ¿qué cosa podíades vos hacer que no fuese mala? O si era buena, era imperfecta y muerta y no agradable".[143] Indudablemente, por estas últimas palabras hay que excluir todo matiz sospechoso de las primeras, y explicarlas en un recto sentido; con todo, el Maestro ha querido eliminar, al corregir su tratado, toda ocasión de tropiezo: "Porque, antes que Dios dé la gracia — dice ahora —, aunque no todo lo que el hombre hace sea pecado, mas ninguna cosa hace ni puede hacer con que merezca el perdón ni la gracia de Dios".[144]

La sensación de que es Dios quien "obra" todo en nosotros, ha sido atenuada en la edición de 1574, poniendo más de relieve la parte que le corresponde al hombre. "¡Oh, abismo de misericordia! — dice el texto de Alcalá —. ¿Y qué te movió a llamar a los que tan lejos iban de Ti? ¿Qué te movió a mirar cara a cara a los que tan vueltas tenían a Ti las espaldas? Acordástete de los olvidados de Ti, haciendo mercedes a los que merecían tormentos, y tomaste por hijos a los que habían sido malos esclavos, aposentando tu natural persona en los que primero habían sido hediondo establo de suciedades".[145] El texto moderno ha sido modificado y aclarado, saliendo al paso de cualquiera mala interpretación:

¡Oh, abismo de misericordia! ¿Y qué te movió *a dar voces desde el cielo en nuestro corazón y decir: ¿Por qué me persigues con tu mala vida?, con las cuales nos derribaste de nuestra soberbia, y nos heciste saludablemente temer y temblar, y que con dolor de te haber ofendido y deseo de te*

143 *Avisos,* f. 59 r.
144 *Obras,* I, 204.
145 *Avisos,* f. 22 r-v.

agradar, te dijésemos: Señor, ¿qué quieres que haga? Y quieres Tú Señor, que el remedio de nuestros males lo esperemos de Ti, mediante las medicinas de tu palabra y sacramentos, que tus ministros en tu Iglesia dispensan, y mandas que vamos a ellos, como san Pablo a tu siervo Ananías. Así que sabemos muy bien que la perdición fué de nosotros, y el remedio fué tuyo; y confesamos que tu infinita bondad te hizo llamar para Ti los que tan vueltas tenían las espaldas a Ti, y acordarte de los olvidados de Ti, haciendo mercedes a los que merecían tormentos, tomando por hijos a los que habían sido malos esclavos, y aposentando tu *real* persona en los que primero fueron hediondos y establo de suciedades.[146]

Dos o tres de las proposiciones que se han enmendado, se relacionan con el mérito. "Contad el infierno por lugar debido a vuestros merecimientos", se ha escrito en la primera redacción.[147] En la segunda, la palabra "merecimientos" ha desaparecido y en su lugar se leen estas otras: "pecados que hecistes o que hiciérades, si por Dios no fuera".[148] En otro lugar el P. Ávila, considerando el amor de Dios al hombre, se plantea esta disyuntiva: "Verdaderamente, o merecemos mucho bien o nos amas Tú mucho. No es lo primero, ni plega a Ti que de tu buen tratamiento saquemos nosotros mal, creyendo que merecemos el bien que nos haces; mas es lo segundo, porque Tú [te] quieres agradar en los que por Ti heciste amados y agradables a Ti".[149] La redacción que se ha dado en el texto póstumo es ésta: "...ni plega a Ti que de tu buen tratamiento saquemos nosotros *soberbia, pues que aquello con que Te agradamos y bien parecemos, gracia tuya es, la cual Tú nos diste, y allende de esto, regalas y galardonas a los tuyos más copiosamente de lo que ellos merecen*".[150]

Añadamos, por fin, un nuevo punto, relacionado también con la justificación. En el texto de Alcalá existen algunos pasajes, que podrían dar pie para sospechar que Juan de Ávila sostenía que tanto en la ley de naturaleza como en la ley escrita no se daba gracia alguna. "Por las obras de la ley vieja — escribe Ávila — ninguno era justificado delante de los ojos de

146 *Obras*, I, 63 ss.
147 *Avisos*, f. 59 v.
148 *Obras*, I, 204.
149 *Avisos*, f. 108 r.
150 *Obras*, I, 272.

Dios, como dice san Pablo, y por eso no podía haber hermosura para ser codiciada de Dios, pues no había justificación, que es causa de la hermosura. Y si en la ley y sacrificios dados por Dios no podía darse, claro es que menos la habría en la ley de naturaleza, pues que no tenía tantos remedios contra el pecado como la de Escritura".[151] A este párrafo se ha añadido un capítulo casi entero (c. 107) en la última recensión:

Que la hermosura que entonces hubo en los ánimos de muchos que fueron justos, así en la ley de naturaleza como de Escritura, alcanzóse por el derramamiento de la sangre del precioso Cordero, Jesucristo nuestro Señor; el cual, como dice san Juan, fué muerto desde el principio del mundo. Porque, aunque fué muerto en la cruz en los postreros días del mundo, que así llaman los Apóstoles al tiempo de la venida de Cristo, se dice ser muerto desde el principio del mundo, porque desde entonces comenzó su muerte a obrar perdón y gracia en los que la tuvieron, tomándola como en fiado, para después la pagar en la cruz...[152]

e) *Variantes referentes a la Escritura y a diversos puntos de Teología.* — Ya dijimos que la doctrina de Ávila acerca de la interpretación de la Sagrada Escritura, aunque ha sido ampliada de modo notable, conserva fundamentalmente la misma postura decidida y clara de la primera redacción: Esta interpretación "no ha de ser por seso o ingenio de cada cual", sino por la determinación "de la Iglesia católica, cuya cabeza en la tierra es el Pontífice Romano". En el texto definitivo, a propósito de los falsos espirituales, el P. Ávila ha ridiculizado a los que se lanzan a la interpretación de las sagradas Letras sin más bagaje que su hinchada ignorancia, despreciando las enseñanzas de los doctos:

Habéis de saber que algunos de éstos que he dicho en el capítulo pasado, son gente sin letras y cordialmente enemigos de los letrados; y si por ventura saben algún poco de latín, para leer y traer consigo un nuevo Testamento, es tanto lo que se creen a sí mismos, pensando que creen a Dios, y estriban en unos livianísimos motivos y enlázanse en ellos con tal ceguedad, que por claros que son, no saben sacudirse de ellos. Y son tan atrevidos e impersuasibles que, como la Escritura dice: mejor es encontrar con una osa que le han tomado los hijos, que

151 *Avisos*, f. 129 v.
152 *Obras*, I, 327-329.

con un necio que confía en su necedad. Y tienen muy en la memoria, y también en la lengua, aquel dicho de san Pablo: La ciencia hincha y la caridad edifica. Y con esto paréceles tener licencia de despreciar a los sabios como a gente hinchada, y préciance a sí mismos como a gente llena de caridad; y no advierten que están ellos hinchados con soberbia de santidad, que es más peligrosa que soberbia de letras, como cosa que nace de cosa mejor, y por eso, es ella peor. Aunque en la verdad, ni la ciencia ni las buenas obras producen ellas de sí esta mala polilla, mas la maldad del malo, que toma ocasión de lo bueno para se hinchar. Y pues así es, no deben luego despreciar a los sabios, pues que la sabiduría de sí misma no les es impedimento para ser humildes y santos, antes a muchos ha sido y es grande ocasión para serlo. Y juzgar que no lo son, es una grande soberbia e injurioso juicio. Y ya que no lo fuesen, acuérdense que está escrito: Sobre la cátedra de Moisés se asentaron los letrados y fariseos; haced lo que os dicen y no hagáis lo que hacen. Y éstos son al revés, porque no toman la buena doctrina que los sabios dan, y hacen lo malo que ellos dicen que hacen, que es ser soberbios, y despreciándolos y no curando del orden natural y divino, que es que los menos sabios sean regidos por los más sabios.[153]

Las variantes relativas a interpretación de textos concretos de la Sagrada Escritura, son pocas y sin importancia mayor. Hay, sin embargo, un lugar digno de ser señalado. Por la novedad y aparato del preámbulo con que se presenta, parece prometer una exégesis diversa de la que se había dado; sin embargo, luego resulta ser la misma de antes, con ligerísimas diferencias. En la primera redacción, después de enunciado aquel texto de los Cantares, I, 7: "Si [no] te conoces, hermosa entre las mujeres, salte y vete tras las pisadas de tus manadas, y apacienta tus cabritos, par de las moradas", empieza inmediatamente el comentario: "No hay cosa tan de temer...".[154] En el texto de 1574, entre

153 *Obras*, I, 171 s. En el tratado de las *Causas de las herejías* (ed. Abad, n. 21, p. 69), ha escrito: "En ninguna razón cabe que uno sin estudio de Letras Sagradas y sin lo que se requiere para bien las entender, que es muy mucho, y mayormente una mujer, moza tonta o vieja vana, o un hombre de vulgo, tengan por más acertado lo que les parece que lo que pareció a tan gran número de sabios y santos, de grandes ingenios y ejercitados en aquestas cosas. ¿Quién sufriría que en facultad de medicina o derechos, de arte militar, o cosa semejante, habiéndose dubdado y disputado una cuestión por los sabios que ha habido en ella mil o dos mil años acá, o después que hobiesen todos convenido al cabo de mucha deliberación en la determinación de ella, que viniese ahora un hombre indocto en aquella facultad, o una mujer vana, y que de presto determinase lo que los sabios en tanto tiempo no habían sabido determinar; o lo que peor es, reprobase lo que ellos habían determinado?"

154 *Avisos*, f. 43 r.

el lugar escriturístico y el comentario, se ha intercalado una introducción: "Si no te conoces, ¡oh hermosa entre las mujeres!, salte y vete tras las pisadas de tus manadas, y apacienta tus cabritos para de las cabanas de los pastores. *El cual lugar os declararé según la letra griega y edición Vulgata, a la cual el Concilio Tridentino nos manda seguir, puesto caso que, según la letra hebrea, tenga otro sentido. Dicen, pues, en sentencia san Gregorio y san Bernardo y Orígenes de esta manera:* No hay cosa tan para temblar...".[155] No sabemos qué motivo ha podido tener el Mtro. Ávila para esta interpolación erudita. ¿Ha sido simplemente por el cuidado de mostrarse cumplidor de lo preceptuado en Trento, o se ha pretendido tal vez desviar la atención de un texto paralelo del *Enchiridion* de Erasmo?[156] Nada cierto podemos afirmar, por más que este último no nos extrañaría.

Entre las variantes que tocan a diversos puntos de teología, hay algunas, insignificantes, en que la corrección es índice de la malicia de los tiempos y del cedazo estrecho a que ha sido sometido el *Audi, filia,* antes de sacarlo nuevamente a la luz. Veamos algunos cambios de palabras:

Según la primera edición, Pilato "crucificó" al Señor; en la segunda se dice con más propiedad que le "sentenció a muerte".[157] También se decía en el texto de 1556 que faltándole al alma "la fe o la caridad *o* dones del Espíritu Santo, los cuales había de tener, no se puede decir hermosa". Hoy se lee, con más exactitud: "faltándole la fe o la caridad *y* dones del Espíritu Santo".[158] En dos ocasiones, en que se habla, respectivamente, de la creación y conservación, y del concurso divino con la acción saludable del hombre, ha sido sustituído el nombre de Jesucristo por el de Dios,

155 *Obras,* I, 181.

156 "Amenaza por sus figuras aquel santo enamorado a la esposa en el libro de los Cantares y mándale salir fuera, si no se conoce a sí mesma, diciéndole: Si no te conoces, hermosa entre las mujeres, sal fuera y vete tras el rastro de tus ganados. Quiere decir, que si no procura de conocerse el ánima a sí misma y a su poquedad, reconociendo, por otra parte, las mercedes que Dios le ha hecho, que la consentirá Dios andar perdida tras los perdidos" (*Enquiridion,* ed. D. Alonso, p. 156).

157 *Avisos,* f. 137 v; *Obras,* I, 339. Véanse en el apéndice los puntos 15 y 16 que señala el censor (*infra,* p. 319).

158 *Avisos,* f. 129 r; *Obras,* I, 326.

aunque, en rigor, por la comunicación de idiomas, pudiera haberse dejado el texto cual estaba.[159] En otra ocasión, hablando de la humildad de Cristo, se aquilata muy bien la parte correspondiente al Verbo y la perteneciente a su Alma santísima.[160]

No pocas veces una pequeña adición aclara el pensamiento del autor. He aquí unos cuantos ejemplos:

a) "Nuestros primeros padres, antes que se levantasen contra el que los crió..., un solo lenguaje espiritual hablaba[n] en su ánima, el cual era una perfecta concordia que tenían uno con otro, y cada uno en sí mismo y con Dios, viviendo en el quieto y pacífico estado de la inocencia." Añade en 1574: "obedeciendo la parte sensitiva a la racional, y la racional a Dios"...[161]

b) Los ángeles buenos "porque de corazón se humillaron y desestimaron... por esto fueron ensalzados a ser participantes de Dios". "Sin jamás poderlo perder", se dice en 1574.[162] Sin estas palabras parecía negarse que los ángeles en el tiempo de la prueba hubieran tenido gracia santificante.

c) "Oír tiene de la boca de Dios: Apártate de mí a fuegos eternos o: Queda conmigo en estado de salvación." Completa 1574: "en purgatorio o paraíso."[163]

d) "Si hombres hubiera que no tuvieran pecados..., ¿quién era más razón que lo fuesen que los Apóstoles de Jesucristo nuestro Señor, que así como fueron los más cercanos a Él en la conversión corporal, así también lo fueron en la santidad." El texto de 1574 prosigue: "sin que nadie se igualase con ellos,

---

159 "Como todo el ser que tengan las cosas y todo el bien, agora sea de libre albedrío agora de la gracia, sea dado y conservado de la mano de *Jesucristo*... Y deste conocimiento de *Jesucristo*..." (*Avisos*, f. 24 r; *Obras*, I, 209). "En las obras saludables obra el hombre, porque su voluntad y libre albedrío quiere lo que quiere y obra lo que obra; mas *Jesucristo* obra más principalmente, produciendo la buena obra, y ayudando al libre albedrío para que también lo produzca, y la gloria de lo uno y de lo otro a sólo *Jesucristo* se debe" (*Avisos*, ff. 60 v-61; *Obras*, I, 206).

160 "Y esta misma [humildad], muy más perfecta, tuvo Jesucristo su Hijo Nuestro Señor — se dice en *Avisos*, f. 55 v —, el cual, así sus buenas obras como sus buenas palabras, fidelísimamente predicaba al mundo que las había recibido del Padre, diciendo: Mi doctrina no es mía, mas de Aquél que me envió..." Lo que escribió al corregir el libro dice así: "Y esta misma y más perfecta humildad tuvo *la benditísima Ánima* de Jesucristo nuestro Señor, *la cual así como en su ser personal no estuvo arrimada a sí misma, sino a la persona del Verbo, en lo cual excede a todas las ánimas y a los celestiales espíritus, así los excede en esta santa humildad, estando más lejos de darse la gloria a sí misma y de tenerse por su arrimo, que todos ellos juntos; y de este Corazón salía lo que muchas veces* al mundo fidelísimamente predicaba, que sus obras y palabras de su Padre las había recibido..." (*Obras*, I, 198).

161 *Avisos*, f. 10 r; *Obras*, I, 18.

162 *Avisos*, f. 45 v; *Obras*, I, 184.

163 *Avisos*, f. 50 v; *Obras*, I, 191.

sino es la bendita Madre de Dios, que iguala y excede a ellos y a ángeles."[164]

En otras ocasiones son enmiendas, que corrigen verdaderas inexactitudes o proposiciones mal sonantes:

a) "Algunos filósofos... dijeron que había algunos varones tan excelentes que tenían sus ánimos tan purgados, que obraban las virtudes con facilidad y deleite, sin que se levantasen pasiones; o si se levantaban, eran ligeramente y sin pena vencidas. Mas esto que ellos hablaban e quizá no tenían — o si lo tenían, era por inclinación natural; o si era por elección, era a cabo de mucho tiempo que se ejercitaban en estas buenas costumbres, y lo que obraban era a fuerzas de sus propios brazos —, tiénenlo los bienaventurados cristianos, a los cuales Cristo les quiere conceder este don." Este concepto, exageradamente optimista, que ciertamente no encaja del todo con la doctrina general del P. Ávila, ha sido reducido a proporciones más exactas: "Mas esto que *los filósofos* hablaban *y no tenían, porque sin gracia no hay verdadera virtud,* los buenos cristianos lo tienen...".[165]

b) "Delante del cual es más seguro el humilde conocimiento de nuestras faltas que la soberbia justa de nuestras buenas obras." Muy distinto lo que leemos hoy: "...que la soberbia alteza de otros conocimientos."[166]

c) Lo cual [pérdida de la castidad de los que confiaban demasiado en sí] muchas veces suele venir de una secreta fiucia que en sí mesmos estos trabajadores [1574: "soberbios"] tenían, pensando que la castidad era fruto que nacía de sus [1574: "solos"] trabajos y no dádiva graciosa [en lugar de esta palabra dice 1574: "de la mano"] de Dios; y por no saber a quién se había de pedir, justamente se quedaban sin ella. Porque mejor [1574: "mayor"] daño les fuera tenerla y ser soberbios e ingratos a su Dador, que estar sin ella llorados y humillados y avergonzados, viendo que no la pueden haber" [1574, en lugar de "humillados-haber": "humillados y perdonados por la penitencia."][167]

f) *Diferencias de tipo ascético.* — Hay, por fin, un grupo de variantes, que pertenecen más bien al campo de la ascética y de la espiritualidad en general.

Sobre la indiferencia y la sumisión a la voluntad de Dios, había en la primitiva redacción del *Audi, filia* dos expresiones poco oportunas. Una de ellas decía: "Igualmente hemos de tomar la tentación que la con-

164 *Avisos*, f. 104 r;*Obras*, I, 263.
165 *Avisos*, f. 19 v; *Obras*, I, 58. Véase el punto 1 de la censura de la Peña (*infra*, p. 312 s.).
166 *Avisos*, f. 54, v; *Obras*, I, 197.
167 *Avisos*, f. 16, v; *Obras*, I, 53 s.

solación de su mano; *y oír demonios, como ángeles*".[168] Esta última parte se omitió en 1574. La otra era ésta: "Más vale sin comparación *comer o dormir,* si el Señor lo manda, que estar en el cielo sin su querer." En la redacción póstuma las palabras "comer o dormir" han sido sustituídas por: "estar en trabajos".[169]

Hablando de la dirección espiritual, se ha suprimido un ejemplo algo raro: "Y porque hará esto mucho a vuestro propósito, acordaos cómo santa Clara fué fidelísima y subjeta hija a san Francisco; y santa Elisabel, hija del rey de Hungría, a un religioso, el cual tenía tanto celo de ella, que algunas veces la catigaba con azotes, y ella a él tanta reverencia, que los recibía con mucha paciencia y hacimiento de gracias".[170]

Es aquí mismo, en la primera edición, y tratando del director, donde Juan de Ávila ha dicho que hay que escogerlo "uno entre mil". Estas palabras han sido interpretadas en el sentido de que es dificilísimo encontrar un buen director de espíritu. Conocida de todos es la frase de san Francisco de Sales: "Et pour celà, choisissez-en un entre mille, dit Avila; et moi je dis: entre dix mille, car il s'en trouve moins que l'on ne saurait dire, qui soient capables de cet office".[171] Sin embargo, el texto de Ávila más que a la *dificultad* de encontrar director se refiere a la *unicidad* de dirección, la cual aconseja:

Y así viviréis, con tal que os acordéis de lo que dice la Escritura: Pacífico sey ante muchos, mas consejero uno de mil [Eccli., VI, 6], dando a entender que, aunque debemos tener paz con todos, mas basta consejo con uno. Porque así [como] en lo corporal muchas manos diversas suelen más descomponer que ataviar, así en lo espiritual, en lo cual pocas veces hallaréis dos guías del todo conformes, si no fuesen muy enseñados por el espíritu del Señor, que es espíritu de paz y unión, y tuviesen muy echado atrás su propio sentido, que es causa de diversidad y rencillas. Y porque pocas veces éstos se hallan, es bueno, sin decir mal de los otros, escoger a quien Dios os encaminare,

---

168 *Avisos*, f. 28 v; *Obras*, I, 89. Véase el punto 3 señalado por el censor (*infra*, p. 313).

169 *Avisos*, f. 29 v; *Obras*, I, 91. Véase el punto 4 de la censura de Fr. Juan de la Peña (*infra*, p. 314).

170 *Avisos*, f. 99 r.

171 *Introduction à la vie dévote*, p. I, c. 4 (*Oeuvres*, ed. MIGNE, t. III).

uno entre mil, al cual en nombre de Dios inclinéis vuestra oreja con toda obediencia y seguridad.[172]

¿Cómo explicar la interpretación que se ha dado a las palabras del Mtro. Ávila? Sencillísimamente. Este pasaje, que ha desaparecido del moderno *Audi, filia,* ha sido conservado, sin embargo, de manera fragmentaria en unas *Reglas muy provechosas para andar en el camino de nuestro Señor,* publicadas en 1588, las cuales tenemos por un amaño de sus discípulos. En ellas se ha aislado esta frase del P. Ávila de su contexto inmediato, tomando de esta manera el sentido con que la interpretó el santo obispo de Ginebra.[173]

Una expresión que a alguien pudo parecer escandalosa es la que escribió Ávila en el libro de 1556, al hablar de la postura del cuerpo durante la oración. Siendo lo principal en este ejercicio el trato con Dios, al cual hay que ordenar todo lo demás, el P. Maestro Juan de Ávila había escrito:

Y a este propósito hace el rigor que otros tienen en estar hincados de rodillas todo el tiempo de este ejercicio, puesto caso que su flaqueza sea tanta que no puedan tener atención a lo que hacen con el trabajo del cuerpo. Los cuales deben saber que, la oración tenga alguna poca de pena y se ofrezca en satisfacción de los pecados, no es esto el principal fruto de ella, mas el menor. Porque, en comparación de la lumbre y del gusto y de las virtudes que en ella da Dios, muy pequeña es la af[l]ición y ejercicio del cuerpo, porque, como dice el Apóstol, tiene poco provecho.[174]

Esta manera de hablar ha desaparecido en el pasaje paralelo de la edición de 1574;[175] pero, en lugar más

172 *Avisos,* f. 99 v.

173 Cf. *Obras completas,* I, 1.407 s. Estas *Reglas,* publicadas por vez primera en la edición de las *Obras* (1588), ff. 76 r-81 v, constan de 32 puntos. En los 8 primeros se habla en tercera persona a sujeto indeterminado ("tome, tenga, haga..."); en las reglas 9 y 10 se trata al destinatario de "vos"; las 22 restantes se dirigen a la segunda persona ("cuando llegare a ti, en viéndote..."). El Ms. &. III. 21 de la Bibl. de El Escorial, ff. 275 v-276 v, contiene las 8 primeras solamente bajo el título de "Regla muy provechosa para andar en el camino del Señor": van dirigidas a persona seglar. Las dos siguientes están sacadas del texto de los *Avisos* y ha habido un conato de adaptación: "Conviene por lo que toca al regimiento de *su* [1556: "vuestra"] conciencia, *toméis...*" (n. 9; p. 1.047). Las restantes se dan a un sacerdote (cf. n. 32; p. 1.050: "Si alguna persona con ahinco y mucha gana te pidiere que la confieses...").

174 *Avisos,* f. 69 v.

175 *Obras,* I, 234.

oportuno, el Maestro Ávila ha explicado el texto citado del Apóstol:

Y estad advertida no tengáis en poco estas cosas, por ocasión de que dice san Pablo que el ejercicio corporal trae poco provecho; porque ya que de estas cosas se entienda, no quiere que se tengan en poco en sí mismas, sino cotejadas a otras mayores; para provecho de las cuales, y para satisfacer la pena que en el purgatorio se debe, y aun para alcanzar más gracia y más gloria, y para servir al Señor de dentro y de fuera —pues en todo le somos deudores—, no hay duda sino que estas cosas son muy convenientes. En lo cual el soberano Maestro da luz, cuando dijo, hablando de las cosas mayores: Conviene hacerlas; y hablando de las menores: no conviene dejarlas.[176]

Escribiendo de manera particular para gente "recogida", [177] el P. Ávila, en la postrera redacción de su tratado, insiste extraordinariamente en la guarda de la voluntad de Dios, "declarada en los mandamientos de Él y *de su Iglesia*".[178] Hemos subrayado esta última palabra porque el Maestro la destaca con ahinco. Y así, explicando en qué consiste la verdadera libertad de espíritu, perfila su pensamiento, añadiendo unas palabras al texto de 1556: "No se ha de entender que el Espíritu Santo haga a ninguno, por justo que sea, libertado de la guarda de los mandamientos de Dios", 1574: "ni de su Iglesia ni de sus mayores".[179]

Ávila conocía muy bien a qué aberraciones se llegaba por parte de algunos seudo-espirituales, que rehuían el obedecer a los suyos y abandonaban las obligaciones de su propio estado. "No os entrometáis en temporales obligaciones", había escrito en la primera redacción, sin más explicaciones. Después, en el texto definitivo, lo aclaró y puntualizó mejor: "No os entrometáis —dice— en temporales congojas, y cumpli-

176 *Obras*, I, 240.

177 Juan de Ávila ha cambiado en 1574 la palabra "recogimiento" por estas otras: "aprovechamiento de las virtudes y oración" (*Avisos*, f. 47 v; *Obras*, I, 187).

178 "El amor no es devoción tierna, mas un ofrecimiento de voluntad a lo que Dios [1574: "y su Iglesia"] quiere que hagamos y padezcamos..." (*Avisos*, f. 28 v; *Obras*, I, 89). "Y sola nuestra vestidura ha de ser su sanctísima voluntad [1574: "según está declarada en los mandamientos de Él y de su Iglesia"]..." *(Ibíd.; ibíd.)*. Véase también el punto 2 del censor (*infra*, p. 313).

179 *Avisos*, f. 86 y *passim; Obras*, I, 162 y varias veces en el mismo c. 50. Véase el c. 101, de nueva redacción (*Obras*, I, 314, ss.).

do el trabajo de vuestra manos, el cual, moderadamente tomado, aprovecha a cuerpo y ánima, y cumplido con las ocupaciones de necesidad o caridad, según la ordenación que de vuestra vida tenéis".[180] De índole parecida es la explicación que da fe a la frase: "Más vale que se pierda lo que vos deseábades que se hiciese, que cosa que tanto habéis menester para gozar con Dios, como és el reposo de vuestra conciencia." "Más vale — dice ahora — que no se haga lo que vos deseábades, que perder cosa que tanto habéis menester para gozar de Dios en sosiego: y esto entended si vos no tenéis oficio de regir la casa, porque entonces no debéis dejar lo que os parece ser bueno, aunque debéis informaros bien por oración y consejo".[181]

En algunas ocasiones la redacción última, sin tocar un ápice de lo escrito en la de Alcalá, ha añadido una aclaración conveniente. Así en el capítulo 15 se añade un párrafo que antes faltaba, quedando con ello la doctrina algo manca. "Así como si Eva sola comiera del árbol vedado, no se cometiera el pecado original si Adán, su varón, no consintiera; así, mientras aquel propósito bueno de no consentir cosa mala estuviere vivo en lo más alto del ánima, no puede hacer la parte sensitiva, por mucho que coma, que haya pecado mortal, pues el varón no consierte con ella, antes le desplace y la reprehende".[182] Aquí terminaba la primera edición. Hoy se ha añadido:

En lo cual debéis estar advertida que no dejéis que las imaginaciones o movimientos se estén en vos, sin las desechar; porque quien ve el peligro en que está con tener aquel fuego infernal dentro de sí y la serpiente en su seno — cuánto más si ha probado otras veces que de aquello le suele venir el consentimiento en la mala obra o en aquel mal deleite — y no lo desecha, júzguese la tal negligencia por pecado mortal, pues vió el peligro y lo amó, por no desechallo. Mas, mientras hubiere propósito vivo de no consentir en mala obra ni en mal deleite, y resistir, aunque flacamente, cuando miráis el peligro en que estáis, pensad que nos os dejó nuestro Señor caer en pecado mortal. Y porque en esto a duras penas se puede dar cierta sentencia sin información de quien lo padece, conviene informar de ello al docto confesor y tomar su consejo.[183]

---

180 *Avisos*, f. 47; *Obras*, I, 187.
181 *Avisos*, f. 96 v; *Obras*, I, 175.
182 *Avisos*, f. 18 r.
183 *Obras*, I, 56.

g) *Judíos.* — Para terminar todo este largo cotejo entre las dos redacciones, queremos señalar a continuación dos variantes, que tratan de los judíos, en las cuales ha templado el P. Ávila el tono exultante que tenían en la edición complutense.

a) "Para que así sea luz [Cristo] no sólo de los judíos que creyeron en Él y a los cuales fué enviado...".[184] Esta última expresión ha sido enmendada: "a los cuales predicó en propia persona."[185]

b) El otro texto es más vivo: "Y Cristo predicado es luz, entonces y agora, para los gentiles [*sic, lege:* "judíos] que le quisieren creer, porque grande honra es para ellos venir de ellos y principalmente a ellos, el que es Salvador de todo el mundo, y verdadero Dios y hombre."[186] La frase ha perdido vigor en la redacción moderna: "Y Cristo así predicado es luz, entonces y ahora, para los gentiles que le quieren creer, y es luz y honra para los judíos que también quieren creer, como lo nota san Pablo, diciendo: De los cuales viene Cristo según la carne, el cual es, sobre todas las cosas, Dios bendito por todos los siglos."[187]

4. La biblioteca controversista del Maestro. Visión de conjunto

En su celda de Montilla, aquejado de dolores sin cuento, había ido corrigiendo el Mtro. Ávila pliego tras pliego su libro del *Audi, filia.* El P.Ávila dictaba sus conceptos y el P. Villarás trasladaba al papel con su hermosa caligrafía las palabras del Maestro. De vez en cuando se acudía a la librería. Por los libros que hoy se conservan de aquella biblioteca particular sabemos que era muy rica y puesta al día, sobre todo en lo que a tratados de controversia se refiere.[188]

Allí estaban el *De veritate corporis et sanguinis*

184 *Avisos*, f. 136 r-v. No se olvide que el P. Ávila descendía de "cristianos nuevos" y que "cristianos nuevos" eran muchos de sus discípulos.
185 *Obras*, I, 337.
186 *Avisos*, f. 136 v.
187 *Obras*, I, 338.
188 Estos libros se encuentran en la Bibl. Episcopal de Córdoba, adonde pasaron en el siglo XVIII, juntamente con los del Colegio de los jesuítas de Montilla, con motivo de la expulsión de la Compañía. Llevan esta indicación: "Este libro fué del P. Mtro. Ávila". Damos únicamente la lista de los que tratan de temas de controversia. Un catálogo completo lo daremos en la publicación extensa sobre el P. Ávila, que tenemos en curso en la B. A. C.

Christi in Eucharistia (Colonia, 1527), contra Ecolampadio, de san Juan Fisher, el Rofense; allí también tres obras del carmelita Tomás Netter Waldense, vigoroso refutador de Wicleff y Hus: *Tomus primus doctrinalis fidei* (1532), *Opus de Sacramentalibus* (Salamanca, 1556) y *Opus de Sacramentis* (1557); los tres de Alberto Pighio, *De librero hominis arbitrio et divina gratia libri decem* (Colonia, 1542), *Hierarchiae ecclesiasticae assertio* (Colonia 1544) y el *Controversiarum praecipuarum in comitiis Ratisponensibus tractatarum* (Colonia, 1545); el *De Eucharistia sacrosanctissima Ecclesiae Christi Iesu* (Colonia, 1544), de Jorge Wicelio; el *Speculum antiquae devotionis circa Missam et omnem alium cultum Dei* (Maguncia, 1544), del humanista Juan Cochleo; *Opera adversus horum temporum haereses* (Lovaina, 1550), del lovaniense Jacobo Latomo; la *Confutatio cavillationum* (Lovaina, 1554), de Esteban Gardiner, obispo de Winchester; el *De Missa evangelica* (París, 1558), de Juan Fabro; la *Confutatio prolegomenon Brentii* (París, 1560), del cardenal y obispo de Ermland, Estanislao Hosio; las *Tabulae grassantium passim haereseon* del lovaniense Guillermo Lindano, editadas juntamente con el libro *Sectae luteranae trimembris epitome* (París, 1561), de Federico Staphylo; y, por último, un ejemplar del *Arma fidei* del franciscano Fr. Antonio de Córdoba, editado recientemente en Alcalá de Henares en 1562.

Magnífica biblioteca la de aquel Apóstol de Andalucía, santo, predicador y letrado. Juan de Ávila sabía, pues, muy bien quiénes eran los protestantes y cuáles sus tendencias, cuando en aquellos últimos años de su vida iba expurgando del *Audi, filia* toda frase sospechosa, toda expresión menos justa y atildada.

Al terminar este estudio de las diferencias doctrinales entre las dos ediciones del *Audi, filia,* creemos que se desprende claramente de él esta conclusión: el libro de los *Avisos* del Mtro. Ávila ha sido prohibido, no precisamente, por lo menos como motivo único, por tratar de enseñar a todos oración y contemplación, como decía Fr. Luis de Granada de los suyos propios — recordemos que el tratado sobre la oración ha sido ampliado en la edición definitiva del *Audi, filia* —, sino principalmente por contener una doctrina sobre la justificación expuesta en términos que no eran adecuados

después del decreto tridentino. Hemos de creer que Ávila es sincero cuando se lamenta de que se hubiera publicado el manuscrito de su juventud "sin la corrección del autor".

Volviendo ahora la vista atrás, para abarcar en una mirada de conjunto las dos ediciones, cada una de las cuales refleja a su vez la revisión de otra redacción anterior, vemos que, en la primera, la idea central y nervio de toda la concepción avilina — el misterio y el beneficio de Cristo, penetrados a través de la meditación sabrosa de las epístolas de san Pablo — ha sido expuesto con todo el ardor y fuego de un enamorado, sin preocupaciones de ningún género, y en términos que nos recuerdan a algunos autores menos ortodoxos, a quienes supera en mucho por su unción. En la segunda edición, a pesar de haberse vaciado en ella, casi íntegro, el texto de la primera, se nota una preocupación de lima y de adaptación a Trento, que resta fuerza y colorido al estilo vehemente del Maestro. En la primera el P. Ávila habla todavía con doña Sancha Carrillo, flor exquisita de su espiritualidad, a la que alienta con los grandes motivos de confianza que tenemos en Cristo; en la segunda, el Maestro Ávila habla ya para todos, y no puede apartar de su memoria aquellos casos tristes de Valladolid y Sevilla, y a aquellos otros grupos de seudo-espirituales que él ve nacer, como mala semilla, en el campo de su propia escuela. Por decirlo en una palabra, si en aquellas letras muertas de la primera edición — usando la frase del P. Granada — vemos vivo al predicador extraordinario, águila de las cátedras andaluzas; en la segunda, descubrimos al teólogo erudito y al director experimentado.

Salamanca, 1948, 1950.
Dehesa de Valdelagua, 1960, 1962.

AVISOS Y REGLAS CRISTIANAS PARA LOS QUE DESEAN SERVIR A DIOS, APROVECHANDO EN EL CAMINO ESPIRITUAL. COMPUESTAS POR EL MAESTRO ÁVILA SOBRE AQUEL VERSO DE DAVID: *AUDI, FILIA, ET VIDE, ET INCLINA AUREM TUAM.*

Véndese en casa de Luis Gutiérrez, librero, en Alcalá de Henares. f. 1 v. b f. 2 r

AL MUY ILUSTRE SEÑOR DON LUIS PUERTO CARRERO, CONDE DE PALMA, EL MAESTRO ÁVILA

La causa, muy ilustre señor, porque, siéndome por Vuestra Señoría mandado muchas veces por palabras y cartas que imprimiese el presente tratado, no lo he hecho, no ha sido por falta de voluntad de obedecerle y servirle, como creo que de mí tiene conocido, mas haber temido de mi insuficiencia que, imprimiendo el libro con intención de aprovechar a los que le leyesen, se les tornase impedimento de leer otros mu/chos, v
de los cuales mayor erudición y santo calor pudiesen sacar. Y con pensar esto, me he estado hasta ahora y me estuviera de aquí adelante en lo que toca a la impresión de este libro, sino que los días pasados vino a mis manos, y, leyendo en él, vilo trastrocado, borrado y al revés del como yo le escribí: que, siendo por mí compuesto, yo mismo no le entendía. Y parecióme que ya que no se perdiese mucho en estar tan depravado que ninguno pudiese aprovecharse de él, mas no era cosa de sufrir que sacasen daño de él, por las muchas mentiras peligrosas que en él había, y cada día acaecieran más, porque cada uno que trasladaba añadía errores a los pasados. Lo cual visto,/quise tornar a trabajarlo f. 3 r
de nuevo e imprimirlo, para avisar a los que tenían los otros traslados llenos de mentiras de manos de ignorantes escriptores, no les den crédito, mas los rompan luego; y, en lugar de ellos, puedan leer éste de molde y verdadero. Y lo que primero iba brevemente dicho y casi por señas (porque la persona a quien se escribió era muy enseñada y en pocas palabras entendía mucho), ahora, pues, para todos, va copiosa y llanamente declarado, para que cualquiera, por principiante que sea, lo pueda fácilmente entender.

El intento del libro es dar algunas enseñanzas y re-
glas cristianas, para que las personas que comienzan a
v servir a Dios,/por su gracia sepan efectuar su deseo.
Y estas reglas quise más que fuesen seguras que altas,
porque, según la soberbia de nuestro tiempo, de esto
me pareció haber más necesidad. Danse primero algu-
nos avisos, con que nos defendamos de nuestros espe-
ciales enemigos, y después gástase lo demás en dar
camino para ejercitarnos en el conocimiento de nuestra
miseria y poquedad, y en el conocimiento de nuestro
bien y remedio, que está en Jesucristo. Las cuales dos
cosas son las que en esta vida más provechosa y se-
guramente podemos pensar.

Reciba, pues, Vuestra Señoría, el presente tratado,
a él por muchas partes justísimamente debido, porque
f. 4r el amor/entrañable y dulce benignidad con que su ge-
neroso corazón sé que lo ha de recebir, y el mucho
provecho que por la bondad de Dios espero que de la
lección de él ha de sacar, y el tan perseverante deseo
con que siempre me ha puesto espuelas para lo impri-
mir, lo han hecho tan suyo, que sería gravísimo hierro
quererlo hurtar.

Plega a Cristo hable a Vuestra Señoría en él, y le
dé fuerzas para que oya y obre lo ansí hablado, para
que los buenos principios que, por su gracia, en Vuestra
Señoría ha puesto, vayan continuamente adelante, hasta
v que sean colmados en la eternidad de la gloria. *Amén./*

LUIS GUTIÉRREZ, LIBRERO, AL DEVOTO LECTOR

Estoy tan confiado, devoto lector, que ha de agradar y aprovechar muy mucho esta obra a quien con buen deseo y ánimo afectuoso en las cosas de Dios la leyere, que me pareció, presupuesta la voluntad de su autor, que hacía yo algún servicio a nuestro Señor, y ayuda a mis prójimos, en hacer imprimir obra tan espiritual y tan excelente, y de muchos y muy grandes juicios muy estimada. Que, cierto, yo no me fiara en esta parte del mío, si no viera a muchos hombres muy sabios y muy espirituales tener en tanto las obras de un tan

santo varón, como es el padre Ávila, que no hay ninguno de ellos que no las haya hecho trasladar para tenerlas, siendo ellos tales que podían escrebir otras muchas; y porque espero en Nuestro Señor que de esta obra así pública se ha de seguir muy mucho servicio suyo.

Espero también en su misericordia que me dará gracia para que haga imprimir otras del mismo autor y de otros hombres espirituales, que puedan servir para los mismos efectos./ f. 5 r

BREVE REGLA DE VIDA CRISTIANA COMPUESTA POR EL REVERENDO PADRE MAESTRO ÁVILA

Lo primero que debe hacer el que desea agradar a nuestro Señor, es tener dos ratos buenos entre dia y noche diputados para oración. El de la mañana, para pensar en el misterio de la pasión; y el de la noche, para acordarse de la muerte, considerando muy despacio y con mucha atención, cómo se ha de acabar esta vida y cómo ha de dar cuenta de la más chica palabra ociosa que hobiere hablado,[1] con otras cosas semejantes. Y así cumplirá el consejo de la santa Escriptura que dice: *Acuérdate de tus postrimerías, y no pecarás jamás.*[2]

Lo segundo sea que trabaje por traer siempre su memoria en algun buen pensamiento, porque el demonio le halle siempre ocupado, y ande siempre con una memoria que Dios le mira, trabajando de andar siempre compuesto con reverencia delante tan gran Señor, go-
v zándose de que su Majestad sea en sí mismo tan lle/no de gloria como es. De esta manera le traían presente aquellos padres del Testamento Viejo, los cuales juraban diciendo: *Vive el Señor delante de quien estoy.*[3] Por do parece que traían consigo esta memoria. Y es mucha razón que así la traya él, pues trae consigo un ángel que está siempre delante de Dios,[4] cuya Majestad hinche todo lo criado; diciendo el mismo Dios: *Yo hincho el cielo y la tierra.*[5] Y pues en todo lugar está Dios tan poderoso y tan sabio y tan glorioso como en el cielo, en todo lugar es razón que nuestra alma le

1 Cf. Mt. 12, 36.
2 Eccli. 7, 40.
3 4 Reg. 5, 16; 3, 14; 3 Reg. 17, 1; 18, 15.
4 Cf. Mt. 18, 10.
5 Ier. 23, 24.

adore, para que ninguna criatura nos mueva a ofenderle.

El tercero sea que trabaje de confesar y comulgar a menudo, por imitar aquel santo tiempo de la primitiva Iglesia, cuando comulgaban de ocho a ocho días los fieles. De cuya memoria quedó ([a]) agora el pan bendito que dan a los domingos con la paz, para que, cuando vea sacar aquel pan, se acuerde que la frialdad nuestra causó que se diese aquel pan bendito, y no el mismo Santísimo Sacramento, como antes daban, según parece por muchas historias.

El cuarto documento sea que asiente en su corazón muy fijo que si al cielo quiere ir, que ha de pasar muchos trabajos,[6] y que ha de ser escarnecido y perseguido de muchos, conforme a aquel dicho de nuestro Redentor: *Si a mí per/siguieron, a vosotros perseguirán;*[7] f. 6 r
para que, estando así armado, no le aparten de sus buenos ejercicios las malas lenguas, ni los contrarios que dondequiera ha de hallar; sino, como hombre que ya lo sabe, no se le haga nueva una cosa tan cierta a todos los que sirven a Dios, sino mire a Cristo nuestro Redentor y a todos los santos que fueron por aquí, y baje la cabeza sin alboroto ninguno, dejando los perros que ladren cuanto quisieren.

Sea el quinto, que ponga siempre sus ojos en sus faltas, y deje de mirar las ajenas, conforme aquel dicho de nuestro Señor: *Hipócrita, ¿por qué miras la paja en el ojo de tu hermano, y no consideras tú la viga que tienes atravesada en el tuyo?*[8] No tenga cuenta más de con sus propios defectos, y si algo viere en el prójimo digno de reprehensión, no se indigne contra él, sino compadézcase de él, porque la santidad verdadera, dice San Gregorio[9] que es compadecerse de los pecados, y la falsa, indignarse contra ellos. Si son personas que tomarán su corrección, corríjales caritativa-

6 Cf. Act. 14, 21.
7 Io. 15, 20.
8 Mt. 7, 3.
9 "Viri autem veraciter sancti cum flagellari quempiam etiam pro culpa cognoscunt, etsi quaedam eius inordinata corripiunt, ad quaedam autem dolentia compatiuntur... At contra arrogantes viri, quia caritatis viscera non habent, non solum non compatiuntur etiam iustis dolentibus, sed eos insuper sub specie iustae increpationis affligunt." (*Moral,* l. 26, c. 6, 6: ML 76, 352.)
a quedó] quando.

mente conociéndose por hombre de la misma masa de Adán, y si no lo son, vuélvase a Dios, suplicándole que los remedie, y dándole gracias porque ha guardado a él de pecado semejante; hallándose muy obligado a
v servir al Señor, que de este mal le libró, en el cual/él también cayera, si el Señor no le guardara.

Sea el sexto, que trabaje lo más que pudiere por hacer alguna caridad cada día a algún prójimo, acordándose de aquella sentencia del Redemptor que dice: *En esto conocerán todos si sois mis discípulos, si os amáredes unos a otros.*[10] Y conforme a esto debe también tener memoria cada día de rogar a Dios por la Iglesia, que con tanta costa redimió.

Sea el séptimo, que pida siempre a Dios perseverancia, acordándose del dicho de nuestro Redemptor, que *el que perseverare hasta el fin será salvo.*[11] Y así ponga sus ojos en la muerte, teniendo delante que si hasta allí no durare en la virtud, que todo lo que hiciere se perderá. Y así quite siempre los ojos del bien que hiciere, y póngalos en lo que le quedaba por hacer, para que lo hecho no le ensoberbezca, y lo por hacer le ponga humildad y cuidado de pedir a Dios gracia para cumplirlo. Y tema siempre no sea él uno de aquellos que dijo el Salvador que se habían de resfriar en la caridad, porque había de abundar la malicia;[12] como vemos que muchos hacen, que la mucha maldad que ven por ese mundo en tanta abundancia, les es ocasión de dejar los buenos ejercicios que comenzaron, y saliéndose de Sodoma, como la mujer de Lot, por
f. 7 r tornar la cabeza atrás, se quedan hechos estatuas/de sal,[13] su alma endurecida para el bien, y sabrosa y apetitosa para el mal.

Sea el octavo, que en todas su obras busque la gloria de Dios, y no su consuelo ni su provecho, para que, aunque se halle seca su alma y desconsolada, no por eso deje sus santos ejercicios, con que Dios se glorifica y se sirve. Y así ordene cuanto hiciere a que Dios sea glorificado, conforme al consejo de san Pablo

10 Io. 13, 35.
11 Mt. 10, 22; 24, 13.
12 Cf. Mt. 24, 12.
13 Cf. Gen. 19, 26.

que dice: *Ahora comáis o bebáis o hagáis otra cualquier cosa, todo lo haced para la gloria de Dios.*[14] Y pues las obras naturales, como el comer y beber, dice el Apóstol que se hagan para gloria de Dios, mucha más razón es que se haga la oración y lo demás. Y así, pretendiendo sólo esto, no le desconsolará mucho la sequedad que a muchos desconsuela, y hace aflojar en el servicio de Dios, habiendo de ser entonces más diligentes en la guarda de si mismos, y más solícitos en escudriñar si han hecho algún pecado por el cual el Señor los dejase así desconsolados, y proveer en esto con diligencia, pues las más veces nace el tal desconsuelo de soberbia o murmuración o pláticas vanas, que, aunque parecen pequeña culpa, todavía desconsuelan el alma.

Sea el nono, que huiga muy de raíz to/da compañía v
que no le trajere provecho, porque de ella sale todo el mal que a nuestra ánima lastima. Porque, como dice el Profeta, *la garganta de los malos es como una sepultura abierta,* [15] de donde siempre salen hedores de muerte. Y por esto siempre debe huir la compañía de los tales, porque, si en ello mira, nunca hablan sino palabras conformes a la muerte que sus ánimas dentro de sí tienen, y a mejor librar, cuando las palabras son cuerdas al parecer de ellos, entonces son nocivas al prójimo, diciendo mal y murmurando. Lo cual debe él con gran cuidado huir, reprehendiéndolo, si es persona que aprovechará, y si no, mostrándole un semblante triste, porque dice san Bernardo que dubda cuál peca más, el que murmura o el que oye de buena gana murmurar.[16] Debe luego, por no caer en este pecado, mostrar mala cara y no oír al murmurador, porque, viendo su semblante, cesará su murmuración, porque, como dice san Hierónimo, pocas veces uno murmura, cuando ve que el oyente oye de mala gana.[17]

14 1 Cor. 10, 31.
15 Ps. 5, 11.
16 "Fuge murmurationes et susurrationes: susurrationes non audias... Qui detrahit, et qui detrahentem libenter audit, uterque peccat. Non solum ille qui detrahit peccat, sed ille qui voluntarie detrahentem audit." (*Liber de modo bene vivendi,* 17, 48: ML 184, 1.229 s.)
17 "Nemo invito auditori libenter refert. Sagitta in lapidem numquam figitur, interdum resiliens percutit dirigentem. Discat detractor, dum te videt non libenter audice, non facile detrahere." (*Ep.* 52, 14; ML 22, 538).

El décimo y último sea que de tal manera obre bien, que ponga sus ojos y confianza en los merecimientos de Jesucristo, no mirando a lo que hace, sino a la muerte y pasión del Redentor, porque sin él todo es
f. 8 r poco lo que hacemos./Quiero decir, que el valor de nuestras obras nace de los merecimientos de Jesucristo, y de la gracia que por él se nos da. Así debe lanzar toda soberbia y vanagloria de su corazón, por muchas obras buenas que le parecía hacer, porque, si bien mira en ello, hallará que por la mayor parte todo cuanto hace va mezclado de mil imperfecciones, por donde más tenemos por qué pedir perdón al Señor por la mala manera de obrar, que por donde esperar galardón por la substancia de las obras. Porque mirando su Majestad, delante cuyo acatamiento tiemblan los serafines, van nuestras obras tan tibias, tan sin reverencia, y con tanta mezcla de imperfecciones, que está muy claro acetarlas Dios por el amor de su unigénito Hijo. Y así, quitada toda liviandad de corazón, acabada la buena obra, preséntese delante de Dios, pidiéndole perdón del desacato y poca reverencia con que la hizo, y ofrezca a Jesucristo al Eterno Padre, confiado que por amor de aquel Señor, el Padre Eterno acetará aquella obra con que le hobiere servido. De esta manera vivirá humilde y confiado, porque el verdadero camino para el cielo dice un dotor que es obrar
v: bien, y no presumir de sí, sino poner su confianza en
grab.; f. 9 r Cristo./

AUDI, FILIA, ET VIDE, ET INCLINA AUREM TUAM, ET OBLIVISCERE POPULUM TUUM ET DOMUM PATRIS TUI. ET CONCUPISCET REX DECOREM TUUM

Oye, hija, y ve, e inclina tu oreja, y olvida tu pueblo y la casa de tu padre. Y cobdiciará el rey tu hermosura.[1]

ESTAS palabras, devota esposa de Jesucristo, dice el profeta David, o, por mejor decir, Dios en él, a la Iglesia cristiana, amonestándola de lo que ha de hacer para que el gran rey Jesucristo la ame, de lo cual a ella se le siguen todos los bienes. Y porque vuestra ánima es una de las de esta Iglesia, por la grande misericordia de Dios, parecióme escrebíroslas y declarároslas, invocando primero el favor del Espíritu Santo, para que rija mi péñola y apareje/vuestro corazón, v
para que ni yo la hable mal, ni vos oyáis sin fruto; mas lo uno y lo otro sea a perpetua honra de Dios, y aplacimiento de su santa voluntad.

[I. AUDI, FILIA]

LO primero que nos es amonestado en estas palabras es que *oyamos*. Y es la causa, porque, como todo el fundamento de la vida espiritual sea *la fe,* y ésta entre en la ánima por el instrumento de la voz, *mediante*

1 Ps. 44, 11-12.

el oír,[2] razón es que seamos amonestados primero de lo que primero nos conviene hacer; porque muy poco aprovecha que suene la voz de la verdad divina en lo de fuera, si no hay orejas que la quieran oír en lo de dentro, ni nos basta que, cuando fuimos baptizados, nos metiese los dedos el sacerdote en los oídos, diciendo que fuesen abiertos, si los tenemos cerrados a la palabra de Dios, cumpliéndose de nosotros lo que de los ídolos dice el profeta: *Ojos tiene*[*n*] *y no ven, orejas tienen y no oyen.*[3]

A las palabras que algunos hablan tan mal, que oírlos es oír sirenas, que matan a sus oyentes, es bien que veamos a quién tenemos de oír. Para lo cual es de notar que Adán y Eva, cuando fueron criados, un solo lenguaje hablaban, y aquél duró en el mundo hasta que la soberbia de los hombres, que quisieron edificar la torre de la confusión, fué castigada, con que, en lu-
f. 10 r gar de un lenguaje con/que todos se entendían, sucediese muchedumbres de lenguajes, con los cuales no se entendiesen unos a otros. En lo cual se nos da a entender que nuestros primeros padres, antes que se levantasen contra el que los crió, quebrantando su mandamiento con mala soberbia, un solo lenguaje espiritual hablaban en su ánima, el cual era una perfecta concordia que tenían uno con otro, y cada uno en sí mismo, y con Dios, viviendo en el quieto y pacífico estado de la inocencia. Mas, como edificaron torre de soberbia, ensalzándose contra el Señor de los cielos, fueron castigados, y nosotros en ellos, en que, en lugar de un lenguaje, y con que bien se entendían, sucedan otros muy malos e innumerables, que nos molestan con su fatiga y no nos entendemos con ellos, con su gran confusión y tiniebla. Y aunque ellos en sí no tengan orden en su hablar, recojámoslos, para hablar de ellos, al número de tres, que son lenguaje de *mundo y carne*
v *y diablo./*

2 Rom. 10, 17.
3 Ps. 113, 5-6.

[A) A QUIÉN NO DEBEMOS OÍR]

TRES LENGUAJES EN EL PECADOR. EL PRIMERO ES DE COSAS VANAS; EL SEGUNDO, DE COSAS MUELLES; EL TERCERO, DE COSAS MALAS Y AMARGAS

[1. LENGUAJE DEL MUNDO Y HONRA VANA]

AL lenguaje del *mundo* no le hemos de oír, porque es todo mentiras, y muy perjudiciales a quien las cree, haciéndole que no siga la verdad que es, sino la mentira que tiene apariencia y se usa. E así engañado echa atrás sus espaldas a Dios y a su santo agradamiento, y ordena su vida por el ciego norte del aplacimiento del mundo. Semejante a los soberbios romanos, que por la honra mundana deseaban vivir y por ella no temían morir. Y así, hecho el hombre esclavo de la vanidad, pierde la amistad del Señor, cumpliéndose lo que Santiago dice: *El amistad de este mundo enemistad es con Dios. Y si alguno quisiere ser amigo del mundo, constituido es enemigo de Dios.*[4]

Mas mirad que el mundo malo, a quien no hemos de oír, no es este mundo que vemos y que Dios creó, mas es la ceguedad y maldad y vanidad, que los hombres apartados de Dios inventaron, rigiéndose por su parecer y no por la lumbre y gracia de Dios, si/guiendo su f. 11 r voluntad propria y no sujetándose a la de su Criador; y poniendo su amor en las honras y deleites y bienes presentes, siéndoles dados no para pegarse al corazón en ellos, mas para usar de ellos recibiéndolos y sirviendo con ellos al Señor que los dió. Éstos son los mundanos tan miserables que de ellos dice Cristo nuestro Señor: *El mundo no puede recebir el espíritu de la verdad,*[5] porque, si este corazón malo y vano no echa de sí, no podrá recebir la verdad del Señor. Porque es tan grande la contrariedad que hay del uno al otro, que quien de Cristo y de su espíritu quisiere ser, es necesario que no sea del mundo; y quien del mundo quisiere ser, a Cristo ha perdido. Y pues cualquier hombre

4 Iac. 4, 4.
5 Io. 14, 17

bueno debe aborrecer el hablar mentidas y oírlas, aunque sea sin perjuicio ajeno o suyo, ¡cuánto deben ser aborrecidas aquellas que llegan hasta privar al hombre de la virtud y verdad, y desnudarle de la rica joya de la amistad del Señor! Y también porque, después que el mundo despreció al bendito Hijo de Dios, que es eterna Verdad, no hay por qué cristiano ninguno le crea, mas antes viendo que fue engañado, no conociendo una tan clara luz, aquello repruebe que el mundo aprueba, y aquello ame que el mundo aborrece, huyendo con mucho cuidado de ser preciado de aquel que
v a su Señor despreció, y teniendo/por cierta señal [de] ser amado de Cristo, ser despreciado del mundo.

[*Remedios*]

Y si el tropel de la humana mentira quisiere cegar o hacer desmayar al caballero cristiano, alce sus ojos a su Señor, y pídale fuerzas, y oya sus palabras que dicen así: *Confiad, que yo vencí al mundo.*[6] Como si dijese: "Antes que yo acá viniese, cosa muy recia era tornarse contra este mundo engañoso y desechar lo que en él florece, abrazar lo que él desecha; mas, después que contra mí puso todas sus fuerzas, inventando nuevos géneros de tormentos y deshonras, los cuales yo sufrí sin volverles el rostro, ya no sólo pareció flaco, pues encontró quien pudo más sufrir que él perseguir, mas aún queda vencido para vuestro provecho, pues, con mi ejemplo que os di y mi fortaleza que os gané, ligeramente lo podréis vencer, sobrepujar y hollar." Pues mire el cristiano que como los que son del mundo no tienen orejas para escuchar la verdad de Dios, antes la desprecian, así el que es del bando de Cristo no las ha de tener para escuchar las mentiras del mundo, ni curar de ellas, porque ahora halague ahora persiga, ahora prometa ahora amenace, ahora espante ahora parezca blando, en todo se engaña y quiere engañar. Y en tal posesión le debemos tener, pues en tantas mentiras lo hemos tomado que, las medias
f. 12 r que/un hombre dijese, en ninguna cosa nos fiaríamos de él, ni aún en las verdades no le daríamos crédito.

6 Io. 16, 33.

[2.] EL LENGUAJE DE LA CARNE

La *carne* habla regalos y deleites, unas veces claramente, y otras debajo de título de necesidad. Y la guerra de esta enemiga, allende de ser muy enojosa, es más peligrosa, porque combate con deleites, que son armas más fuertes que otras. Lo cual parece en que muchos han sido de deleites vencidos, que no lo fueron por riquezas ni honras ni recios tormentos, y, según sentencia del Salvador, *los enemigos del hombre son los de su casa.*[7] ¡Cuán de verdad es nuestra enemiga la carne, pues que, de dos partes que nos constituyen, la una es ella! Por tanto, quien de esta batalla quisiere salir vencedor, de muchas y muy fuertes armas le conviene ir armado, porque la preciosa joya de la castidad no se da a todos, mas a los que con muchos sudores de importunas oraciones la alcanzan de nuestro Señor, el cual quiso ser *envuelto en sábana*[8] de lienzo limpia, para reposar en el sepulcro; a dar a entender que, como el lienzo pasa por muchas asperezas para venir a ser blanco, así el varón que desea al/canzar o v conservar el bien de la castidad, y aposentar a Cristo en sí, como en otro sepulcro, conviene con mucha costa y trabajos ganar esta limpieza, la cual es tan rica que, por mucho que cueste, siempre cuesta barata.

[*Remedios*]

[a) Castigar la carne]

Debe pues el tal hombre, especialmente si se siente tentado de la carne, primeramente tratar con aspereza su carne, en cuanto le fuere posible, sin muy gran daño de su salud. Que, aunque la carne padezca alguna flaqueza por apagar las tentaciones, más vale, como dice San Hierónimo, que te duela el estómago que no el ánima, y mejor que mandes al cuerpo que no que le

7 Mt. 10, 36
8 Cf. Lc. 23, 53.

sirvas; y más provechoso es que tiemblen las piernas de flaqueza, que no que vacile la castidad. El siervo de Cristo que sintiere a su carne rebelde, debe quitarle la cebada y trabajarla con carga. Como San Hilario decía a su propia carne: Yo te domaré, y haré que no tires coces, sino que pienses antes en comer que no en retozar. Y pues San Pablo, *vaso de escogimiento,*[9] no se fía de su carne, mas dice que *la castiga, y la hace servir, porque, predicando él a los otros, no sea hallado malo,*[10] cayendo en algún pecado, ¿cómo pensaremos nosotros que seremos castos sin trabajar nuestro cuerpo, pues tenemos menos virtud que él y mayores causas para temer? Muy mal se guarda humildad entre hon-
f. 13 r ras, y/temperanza entre la abundancia, y castidad entre regalos; y sería digno de escarnio quien quisiese apagar el fuego que arde en su casa y él mismo le echase leña muy seca. Muy más digno de escarnio es quien por una parte desea la castidad, y por otra hinche de manjares y regalos su carne y se da a la ociosidad, porque estas cosas no sólo no apagan el fuego encendido, mas bastan a encenderlo en quien muy apagado le tuviese. Y pues el profeta Ezequiel da testimonio que la causa porque aquella desventurada ciudad, Sodoma, llegó a la cumbre de tan abominable pecado, fué *la hartura y abundancia de pan y la ociosidad,*[11] que tenían, ¿quién osará vivir en regalos, en ocio, ni aun verlos de lejos, pues que los que fueron bastantes a hacer el mayor mal, con más facilidad harán los menores? Ame ([a]), pues, la templanza quien es amador de la castidad; porque, si la una quiere tener sin la otra, no saldrá con ella, mas antes se quedará sin entrambas, que *a las que Dios juntó, ni las debe el hombre* querer *apartar,*[12] ni puede, aunque quiera.

Mas habéis de mirar que este remedio de afligir la carne es bueno cuando la tentación nace de la misma carne. Y conocerlo héis en que viene a los que tienen regalada su carne, o crece con el holgar y regalo, y trae muchos movimientos de la misma carne. Enton-

9 Act. 9, 15.
10 Cf. 1 Cor. 9, 27.
11 Ez. 16, 49.
12 Mt. 19, 6.
a Ame] Dime

ces aprovecha refrenarla y ca/stigarla, pues el principio del mal viene de ella. v

[b) BUENAS OCUPACIONES]

Mas otras veces viene esta tentación de parte del demonio. Lo cual veréis en que más combate al hombre con pensamientos y feas imaginaciones del ánima que con consentimientos feos de la misma carne; o, si los hay en ella, no es porque la tentación comienza en alteraciones de carne, mas comienzan en pensamientos y de ellos resultan a la carne; la cual algunas veces es flaquísima y como muerta, y los pensamientos vivísimos. Y tienen otra señal, que son del demonio, en venir importunamente, sin catar reverencia a tiempos santos ni a lugares sagrados, en los cuales un hombre, por malo que sea, suele tener reverencia. Y éstos entonces le combaten más; y algunas veces son tantos y tales que el hombre nunca oyó ni imaginó tales cosas, y parece que otro es el que las dice y que no nacen de él. Cuando éstas y otras semejables vierdes, creed que es persecución del demonio en la carne, y que no nace de ella, aunque se padece en ella.

Y el remedio no es afligirla, porque muchas veces suele crecer mientras más la afligen; más debéis de orar, y daros a buenas ocupaciones, y hablar con buenas personas, para apartar el pensamiento de aquellas imaginaciones; las cuales son tan importunas y peligrosas que conviene, cuan/do mucho combaten, tener por peli- f. 14 r
grosa la soledad y el ejercicio de los buenos pensamientos, y es más seguro rezar vocalmente o leer, y otras honestas ocupaciones, por el gran peligro que traen, hallando aparejo de ser escuchados. De manera que el mal que nace de carne, con afligimiento de carne, y el mal que nace de pensamientos malos, con buenas ocupaciones y oraciones se deben curar. Y, si con todo esto no cesare esta tentación, no debéis desmayar, mas sufrirla con paciencia y creer que nuestro Señor permite que te atormente como ángel de Satanás, para que no te ensalces, o para otros provechos que su sabiduría suele sacar de los males.

[c) Evitar familiaridad de mujeres con hombres]

Es también menester para guarda de la castidad
que se evite la conversación familiar de mujeres con
hombres, por santos y parientes que sean, porque las
feas caidas que en el mundo han pasado acerca de
aquesto, nos deben ser un perpetuo amonestador de
nuestra flaqueza y un escarmiento en ajena cabeza, con
el cual nos desengañemos de cualquier falso prometi-
miento que nuestra soberbia nos hiciere, queriéndonos
asegurar que pasaremos sin herida nosotros flacos, en
lo que tan fuertes, tan sabios, y, lo que más es, tan
v grandes santos fueron muy gravemente heridos./¿Quién
se fiará de parentesco, leyendo la torpe caída de
Amón con su hermana Thamar;[13] con otras muchas,
tan feas y más, que en el mundo han acaecido a per-
sonas que las ha cegado esta bestial pasión de la car-
ne, por cercanas que fuesen en parentesco? ¿Y quién
fiará en santidad suya o ajena, viendo a David, que
fué *conforme al corazón de Dios,*[14] ser tan feamente
derribada en muchos y feos pecados por sólo mirar a
una mujer? Ninguno en esto se engañe ni se fíe por
castidad pasada o presente, que, puesto que sienta su
ánima muy fuerte y dura contra este vicio como una
piedra, aun debe huir las ocasiones, porque gran ver-
dad dijo el experimentado San Hierónimo: que a áni-
mas de hierro la lujuria las doma.

Por tanto, toda mujer, y especialmente doncella de
Cristo, ha de ser tan recatada y sospechosa en aquesto
que de ninguna persona se fíe mas oiga con atención
lo que San Bernardo dice: que las vírgines, que ver-
daderamente son vírgines, en todas las cosas temen, aun
en las seguras. Y las que no lo hacen, presto se ve-
rán tan miserables con la caída, cuanto primero esta-
ban con falsa seguridad miserablemente engañadas.

Este mal no combate abiertamente al principio a
las personas devotas; mas primero les parece que de
f. 15 r comunicarse sienten provecho en sus ánimas, y fiados/
de aquesto osan, como cosa segura, frecuentar más ve-

13 Cf. 2 Reg. 13, 14.
14 1 Reg. 13, 14.

ces la conversación, y de ella se engendra en sus corazones un amor que los cautiva algún tanto, y los hace tomar pena cuando no se ven, y descansar con verse y hablarse. Y tras esto viene el dar a entender el uno al otro el amor que se tienen; en lo cual y en otras pláticas, ya no tan espirituales como las primeras, se huelgan de estar hablando algún rato, y poco a poco la conversación que primero aprovechaba a sus ánimas, ya sienten que las tiene cautivas, con acordarse muchas veces uno de otro, y con el cuidado y deseo de verse, y algunas veces de enviarse amorosos presentes y dulces encomiendas. Y de estos eslabones suelen venir tales fines que les dan, muy a su costa, a entender que los principios y medios de la conversación, que primero tenían por cosa de Dios, no eran otros que falsos engaños del astuto demonio, que por allí los aseguraba, para después tomarlos en el lazo que les tenía ascondido. Y así, después de caídos, aprenden que hombre y mujer no son sino fuego y estopa, y que el demonio trabaja por los juntar; y, juntos, soplarlos con mil maneras, para encender en ellos el fuego de carne, y después llevarlos al fuego del infierno.

Por tanto, doncella, huid la familiaridad de todo varón, y guardad hasta el fin la buena/costumbre que v
habéis tomado de nunca estar sola con hombre ninguno, salvo con vuestro confesor, y esto no más de cuanto os confesáis, y aun entonces sin meter otras pláticas. Y la esposa de Cristo no como quiera ha de escoger confesor, mas mirando mucho que sea de muy buena vida y de muy buena fama, y, si ser pudiere, de madura edad. Y de esta manera estará vuestra conciencia segura delante de Dios, y vuestra fama limpia y sin mancha delante los hombres; porque entrambas cosas habéis menester. Y aunque de las comunicaciones no se sigan siempre los mayores males que pueden venir, todavía es bien que se eviten, por evitar el escándalo que de ello puede nacer acerca de quien lo sabe, y por evitar tentaciones y muchedumbre de pensamientos [que], aunque no traigan a consentimiento, quitan al ánima su pureza y libertad para pensar en Dios. Y parece que aquel secreto lugar del corazón, donde, como en tálamo, quiere Cristo solo morar, no

está tan solo y cerrado a toda criatura como a tálamo de tan alto esposo conviene, ni de todo parece estar casto, pues hay en él memoria de hombre.

[d) Devota oración]

Habéis de saber que una de las principales cosas que aprovechan para poseer castidad, es el gusto de la suavidad divinal, que comunica Dios en el ejercicio
f. 16 r de la devota ora/ción; en la cual, *luchando el ánima* a solas *con Dios* con los brazos de pensamientos devotos, alcanza de él, como otro Jacob, que *la bendiga* con muchedumbre de gracias y entrañable suavidad; y hiérela *en el muslo,*[15] que quiere decir el sensual apetito, mortificándoselo de arte que de allí adelante cosquea de él, andando viva y fuerte en las afecciones espirituales, significadas por el otro muslo que queda sano. Porque, así como el gusto de la carne hace perder el gusto y fuerzas del espíritu, así con el gusto del espíritu nos es desabrida toda la carne, y queda tan sin fuerzas que algunas veces es tanta la dulcedumbre que el ánima gusta, siendo visitada de Dios, que la carne con su flaqueza queda tan desmayada y caída como lo podría estar habiendo pasado alguna larga y grave enfermedad.

Por tanto quien quisiere gozar de la excelencia de la castidad ame el ejercicio de la devota oración; porque allí recibirá rocío del cielo y beberá de una agua tan poderosa que le apague de raíz los apetitos carnales. Y quien quisiere gozar de la devota oración, ame el recogimiento y hallarla ha. De aquí podréis conocer claramente cuánto mal causa la comunicación que hemos dicho, pues hace derramar el corazón y per-
v der la devoción, que/eran medios tan provechosos para alcanzar la castidad.

[e) Desconfianza en sí y confianza en Dios]

Todo lo dicho, y más que se pudiera decir, suele ser medio para alcanzar esta preciosa limpieza; mas

15 Cf. Gen. 32, 26.

muchas veces acaece que así como teniendo piedra y madera, y todo lo necesario para edificar una casa, nunca se nos adereza el edificarla, así también acaece que, haciendo todos estos remedios, no alcancemos la castidad deseada. Antes hay muchos que, después de vivos deseos y grandes trabajos pasados para que alcanzasen esta joya, se ven miserablemente caídos en el lodoso cieno de su carne, y dicen con gran dolor: *Trabajado hemos toda la noche y ninguna cosa hemos tomado,*[16] y paréceles que se cumple en ellos lo que dice el Sabio: *Cuando yo más lo buscaba, tanto más lejos huyó de mí.*

Lo cual muchas veces suele venir de una secreta fiucia que en sí mesmos estos trabajadores tenían, pensando que la castidad era fruto que nacía de sus trabajos y no dádiva graciosa de Dios. Y por no saber a quién se había de pedir, justamente se quedaban sin ella; porque mejor daño les fuera tenerla y ser soberbios e ingratos a su dador, que estar sin ella llorosos y humildes y avergonzados, viendo que no la pueden haber, sabiendo que no es pequeña sabiduría saber cuya dádiva es la castidad; y no tiene poco camino andado para alcanzarla quien de/verdad siente que no es fuer- f. 17 r
za de hombre sino dádiva de nuestro Señor. Lo cual nos enseña el Sabio, diciendo: *Como yo supiese que yo no podía ser continente, si Dios no me lo diese, y esto era suma sabiduría, saber cuyo es este don, fuí al Señor y hícele oración con todas mis entrañas.*[17]

[f) Acudir a la Virgen y a los santos]

Y aunque los remedios ya dichos para alcanzar este bien sean provechosos, y debemos ejercitar nuestras manos en ellos, ha de ser con condición que no pongamos nuestra fiucia en ellos, mas hagamos con devota oración lo que David hacía y nos aconseja, diciendo: *Alcé mis ojos a los montes, donde me venía mi socorro. Mi socorro es del Señor, que hizo el cielo*

16 Lc. 5, 5.
17 Sap. 8, 21.

y la tierra,[19] Estos montes a los santos significan, a los
cuales conviene invocar con oraciones, para que nos
alcancen de Dios esta merced. Que [si] para sanar de
corporales enfermedades, visitamos sus casas, ayuna-
mos sus vigilias, celebramos sus fiestas y los invoca-
mos con oraciones, ¿cuánto con más razón debemos
hacer todo esto, para que nos alcancen de Dios reme-
dio contra este fuego infernal? Principalmente y par-
ticularmente se debe hacer esto en el servicio de la
castísima Virgen María, importunándola con servicios
y oraciones por esta merced, las cuales ella oye y reci-
be de muy buena gana, y por ser muy amadora de lim-
v pieza y/verdadera abogada de los que la quieren tener.
Porque, si hallamos en las mujeres de acá algunas tan
amigas de honestidad que ampara[n] con todas sus fuer-
zas a quien quiere apartarse de la vileza de este vicio
y caminar por la limpieza de la castidad, ¿cuánto más
se debe esperar de esta limpísima Virgen de vírgines
que pondrá sus ojos y orejas en los servicios y oracio-
nes del que quisiere la castidad que ella tan de cora-
zón ama?

No te falte, pues, deseo de haber este bien; no te falte fiucia en Cristo, ni importunas oraciones a sus santos y a su Madre, y a Él, que no faltará en ellos cuidado ni amor para orar por ti, ni en él misericordia para te conceder este don, que él solo lo da; y quiere que todo hombre a quien lo da así lo conozca, pues así es la verdad.

[*Es don sobrenatural que no se da a todos igualmente*]

[a) A UNOS SE DA CASTIDAD EN EL ÁNIMA SOLA]

Y es de mirar que este don no lo da por un igual, mas según a su santa voluntad place. A unos da más y a otros menos. Porque a algunos da castidad en la ánima sola, que es un propósito firme y deliberado de no caer en este vicio por cosa que sea; mas con este propósito bueno tienen en su carne y parte sensitiva ten-

19 Ps. 120, 1-2.

taciones penosas, que, aunque no hagan consentir la razón en el mal, aflígenla y danla que hacer en defenderse de sus importunidades. Lo cual es semejable a Moisén y a su pueblo, que estando él/en lo alto del f. 18 r
monte en compañía de Dios, estaba el vulgo del pueblo, adorando ídolos en el valle.[20] Y quien en este estado está debe hacer gracias a nuestro Señor por el bien que le ha dado en su ánima, y sufrir con paciencia la poca obediencia que su parte sensitiva le tiene, porque así como, si Eva sola comiera del árbol vedado, no se cometiera el pecado original, si Adán, su varón, no consintiera,[21] así, mientras aquel propósito bueno de no consentir cosa mala estuviere vivo en lo más alto de la ánima, no puede hacer la parte sensitiva, por mucho que coma, que haya pecado mortal, pues el varón no consiente con ella, antes le desplace y la reprende.

Y si se te hiciere de mal sufrir guerra tan continua dentro de ti, mira que con el trabajo de la tentación se purgan los pecados pasados y se anima el hombre a servir más a Dios, viendo que le ha más menester; y conocemos nuestra flaqueza, por locos que seamos, viéndonos andar a tanto peligro, y a los cuernos del toro, que, a dejarnos Dios un poquito de su mano, caeríamos en la espantable hondura del pecado mortal. Y si fueres fiel siervo de Dios, mientra más tu carne te combatiere, tanto más tú con tu ánima te esforzarás a guardar la castidad, y las tentaciones te serán como golpes que ayudarán a arraigar más en ti la limpieza; y verás las ma/ravillas de Dios, que así como por nues- v
tra maldad parece mayor su bondad, así por la flaqueza de nuestra carne obra fortaleza en nuestra ánima. Y acuérdate que vale más buena guerra que mala paz. Y que es mejor trabajar nosotros por no consentir, y dar en ello placer a nuestro Señor, que, por tomar un poco de placer bestial, que en pasando deja doblado dolor, dar enojos a quien con todas nuestras fuerzas debemos amar y agradar. Llámale con humildad y con fe, que no dejará de socorrer a quien por su honra pelea; que al fin hará que salgas con ganancia de la pelea, y te contará este trabajo en semejanza de mar-

20 Cf. Ex. 32, 1 ss.
21 Cf. Gen. 3, 6.

tirio, pues como los mártires querían antes morir que negar la fe, así tú padeces lo que padeces por no quebrantar su santa voluntad, y hacerte ha compañero en la gloria con ellos, pues lo eres acá en el trabajar.

[b) A otros también en su parte sensitiva]

A otros da nuestro Señor este bien de la castidad más copiosamente, porque no sólo les da en el ánima este aborrecimiento de sucios deleites, mas tienen tanta templanza en su parte sensitiva y carne que gozan de grande paz, y casi no saben qué es tentación que les dé pena. Y esto suele ser en dos maneras: unos tienen esta paz en limpieza por natural complexión, otros por elección y merced de Dios.

f. 19 r Los que por complexión natural, no deben/engreírse mucho con la paz que sienten, ni despreciar a quien ven tentado; porque no se mide la virtud de la castidad por tener esta paz, mas por tener propósito en el ánima de no ofender en este pecado a nuestro Señor. Y si uno, siendo tentado y guerreado en su carne, tiene este propósito bueno en su ánima, con mayor firmeza que el que no tiene ni siente tentaciones, más casto será éste combatido que el otro con la paz. Ni tampoco deben estos bien acomplexionados desmayarse, diciendo: "Poco gano en ser casto, pues lo tengo de complexión", mas deben aprovecharse de la buena complexión que tienen, queriendo con la razón la castidad, que su inclinación les convida, suplicando a nuestro Señor les ponga mucha firmeza en sus ánimos, y de esta manera servirán a Dios con el ánima por el don suyo, y en la carne por su buena inclinación.

Otros hay que no por inclinación natural, mas por merced de nuestro Señor, son tan cumplidamente castos que en su ánima tienen muy quitada la gana, y sienten entrañable aborrecimiento de esta vileza; y en su parte sensiva, tanta obediencia que no solamente va arrastrando a lo que la razón manda, mas obedécela con deleite y presteza, concertándose en uno ella con
v la razón, y teniendo entre sí entrañable paz y so/siego. Este excelente estado rastrearon algunos filósofos, los

cuales dijeron que había algunos varones tan excelentes que tenían sus ánimos tan purgados que obraban las virtudes con facilidad y deleite, sin que se levantasen pasiones, o si vencidas se levantaban, eran ligeramente y sin pena vencidas ([b]). Mas esto que ellos hablaban e ([c]) quizá no tenían — o, si lo tenían, era por inclinación natural; o, si era por elección, era a cabo de mucho tiempo que se ejercitaban en estas buenas costumbres, y lo que obraban era a fuerzas de sus proprios brazos —, tiénenlo los bienaventurados cristianos, a los que Cristo les quiere conceder este don, no ganado por fuerza de ellos, mas infundido por el fuerte Espíritu de él, el cual es de tanta eficacia, cuando perfectamente obra en ánima y carne, que así como hace que lo superior del ánima está con perfecta obediencia sujetísimo a Dios, y recibe de Él poderosas fuerzas y excelentísima lumbre, estando unido tan perfectamente con Él y tan regido por la voluntad de Él, que diga el Apóstol: *El que se llega a Dios, un espíritu es con Él,*[22] así esta eficacia de Dios que obra en la parte sensitiva hace que, dejada la bestialidad y fiereza que de su naturaleza tiene, obedezca con deleite a la razón y se le dé muy sujeta. Y aunque en la naturaleza sean diver/sas, por ser una espiritual y otra sen- f. 20 r
sual, mas allégase tanto la parte sensitiva a la razón que toma también su freno, que anda domada y doméstica, y, aunque no es *razón,* anda como *razonada,* no impidiendo, mas ayudando, como fiel mujer a su marido. Y así como hay ánimas de algunos tan miserablemente dadas a la voluntad de su carne que no se rigen por otro norte sino por el apetito de ella y, siendo su naturaleza espiritual, se abate a la miserable sujección de su cuerpo, tan transformadas en carne, que se tornan *encarnizadas,* y parecen, en su voluntad y pensamientos, un puro pedazo de carne; así la sensualidad de estos otros se junta tanto con la razón que parece más razonal que las mismas ánimas de los otros.

Dificultosa cosa de haber parecerá ésta; mas, en

22 1 Cor. 6, 17.
b vencidos
c e] o

fin, es obra y dádiva de Dios, concedida por Jesucristo, su único Hijo, en el tiempo del cual estaba profetizado que *habían de comer juntos lobo y cordero, oso y león;*[23] porque las afecciones irracionales de la parte sensitiva, que como fieros animales quieren tragar y maltratar la ánima, son pacificadas ([d]) por el don de Jesucristo, y dejada su guerra viven en paz, como se dice en Job: *Las bestias de la tierra te serán pacíficas,*
v *y con las bestias de la región tendrás a/mistad.*[24] Y entonces se cumple lo que está escrito en el Psalmo que dice: *Tú, hombre unánime conmigo, guía mía, y conocido mío, que comiste conmigo los dulces manjares, y anduvimos en la casa de Dios de un consentimiento.*[25] Las cuales palabras dice el hombre interior a su exterior, teniéndolo tan sujeto que lo llama *de un ánima,* y tan conforme a su querer que dice que *comen entrambos dulces manjares y andan en uno en la casa de Dios;* porque están tan amigos que, si el interior come castidad, orar, ayunar y velar, y otros santos ejercicios, hallando mucha dulzura en ellos, también el hombre exterior hace estas obras, y le saben como dulce manjar.

[c) Sólo Cristo y su Madre, libres de todo movimiento pecaminoso]

Mas no entendáis que venga uno en este destierro a tener tanta abundancia de paz que no sienta alguna vez movimientos contra su razón, porque, sacando a Cristo Redemptor nuestro, y a su Madre sagrada, no fué a otros concedido este privilegio; mas habéis de entender que, aunque haya estos movimientos en las personas a quien Dios concede este don, no son tales ni tantos que les den pena, antes, sin ponerlos en estrecho de guerra ni quitarles la paz, son ligeramente por ellos vencidos. Como si viésemos en una ciudad a dos muchachos reñir, y luego se apaciguasen, no

23 Is. 11, 6.
24 Iob 5, 23.
25 Ps. 54, 14-15.
d pacificados.

decíamos que, por aquella breve/guerra, faltaba paz f. 21 r
en la ciudad, si la hobiese en los principales del pueblo.

Y pues esta alteza de virtud confesaban los filósofos, con no conocer las fuerzas del Espíritu Santo, no debe ser dificultoso al cristiano confesar esto, y desearlo, a gloria de la redempción de Cristo, y de su poder, al cual no hay cosa imposible, cuya *paz,* es tanta que *sobrepuja a todo sentido,*[26] como dice San Pablo. Pues, cuando la carne así estuviere obediente y templada, estonces estamos bien lejos de oír su lenguaje y seguros de caer en la terrible maldición que echó Dios a Adán, nuestro padre, porque *oyó la voz de su mujer;*[27] antes nosotros hacemos a ella que nos sirva y oya, y, como a pájaro encerrado en jaula, la enseñamos a hablar nuestro lenguaje, y que con alegría nos obedezca. De la cual luenga obediencia, que a la razón tiene, queda tan bien acostumbrada que, si algo pide, no es deleite mas necesidad; y entonces bien la podemos oír, según Dios mandó a Abraham *que oyese la voz de su mujer Sara,*[28] la cual era ya muy vieja, y con su carne tan enflaquecida y mortificada que *no tenía las superfluidades de otras mujeres.*[29] Y de esta tal carne algo más nos podemos fiar, oyendo lo que nos dice, aunque no debemos tanto creerla que
su solo dicho nos baste, mas debemos examinar/lo con v
razón y con el espíritu, porque la que pensábamos estar muerta no se haga engañosamente mortecina, y tanto más peligrosamente nos derribe cuanto por más fiel la teníamos.

[3.] LENGUAJE DEL DEMONIO *

Los lenguajes del *demonio* son tantos cuantas son sus malicias para engañar, que son innumerables. Porque así como Cristo es causa de todos los bienes, que se comunican a las ánimas de los que se sujetan a Él, así el demonio es padre de pecados y tinieblas, por-

26 Phil. 4, 7.
27 Gen. 3, 17.
28 Cf. Gen. 21, 12.
29 Gen. 18, 11.
* Este título va en el texto de Alcalá delante del párrafo siguiente: "De muchos nombres...".

que, instigando y aconsejando a sus miserables ovejas, las induce a mal y mentira, con que eternamente sean perdidas, y porque sus astucias son tantas que sólo el Espíritu del Señor basta a descubrirlas, hablaremos pocas palabras, remitiendo lo demás a Cristo, que es verdadero enseñador de las ánimas.

[a) SECRETAMENTE PONE ASECHANZAS]

De muchos nombres es llamado el demonio, para alcanzar los males que tiene, mas entre todos hablemos de dos, que son ser llamado *león* y *dragón*. Dice San Agustín: *dragón*, porque secretamente pone asechanzas; *león*, porque abiertamente se enoja.

[1) *Ensoberbeciendo al hombre*]

f. 22 r Y la asechanza que tiene para enseñar es aquesta:/ alzarnos con la vanidad y mentiras, y después derribarnos con verdadera y miserable caída. Ensálzanos con pensamientos que nos inclinan a estimarnos en algo, haciéndonos caer en soberbia. Y como él sepa este mal, por experiencia, ser tan grande que bastó a hacer de ángel demonio, trabaja con todas sus fuerzas hacernos participantes en él, porque también lo seamos en los tormentos que tiene. Sabe él muy bien cuánto desagrada la soberbia a Dios, y cómo ella sola basta a hacer inútiles todas las otras virtudes que un hombre tenga; y trabaja tanto por sembrar esta mala semilla en el ánima que muchas veces deja de tentar a uno y le dice algunas verdades, y le da algunos buenos consejos y espirituales consolaciones, para inducirle a soberbia, y así derribarlo y dejarlo vacío.

[*Remedios:*

a) MIRAR NUESTROS MALES PASADOS, PRESENTES Y POR VENIR]

Mas cuanto él con más diligencia nos hablare este engañoso lenguaje, tanto con mayor diligencia debemos nosotros hacernos sordos a él, que si el profeta

dice que *debajo de la lengua de los malos hay ponzoña,*[30] ¿cuánto mayor pensamos que la habrá en el lenguaje del mismo demonio, más malo que los malos todos? Y si él nos ensalzare de los bienes que tenemos, humillémonos nosotros mirando los males que hacemos y hecimos, los cuales son tantos, que, si el Señor no nos/fuera a la mano, y no nos quitara del v
camino que tan de corazón caminábamos, fueramos creciendo en maldades como en la edad, hasta que los infernales tormentos fueran pequeños para nuestro castigo. ¡Oh abismo de misericordia!, y ¿qué te movió a llamar a los que tan lejos iban de ti? ¿Qué te movió a mirar cara a cara a los que tan vueltas tenían a ti las espaldas? Acordástete de los olvidados de ti, haciendo mercedes a los que merecían tormentos, y tomaste por hijos a los que habían sido malos esclavos, aposentando tu natural persona en las que primero habían sido hediondo establo de suciedades. Estos males que entonces hecimos, nuestros eran, y, si otra cosa ahora somos, en Dios lo somos, como dice el Apóstol: *Erades algún tiempo tinieblas, mas ahora luz en el Señor.*[31]

Conviene, pues, acordarnos del miserable estado en que por nuestra flaqueza nos metimos, [s]i queremos estar seguros en el dichoso estado en que por su misericordia Dios nos ha puesto, creyendo muy de verdad que lo mismo haríamos que antes hecimos, si la poderosa y piadosa mano de Dios de nos se apartase. Y si miramos a los muchos peligros a que estamos sujetos por nuestra flaqueza, no osaremos del todo alegrarnos con el bien que de presente tenemos, con el temor de los pecados/que podemos hacer. Grande ale- f. 23 r
gría mostraron los hijos de Israel y devotos cantares hicieron a Dios, cuando tan gran maravilla hizo con ellos que los pasó por el mar a pie enjuto,[32] y pareciales que, pues en tan gran peligro no habían peligrado, ninguna cosa había de ser bastante para los derribar ni impedir que alcanzasen la tierra por Dios prometida; mas la esperanza salió de otra manera porque,

30 Ps. 13, 3.
31 Eph. 5, 8.
32 Cf. Ex. 15, 1 ss.

después de aquel gran favor, sucedieron tentaciones y pruebas, y fueron hallados flacos e impacientes en la prueba y pelea los que habían sido devotos y alegres después de la pasada del mar. Y porque no alcanzan la corona prometida por Dios, sino los que son hallados fieles en las pruebas que él les invía, éstos no la alcanzaron; mas que quedaron muertos en el desierto por sus pecados.

¿Quién será, pues, tan desatinado que ahora mire a la vida pasada, ahora a la que resta por venir, ose alzar su cabeza a tomar alguna soberbia, pues en lo pasado ve cuán miserable cayó, y en lo por venir a tantos temores está sujeto? Y, si bien conociere la verdad de cómo todo lo bueno viene de Dios, verá que el tener dones de Dios no ha de ensalzar vanamente a los que los tienen, mas abajarlos más, como a quien más agradecimiento y servicio debe. Y cuando piensa
v que creciendo/las mercedes, crece la cuenta que ha de dar de ellas, parécenle los bienes que tiene una carga pesadísima, que le hace gemir y ser más cuidadosa y humilde que antes.

[b) Pedir a Dios humildad: conocer a Dios y a sí]

Y porque es tanta nuestra liviandad, y tenemos tan metida en los huesos la secreta soberbia, que fuerzas humanas no bastan del todo a limpiarnos de este pecado, debemos pedir a Dios este don, suplicándole importunamente no nos permita caer en tan gran traición, que nosotros seamos robadores de la honra que de todo lo bueno a él es debida. Con el ayuno se sanan pestilencias de la carne, y la oración las de la ánima; y por eso conviene al que esta pestilencia siente en su ánima, orar con toda diligencia y continuación, presentarse delante el acatamiento de Dios, suplicándole abra los ojos para conocer la verdad de quién sea Dios, y quién sea él, para que ni atribuya a Dios algún mal, ni tampoco a sí algún bien.

Y cuando Dios es servido de hacernos esta merced, invía una celestial lumbre en el ánima, con que,

quitadas unas gruesas tinieblas, conoce ningún bien, ni ser, ni fuerzas haber en todo lo criado mas de aquello que la bendita y graciosa voluntad de Dios ha querido dar y quiere conservar. Y conoce entonces cuán verdadero cantar es aquél: *Llenos son los cielos y la/* f. 24 r
tierra de tu gloria.[33]

Porque en todo lo creado no ve cosa que buena sea, cuya gloria no sea a Dios. Y entiende con cuanta verdad dijo Dios a Moisén, que dijese a los hombres, que *el que es me invío a vosotros;*[34] y lo que dijo el Señor en el evangelio: *Ninguno es bueno, si no sólo Dios,*[35] porque, como todo el ser que tengan las cosas y todo el bien, ahora sea del libre albedrío ahora de la gracia, sea dado y conservado de la mano de Jesucristo, conoce que más se puede decir que Dios es en ellas y obra el bien ellas, más que ellas de sí mesmas. No porque ellas no obren, mas porque obran como causas segundas movidas por Dios, principal y universal hacedor, del cual ellas tienen la virtud para obrar. Y así, mirando a ellas, en cuanto de sí mismas, no les hallan tomo ni arrimo en si proprias, sino en aquel infinito ser que las sustenta, en cuya comparación parecen todas ellas, por grandes que sean, como una pequeña aguja en un infinito mar.

Y de este conocimiento de Jesucristo queda en el ánima una profunda reverencia a la sobreexcelente majestad divinal que le pone tanto aborrecimiento de atribuir a sí misma ni a otra criatura algún bien, que ni aún pensar en ello no quiere, considerando que así como el casto de Josef no qui/so hacer traición a su v
señor, aunque fué requerido de la mujer de él,[36] así no debe el hombre alzarse con la honra de Dios, la cual él quiere para sí como el marido a su propria mujer, según está escripto: *Mi gloria no la daré yo a otro.*[37] Y está el hombre entonces tan fundado en esta verdad, que aunque todo el mundo lo ensalzase, él no se ensalzaría, mas, como verdadero justo, desnúdase de la honra, pues ve no ser suya, y dala al Señor, cuya

33 Is. 6, 3.
34 Ex. 3, 14.
35 Mc. 10, 8.
36 Cf. Gen. 39, 8 ss.
37 Is. 42, 8.

es. Y en esta luz ve que cuanto más alto está, más ha recebido de Dios y más le debe, y más pequeño y abajado es en sí mismo; por[que] quien tan de verdad cre[c]e en otras virtudes, también ha de cre[c]er en la humildad, diciendo a Dios: Conviene cre[c]er en ti, *y a mi ser abajado cada día más*[38] en mí mismo.

Y entonces no oye el ánima el falso lenguaje del demonio soberbio, que con la propria estima la quería engañar; mas oye la verdad de Dios, que dice que la verdadera honra y estima de la criatura no consiste en sí misma, mas en recebir y ser estimada y amada de su Criador.

[2. *Desesperándole:*

1. *Con la memoria de sus pecados*]

Otra arte suele tener el demonio contraria a esta pasada, la cual es, no haciendo ensalzar el corazón, mas abajándole y desmayándolo, y así traello a desesperación. Y esto hace trayendo a la memoria no los
f. 25 r bienes que el hombre/ha hecho, mas sus pecados, gravándoselos cuanto puede, para que, espantado con la muchedumbre y graveza de ellos, [c]aya desmayado como debajo de carga pesada, y así desespere. De esta manera hizo con Judas, que, al hacer del pecado, quitóle delante la graveza de él, y después trájole a la memoria cuán grave mal era haber vendido a su maestro y por tan poco precio, y para tan mala muerte.[39] Cególe los ojos con la grandeza del pecado, y dió con él en el lazo, y de allí en el infierno.

De manera que a unos ciega con las buenas obras, poniéndoselas delante y escondiéndoles sus señales, y así los engaña haciéndolos ensoberbecer; y a otros escóndeles que no se acuerden de sus bienes que por la gracia de Dios ha hecho, y tráeles a la memoria sus males, y así los derriba. A los unos díceles que sus bienes son muchos y sus pecados pocos y livianos; a los otros, que los bienes que han hecho son pocos y llenos de falta, y sus males muchos y grandes.

38 Io. 3, 30.
39 Cf. Lc. 22, 48.

[*Remedio:* PONER LOS OJOS EN LOS BIENES HECHOS Y EN LA MISERICORDIA DE DIOS Y BENEFICIO DE CRISTO]

Mas así como el remedio es, porque él nos quiere alzar de la tierra, asirnos más a la tierra y tener los pies más hincados en ella, y considerando, no nuestras plumas de pavo, mas nuestros lodosos pies de pecados que hemos hecho o haríamos, si Dios no nos guardase, así en este otro engaño es el remedio quitar los ojos de nuestros pecados y ponerlos/en los bienes que he- v
mos hecho y en la misericordia de Dios, de donde nos vinieron. No es esto para poner confianza en las obras nuestras, porque no cayamos en un lazo, huyendo de otro; mas para creer que, pues nos diō gracia para las hacer, no las dejará de galardonar, y, pues nos ha puesto en la carrera, no nos dejará en la mitad de ella, pues sus obras son acabadas como él lo es; y más hizo en sacarnos de enemistad que en conservarnos en su amistad. Lo cual nos amonesta San Pablo diciendo. *Si cuando éramos enemigos fuimos reconciliados a Dios por la muerte de su Hijo, mucho más ahora que somos reconciliados seremos salvos en la vida de Él.*[40]

Cierto, pues su muerte fué poderosa para resucitar a los muertos, también lo será su vida para conservar en vida a los vivos. Hízonos de enemigos amigos, pues no nos desamparará siendo amigos. Si nos amó desamándole, no nos desamará amándole. De manera que osemos decir lo que dijo San Pablo: *Confío que aquel que comenzó en vosotros el bien, lo acabará hasta el día de Jesucristo.*[41]

Si el demonio nos quisiere turbar con gravarnos los pecados que hemos hecho, miremos que ni él es la parte ofendida, ni tampoco el juez. Dios es a quien ofendemos cuando pecamos, y él es el que ha de juzgar a hombres y demonios,/y, por tanto, no nos turbe que f. 26 r
el acusador acuse, mas consuélenos que el que es parte y juez nos perdona y absuelve. Y esto dice San Pablo

40 Rom. 5, 10.
41 Phil. 1, 6.

así: *Si Dios con no[s], ¿quién será contra nos? El cual a su proprio Hijo no perdonó, mas por todos nosotros lo entregó. Pues, ¿cómo es posible que dándonos a su Hijo, no nos haya dado todas las cosas? ¿Quién acusará contra los hijos de Dios? Dios es el que justifica, ¿quién habrá que condene?*[42] Todo esto dice San Pablo. Lo cual, bien considerado, debe esforzar a nuestro corazón a esperar lo que falta, pues tales prendas de lo pasado tenemos. No nos espanten nuestros pecados, pues el eterno Padre castigó a su Hijo unigénito por ellos [para] que así viniese el perdón sobre nos, que merecemos el castigo. Y pues Dios nos perdona, ¿qué aprovecha que el demonio dé voces, pidiendo justicia? Ya una vez fué hecha justicia de todos los pecados del mundo; la (e) cual cayó sobre el inocente cordero, que es Jesucrito, para que todo culpado que quisiese llegarse a él sea perdonado. Pues, ¿qué justicia sería castigar otra vez los pecados del penitente con infierno, pues ya una vez fueron suficientemente castigados en Jesucristo? Él nos es dado por la misericordia del Padre, y en él tenemos todas las cosas; porque, en com-
v paración de tal persona divina, como es el Hijo, ¿qué/ es todo lo demás sino menos que él? Y quien dió el Señor, también dió el señorío; y quien dió el sacrificio, dió el perdón; *y quien dió al Hijo, dará todo cuanto quisiéremos.*[43]

Así que, doncella de Cristo, si nos quisiere el demonio cegar en nuestros pecados, digamos que no son sino pocos y chicos, y nuestros bienes muchos y grandes. Pocos son nuestros pecados, no en sí, mas comparados a los muchos merecimientos de Jesucristo. Muchos son nuestros bienes, no en nosotros, mas en Cristo, que nos dió lo que él ayunó, oró, y caminó y trabajó; y sus espinas y sus azotes, y clavos y lanza, muerte y vida, haciéndonos participantes en todo mediante los sacramentos y fe. Cuantas son las misericordias del Señor, tantos podemos decir que son nuestros merecimientos; y cuantos son los bienes de Cristo, en tantos tenemos parte nosotros. Y así como en el mar Bermejo

42 Rom. 8, 31-34.
43 Cf. Rom. 8, 32.
e la] lo

fueron ahogados Faraón y los suyos, que perseguían a Israel por las espaldas,[44] así, en la sangre y merecimientos de Cristo, son los pecados que hemos hecho ahogados, que ninguno queda. Por tanto, cerremos las orejas a este lenguaje, y hagamos ir avergonzado al demonio, como lo fué de uno[s], de los cuales dijo: "Estos me han vencido, porque cuando yo los quiero ensalzar, ellos se abajan, y cuando yo los/quiero abajar f. 27 r
ellos se ensalzan." Y digamos con David: *Siendo el Señor mi ayudador, yo despreciaré a mis enemigos.*[45]

[2. *Con pensamientos contra Dios*]

Otras veces suele hacer desmayar, trayendo pensamientos muy sucios y abominables aun contra las cosas de Dios, y hace entender al que los tiene que de él salen y que él los quiere tener y con esto atribúlale de tal manera que le quita toda el alegría del ánima, y le hace entender que está muy desechado de Dios y condenado de él, y dale gana de desesperar, creyendo que no puede parar en otra parte sino en el infierno, pues ya le parece tener blasfemias semejantes a las de allá. No es tan necio el demonio que no se le entiende que el tentando no ha de venir a consentir en cosas tan abominables, mas es su intento asombrarle y desmayarle, para que así pierda la confianza que en Dios tenía, y trabajarlo tanto con sus importunidades e frialdades que le haga perder la paciencia y sosiego, y así ganar él; como dicen: A río vuelto, ganancia de pescadores.

Gran merced hace Dios a muchas personas, que por mucho tiempo les guarda y esconde dentro de sí, para que no sepan qué guerra es aquesta ni oigan aqueste espantable lenguaje; mas otras veces permite que aquel malvado turbe con sus voces importunas nuestro silencio, y en lugar del gozo, que teníamos en pen/sar cosas v
de Dios, nos haga[n] sus tentaciones echar lágrimas de muy gran tristeza.

44 Cf. Ex. 14, 28.
45 Ps. 117, 7.

[*Remedios:*

a) No dialogar con el demonio]

Entonces hemos de hacer lo que hacía David: *Yo, como sordo, no oía; y como mudo, que no abre su boca.*[46] Hecho soy como hombre que no oye y que no tiene en su boca reprehensiones. Y pues no podemos dejar de oír este lenguaje, pues que el demonio, aunque no queramos, nos trae estos pensamientos y hablas tan malas, seamos a lo menos como quien no oye. Lo cual hacemos cuando no nos turbamos ni entristecemos con ellos, mas estamos en nuestra paz como de antes, no curando de tomarnos a palabras ni respuestas con el demonio ni sus asechanzas, mas estamos como sordos y mudos, no haciendo caso de todo cuanto nos dice. Dificultoso es creer aquesto a los que poco saben de las astucias del demonio, los cuales piensan que, si no dejan de hacer lo que hacían y se ocupan en ojear y andar matando las moscas de los tales pensamientos, ya han consentido en ellos, creyendo que es todo uno: sentir pensamientos y consentir en ellos. En la verdad, mientras los tales pensamientos son más abominales, más seguro está el hombre que no consentirá en ellos. Y basta no curar de ellos con una sosegada disimula-
f. 28 r ción, porque no hay cosa que al demonio más/lastime que el despreciarlo tan despreciado que ningún caso hagan de él ni hay cosa tan peligrosa como trabar razones con quien tan presto nos puede engañar.

Y por esto la mejor respuesta es no responder, aunque nos parezca que teníamos qué, mas una vez al día decir que creemos lo que cree la santa Iglesia Romana, y que no queremos consentir en pensamiento falso ni sucio; y decir al Señor lo que está escripto: *Señor, fuerza padezco, responded vos por mí;*[47] y sosegarnos, creyendo que él lo hará con condición que tengamos esperanza en él y callemos nosotros. Porque, si tenemos muchas respuestas nosotros, ¿cómo le diremos que responda por nos? Por lo cual dice la sagrada

46 Ps. 37, 14.
47 Is. 38, 14.

Escritura: *Vosotros callaréis y el Señor peleará por vosotros.*[48] De manera que nuestro pelear no es a solas manos, mas muy más principalmente con invocar al Señor todopoderoso, el cual por nosotros pelea. Y esto es lo que dice el profeta Esaías: *En silencio y esperanza será vuestra fortaleza.*[49] Porque uno de estos dos que falte, luego el hombre se turba y enflaquece.

[b) Crecer en el bien obrar, aunque sea sin devoción]

Mas dirá alguno: "Quítanme estos pensamientos la devoción, y suélenme venir cuando yo me llego a las buenas obras, y por no oír tales cosas, estoy determina/do muchas veces de no las hacer." A esto digo: que v
esto es por lo cual el demonio andaba, por con sus importunidades estorbar el bien obrar; aunque parece que a otra parte tiraba. Mas debes tú antes crecer en el bien que menguar, como persona que adrede lo hace, por hacer ir al demonio con pérdida de lo que pensaba llevar ganancia.

E si falta la devoción no te penes, pues no se miden nuestros servicios por devoción, mas por amor; y el amor no es devoción tierna, mas un ofrecimiento de voluntad a lo que Dios quiere que hagamos y padezcamos, tengamos voluntad o no, y si algunos, que parece dejan el mundo por servir a Dios, dejasen también la desordenada codicia de los devotos sentimientos del ánima, como dejan la codicia de los bienes temporales, vivirían más alegres de lo que viven, y no hallaría el demonio codicia en que asir, como en cabellos, con sus engaños, y lastimarles con ellos. Desnudo murió Jesucristo, y desnudos nos hemos de ofrecer a él, y sola nuestra vestidura ha de ser su santísima voluntad, sin mirar a otra parte. Igualmente hemos de tomar la tentación que la consolación de su mano, y oír demonios como oír ángeles, y ser tentados y azotados como ser abrazados. Finalmente, no estar asidos

48 Ex. 14, 14.
49 Is. 30, 15.

a los flacos ramos de nuestros quereres, aunque nos
f. 29 r parezcan buenos, mas a/aquella fuerte columna de la divina voluntad, que nunca se muda. Para que así no vivamos en mudanzas, mas participemos a nuestro modo de aquella immutabilidad y sosiego que la divina voluntad tiene, haciendo siempre lo que quiere, y tomando lo que nos invía.

Decidme, doncella, ¿qué más hace al caso servir uno a Cristo por consolaciones y gustos de ánima que servirle por dinero, qué más por cielo que por tierra, si el postrer paradero es mi codicia? Lucifer, según muchos doctores dicen, la bienaventuranza deseó, mas, porque no la deseó como debía y de quien debía, y que se le diese cuando Dios quería, no aprovechó que lo que deseaba era bueno, mas pecó (f) por no desearlo bien; y así fué su deseo codicia, y no buen deseo.

[c) Conformar nuestra voluntad con la de Dios]

Pues de esta manera digo que no hemos de estar atados a desear nuestros consuelos o devociones, o sosiego, o semejantes cosas, parando en ellas, mas, libres de estas cosas, asestar nuestro querer en aquel norte inmutable de la divina voluntad, tomando lo que nos diere, y cuando y como; y no holgarnos por lo que nos da, principalmente por nuestro provecho, mas porque se huelga él en dárnoslo, aparejados [a] carecer de ello, si supiésemos que él es servido. Y no digo yo esto, porque se puede excusar el gozo cuando el
v Señor nos visita, o la pena, cuan/do nos deja en manos de nuestros enemigos para ser de ellos tentados, mas porque, en cuanto pudiéremos, nos mostremos a no hacer mucho caso del consuelo, porque no sintamos las mudanzas que necesariamente hemos de sentir, si a estas cosas nos arrimamos.

Suplicad al Señor que nos abra los ojos, que más claro que la luz del sol veríamos que todas las cosas de la tierra y del cielo son muy poca cosa para desear ni gozar, si de ellas se apartase la voluntad del Señor.

f peco] poco

Más vale sin comparación comer o dormir, si el Señor lo manda, que estar en el cielo sin su querer. No estemos pues tanto asidos de las cosas, por buenas que nos parezcan, más de cuanto fuere siempre la voluntad buena de nuestro Señor Dios. Y así ligeramente tendremos sosiego entre los alborotos que el demonio causa, porque estará mortificada nuestra voluntad, que es la que causaba el descontento, y viviremos siempre en una continua paz, según en este destierro se puede haber, por estar conformes con la voluntad de nuestro Señor Dios, la cual tan bien se cumple en nosotros cuando somos atribulados, como cuando somos consolados. Echemos ([g]), de nosotros tanta fruta perdida, [que] estaba colgada de nuestra secreta codicia, y cogeremos otros nuevos frutos de gozo y paz, que de/ f. 30 r
esta unión con la divina voluntad suelen venir.

Esta es el arte con que se engaña el arte que el demonio traía. El quería hacernos enojar, aunque a otra parte parecía que tiraba. Nosotros guardámosle el golpe y cobrímonos con paciencia, conformándonos con la voluntad divina, y así quedamos sin llaga y aún con corona, porque, no curando de lo que en nos pasa, por penoso que sea, mas de la voluntad del que lo invía, vencemos nuestra propria voluntad; lo cual es la causa de nuestra corona.

Y porque el vencimiento de esta batalla más se hace por arte de contentarnos con lo que viene, y de tener confianza, mientra más el demonio nos la quiere quitar, que por vía de fuerza, queriendo evitar que no nos vengan estos pensamientos, pues que no son en nuestra mano, por eso dice ([h]) el esposo a la esposa en los Cantares: *Cazadnos las pequeñuelas zorras, que destruyen las viñas, porque nuestra viña ha florecido.*[50] La *viña* de Cristo nuestra ánima es, plantada con su mano y regada con su sangre. Esta *florece* cuando, pasado el tiempo en que fué estéril y seca, comienza nueva vida y fructifera al que la plantó. Mas porque a los tales principios suelen acechar estas y otras tentaciones del astuto demonio, y les suelen dañar con

50 Cant. 2, 15.
g Echamos
h dixe

v hacerles desmayar, trayéndoles pensamientos/tan feos estando ella ternecica y en flor, por eso nos amonesta el esposo florido, que pues nuestra ánima, viña suya, ha *florecido,* que tengamos manera para cercar estas importunas tentaciones. En decir *cazar,* da a entender que ha de ser por maña y no por fuerza. Y en decir que son *zorras,* da a entender que son tentaciones solapadas, que pareciendo ir a herir en una parte, hieren en otra. En decir *pequeñas,* da a entender que para quien las conoce no son grandes, porque el solo conocerlas es vencerlas; y a quien le parecen grandes, es el que con su temor y poco saber las hace grandes. Y en decir que *destruyen* las viñas, da a entender cuánto daño hacen en los hombres que no las conocen, hasta traerlos algunas veces a tanto enojo, que de enojados, como no les quita Dios las tales tentaciones, vienen por miserable consejo a consentir o casi consentir en ellas, y algunas veces pasa tan adelante este mal que, por no sufrir guerra tan cruda en el camino de Dios, lo dejan y se dan abiertamente a pecar, pensando por allí huir de ellas; o, si esto no hacen, algunos suelen venir a desesperar, por no sufrir guerra tan cruda.

[d) Buscar un buen confesor]

Y suele a los que tales tentaciones tienen, dar mucha pena, el haberla[s] de decir abiertamente a su confesor, por ser cosas tan feas que no merecen ser
f. 31 r tomadas en lengua, y que dan gran des/mayo, por su abominación, cuando se cuentan. Y, por otra parte, si no s[e] las dicen, paréceles no ir bien confesados, y así nunca salen satisfechos de la confesión por el callar, o salen muy penados por haber dicho cosas que tanta pena les dan. Lo que estas personas cerca de esto deben hacer es buscar un confesor sabio, experimentado ([i]) en las cosas de Dios, y darle a entender las tentaciones que pasa[n], de arte que, aunque no se digan los pensamientos de la misma manera que se piensan, porque esto no es menester y muchas veces

i experimentando.

daña y no se puede hacer, mas dígase de manera que el confesor pueda entender la enfermedad que es, y esto basta.

Y el tal confesor no debe ser áspero, ni importunarse por muchas veces que el penitente le pregunte una misma cosa, ni por otras flaquezas que estas personas escrupulosas y tentadas pueden tener; mas antes se acuerde de lo que el Apóstol dice: *Corrígele en espíritu de blandura, considerándote a ti mismo, y no seas también tentado.*[51] Y por graves cosas que en estas personas vea, no desmaye, porque no suele el Señor olvidar sus ovejas en aquestos peligros, mas socórrelas cuando más desesperado parece estar el remedio, según yo he visto en muy muchas personas afligidas gravísimamente con estas tentaciones, aun hasta trance/de v
desesperar. De las cuales ninguna he visto parar en mal, mas ser socorridas de Dios con entera sanidad de estos trabajos.

Ore, pues, el confesor, y busque oraciones ajenas; y encomiende al penitente la enmienda de su vida; y déle buena esperanza de parte de nuestro Señor, que él cumplirá las promesas que de su parte le dieren con fe; y enseñe al penitente que ningún pensamiento, por sucio y malo que sea, no puede ensuciar el ánima, cuando no es consentido. Y pues el penitente no consiente, mas toma mucho desplacer en aquestas cosas, antes las debe tomar en purgatorio de sus pecados y en ejercicio de paciencia, como quien está padeciendo martirio en manos de crueles sayones, que pensar que ofende a Dios en ello, o que va camino de perdición.

Y con esta cordura y sabiduría engañará el arte que el demonio como zorra trae, que era amagar para hacernos caer en infidelidad o blasfemias, o suciedades o cosas semejantes; y cuando nosotros íbamos a escudarnos de aquel golpe, penándonos mucho, desmayándonos con los tales pensamientos, descubríamos el ánima una vez o otra por la parte de la paciencia, y allí nos hería en descubierto muy a su placer/como f. 32 r
quien amaga a la cabeza y hiere a los pies. Mas contra este arte usemos de otro arte, y es no asombrarnos

51 Gal. 2, 15.

ni desmayarnos, ni perder la paciencia, mas cubrirnos de pies a cabeza y en todo tiempo con la fe y conformidad de la voluntad del Señor; y estar contentos de tener aquello, si el Señor es servido que lo tengamos, toda la vida.

Y así ganamos más con aquella paciencia que ganáramos con la devoción que nos quitó, y ayúdanos a crecer en el servicio de Dios el que pensaba estorbarnos. E hizo por su ocasión que, estando nuestra ánima en flor de principios, comience a dar frutos de hombres perfectos, porque nos hace desnudar de nosotros mismos y que, comiendo antes leche de devoción tierna, comemos ya pan con corteza, manteniéndonos con las duras piedras de las tentaciones; las cuales él nos traía para probarnos *si éramos hijos de Dios,*[52] y sacamos ([j]) de la ponzoña miel, de las llagas salud; y así de la tentación salimos probados y aprovechados.

Los cuales bienes no hemos de agradecer al demonio, cuya voluntad no es fabricarnos coronas, mas
v cadenas; sino a aquel sumo y omnipotente Bien,/Dios, el cual no dejaría acaecer mal ninguno, sino para sacar mayor bien; ni dejaría a nuestro enemigo y suyo, el demonio, atribular a nosotros, sino para gran confusión del que atribula y bien del atribulado; y esto es lo que dice David: *Este dragón que formaste para que hiciesen burla de él.*[53] *Dragón* llama al demonio por sus asechanzas, al cual crió Dios bueno y él se hizo malo y tentador de los buenos; mas permítelo Dios así, sacando bien de sus males ([k]), porque mientras más piensa dañar a los buenos, más provecho les hace, y queriéndolos abatir al infierno, les da ocasión que ganen el cielo; de lo cual él queda tan corrido y *burlado* que no quisiera haber comenzado el juego. Y esto es en lo que todos harán burla de él, pues por sus tentaciones aprovechó a los que pensaba dañar, *cayendo sobre su cabeza la maldad que a otros urdía, y cayendo en el lazo que armó;*[54] y, quedando él con tristeza

52 Cf. Mt. 4, 3.
53 Ps. 103, 26.
54 Cf. Ps. 34, 8.
j sacarnos
k males] madres

muerto de invidia, verá ir a los amigos de Dios, que él, tentó, cantando con alegría: *El lazo ha sido quebrado, y nosotros quedamos libres; nuestra ayuda es el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra.*[55]

[b. Abiertamente se enoja]

[*Remedios:*

a) Tener fe: Dios es nuestro ayudador]

Es tanta la invidia que de nuestro bien tienen los demonios que por todas las vías tientan que no gocemos lo que ellos perdieron; y cuando en una batalla van de nosotros vencidos o, por mejor de/cir, de Dios f. 33 r
en nosotros, mueven otras y otras, para si alguna vez hallaren algún descuidado *a quien traguen;* mudan armas y género de batalla, pensando que a los que no vencieron en una vencerán en otra. Por lo cual, después que han visto que *por astucia* no han podido empecer, por estar enseñados por la verdadera doctrina cristiana, que nos enseña a ponernos en el justísimo querer del Señor, intentan *guerra más descubierta,* haciéndose *león* feroz, el cual antes era dragón ascondido. Ya no tienta de uno y va a parar en otro, mas claramente se quiere hacer temer, pensando de alcanzar *por espanto* lo que por arte no pudo. Aquí no le verán hecho raposa, mas león fiero, que con su bramido quiere espantar, como dice San Pedro: *Hermanos, sed templados y velad, porque vuestro adversario el diablo, como león bramando, rodea, buscando a quien trague; al cual resistid fuertes en la fe.*[56] No deben ser *destemplados* ni descuidados los que tal enemigo tienen, ni deben dejar de orar al verdadero pastor, las ovejas que se ven cercadas de boca tan mala. Mas, ¿cuáles son las armas con que se vence este bravo león, para que de esta guerra, como de la pasada, vaya confundido el que pensó confundirnos? Estas son *la fe,* según dice San Pedro. Porque cuando una ánima des-

55 Ps. 123, 7-8.
56 1 Petr. 5, 8-9.

v precia lo que ve y confía en/Dios, al ([l]) cual no ve, no hay por donde el demonio le entre; mas este firme crédito y confianza en Dios la guarda muy firme y sin temor, y le hace despreciar las amenazas de los demonios, porque, como una de las principales cosas en ([ll]) que él ponga sus fuerzas sea en hacer los corazones pusilánimes y desmayados, es eficacísimo remedio contra él la firme confianza en Dios, como leemos haber dicho aquel gran vencedor de demonios San Antón: La señal de la Cruz y la fe con el Señor nos es a nosotros inexpugnable ([m]) muro. ¿Cómo temerá al demonio quien cree que ninguna cosa puede sin darle Dios el poder? ¿Pudieron quizá los demonios tocar en Job, o en su hacienda,[57] o siquiera ahogar los puercos de los genesarios,[58] sin tener licencia primero de Dios? Pues quien no puede tocar a los puercos, ¿podía tocar a los hijos?

Si el consejo de Cristo tomamos, muy seguros viviremos de este temor, porque él nos le quita diciendo: *Yo os enseñaré a quien temáis: Temed a aquel que, después de haber muerto el cuerpo, tiene poder para echar en el infierno: a éste temed.*[59] Y quien a Dios no teme, aunque le pese, ha de temer a mundo y demonios. De manera que, creyendo muy firmemente que el demonio no puede llegar al cabello de nuestra cabeza, porque todos los tiene Cristo contados, haremos
f. 34 r burla de los/fieros del demonio, y decirle hemos que se vaya a hacer cocos a niños, que acá no conocemos sino a Dios por Señor. El temor a uno es hacerle un modo de reverencia y darle sujeción, y por esto ni en poco ni en mucho debemos temer al demonio, pues Cristo nos libertó y nos *le puso debajo los pies;*[60] y debemos estar siempre delante de Dios humillados con su santo temor; mas para con el demonio, muy esforzados y llenos de una santa soberbia. Cosa es muy probada que a los que el demonio temen les hace mil befas, y a

57 Cf. Iob 6 ss.
58 Cf. Mc. 5, 11-13.
59 Lc. 12, 5.
60 Cf. Rom. 16, 20.
l al] del
ll inexpugnable] y en expugnable
m en] el *add.*

los que le desprecian huye, y tanto cuanto él más braveza mostrare tanto menos se debe temer ([n]). Por costumbre de meter a voces y guerra a quien le falta just[ici]a, y querer alcanzar por amenazas lo que no ha podido por arte.

Creedme, doncella de Cristo, que cuando el demonio asombra, tomando figura de serpiente, o de toro o de león, o de otras bestias, y estorbando la oración con sonidos, y hace crujir toda la casa; y cuando impide el reposo del sueño con espanto, como al santo Job se lee que hacía;[61] cuando en estas y otras bregas anda el demonio, no se debe temer, porque de puro vencido y temeroso lo hace, mas decirles como San Antón: "Si tuviésedes algunas fuerzas, uno solo de vosotros bastaría para pelear; mas, porque sois quebrantados de Dios, trabajáis por atemorizar, jun/tándoos v
muchos a una. Si el Señor os ha dado poder sobre mí, veísme aquí, tragadme; mas si no podéis, ¿por qué trabajáis en balde?". Verdad es que nuestras fuerzas, cotejadas con las suyas, son muy pequeñas; mas la fe nos dice, si sordos no estamos, que el Señor es *defendedor de todos los que esperan con Él*.[62] Y si tenemos un enemigo muy sabio para hacer mal, muy fuerte, y que tanto nos aborrece, tenemos un amigo más sabio, más fuerte, y que más nos ama sin comparación. Mucho dicen que sabe el demonio, según el mismo nombre lo dice — quieren decir resabido —, pues ¿qué es su saber en comparación del abismo de la sabiduría divina que no tiene fin? Si el poder del demonio no tiene igual sobre la tierra, según se escribe en Job,[63] el poder divino no tiene igual en el cielo ni en tierra. Muy mal nos quiere el demonio, mas mucho más nos ama Dios que él nos desama. No duerme el demonio, buscando cómo nos dañe más. Mucho velan los benditos ojos de Dios guardándonos como a sus ovejas, por las cuales derramó su preciosa sangre. Pues, si tenemos el brazo del Omnipotente con nos, ¿qué temeremos al demonio, cuyo poder es flaqueza en comparación del divino?,

61 Cf. Iob 7, 14.
62 Ps. 17, 31.
63 Cf. Iob 1, 12.
n temer] tener

¿qué temeremos de este león que *busca a quien trague,*[65] pues nos defiende el fuerte *león de Judá,*[66] el
f. 35 r cual siempre vence? Y si/el demonio nos cerca, Cristo está aparejado para pelear por nosotros; empero, si no perdemos la fe, como se escribe en la Santa Escriptura, la cual cuenta que, como contra el rey Josafat viniese innumerable copia de gente, tanto que él fué lleno de miedo, y dejando sus pocas fuerzas por las muchas de sus enemigos, dióse a pedir favor al Omnipotente. Y respondióle Dios por boca de un profeta de esta manera: Esto dice el Señor Dios: *No queráis temer ni haber miedo de esta muchedumbre, porque no es la guerra vuestra mas del Señor.* No seréis vosotros los que habéis de pelear, mas solamente estad con confianza, y veréis el socorro del Señor sobre vosotros. ¡Oh Judea y Hierusalem, no queráis temer ni haber miedo, que mañana saldréis y el Señor será con vosotros!

Si bien hemos oído esta divina respuesta, que a todos los que pelean en la guerra del Señor se da, veremos que, resistiendo nosotros en fe, el Señor ha de hacer la victoria, y que es gran maldad haber miedo los que tan mandados están que no lo tengan, y los que tal favor tienen. No sienten bien del poder de Dios los que, teniéndole a Él sólo por ayudador, tienen temor del cielo o tierra; ni siente bien de su verdad quien no cree esta promesa; ni siente bien de su bondad quien no cree que tiene sus ojos y su co-
v razón puesto en noso/tros. Aún cuando nos parece que más olvidados estamos, acordémonos de cómo San Antón, siendo reciamente azotado de los demonios y acoceado, alzando los ojos arriba, vió abrirse la techumbre de su celda, y entra por allí un rayo de luz, tras del cual huyeron todos los demonios, y el dolor de las llagas de él fué quitado. Y, viendo a Jesucristo nuestro Señor, díjole con entrañables sospiros: "¿Adónde estabas, buen Jesú, adónde estabas? ¿Por qué no estuviste aquí al principio, para que sanaras todas mis llagas?". A lo cual respondió el Señor diciendo: "Antón, aquí

65 Cf. 1 Petr. 5, 8.
66 Cf. Apoc. 5, 5.

estaba, mas esperaba ver tu pelea, y porque varonilmente peleaste, siempre te ayudaré, y te haré ser nombrado por toda la redondez de la tierra." Con las cuales palabras, y con la virtud de Cristo, se levantó tan esforzado que entendió haber recobrado más fuerza que primero había perdido.

[b) Pensar las muchas veces que nos sacó victoriosos]

E ya que nuestra flaqueza nos hiciese sordo[s] a todas estas consideraciones, debemos mirar las muchas veces que nos ha sacado victoriosos, y nos ha defendido de semejantes peleas. En lo cual nos da crédito que así lo hará adelante. No deja el Señor a los suyos venir a riesgo de extremos peligros, sino para que vean que nada son de sí y como no hay en ellos ni un cabello de fortaleza, ni se pueden aprovechar de los favores que en tiempos pasados de Dios han recebido; y quedan desnudos/y en unas escuras tinieblas, sin f. 36 r
hallar en qué hacer pie, mas súbitamente los levanta y fortalece más que antes estaban. Porque vean cuán fuerte es Dios en librarlos de tanta flaqueza; cuán bueno, en acordarse de los que están extremamente fatigados; cuán verdadero, en sus promesas, que promete, de no desmamparar a los que le sirven. Para que, conociendo el hombre por experiencia su propria flaqueza, no le engañe la mentira de su estimación; y experimentando la fortaleza y bondad divina, le adore y le crea, y espere en él, cuando en otro peligro se viere. Y esto afirma San Pablo haberle acaecido, diciendo: *No quiero que ignoréis, hermanos, nuestra tribulación en Asia, en que sobremanera y sobre nuestras fuerzas fuimos atribulados, tanto que nos daba pena el vivir, y nosotros, dentro de nosotros, tuvimos por cierto que no habíamos de escapar de la muerte.* Y esto acaeció así, *para que no tengamos fiucia en nosotros, mas en Dios, que da vida a los muertos; el cual nos libró de tan grandes peligros, y en el que esperamos que también nos librará de aquí adelante.*[68]

68 2 Cor. 1, 8-10.

Y en esto no se hace mucho con Dios, porque cualquier hombre que diez o doce veces nos hobiese enseñado su amor y favor en nuestros trabajos, creeríamos que nos amaba y que nos lo enseñaría también otra vez, si en trabajos nos viésemos. Y pues tan muchas veces hemos a Dios experimentado en fidelísimo en no
v dejarnos caer/el tiempo de la tribulación, ¿por qué no [le] ternemos en posesión de fiel amigo para todo lo que nos puede venir? Extrema incredulidad es, y digna de grande castigo, no creer más de Dios de lo que presente con nosotros hace y nunca de lo pasado cobrar fe que no nos asegure de lo por venir, pues esta fe es la que nos hace victoriosos,[69] la cual no nos engañará, porque los que en el Señor esperan nunca serán confundidos,[70] y así como cuando el demonio nos quiere alzar, le vencemos abajándonos ([o]), así, mientra más él se hiciere temer, más lo despreciemos; y, mientra más no[s] quisiere abajar, más nos levantemos en el favor de aquel que es todo nuestro y cuyos ángeles pelean por nos. Como fué enseñado el criado del gran Eliseo, el cual tenía mucho temor de gran compaña de gente que venía a prender a su señor. Al cual dijo Eliseo: *No quieras temer, porque más son con nosotros que contra nosotros. Y como orase Eliseo: Abre, Señor, los ojos de este mozo porque vea, abrió Dios los ojos del mozo, y vió que estaba un monte lleno de caballería y carros enderredor de Eliseo,*[71] los cuales eran ángeles del Señor, venidos a defender al profeta de Dios. De manera que tenemos de nuestra parte muchedumbre de ángeles, uno de los cuales puede más que todos los infernales poderes, y, lo que más es, te-
f. 37 r nemos al Señor de los ángeles,/el cual, solo, puede más que los infernales y celestiales poderes, y, por tanto, abastarnos debe tanto favor para despreciar al demonio, dejado todo temor; hacernos fuertes leones contra él en virtud de Cristo, que fué manso cordero en entregarse por nosotros,[72] y fué león fuerte en des-

69 Cf. 1 Io. 5, 4.
70 Cf. Ps. 30, 2.
71 4 Reg. 6, 16-17.
72 Cf. Ier. 11, 19.
o abanjándonos

pojar los infiernos, y vencer y atar los demonios, y en defendernos como a sus amadas ovejas.

[B) A QUIÉN DEBEMOS OÍR]

[1.] PALABRA PRIMERA. DE COMO HEMOS DE *OIR* A SOLO DIOS

MUCHO nos hemos detenido en avisar que cerremos nuestras orejas de estas malas hablas; queda ahora de oír la primera palabra, en que el profeta David nos amonesta que *oyamos*. Y pues no hemos de oír a la diversidad de los ya dichos lenguajes, desearéis saber a quién hemos de oír. Brevemente digo que a solo Dios, que es suma verdad y es oído con gran provecho del que le oye, según él dice: *Oyéndome, oíme; y comed del bien, y deleitarse ha en grosura vuestra ánima; inclinad a vuestra oreja, y venir a mí. Oíd y vivirá vuestra ánima, y haré con vosotros un sempiterno concierto.*[73]

Grandes promesas son éstas, las cuales nin/guno v otro que Dios basta a cumplir; y dichoso es aquel a quien les cumple y con quien hace este sempiterno concierto, el cual es que el Señor sea Dios del hombre, y el hombre tenga al Señor por Dios y por Padre. Y esto declara San Pablo diciendo: *Vosotros sois templo de Dios vivo.* Como le dice Dios: *Yo moraré entre ellos, y andaré entre ellos, y seré Dios de ellos, y ellos me serán pueblo.*[74] Por lo cual, salid de en medio de los malos, y apartaos, dice el Señor; y no toquéis cosa sucia, e yo os recibiré, y os seré Padre, y vosotros me seréis hijos y hijas, dice el Señor todopoderoso.

No puede haber duda en estas promesas, pues el Señor todopoderoso lo dice; ni hay lengua que pueda explicar cuánta sea la merced que Dios hace en querer ser Dios de alguna persona, porque es tener un particular cuidado de ella, defendiéndola, guiándola, favoreciéndola, y capitular con ella de serle su amparo, como buen rey con sus vasallos o padre con hijos, y

73 Is. 55, 2-3.
74 2 Cor. 6, 16.

tornando por ella, como dicen, en presencia y ausencia con gran fidelidad, y, después de todo, darle su hacienda, para que en el cielo le herede como hijo a Padre. Por todo lo cual decía David: *Bienaventurada la gente, de la cual el Señor es Dios, y el pueblo al cual él escogió para heredad para sí.*[75] Y así como Dios tiene cuidado de rey y de padre de aquellos de quien él
f. 38 r es Dios, así el tener uno al Señor por Dios es reve/renciar y adorar su Majestad infinita, y obedecerla como a padre y señor, y vivir confiado debajo del amparo de él, creyendo que, teniendo su Dios lo que tiene, no le podrá a él ir mal; y en fin, esperar de Dios lo que un hijo espera de su Padre.

Este concierto no es temporal, mas llámase sempiterno, porque no se acaba aunque muera la una parte, mas, comenzándose en esta temporal vida, durará en el cielo muy más perfectamente para siempre jamás.

[2. ESTE OÍR ES POR LA FE]

Veis aquí cuán grandes bienes nos trae el oír a Dios, y con cuánta atención debemos oír esta palabra que nos manda que oyamos. Este oír a Dios es por la *fe;* la cual no es enseñanza humana, mas divina, porque no creemos a las Escripturas como a palabras de Esaías o Jeremías, o de San Pablo o de San Pedro, ni creemos más al evangelista que fué testigo de vista de lo que escribió que al que no lo fué, mas recibimos estas palabras como dichas de Dios por la boca de ellos, y a Dios creemos en ellos. Y por eso nuestra fe imposible es dejar de ser verdadera, como es imposible la suma verdad de Dios dejar de ser.

[1) *La fe, fundamento de todo bien*]

Esta fe es fundamento de todos los bienes, y la primera reverencia que el hombre hace al Señor cuando le toma por Dios; y es fundamento tan firme de todo

75 Ps. 32, 12.

el edificio de Dios que no le pueden derribar vientos
de persecucio/nes, ni ríos de deleites carnales, ni lluvias v
de espirituales tentaciones, mas entre todos los peligros tiene el ánima en mucha firmeza como el áncora tiene a la nao en las mudanzas del mar. Y es tanta su firmeza que *las puertas de los infiernos,* que son errores y pecados, y hombres malos y demonios, *no prevalecerán contra ella;*[76] porque no la enseñó carne ni sangre, mas el Padre que está en los cielos, a cuyas obras y poder no hay quien resista. Esta hace a los creyentes hijos de Dios, como dice san Pablo: *Todos vosotros sois hijos de Dios por la fe que tenéis en Jesucristo;*[77] y por ella alcanzan el cielo, pues, siendo hijos, han de ser herederos. Ésta incorpora al hombre en el cuerpo de Jesucristo, y le hace ser hermano y compañero de Él, y ser participante en la justicia y merecimientos y bienes de Cristo, a lo cual no hay igual bien.

[2) *Es don de Dios*]

Y cuando hablamos de fe, no entendáis de fe muerta, mas de la viva, la cual dice San Pablo que es *fe que obra mediante el amor.*[78] Como cuando hablamos de hombres o de caballos, no entendemos de los muertos, mas de los que viven y sienten, y obran obras de vida. Y esta fe no es de nuestras fuerzas ni se hereda de nuestros pasados, mas obra de divina inspiración, como lo afirma en el evangelio Jesucristo nuestro Señor, di-
ciendo: *Ninguno puede venir a mí, si mi Padre no/le* f. 39 r
trajere, y yo le resucitaré en el día postrero. Escripto está en los profetas: Serán todos enseñados de Dios. Todo aquel que oyó y aprendió de mi Padre viene a mí.[79]

La verdadera fe cristiana no está arrimada a decir: "nací de cristianos", o "veo a otros ser cristianos, y por eso soy cristiano", y "oyo decir a otros que la fe es verdadera y por eso la creo"; porque a hombre prin-

76 Cf. Mt. 16, 18.
77 Gal. 3, 26.
78 Gal. 5, 6.
79 Io, 6, 44-45.

cipalmente cree, no mirando a Dios. Mas esta otra es un atraimiento divino que hace el Eterno Padre, haciendo creer con gran firmeza y certidumbre, que Jesucristo es su único Hijo, con todo lo demás que de él cree su esposa la Iglesia, en la cual está el verdadero conocimiento y culto de Dios, y fuera de ella no hay sino error y muerte y condenación. Y el que así cree es el que oyó y aprendió del Padre, y el que dicen los profetas que es enseñado por Dios. Y por eso, aunque viese titubear o caer a todos los hombres, no se turbaría él por las caídas de ellos, pues que no creía por ellos; mas, arrimándose a Dios, cree su fe con mucho deleite, aun hasta derramar de buena gana la sangre en confirmación de esta verdad. De la cual está tan cierto que ni aun por pensamiento cosa contraria le pasa (p), o, si pasa, es tan de paso que ninguna pena da en el corazón de quien así cree.

Esta fe debemos pedir con mucha instancia al Se-
v ñor, si/no la tenemos con la certidumbre ya dicha; o, si la tenemos, pedir que la conserve y acreciente, como la pedían los apóstoles diciendo: *Acreciéntanos, Señor, la fe.*[80] Y si algún rato se atibiare, debemos convertir los ojos del entendimiento a la cierta y suma verdad de Dios, que es el sol de donde ella nace, para que sus rayos caliente[n] y alumbre[n] y esfuercen nuestra flaqueza y tinieblas, y nos confirmen más y más en esta verdad, con condición que, teniendo (q) esta fe, seamos fieles al dador de ella, conociendo que lo (r) somos por él, y no por nosotros ni por nuestros merecimientos, como lo amonesta San Pablo, diciendo: *Por gracia sois hechos salvos mediante la fe. Y entonces no es de vosotros, porque don de Dios es; no de vuestras obras, porque ninguno se gloríe.*[81] De lo cual parece que ningún achaque ni ocasión pueden tener los hombres vanos para atribuir a sí mismos la gloria de este divino edificio, que somos nosotros; el cual consiste en fe y caridad, pues que la fe, que es el principio de todo el

80 Lc. 17, 5.
81 Eph. 2, 8-9.
p pesa
q temiendo
r lo] los

bien, es atraimiento de Dios, como dice el Evangelio,[82] y don gracioso de él, como dice el bienaventurado San Pablo, y *la caridad,* que es el fin y perfección de la obra, tampoco es de nuestra cosecha, mas como dice el Apóstol: *es derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos es dado.*[83]

[3) *Y obra del libre albedrío*]

Mas dirá alguno:/Pues Dios es el que infunde la fe f. 40 r
y caridad, ¿para qué nos amonesta la Escritura que creamos y amemos? A esto digo que para que conozcamos nuestra flaqueza e invoquemos la gracia de Dios, que por Jesucristo se da. Porque, viendo un hombre que le es puesto un mandamiento muy alto, y sus pocas fuerzas para cumplillo, aunque, cuando no había mandamiento, pensaba que podría mucho, mas ya conoce por experiencia su mucha flaqueza, y acuerda de quitar la confianza de sí, y humillarse a nuestro Señor, pidiéndole con oraciones devotas que, pues él le puso la ley, él mismo le dé la gracia y fuerza para cumplirla. No debe, pues, desmayar el hombre por la grandeza de los mandamientos de Dios, por sentir su inclinación ser contraria a ellos, mas debe trabajar con ayunos, limosnas y otros buenos ejercicios, y principalmente con importuna oración a Dios, invocando el nombre de Jesucristo, su unigénito Hijo, y pedir el don de la gracia, con que cumpla ([s]) provechosamente los mandamientos de Dios, como lo aconseja San Agustín diciendo: "Si no sientes que eres traído de Dios, suplícale que traya". Y como Dios sea sumamente bueno, da de buena gana su espíritu bueno a quien se lo pide; y trae para sí al que estaba caído debajo de la pesadumbre de su/propria flaqueza. Y este atraer no es for- v
zar, mas suavemente convidar, y instigar y mover, de arte que el libre albedrío del hombre es ayudado por el movimiento de Dios a consentir y a obrar lo que Dios le inspira; mas no de tal arte forzado, que, si él

82 Cf. Io. 6, 44.
83 Rom. 5, 5.
s cumplan

quisiese contradecir el llamamiento de Dios, hobiese (t) quien le fuese a la mano. De manera que, si el hombre consiente, Dios le instigó y le puso gana para consentir, y a él se debe la gloria; y si no consiente, a su propria flaqueza se ha de imputar, que quiso con su libertad escoger la peor parte, que fué no seguir a Dios [que] le llamaba. Así como [si] tú quisieses traer hacia ti un hombre, y le echases cuerdas tirándole hacia ti, no tan recio que lo lleves por fuerza, mas tirando algún tanto, de manera que, si él quisiere libremente seguir a tu traimiento, puédelo hacer, y diremos que tú le trajiste, porque tú le tiraste y fuiste causa que libremente fuese para ti; mas, si él no lo quisiese hacer, y tirase hacia tras, contradiciendo a tu tirar, podríalo hacer, y la culpa de ello sería propria suya, sin que de ti se pudiese quejar. Porque, según dice el Señor: *Tu perdición es*
f. 41 r *de ti, y tu remedio está en mí solamente.*[84]/

[II. ET VIDE]

PALABRA SEGUNDA. QUE ES *VER* Y QUE COSA HEMOS DE VER

Si bien habéis oído las palabras ya dichas, veréis cuán necesario es el oír para agradar (u) a Dios nuestro Señor. Ahora escuchad la segunda palabra, que dice: *Ve.* No basta estar atento a las divinas palabras de fuera y inspiraciones de dentro, que es el oír; mas conviene también tener sano el otro sentido que es ver, porque no menos son reprehendidos de Cristo los ciegos que *no ven* la luz, que los sordos que *no oyen.*

[A) Con los ojos del cuerpo]

Mas no penséis que, amonestándoos que veáis, os quiere decir fiestas o mundo, porque aquel ver, ¿qué otra cosa es sino cegar, pues impide la vista del ánima? Los ojos del cuerpo basta que miren la tierra, en

84 Cf. Os. 13, 9.
t hobiese] oyese
u agradar] ahora dar

que se han de tornar; mas los espirituales pasen adelante y deseen el cielo donde está su deseo, según dice David: *Veré tus cielos, obra de tus dedos, la luna y estrellas que Tú fundaste.*[85] E, si más criaturas quisiere ver, no lo impedimos, con tal que sea la vista para pasar de ellas a Dios, no para perder y olvidar a Dios en ellas; porque de esta vista dice David al Señor: *Aparta, Señor, mis ojos, porque no vean las va/nidades; en el* v
camino tuyo anímame.[86] Bien sabía este santo rey que el demasiado mirar es impedimento para correr con ligereza la carrera de Dios, y suele entibiar el corazón encendido y por eso dice: Avívame en tu carrera. Porque, según está claro a los experimentados, cuanto más recogidos tienen estos ojos exteriores tanto más ven con los interiores, cuya vista es más alegre y más provechosa. Lo cual es justo que fácilmente crea un cristiano, pues leemos de algunos filósofos haberse sacado los ojos del cuerpo por tener más recogido su entendimiento para contemplar. En el cual hecho debemos burlar de su error en sacarse los ojos, y aprovecharnos de su buen deseo en tener recogimiento en ellos.

Así con toda guarda debemos guardar nuestros ojos, porque no nos acaezcan los males que de la soltura suelen venir. ¿De dónde pensáis que vino la causa de la perdición al mundo? Por cierto, no de más que de una vista desordenada. *Miró* Eva al *árbol* vedado, dióle gana de comer de su fruto, porque le parecía *hermoso, comió y hizo comer a su marido*[87] y la comida fué muerte para ellos y cuantos de ellos vinieron. No es cordura mirar lo que no es lícito desear, como parece en el santo rey David, cuyos ojos se deleitaron en mirar la mujer que se lavaba en su huerto;[88] y/tuvo después f. 42 r
que mirar noches y días, *lavando su cama y estrado con lágrimas,*[89] en tanta abundancia que sus ojos estaban carcomidos, como de polilla, de mucho llorar; y él dice: *Arroyos de aguas corrieron de mis ojos, porque no guardaron tu ley.*[90] Buen consejo hobiera sido a sus

85 Ps. 8, 4.
86 Ps. 118, 37.
87 Cf. Gen. 3, 6.
88 Cf. 2 Reg. 11, 2.
89 Cf. Ps. 6, 7.
90 Ps. 118, 136.

ojos no deleitarse en lo que después tan caro les costó, y también lo será a nosotros pecadores, pues tan livianos somos que, tras los ojos, se nos va el corazón. Pongamos, pues, un velo entre nosotros y toda criatura, no hincando los ojos del todo en ella; por ocupallos allí, no perdamos la vista del Criador, quiero decir, nuestras devotas consideraciones que de Dios teníamos.

Y creed, por cierto, que una de las más ciertas señales de corazón recogido es la mortificación en el mirar, y del corazón disoluto, la disolución del mirar. No hay pulso que tan cierto declare lo que hay en el cuerpo cuanto el ojo declara lo que hay en el ánima, de bien o de mal. Por lo cual el esposo alaba a la esposa de los ojos, diciendo: *Tus ojos son de paloma,*[91] dando a entender que son honestos como los de la paloma, que suelen ser negros. Miremos, pues, cómo miramos, si no queremos pagar llorando lo que pecamos mirando.

[B) Con los ojos del ánima]

E si esto conviene mirar *en los ojos de fuera,* ¿cuánto más en los *interiores,* en los cuales verdaderamente está el bien o el mal mirar, y por los cuales es uno
v juzgado que tiene vista o que/es ciego? Claro está que los fariseos a quien Jesucristo nuestro Señor hablaba, ojos tenían en la cara, mas, porque no veían con los del ánima, *llámalos ciegos, y guías de ciegos.*[92] Y, por el contrario, el ([v]) patriarca Isaac[93] y Tobías[94] muy clara vista tenían en los ojos del ánima, y por eso poco les dañaba estar ciegos en los ojos del cuerpo. Porque, como dijo San Antón a un ciego llamado Dídimo, que era muy sabio en las Escrituras divinas. "No es razón que toméis pena por no tener ojos del cuerpo, los cuales tienen también los gatos y los perros, y otros menores animales, pues tenéis claros los ojos del ánima, con los cuales podéis ver a Dios."

91 Cant. 1, 14.
92 Mt. 15, 14.
93 Cf. Gen. 27, 1.
94 Cf. Tob. 2, 11.
v el] a!

Pues de esta vista debéis de entender lo que se amonesta en la segunda palabra, que dice: *Ve*. Si la queréis cumplir, ojos tenéis que es vuestro entendimiento, que para ver a Dios os fué dado. No lo hincháis de polvo de tiérra y de honras, ni lo atapéis con gruesos humores de pensamientos de cuerpo, mas sacudido de estas poquedades, que ocupan la vista, tened vuestro entendimiento claro, para emplearlo en aquel que os le dió, y que os le pide para haceros bienaventurados en él. No penséis que os desocupó Cristo en balde de las ocupaciones del mundo, y hizo que no entrásedes a moler en la tahona de las cargas del matrimonio, cuyos cuidados suelen turbar los ojos de quien anda en ellos, si muy es/pecial gracia del Señor no tienen para cum- f. 43 r
plir bien con dos partes; mas libertóos el Señor, para que fuésedes toda suya, y vuestros ojos a Él solo mirasen, como la esposa casta a su solo esposo suele mirar.

[1] DEL PROPRIO CONOCIMIENTO *

[1) *Necesidad del propio conocimiento*]

TERNÉIS, pues, este orden en el mirar: que primero os miraréis *a vos,* y después *a Dios,* y después *a los prójimos.* Miradvos porque os conozcáis y tengáis en poco; porque no hay peor engaño que ser uno engañado en sí mesmo, teniéndose por otro del que es. Lodo sois de parte del cuerpo, pecadora de parte del ánima. Si en más que esto os tenéis, ciega estáis y deciros ha vuestro esposo: *Si te conoces, hermosa entre las mujeres, salte y vete tras las pisadas de tus manadas, y apacienta tus cabritos par de las moradas.*[95]

No hay cosa tan de temer y temblar, como oír de la boca de Dios: *Salte y vete.* Porque si la más recia palabra de un padre para su hijo, o marido con su mujer, que la tiene en grande abundancia, es apartarla de su amparo y riquezas, diciendo: "Vete de mí, y de mi casa", ¿qué será salirse el ánima y irse de Dios, sino desterrarse de todos los bienes, y caer en todos

95 Cant. 1, 7.

* Este título está en el texto de Alcalá en el f. 52 v., delante del párrafo: "Para acabar este ejercicio...".

los males? *¿Dónde iremos,* dijo San Pedro a Cristo, *que palabras de vida tenéis?*[96] ¿Dónde iremos, Señor, que fuente de vida tienes, y tú solo la tienes? ¿Dónde iremos, alegre luz, sin la cual hay tinieblas? ¿Dónde, pan y vino,
v sin el cual hay hombre mor/tal? ¿Dónde, firmísimo amparo, sin el cual la seguridad es peligro? ¿Dónde irá la oveja, estando en todas partes cercada de los lobos, si el pastor la desabriga y alanza de sí? Recia palabra es: *Salte y vete.* Y semeja aquella que Cristo ha de decir el día postrero a los malos: *Idos, malditos, al fuego que os está aparejado.*[97] Otra vez digo que no hay cosa que más deba temer, ni tanto deba trabajar por evitar quien está en la abundante y alegre casa del Señor, y debajo de su fortísimo amparo. ¿Cómo oirán sus ovejas: *Salte y vete?* Y esta salida no es cosa liviana, mas es causa de todos los males. Porque, desmamparado el hombre del amparo divino, ¿qué hará, como dice San Augustin, sino lo que hizo San Pedro cuando negó a nuestro Señor,[98] sin conocer ni arrepentirse del mal que había hecho, hasta que el amparo y mirar divino tornó sobre Pedro caído en pecado, y olvidado en él? Y conoció que había hecho mal y haber caído, y que la causa de su cuidado había sido haber confiado de sí.

De manera que la causa porque el benigno Señor se torna riguroso en echar de casa sus hijos, es porque no se conocen, atribuyendo a sí los bienes que de él venían. Así a esta ánima dice el esposo: *Salte y vete tras las pisadas de tus manadas;* que quiere decir, que
f. 44 r la deja ir perdida, siguien/do las obras o rastros de los pecadores, que andan juntos en sus pecados, como manadas, ayudándose en ellos unos a otros. Los cuales también serán en el día postrero atados como manojos, para ser en el infernal fuego juntamente quemados los que fueron juntos en los pecados. Dice el esposo a la tal ánima: *manadas tuyas,* porque el pecado es de nosotros, no de Dios; y el bien es de Dios y no nuestro, pues por su virtud lo hacemos. Lo cual Él quiere muy de hecho que conozcamos ser así, no tanto por lo que a Él toca, cuya gloria conoce en sí mesmo,

96 Io. 6, 69.
97 Cf. Mt. 25, 41.
98 Cf. Mt. 26, 70-75.

aunque nosotros [no] le glorifiquemos; mas por lo que toca a nosotros, cuyo bien es muy grande conocer que [de] todo el bien que tenemos, no a nosotros, sino a él se debe la honra. Y si de lo que Él puso en nosotros para su alabanża, queremos edificar ídolo, *atribuyendo la gloria del incorruptible Dios a nosotros, corruptibles hombres,*[99] no lo dejará Él sin castigo, mas dirá: "Razón es que te quedes con lo que es tuyo, y te pierdes, pues no quesiste permanecer en mí para salvarte." ¡Oh cuán de verdad se cumple[n] en los soberbios estas palabras, y cuán presto de espirituales se hacen carnales, de recogidos disolutos, de oro lodo; y los que solían comer con sabor pan cele/stial, deléitanse después en v
comer manjares de puercos, siéndoles cosa muy pesada no sólo obrar las obras de Dios, más aún oír hablar de Él! ¿Dónde pensáis que ha venido haber sido algunas personas castos en el tiempo de su mocedad, aunque fueron combatidos de graves tentaciones, y, venidos a la vejez, haber miserablemente caído en vilezas tan feas que ellos mismos se espantan de sí y se abominan? La causa fué que en la mocedad vivían con santo temor y humildad, y, viéndose tan al canto de caer, invocaban a Dios y eran defendidos por Él. Mas después que, con la larga posesión de la castidad, comenzaron a engreirse y confiar de sí mismos, en aquel punto fueron desamparados de la mano de Dios y hicieron lo que era proprio suyo, que es el caer.

Y entonces se cumple que *apacientan sus cabritos,* que son sus livianos y deshonestos sentidos, *cerca de las tiendas de los pastores*, que son los cuerpos, porque en ellos están los siervos de Dios como en *cabaña de campo,* que presto se muda, y no comen en casa o ciudad de reposo; y así, con mucha razón, en cuerpos y en cosas de cuerpos apacientan sus sentidos, porque perdieron por su soberbia el verdadero sentido, sintiendo de sí otra cosa que es ser nada y pecadores, robando a Dios la gloria que tan/de verdad se le debe a todo f. 45 r
lo bueno que, por libre albedrío o por gracia, hemos.

Despertad, pues, doncella, y escarmentad, como dicen, en ajena cabeza, y aprovechaos de la amenaza,

99 Cf. Rom. 1, 23.

porque no probéis ([w]) el castigo. Sed semejable a la esposa, a la cual fueron dichas estas palabras, la cual, oída la palabra, y de boca de quien son todos los bienes: *Salte y vete,* miróse, y conocióse, y quitó de sí algunas osadías que antes tenía. Y hecha humilde con la reprehensión, consuélala el esposo, diciendo: *A mi caballería en los carros de Faraón te he asemejado, amiga mía. Hermosas son tus mejillas, como de tórtola.*[100] Por la soberbia es una ánima semejable al demonio, el cual, como dice el evangelio, *no estuvo en la verdad,*[101] que es Dios, mas quiso estar en sí, poniendo a sí por su arrimo y descanso. Por eso cayó; porque la criatura no puede estar en sí, sino en Dios. Mas por el conocimiento de sí es un ánima semejable a los buenos ángeles,[102] que se arrimaron a Dios y desasiéronse de sí; porque se veían ser caña quebrada. Y túvolos Dios, y confirmólos, porque dieron voces diciendo: *Michael?,* que quiere decir: *¿Quién como Dios?,* en lo cual contradecían al malaventurado Lucifer y los suyos, que se querían hacer ídolos, atribuyendo a sí lo que era de
v Dios, que es ser principio, arrimo/y descanso de toda criatura; no porque éstos creyesen que lo podían ser, pues que se conocían ser criaturas; mas porque se deleitan en ello, como si lo tuvieran, como suelen hacer los soberbios, que, aunque su boca y entendimiento diga a voces que de Dios tienen y esperan todo su bien, más con la voluntad ensálzanse y gózanse vanamente en sí mismos, como si de suyo tuviesen el bien; confesando con el entendimiento que la gloria se debe a Dios, y robándosela con la voluntad. Mas los buenos ángeles claman con el entendimiento y voluntad: *¿Quién como Dios?,* porque de corazón se humillaron y desestimaron, según por el entendimiento lo conocían. Y por esto fueron ensalzados a ser participantes de Dios. Pues a esta *caballería,* que es el angélico ejército, que destruyó a Faraón y sus carros en el mar Bermejo, *asemeja* Cristo *a su esposa* cuando se conoce y se mide por cosa baja.

100 Cant. 1, 8-9.
101 Io, 8, 44.
102 Cf. Apoc. 12, 7 ss.
w probéis] ponéis

Y alábale *las mejillas* donde suele estar la vergüenza, porque hubo vergüenza la esposa de la tal reprehensión, por haber perdido cosas mayores que a su poquedad convenían; y de mejillas deslavadas tornáronsele vergónzosas y honestas, *como de tórtola,* que es ave honesta. Y por eso decía aquel devoto Bernardo que había hallado por experiencia no haber cosa tan provechosa para alcanzar y conservar la gracia, y re-/ f. 46 r
cobrarla, como vivir siempre en un temor y santo recelo. Recelo cuando no la tenemos, porque estamos aparejados a todas caídas; recelo cuando la tenemos, porque hemos de obrar conforme al talento que nos es dado con ella; más recelo cuando la perdemos, porque por nuestro descuido se ha ido nuestro favor. Y por eso dice la Escritura: *Bienaventurado el varón que siempre está temeroso.*[103]

De lo ya dicho, y de muchas otras cosas que los santos dotores han hablado en alabanza del proprio conocimiento, veréis cuán necesaria es aquesta joya para venir al conocimiento de Dios. Y pues queréis edificar casa en vuestra ánima para este tan alto Señor, sabed que no los altos, mas los humildes de corazón, son casas suyas.

Y por tanto, el primero cuidado que tengáis sea cavar en la tierra de vuestra poquedad, hasta que, quitado de vuestra estimación todo lo movedizo que de vos tenéis, lleguéis a la firme piedra que es Dios, sobre la cual, y no sobre vuestra arena, fundéis vuestra casa. Y por esto decía el bienaventurado San Gregorio: "Tú que piensas edificar edificios de virtudes, ten primero cuidado del fundamento de la humildad; porque quien quiere ganar virtudes sin ella, es como quien llevase ceniza en su mano en contrario del viento."/Lo v
cual dice, porque no sólo no aprovechan las virtudes sin la humildad, mas son ocasión de muy grande pérdida, así como el grande edificio sobre el pequeño y flaco cimiento es ocasión de caída. Y por tanto, conforme al alteza de las virtudes ha de ser lo bajo del cimiento de la humildad, porque la ánima esté firme, y no sea derribada con el peso de la soberbia.

103 Prov. 28, 14.

[2) *Cómo conseguir el propio conocimiento*]

Y si me dijeres: ¿Dónde hallaré esta joya del proprio conocimiento?, dígoos que, aunque es de mucho valor, entre el establo y entre el estiércol de vuestra poquedad y defectos la habéis de hallar. Quitad los ojos de las vidas ajenas, no os entremetáis en saber cosas curiosas, volved vuestra vista a vos misma, y perseverad en examinaros, que, aunque al principio no halléis tomo en conoceros, como quien entra de la claridad del sol a una cámara obscura; mas, perseverando en sosiego, poco a poco veréis lo que en vos hay, aunque sea en los muy secretos rincones.

[a) LUGAR DONDE RECOGERSE, Y TIEMPO]

Y para que sepáis el modo que cerca de esto, que tanto os va, habéis de tener, oíd a San Hierónimo que dice a una mujer casada: "De tal manera tengas cuidado de tu casa que también tengas para tu ánima algún reposo; busca algún lugar conveniente, y algún tanto apartado del bullicio de esta familia, al cual te vayas, como quien va a un puerto, huyendo de la gran tem-
f. 47 r pestad/de tus cuidados; y allí solamente haya lección de cosas divinas, y oración tan continua, y pensamiento de las cosas del otro mundo tan firme, que todas las ocupaciones del otro tiempo del día ligeramente las recompenses con este rato de desocupación. Y no te decimos esto para apartarte de tu casa, mas antes porque allí aprendas y pienses cómo te debes haber con ella."

Si este bienaventurado santo encomienda a una mujer casada quitar a (w,) las ocupaciones de casa algún rato y [que] se recoja en quieto lugar a leer y pensar cosas de Dios ¿con cuánta más razón la doncella de Cristo, que está libre de los mundanos cuidados, y que debe pensar que no vive para otra cosa sino para usar de la oración y recogimiento, debe buscar en su casa algún lugar ascondido y secreto, en el cual tenga sus libros

w, quitar a] que tira

devotos, e imágines devotas, diputado ([x]) para *ver y gustar cuán suave es el Señor?*[104] El estado de religión y virginidad que habéis tomado, no es para que estéis enlazada en ocupaciones perecederas; mas, así como es semejable cuanto a la entereza e incorrupción de la carne, así habéis de pensar que no ha de entrar en vuestro corazón cuidado de tierra, mas habéis de ser un templo vivo, en el cual se ofrezcan continuas oraciones y suenen continuos loores a aquel que os creó. Daos por muerta a este mun/do,[105] pues ya os habéis desposado v
con el rey celestial.

Y acordaos que dice el esposo a la esposa: *Huerto cerrado, hermana mía, esposa, huerto cerrado.*[106] Porque no sólo habéis de ser limpia y guardada en la carne, mas también muy cerrada y recogida en el ánima. Porque virginidad se toma entre cristianos no por sí sola, mas por que ayuda para con más libertad dar el corazón a Dios. La doncella que se contenta con virginidad del cuerpo, y no vive cuidadosa en el recogimiento y gusto de Dios, ¿qué otra cosa hace, sino pararse en el camino y nunca llegar a donde va, y tener aparejo para coser y labrar, [y] nunca entender en ello? Cosa vergonzosa es a todo cristiano no tener ejercicio de santa lección y de santos pensamientos en su ánima; mas, en la virgen que a Cristo se ha dado, no sólo es vergonzoso, más intolerable y digno de mucho castigo. Por tanto, si queréis gozar de los frutos de la santa virginidad, que a Cristo habéis prometido, sed enemiga de ver y ser vista. Salid todo lo menos que fuere posible, no os entremetáis en temporales ocupaciones, buscad cuanto tiempo pudiéredes para os encerrar en vuestro oratorio; que, aunque al principio se os haga de mal, después probaréis que en las celdas se tratan negocios del cielo, y que ningún rato de tanto contentamiento hay como el que allí en so/siego se gasta. f. 48 r

Buscado, pues, este lugar quieto, recogeos en él, a lo menos dos veces al día, una por la mañana, para pensar en la sacra pasión de Jesucristo nuestro Señor,

104 Cf. Ps. 33, 9.
105 Cf. Col. 3, 3.
106 Cant. 4, 12.
x diputado] disputando

como después diremos, y otra en la tarde, en anocheciendo, a pensar en el ejercicio del proprio conocimiento. Y el modo que tornéis sea éste.

[b) Principio de la oración: lección y rezo de devociones]

Tomad primero algún libro de buena doctrina, en que, como en espejo, veáis vuestras faltas, y con él toméis manjar con que vuestra ánima sea esforzada en el camino de Dios. Y este leer no ha de ser con pesadumbre, ni pasando muchas hojas, mas alzando el corazón a nuestro Señor y suplicarle que os hable en vuestro corazón con su viva voz, mediante aquellas palabras que de fuera leéis, y os dé el verdadero sentido de ellas. Con aquella atención y reverencia estad atenta, escuchando a Dios en aquellas palabras que de fuera leéis, como si a Él mesmo oyérades predicar cuando en este mundo hablaba. De manera que, aunque tengáis los ojos en el libro, no peguéis en él con mucha ansia el corazón para que os haga olvidar de Dios; mas tened a lo que leéis una mediana descansada atención, que no os captive ni impida la atención libre y levantada que al Señor habéis de tener. Y leyendo de esta manera
v no os cansaréis, y daros ha nuestro Señor el/vivo sentido de las palabras que obre en vuestra ánima, unas veces arrepintiéndose de vuestros pecados, otras confianza de ellos y de su perdón, y os abrirá el entendimiento a conocer otras muchas cosas, aunque leáis pocos renglones. Y algunas veces conviene interrumpir el leer, por pensar alguna cosa que del leer resultó, y después tornar a leer. Y así se van ayudando la lección y la oración.

Y, con el corazón así devoto y recogido, podéis empezar a entender en el ejercicio de vuestro proprio conocimiento, de esta manera. Vuestras rodillas hincadas, pensaréis a cuán excelente y soberana Majestad váis a hablar; la cual no la penséis lejos, mas que hinche cielos y tierra, y que ninguna parte hay en que no esté, y más dentro de vos que vos misma. Y considerando vuestra pequeñez, hacelle una entrañable reverencia,

humillando vuestro corazón como una pequeña hormiga delante de un ser infinito, y pedir licencia para hablarle.

Comenzad primero en decir mal de vos, y rezad la confesión general, y acordándoos particularmente, y pidiendo perdón de lo que en aquel día hobierdes pecado.

Después rezad algunas devociones que debéis tener por costumbre; no tantas que demasiadamente os fatiguen la cabeza y os sequen la devoción; ni tampoco las dejéis del todo, porque sirven pa/ra despertar la devo- f. 49 r
ción del ánima, y para ofrecer a Dios servicio con nuestra lengua, en señal que él nos la dió. Y por eso nos enseña San Pablo que *hemos de orar y cantar con el espíritu* de la voz, *y con el ánima.*[107] Y estas oraciones no sólo sean para pedir mercedes a nuestro Señor para vos, mas por aquellos por quien tenéis especial obligación. Y otras, por toda la Iglesia cristiana, el cuidado de la cual habéis de tener muy fijado vuestro corazón, porque, si a Cristo amáis, razón es que os toque aquello por cuyo nombre derramó su sangre. Y rezados así por los vivos como por los que en purgatorio están, y otras por toda la infidelidad, que está privada del conocimiento de Dios, suplicándole traya a su santa fe a todos, pues *todos desea que sean salvos.*[108] Y estas oraciones han de ser las más de ellas enderezadas a dos partes: una a nuestra Señora, a la cual habéis de tener muy cordial obediencia y amor, y entera confianza que os será muy verdadera madre en todas vuestras necesidades; y la otra a la pasión de Jesucristo nuestro Señor, la cual también ha de ser muy familiar refugio de vuestros trabajos, y esperanza única de vuestra salud.

Y luego, dejad de rezar con la boca y meteos en lo más dentro de vuestro corazón, y haced cuenta que estáis delante la presencia de Dios, y que no hay más de él y vos.

107 Cf. 1 Cor. 14, 15.
108 Cf. 1 Tim. 2, 4.

[c) Meditación de la muerte y juicio]

v Pensad/cómo antes que a este mundo viniésedes érades nada, y como aquella sobrepujante bondad de Dios nuestro Señor os sacó de aquel abismo de no ser, y os hizo criatura suya, no cualquiera, sino razonable. Pensar cómo os dió cuerpo y ánima, para que con lo uno y con lo otro trabajésedes de le servir.

Haced cuenta que estáis ya en el paso de vuestra muerte, lo más verdaderamente que lo pudiéredes sentir, diciéndovos a vos misma: "Llegar tiene algún día esta hora de mi acabamiento, no sé si será esta noche o mañana, y pues ciertamente ha de venir, razón es que piense en ello." Pensad cómo caeréis mala en la cama, y cómo habéis de sudar el sudor de la muerte. Levantarse ha el pecho, quebrantarse han los ojos, perderse ha el color de la cara, y con grandes dolores se apartará esta juntura tan amigable del cuerpo y del ánima. Amortajarán después vuestro cuerpo, y poneros han en unas andas, y llevarlo han a enterrar cantando unos, llorando otros. Echaros han en una breve sepultura; cobijaros han con tierra; y, después de haberos pisado, quedaros heis sola y seréis presto olvidada.

Pensad, pues, que todo esto por vos ha de pasar. ¿Qué tal estará vuestro cuerpo debajo de la tierra? Y cuán presto se parará tal que ninguno, por mucho
f. 50 r que os quiera,/no os pueda ver, ni oler, ni estar cerca de vos. Mirad allí con atención en qué para la carne y su gloria, y veréis cuán necios son aquellos que, habiendo de salir tan pobres de este mundo, trabajan acá por ser muy ricos; y habiendo de ser tan presto hollados, tienen gran sed de ponerse en más altos lugares que otros, y cuán engañados viven los que regalan el cuerpo, y se van tras sus deseos, pues que otra cosa no hicieron sino ser cocineros de gusanos, guisándolos bien el manjar que han de comer, y ganaron con sus bienes [y] deleites tormentos que nunca se acaban. Considerad y mirad con muy gran atención y despacio vuestro cuerpo tendido en la sepultura; y, haciendo cuenta que ya estáis en ella, mortificad los deseos de la

carne cada vez que os vinieren a la memoria, con mirar qué muerto estará vuestro cuerpo; y mortificad los deseos de agradar y desagradar al mundo, y de tener en algo cuanto en él florece, pues que tan presto y con tanto abatimiento lo habéis de dejar, y él a vos. Y considerando cómo nuestro cuerpo, después de ser manjar de gusanos, se tornará en cieno y en polvo, no miréis de ahí adelante, sino como a un muladar cubierto con nieve, y que os dé asco de acorda/ros de él. v
Y teniendo al cuerpo en esta posesión, no seréis engañada cerca de estima de él, mas ternéis verdadero conocimiento, y sabréis cómo le habéis de regir, mirando el fin en que ha de parar; como quien se pone al fin de la nao, para desde allí regirla mejor.

En esto que habéis oído ha de parar vuestro cuerpo; resta que oyáis lo que ha de acaecer a vuestra ánima, la cual será en aquella hora llena de angustias, acordándose de las ofensas que en esta vida hizo a nuestro Señor, y pareciéndole entonces muy grave lo que antes le parecía muy liviano. Será desamparada de sus sentidos, no podría servirse de la lengua para pedir socorro a nuestro Señor, y entenebrerse ha el entendimiento, que aun pensar en Dios no podría, y, en fin, poco a poco acercarse ha la hora en que por mandamiento de Dios salga del cuerpo, y se determine de ella o perdición para siempre o salud para siempre. Oír tiene de la boca de Dios: *Apártate de mí a fuegos eternos,*[109] o: *Queda conmigo en estado de salvación.*[110] Colgada habéis de estar de sola la mano de Dios, y en sólo Él estará vuestro remedio. Por lo cual habéis mucho de huir de enojar en vuestra vida al que a la hora de vuestra muerte habéis tanto de menester. Demonios que os acusen y que pidan justicia a Dios contra vuestra ánima, acusándoos/particularmente de f. 51 r
cada pecado, no os faltarán, y si la misericordia de Dios entonces os olvida, ¿qué haréis, oveja flaca, cercada de tan rabiosos lobos, muy deseosos de os tragar? Pensad, pues, en el rato de vuestro recogimiento, cómo en aqueste estrecho punto habéis de ser presentada ([y])

109 Cf. Mt. 25, 41.
110 Cf. Mt. 25, 34.
y presentado

delante el juicio de Dios, desnuda y sola de todas las cosas (y·) y acompañada del bien o mal que habiéredes hecho. Y decid agora a nuestro Señor que vos os presentáis agora de gana, para alcanzar misericordia en aquella hora que por fuer[z]a habéis de salir de este mundo. Haced cuenta que sois un ladrón, a quien han tomado en el hurto, y le presentan ante el juez, las manos atadas; o una mujer, que la halla su marido haciéndole traición; los cuales, de confundidos, no osan alzar los ojos ni pueden negar su delito; y creed que muy más claramente os ha visto Dios en todo lo que contra Él habéis pecado que pueden ningunos ojos de hombres ver cosa que delante de Él se hiciese. Y [por] haber sido mala en la presencia de tanta bondad, cubríos de la vergüenza que entonces perdistes, y sentid en vos confusión de vuestros pecados, como quien está delante la presencia de nuestro Señor. Acusaos vos como habéis de ser acusada; y especialmente traed a la me-
v moria los pecados más gra/ves que hobiéredes hecho. Juzgaos y sentenciaos por mala, y abajad vuestros ojos a considerar los infernales fuegos, creyendo que los tenéis muy bien merecidos.

Poned en una parte los bienes que Dios os ha hecho desde que os crió, descurriendo por vuestro cuerpo y vuestra ánima, cómo debíades de servir a nuestro Señor con todos los miembros y potencias vuestras, cómo érades obligada a reverenciarlo y serle agradecida, y amarle con todo vuestro corazón, sirviéndole con toda obediencia, guardando su santa ley. Mirad cómo os ha mantenido, con otros mil bienes que os ha hecho, y de males que os ha librado; y, sobre todo, cómo, por convidaros a que fuésedes buena, vino el mismo Señor al mundo, haciéndose hombre; y por daros ejemplo, convidándoos que le serviésedes y remediaros de la ceguedad en que vos habíades caído, pasó muchos trabajos y derramó muchas lágrimas, y después su sangre, perdiendo la vida por vos. Todo lo cual se ha de poner el día de vuestra muerte y juicio en una balanza, haciéndoos cargo de ello como de recebido, y hanos de pedir cuenta de cómo habéis servido tantas mercedes, y como habéis usado de vos misma a servi-

y, cosas] ojas

cio de Dios, y con qué cuidado habéis respondido a tanta bondad con que Dios ha querido salvaros. Mirad bien, y veréis cuánta razón tenéis de temer, pues que no sólo no habéis respondido con servicios con/formes f. 52 r
a estas deudas, mas habéis dado males en pago de bienes, y despreciado al que tanto os preció, huyendo y volviendo las espaldas a quien os seguía para vuestro bien.

¿Qué gracias os parece que se deben dar a quien por su infinita misericordia nos ha librado de los infiernos, habiéndolos nosotros justamente merecido? ¿Qué daremos a quien tantas veces tendió su mano para que los demonios no nos ahogasen y llevasen consigo? Y, siendo nosotros crueles ofendedores de su Majestad, Él nos fué piadoso padre y dulce defendedor. Pensad que quizá están algunos en los infiernos con menos pecados que vos. Y de tal manera os mirad y servid a Dios como si hobiérades por vuestros pecados entrado en el infierno, y Él os hobiera sacado de allá; porque todo es una cuenta: haber estorbado que no vais allá, mereciéndolo vos, o sacaros de allá, por su gran misericordia.

Y si contejando los bienes que con vos Dios ha hecho y los males que vos a Él, no sintieres vergüenza y dolor como deseáis, no os turbéis por ello, mas perseverad en aqueste juicio, y presentad delante los ojos de Dios vuestro corazón tan llagado y tan adeudado. Suplicadle que os diga Él quién vos sois y en qué posesión os habéis de tener. Porque el efecto de este ejercicio no es solamente entender que/sois mala, mas sen- v
tirlo (z) y gustarlo con la voluntad, y hallar tomo en vuestra maldad e indignidad, como quien tiene un perro muerto a sus narices. Y por eso estas consideraciones que os he dicho no han de ser apresuradas, trabajando luego por llegar a cosas semejantes, mas han de ser largas y despacio, y con mucho sosiego, para que poco a poco se vaya embebiendo en vuestra voluntad aquel desprecio o indignidad que con el entendimiento pensastes. El cual pensamiento habéis de presentar delante de Dios, pidiéndole y esperándole que Él lo asiente y haga embeber en vuestra voluntad, estimándoos de ahí adelante, con mucha sencillez y ver-

z sentido

dad, como una persona muy mala o indigna ([a]) de todo bien, y merecedora de todo desprecio y tormento, y como una cosa infernal, maravillándoos mucho de la infinita benignidad del Señor, cómo a un gusano hediondo no lo alanza de sí, más mantiénelo y regálalo, y le hace mercedes, todo para gloria de Él, sin que tengamos nosotros de qué gloriarnos.

[d) Examen cotidiano]

Para acabar este ejercicio de proprio conocimiento, dos cosas os restan que oyáis: la una, que no se debe
f. 53 r contentar el cristia/no [en] entrar en juicio delante de Dios para acusarse de los pecados pasados, mas también de los que cada día comete. Y por maravilla hallaréis cosa tan provechosa para enmienda de la vida como tomarse el hombre cuenta de cómo lo gasta y de los defectos que hace, porque el ánima que no es cuidadosa en examinar sus pensamientos y palabras y obras, es semejable a la viña del hombre perezoso, de la cual dice el Sabio *que pasó por ella, y vió su seto caído, y a ella llena de espinas.*[111]

Haced cuenta que os han encomendado una niña, hija de un rey, para que tengáis cuidado continuo de mirar por sus costumbres; y que, a la noche, le pedís cuenta, reprehendiéndola de sus faltas y amonestándole las virtudes. Miraos como a cosa encomendada por Dios, y haceos entender que no habéis de vivir sin regla, mas debajo de santas dotrinas y diciplina; y entrad en capítulo con vos a la noche, juzgándoos muy particularmente, como haríades contra tercera persona. Reprehendeos de vuestras faltas, y predicaos a vos misma con muy mayor cuidado que a otra persona alguna, por mucho que la améis. Y donde sintiéredes que más faltáis, allí poned mayor remedio. Porque creed que, durando este examen y reprehención de vos mismo, no podrán durar mucho vuestras faltas sin ser remediadas.

111 Cf. Prov. 24, 30-31.
a indignidad

Y apren/deréis una *ciencia* muy saludable que os haga llorar y no *hinchar;* la cual os guardará de la peligrosa enfermedad de la soberbia, que entra poco a poco, pareciéndose un hombre bien a sí mismo. Velad sobre aquesta entrada, y guardaos con todo cuidado no os parezcáis bien vos a vos misma, mas con la lumbre de la verdad sabeos reprehender y desplaceros; y seros ha vecina la misericordia de Dios, al cual aquellos solos parecerán bien, que a sí solos parecen mal, y a aquéllos perdona sus faltas con largueza de bondad, que las conocen y se humillan por ellas en el juicio de la verdad. v

Y escaparéis de otros dos vicios que suelen acompañar a la soberbia, que son desagradecimiento y pereza, porque, conociendo y reprehendiendo vuestros defetos, veréis vuestra flaqueza y indignidad, y escaparéis de soberbia, y veréis la misericordia grande de Dios en sufriros y perdonaros, y haceros bienes, mereciendo vos males; y seréis agradecida al hacerdor de tantas gracias. Y mirando el poco bien que hacéis, y males en que caéis, despertaréis del sueño de la pereza, y comenzaréis cada día de nuevo a servir a nuestro Señor, viendo cuán poco habéis hecho en lo pasado.

Y por esto, y por otros muchos bienes que de conocerse el hombre suelen nacer, siendo preguntado un santo viejo de los pasados dónde estaría uno más se-/ f. 54 r
guro, en la soledad o compañía, respondió: "Si [se] sabe reprehender, donde quiera estará seguro; y si no, donde quiera estará a peligro."

Porque por el mucho amor que nos tenemos, no sabemos conocernos y reprehendernos con aquel verdadero juicio que requiere la verdad, debemos suplicar al Señor que nos reprehenda Él con amor, para que sintamos de nosotros lo que, según verdad, debemos sentir. Y esto es lo que Hieremías pedía, diciendo: *Corrígeme, Señor, en juicio, y no en furor; porque por ventura no me tornes nada.*[112] Corregir *en furor* pertenece al día postrero, cuando enviará Dios al infierno a los malos por sus pecados; y corregir *en juicio* es repre-

112 Ier. 10, 24.

hender en este mundo a los suyos con amor de padre a sus hijos. La cual reprehensión es un testimonio tan grande de amar Dios al que reprehende que ninguno hay tan seguro y cierto en esta vida, y suele ser víspera de grandes mercedes de Dios. Así cuenta San Marcos que, apareciéndoles nuestro Señor Jesucristo a sus discípulos, *los reprehendió de incredulidad y dureza de corazón;*[113] después de lo cual les dió poder para hacer obras maravillosas. Y el profeta Esaías dice que *el Señor lava las suciedades de las hijas de Sión, y la sangre de en medio de Jerusalén en espíritu de juicio y en espíritu de ardor,*[114] dando a entender que el lavar
v el Señor nuestras manchas, viniendo a nosotros, es dan-/do a entender primero quién somos, y esto es en *juicio,* y *espíritu de ardor,* que es amor. Y así nos lava sin que podamos atribuir [a] nosotros cosa buena, pues nos ha dado a entender primero nuestra indignidad.

Y esta reprehensión no entendáis ser alguna que desmaye y demasiadamente entristezca el ánima, trayéndola desabrida; mas es un sosegado conocimiento de las proprias faltas que así avergüenza al reprehendido y le pone espuelas para con mayor diligencia servir al Señor, que le da muy gran confianza que el Señor le ama como a hijo, pues usa con él oficio de padre, según está escripto: *Yo a los que amo corrijo.*[115]

Sed, pues, cuidadosa en miraros y reprehenderos, y presentándoos delante la presencia de Dios, delante del cual es más seguro el humilde conocimiento de nuestras faltas que la soberbia justicia de nuestras buenas obras. Y no seáis como algunos amadores de su propria estima, que, por no parecerse mal a sí mismos, se huelgan en pensar mucho otras cosas devotas, y pasan por el conocimiento de sus defetos, porque no hallan en ellos sabor, pues no aman su proprio desprecio; como, a la verdad, ninguna [cosa] hay tan segura, ni que así haga que aparte Dios sus ojos de nuestros pecados, como mirarnos nosotros y reprehendernos, según está
f. 55 r escripto: *Si nos juzgásemos nosotros mis/mos, no seríamos juzgados de Dios.*[116]

113 Mc. 16, 14.
114 Is. 4, 4.
115 Apoc. 3, 19.
116 1 Cor. 11, 31.

[e) Conocimiento de nuestras buenas obras]

Lo segundo que habéis de mirar cerca de este conocimiento es que, aunque es bueno y provechoso, pues por él recebimos perdón de nuestros pecados, mas tiene esta falta, que se funda sobre haber pecado. Y no es mucho de maravillar, que un pecador se conozca y estime por pecador, mas sería muy grande monstruo que, siéndolo, se estimase por justo; como si un hombre lleno de lepra se estimase por sano. Por tanto [no] nos hemos de contentar con estimarnos en poco en nuestros pecados, mas aún mucho más hemos de mirar esto en nuestros bienes, conociendo profundamente que ni nuestros pecados son de Dios, ni los bienes nuestros son de nosotros; y de todo lo bueno que en nosotros hobiere, dar perfectamente la gloria al *Padre de todas las lumbres, del cual procede* ([b]) *todo don bueno y dádiva perfeta.* [117] De arte que, aunque nosotros tengamos el bien, lo tratemos tan fielmente, que no nos alcemos con la gloria de Dios; ni se nos pegue ([c]) como dicen, la miel en las manos.

Esta humildad no es de pecadores como la primera, mas de justos; y no sólo la hay en este mundo, mas en el cielo; porque de ella se escribe: *¿Quién como el Dios nuestro, que mora en las alturas, y mira las cosas humildes en el cielo y en la tierra?* [118] Ésta tuvo en pie a los ángeles buenos,[119] y los/hizo dispuestos para go- v
zar de Dios, pues le fueron sujetos, y la falta de ella derribó a los ángeles malos,[120] porque se quisieron alzar con la honra de Dios. Ésta tuvo la sagrada Virgen María nuestra señora, que siendo predicada por *bienaventurada y bendita* por la boca de Santa Isabel no se hinc[h]ó ni atribuyó a sí gloria alguna de los bienes que en ella había, mas con humilde y fidelísimo corazón enseña a Santa Isabel y al mundo un verso, que de las grandezas que ella tenía, no a sí, mas a Dios se debía

117 Iac. 1, 17.
118 Ps. 112, 5-6.
119 Cf. Apoc. 12, 11.
120 Cf. Apoc. 12, 9.
b procede] pecado
c peguen

la gloria, y con profunda reverencia comienza a cantar: *Mi ánima engrandece al Señor.*[121]

Y esta misma, muy más perfeta, tuvo Jesucristo su Hijo, nuestro Señor, el cual, así sus buenas obras como sus buenas palabras fidelísimamente predicaba al mundo que las había recebido del Padre, diciendo: *Mi dotrina no es mía, mas de aquel que me envió.*[122] Y en otra parte dice: *Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo, mas del Padre que está en mí. Él hace las obras.*[123] Y así convenía que el remediador de los hombres fuese muy humilde, pues que la raíz de todos los males es la soberbia. Y queriendo dar a entender cuánto más convenga esta santa y verdadera humildad, Él se hace particularmente maestro de ella, y se nos pone por ejemplo de ella, diciendo: *Aprended*
f. 56 r *de mí, que soy manso y humilde de corazón;*[124] porque,/ viendo los hombres a un maestro tan sabio encomendar tan particularmente esta virtud, trabajasen por la tener; e viendo que un señor tan grande no atribuye el bien a sí mismo, ninguno haya tan desvariado que tal maldad ose hacer.

Aprended, pues, sierva de Cristo, de vuestro maestro y señor, aquesta santa bajeza, para que seáis ensalzada, porque palabra suya es: *Quien se humillare, será ensalzado.*[125] E tened en vuestra ánima aquesta pobreza, porque de ella se entiende: *Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.*[126] E tened por cierto que, pues Jesucristo nuestro Señor fué por camino de humildad ensalzado, el que no la tuviera fuera va de camino; e débese desengañar con lo que dice San Augustín: "Si me preguntardes cuál es el camino del cielo, responderos he que la humildad; o si otra vez me lo preguntardes responderos he que la humildad; e si tercera vez me lo preguntardes, responderos he lo mismo; e si mil veces me lo preguntardes, mil veces os responderé que no hay otro camino sino la humildad."

121 Lc. 1, 46.
122 Io. 7, 16.
123 Io. 14, 10.
124 Mt. 11, 29.
125 Lc. 14, 11.
126 Mt. 5, 3.

E porque creo que deseáis agradar al Señor teniendo aquesta santa bajeza, es razón que se os diga el modo que para ello tendréis.

Y sea primero, pedírsela con importuna y fiel oración al dador de los bienes, porque éste es un muy particular don suyo. Y aun el conocer que lo es, no es pequeña merced. La experiencia que los que son tentados de so/berbia tienen, da ([d]) bien claro a conocer v
que no hay cosa más lejos de nuestras fuerzas que esta verdadera y profunda humildad, y que muchas veces acaece, con los remedios que ellos ponen para [la] alcanzar, huir ella más; y aun del mismo humillarse les suele nacer su contrario, que es la soberbia. Por lo cual de tal manera tomad los ejercicios para alcanzar esta joya, que no los dejéis de hacer, diciendo: "¿Qué me aprovecha, pues es dádiva de Dios?", ni tampoco los hagáis poniendo confianza en vuestro brazo de carne, mas en aquel que suele dar sus dádivas a los que da gracia para se las pedir y para entender en los buenos ejercicios.

[1. *Consideración de nuestro "ser"*]

El modo pues que te[r]néis será éste. Considerad tres cosas por orden: una el *ser,* otra el *bien ser,* otra el *bienaventurado ser.*

Cuanto a lo primero, debéis de pensar qué érades antes que Dios os criase, y hallaréis ser un abismo de nada y privación de todos los bienes. Estaos un buen rato sintiendo este *no ser,* hasta que veáis y palpéis vuestra nada. Y después considerad cómo aquella poderosa y dulce mano de Dios os sacó de aquel abismo profundo, y os puso en el número de sus criaturas, dándoos verdadero y real ser. Y miraos a vos, no como a hechura vuestra, sino como una dádiva de Dios, que os hizo merced de vos a vos. Y por tan ajeno de vuestras fuerzas mirad vue/stro ser como miráis el ajeno, f. 57 r
creyendo que tan poco pudistes criaros a vos como criar a otro. Y tan poco podíades salir de aquellas tinieblas de aquel no ser como los que se quedaron en

d da] de

ellas, teniéndonos por igual de vuestra parte a las cosas que no son, atribuyendo a Dios la ventaja que les lleváis. E mirad que, después de criada, no penséis que ya os tenéis en vos misma, porque no menos necesidad tenéis de Dios cada momento de vuestra vida para no perder el ser que tenéis que la tuvistes para, siendo nada, alcanzar el ser que tenéis. Entrad dentro de vos misma y considerad cómo sois una cosa que tiene ser y vive; y preguntaos: "¿Esta criatura está arrimada a sí, o a otro? ¿Susténtase en sí o ha menester mano ajena?" Y responderos ha el apóstol San Pablo que *no está lejos Dios de nosotros, mas que en él vivimos, y nos movemos, y tenemos ser.*[127] E considerad a Dios, que es ser que es, y sin Él hay nada; y es fuerza de todo lo que algo puede, de todo lo que es, y sin Él hay nada; y que es vida de todo lo que vive y sin Él hay nada; y fuerza de todo lo que algo puede y *sin Él hay flaquezas;* e bien entero de todo lo bueno, sin el cual no se puede ver el más pequeño bien de los bienes, porque él [es] causa de todos. Y por esto dice la Escritura: *Todas las gentes son delante de Dios como si no fuesen, y en nada y en vanidad son reputadas delante de Él.*[128] Y en otra parte está escripto: *El que piensa que es*
v *algo, co/mo sea nada, él se engaña.* Y el profeta David decía hablando con Dios: *Yo soy delante de ti como nada.*[129] En las cuales partes no habéis de entender que las criaturas no tengan ser o vida, o operaciones proprias o distintas de las de su criador; mas, porque lo que tiene[n] no lo hobieron de sí, ni lo pueden conservar de sí, dícese no ser, que quiere decir que tienen el ser de mano de Dios, y no de la suya.

Sabed, pues, ahondar bien en el ser que tenéis, y no paréis hasta hallar el fundamento postrero, que como firmísimo e indificiente, y no fundado sobre otro, mas fundamento de todos, os sustentará que no cayáis en el pozo profundo de la nada, de la cual primero os sacó. Conoced este arrimo que os tiene, y esta mano que, puesta encima de vos, os hace estar en pie, y confesad con David: *Tú, Señor, me hiciste, y me pusiste tu mano*

127 Cf. Act. 17, 27-28.
128 Is. 40, 17.
129 Ps. 38, 6.

sobre mí.[130] Y pensad que estáis ya tan colgada de esta virtud de Dios que, si ella faltase, en aquel momento vos faltaríades, como se quita la lumbre que había en la cámara cuando sacan de ella la hacha que la alumbraba, o como se quita la lumbre de sobre la tierra por la ausencia del sol. Adorad, pues, a este Señor con reverencia profunda como a principio de vuestro ser, y amarle por continuo bienhechor vuestro y por conservador de él; y llamadle con corazón y con lengua: Virtud mía, en que me sostengo./ f. 58 r

[2. *Nuestro "bien ser"*]

Si con cuidado habéis entendido en el conocimiento de vos, para atribuir a Dios la gloria del ser que tenéis, con mucho mayor debéis entender que el *bien ser* que tenéis no es de vos, mas graciosa dádiva de la mano del Señor. Porque, si atribuís a él la gloria de vuestro ser, confesando que no vos, mas *sus manos os hicieron,*[131] y apropriáis para vos la honra de vuestras buenas obras, creyendo, que a vos se debe la gloria de ellas, mayor honra tomáis para vos que dáis a Dios, cuanto es mayor el bien ser que el ser. Por tanto, conviene que, con grandísima vigilancia, entendáis a conocer a Dios por causa de vuestro bien vivir, de arte que no se os quede asida en vuestras manos punta ni repunta de loca soberbia, mas así como conocéis que ningún ser, por pequeño que sea, podéis tener de vos, si Dios no os le da, así también conozcáis que no podéis tener de vos el menor de los bienes, si el potentísimo y cumplido bien, Dios, no abre su mano para os lo dar.

Pensad que así como lo que es nada no tiene ser natural entre las criaturas, así el pecador, por mucho estado y bienes que tenga, faltándole la gracia, es contado por nada delante los ojos de Dios. Lo cual dice San Pablo de esta manera: *Si tuviera profecía, y conociese todos los misterios y toda la ciencia, y tuviese toda la fe, tanto que pase los montes de una parte a*

130 Ps. 138, 5.
131 Cf. Ps. 118, 73.

otra, y no tuviere caridad, nada soy.[132] Lo cual es tanta verdad que aun el pecador es menos que nada, porque
v peor es mal/ser que el no ser. Ningún lugar hay tan bajo ni tan apartado, ni tan despreciado en los ojos de Dios, entre todo lo que es y no es, como el que vive en ofensa de Dios, estando desheredado del cielo y sentenciado al infierno.

Y para que tengáis alguna cosa que os despierte algo en el conocimiento de este miserable estado, pensad, cuando alguna cosa muy contra razón y desordenada viéredes, que muy más fea y abominable cosa es estar en desgracia y enemistad de nuestro Señor. Oís decir de algún hurto o traición, o maldad que alguna mujer a su marido hace, o desacato que algún hijo hace ([e]) contra su padre, o algunas cosas de esta manera, que a cualquier, por ignorante que sea, parecen muy feas por ser contra toda razón. Pensad vos que ofender a Dios en un solo pecado mortal es mayor fealdad, por ser contra su mandamiento y reverencia, y agradecimiento que se le debe como a padre, señor y esposo, y bienhechor y amigo, que todas las cosas que pueden acaecer en el mundo por ser contra sola razón. Y, pues véis cuán desestimados son de todos los que tales fealdades cometen, teneos por una cosa muy despreciada y sumíos en el profundo abismo de vuestro desprecio, que se debe al ofendedor de Dios. Y así como para conocer vuestra nada os acordastes del tiempo en que no teníades ([f]) ser, así para conocer vuestra culpa,
f. 59 r os acordad del tiempo, cuando vi/viades en ella, y mirad, cuan entrañable y profundamente pudiéredes, con mucho espacio, en cuán miserable estado estuvistes, cuando delante de los ojos de Dios estábades feas y desagradable, y contada por nada y menos que nada; porque ni los animales, por feos que sean, ni otros criaturas, por más bajas que sean, no han hecho pecado contra nuestro Señor, ni están obligadas a fuegos eternos, como vos estábades; y despreciaos y abajaos en el más profundo lugar que pudiérades, que seguramente podéis creer que, por mucho que os despreciéis,

132 1 Cor. 13, 2.
e hacer
f teníades] de *add.*

no podréis bajar al abismo del desprecio que merece
la ofensa de una cosa infinita que es Dios. Y, después
de haber bien sentido en el ánima y embebídose en
ella aquesta desestima de vos misma, alzad vuestros
ojos a Dios, considerando la infinita fuerza que de
pozo tan hondo os sacó, siendo para vos cosa imposi-
ble, y mirad aquella bondad infinita que con tanta
misericordia os sacó, sin haber en vos merecimiento.
Porque, antes que os diese él su gracia, ¿qué cosa po-
díades vos hacer que no fuese mala? O, si era buena,
era imperfecta y muerta, y no agradable. Sabed que
quien *os sacó de vuestras tinieblas a su admirable lum-
bre,*[133] y os hizo de enemiga amiga, y de esclava hija,
y del no ser, en cuanto tocaba a la gracia de Dios,
os hizo tener ser agradable en sus ojos, Dios fué. Y la
causa porque lo hizo no fueron/vuestros merecimien- v
tos pasados, ni el respeto de los servicios que le ha-
bíades de hacer; mas fué por su sola bondad, y me-
recimiento de nuestro único medianero Jesucristo nues-
tro Señor. Contad por vuestro el mal estado en que
estábades, y contad al infierno por lugar debido a
vuestros merecimientos, que lo que demás de esto es
a Dios y a su gracia es conocer por deudora. Oíd lo
que dice el Señor a sus amados discípulos y a nos-
otros en ellos: *No vosotros me escogistes a mí, mas yo
a vosotros.*[134] Mirad lo que dice el apóstol San Pablo:
*Justificados sois de balde por la gracia de Dios, por
la redención que está en Jesucristo.*[135] Y asentad en
vuestro corazón que así como tenéis de Dios el *ser,* sin
que atribuyáis a Dios gloria de ello, así tenéis de Dios el
ser algo delante de sus ojos, todo para gloria de él; y
traed en la lengua y en el corazón lo que dice San Pa-
blo: *Por la gracia de Dios soy lo que soy.*[136] Considerad
que así como cuando érades nada no teníades fuerzas
para moveros, ni para ver, ni para oír ni gustar, ni en-
tender ni querer, mas dándoos Dios el ser os dió
aquestas potencias y fuerzas, así no sólo está el pecador
privado del ser agradable delante los ojos de Dios, mas

133 1 Petr. 2, 9.
134 Io. 15, 16.
135 Rom. 3, 24.
136 1 Cor. 15, 10.

está sin fuerzas para obrar obras de vida que agraden a Dios.

Si algún cojo viéredes, o manco, pensad que así
f. 60 r está el pecador en su ánima. Si algún ciego,/sordo o mudo, tomaldo por espejo en que os miráis. Y en todos los enfermos, leprosos, paralíticos, y que tengan los cuerpos corvados y los ojos puestos en tierra, con toda la otra muchedumbre de enfermedades que se presentaban delante el acatamiento de Jesucristo, nuestro verdadero médico, otra no entendáis principalmente sino que tales están los pecadores, cuanto a los espirituales sentidos, cuales estaban aquellos en los corporales. Y mirad, como una piedra con el peso que tiene es inclinada a ir hacia bajo, así, por la corrupción del pecado original que traemos, tenemos un[a] vivísima inclinación a las cosas de nuestra carne y de nuestra honra, y de nuestro provecho, haciendo ídolo de nosotros, y obrando nuestras obras no por amor verdadero de Dios, sino por el nuestro estamos vivísimos a las cosas terrenales, y que nos tocan, y muertos para el gusto de las cosas de Dios; manda en nosotros lo que había de obedecer, y obedece a lo que había de mandar. Y estamos tan miserables que, debajo de cuerpo humano y derecho, traemos apetitos de bestias y corazones encorvados hacia la tierra. ¿Qué os diré sino que en cuantas cosas faltas, y feas, y secas, y desordenadas viéredes, en tantas miréis y conozcáis la corrupción y desorden que el hombre que está en pecado tiene en sus sentidos y obras? Ninguna cosa de éstas veáis que luego no entréis en vuestra ánima a
v considerar que/aquello sois vos de vuestra parte, si Dios no os hobiera dado salud; e, si verdaderamente estáis sana, habéis de conocer que quien os abrió los sentidos para las cosas de Dios, quien subjetó los afectos debajo de vuestra razón, quien os hizo amargo lo que era dulce y os puso gana en lo que antes tan desabrida estábades, obrando en vos obras nuevas, Dios fué, según dice San Pablo: *Dios es el que obra en nosotros el querer, y el acabar, por su buena voluntad.*[137]

137 Phil. 2, 13.

[*Gracia y libre albedrío*]

No entendáis por esto que el libre albedrío del hombre no obre cosa alguna en las obras buenas, porque esto sería grande ignorancia y error; mas dícese que *Dios obra al querer y al acabar,* porque él es el principal obrador en el ánima del justificado, y el que mueve y suavemente hace que el libre albedrío obre y sea su ayudador, como dice el bienaventurado San Pablo: *Ayudadores somos* (f.) *de Dios.*[138] Lo cual hace *incitándole* Dios a que dé libremente su consentimiento en las buenas obras. Por eso obra el hombre, porque de su voluntad y libre albedrío quiere lo que quiere y obra lo que obra; mas Jesucristo obra más principalmente, produciendo la buena obra, y ayudando al libre albedrío, para que también lo produzga; y la gloria de lo uno y de lo o/tro a sólo Jesucristo se debe. Por tanto, si f. 61 r
queréis acertar en aquesto, no queráis escudriñar qué bienes tenéis de naturaleza y libre albedrío, y qué bienes de gracia; mas a ojos cerrados, regíos por la sagrada fe, que nos amonesta que de los unos y de los otros hemos de dar la gloria a Dios, y que nosotros *de nosotros mismos no somos suficientes ni aun para pensar un buen pensamiento.*[139] Mirad lo que dice San Pablo, reprehendiendo al que se atribuye a sí algún bien: *¿Qué tienes que no lo hayas recebido? Y pues lo has recibido, ¿de qué te glorias como si no lo hobieras recebido?*[140] Como si dijese: "Si tienes la gracia de Dios, con que le agradas y haces obras muy excelentes, no te glories en ti, mas en quien te la dió, que es Dios. Y si te glorias de usar bien de tu libre albedrío, en consentir con él a los buenos movimientos de Dios y su gracia, tampoco te glories en ti, mas en Dios, que hizo que tú consintieses, e incitándote y moviéndote él suavemente, y dando él mismo libre albedrío con que tú libremente consientas. Y si te quieres gloriar que, pudiendo resistir al buen movimiento e ins-

138 Cf. 1 Cor. 3, 9.
139 2 Cor. 3, 5.
140 1 Cor. 4, 7.
f, somos] como

piración de Dios, no lo resististe, tampoco te debes gloriar, pues eso no es hacer, mas dejar de hacer; y aun esto también lo debes a Dios que, ayudando a
v consentir en el bien, te ayudó para no resistillo. Y/cualquier buen uso de tu libre albedrío, en lo que toca a tu salvación, dádiva es de Dios, que desciende de aquella misericordiosa predestinación con que determinó *ab aeterno* de te salvar. Sea, pues, toda tu gloria en solo Dios, de quien tienes todo el bien que tienes; y piensa que, sin él, no tienes de tu cosecha sino nada y vanidad y maldad."

Y con esto concuerda lo que dice una glosa sobre aquello de San Pablo: *El que piensa ser algo, como no sea nada, a sí mesmo se engaña;*[141] que el hombre de sí mesmo no es sino vanidad y pecado, y, si alguna cosa más es, por merced y gracia del Señor lo es. Item dice San Agustín: "Abrísteme los ojos, luz, y despertásteme y alumbrásteme. Y vi que es tentación la vida del hombre en esta tierra, y que ningún hombre se puede gloriar delante de ti, ni es justificado todo hombre que vive, porque, si algún bien hay chico o grande, don tuyo es. Y lo que es nuestro, no es sino mal. ¿Pues de dónde se gloria todo hombre? ¿Por ventura de mal? Esta no es gloria, sino miseria. ¿Pues gloriarse ha del bien? No, porque es ajeno. Tuyo es, Señor, el bien, tuya es la gloria." Y, concordando con esto, dice el mesmo San Augustín: "Yo, señor Dios mío, confieso a ti mi pobreza, y a ti sea toda la gloria, porque tuyo es todo el bien que yo haya hecho. Yo confieso, según me has en-
f. 62 r señado, que otra cosa no/soy sino toda vanidad y sombra de muerte, y un tenebroso abismo, y *tierra vana y vacía* que, sin tu bendición, no hace fruto, sino confusión y pecado y muerte. Si algún bien en cualquier manera tuviere, de ti lo recebí. Cualquier bien que tengo tuyo es, de ti lo tengo. Si algún tiempo estuve en pie, por ti lo estuve, mas, cuando caí, por mí caí. Y siempre me hobiera estado caído en el lodo, sino me hobieras levantado; y siempre fuera ciego, si tú no me hobieras alumbrado. Cuando caí nunca me hobiera levantado, si tú no me hobieras dado tu mano. Y después que me

141 Gal. 6, 3.

levantaste siempre hobiera caído, si no me hobieras tenido. Muchas veces me hobiera perdido, si tú no me hobieras guardado. Y así, Señor, siempre tu gracia y tu misericordia anduvieron delante de mí, librándome de todos los males, sacándome de los pasados, y despertando de los presentes, y guardándome en los por venir; y cortando delante de mí los lazos de los pecados, quitando las ocasiones y causas. Porque si tú, Señor, esto no hobieras hecho, todos los pecados del mundo hobiera yo hecho, porque sé que ningún pecado hay que en cualquier manera haya hecho un hombre, que no lo pueda también hacer otro hombre, si se aparta el guiador, por el cual es hecho el hombre. Mas tú heciste que yo no lo hicie/se, y tú mandaste que v me abstuviese, y tú me infundiste gracia para que te creyese, porque tú, Señor, me regías para ti, y me guardabas para ti, y me diste gracia y lumbre para no cometer adulterio y todo otro pecado."

[3. *Nuestro "bienaventurado ser" por la predestinación*]

Considerad, pues, doncella, con atención estas palabras de San Augustín, y veréis cuán ajena debéis de estar de atribuir a vos gloria alguna, no sólo de levantaros de vuestros pecados, mas del teneros que no tornásedes a caer. Porque así como os dije que, si la mano de Dios de vos se apartaba, en aquel punto tornaríades al abismo de vuestra nada, en que antes estábades, así, apartando Dios de vos su guarda, tornaríades a los pecados, y otros peores, de donde Él os ([g]) sacó. Sed por eso humilde y agradecida a este Señor, de quien tanta necesidad en todo tiempo tenéis, y conoced que estáis colgada de Él y todo vuestro bien depende de su mano bendita, según decía David: *En tus manos, Señor están, mis suertes.*[142] Y llama *suertes* a la gracia de Dios, a la eterna predestinación, las cuales vienen por la sola bondad de Dios, y se conceden a aquel a quien él con su justo, aunque oculto juicio,

142 Ps. 30, 16.
g os] los

es servido de dallas, y así como si él os quita el ser que os dió, tornaréis nada, así, quitándoos la gracia, quedaréis pecadora, y quitándoos su predestinación,
f. 63 r quedaréis reprobada y/condenada. Lo cual no se os dice para que cayáis en desmayo y desesperación por ver cuán colgada estáis de las manos de Dios, mas para que tanto con mayor seguridad gocéis de la gracia que Dios os ha dado, y tengáis confianza en la misericordia de él, que acabará en vos lo que ha comenzado, y os hará merced de os llevar al cielo, cuanto con mayor humildad y profunda reverencia y santo temor estuviéredes prostrada a sus pies, temblando de vuestra parte y confiando de la suya. Porque ésta es una cierta señal que no os desmamparará su infinita bondad según lo cantó aquella bendita y sobre todos humilde María, diciendo: *La misericordia de él de generación en generación sobre los que le temen.*[143] Y, si con estas consideraciones ya dichas no halláredes en vos vivo ([g]) el fruto del proprio desprecio que deseáis, no desmayéis, mas llamad con perseverante ([h]) oración al Señor, que él sabe y suele enseñar interiormente, y con semejanzas exteriores, lo poco en que la criatura se ha de estimar; y, en tanto que viene esta misericordia, vivid en paciencia y conoceos por soberbia. Lo cual es parte de humildad como el tenerse por humilde es verdadera soberbia.

[2.] DEL POCO CONOCIMIENTO DE SI MISMO Y
v DEL VERDADERO, DE JESUCRISTO/

[a) Frutos de la meditación de la Pasión]

Los que mucho se ejercitan en el poco conocimiento, como tratan a la continua, y muy de cerca, sus proprios defectos, suelen caer en grandes tristezas y desconfianzas, y pusilanimidad de corazón, por lo cual les es necesario que se ejerciten en otro conocimiento que les alegre y esfuerce mucho más que el

143 Lc. 1, 50.
g, vivo] sino
h preseverante

primero les desmayaba. Y para éste, ninguno otro hay igual como el conocimiento de Jesucristo nuestro Señor, especialmente pensando cómo padeció y murió por nosotros. Esta es *la nueva alegre, predicada* en la nueva ley *a todos los quebrantados de corazón,*[144] que les es dada una medicina muy más eficaz para su consuelo que sus llagas les pudieron desconsolar. Este Señor crucificado es el que alegra a los que el conocimiento de sus proprios pecados entristece, y el que absuelve a los que la ley condena, y que hace hijos de Dios a los que eran esclavos del demonio. A éste deben de conocer todos los adeudados y flacos. Y a éste deben de mirar todos los que sienten angustia en mirar a sí mismos. Porque así como se suele dar por consejo que miren arriba los que pasan por algún río y se les desvanece la cabeza, mirando a las aguas que corren, así quien sintiere desmayo, mirando sus culpas, alce sus ojos a Jesucristo, puesto en la cruz, y cobrará esfuerzo. Porque no en balde/se dijo: *En mí mismo fue mi ánima* f. 64 r
conturbada, y por esto me acordaré de ti, de la tierra del Jordán y de los montes de Hermón y monte pequeño.[145] Porque los misterios que Cristo obró en su baptismo y pasión son bastantes para sosegar cualquier tempestad de desconfianza que en el corazón se levante, y así por eso, como porque ningún libro hay tan eficaz para enseñar al hombre de todo género de virtud, y cuánto debe ser el pecado huído y la virtud amada, como la pasión del Hijo de Dios; y también porque es extremo desagradecimiento poner en olvidado un tan inmenso beneficio de amor como fué padecer Cristo por nos, conviene, después del ejercicio de nuestro conocimiento, ocuparnos en el conocimiento de Jesucristo nuestro Señor, lo cual nos enseña San Bernardo, diciendo: "Cualquiera que tiene sentido de Cristo, sabe bien cuán expediente sea a la piedad cristiana, y cuánto provecho le traya al siervo de Dios, y siervo de la redempción de Cristo, acordarse con atención, *a lo menos una vez en el día,* de los beneficios de la pasión y redempción de nuestro Señor Jesucristo, para gozarse suavemente en la conciencia, y para asentallos

144 Cf. Is. 61, 1
145 Ps. 41, 7.

fielmente en la memoria." Esto dice San Bernardo. Y, allende de esto, sabed que así como, queriendo co-
v municar/Dios con los hombres las riquezas de su divinidad, tomó por medio hacerse hombre, para que en aquella bajeza y pobreza se pudiese conformar con la pequeña capacidad de los pobres y bajos, y juntándose a ellos, los ensalzase a la alteza de él, así el camino usado de comunicar Dios su divinidad con las ánimas es por medio del pensamiento de su sacra humanidad. Esta *es la puerta por donde el que entrare será salvo,*[146] *y la escalera por donde suben al cielo.*[147] Y quiere Dios Padre honrar la humanidad de su unigénito Hijo, y no dar su amistad sino a quien la creyere; y no dar su comunicación si no a quien con mucha atención la pensare. Hacedos, pues, *esclava de esta sagrada pasión,* pues por ella fuistes libertada del captiverio de vuestros pecados y de los infernales tormentos. Y no sea a vos pesado *pensar* lo que a Él con vuestro grande amor no le fué pesado *pasar.*

[b) Modo de meditar la Pasión]

Y así como buscastes pensar en vuestras miserias un rato de la noche, y un lugar recogido, así, y con mayor vigilancia, buscad otro rato antes que amanezca, o por la mañana, en que con atención penséis en aquel que tomó sobre sí vuestras miserias y pagó vuestros pecados por daros a vos libertad y descanso. Y el modo que ternéis será éste, si otro mejor no se os ofreciere. Repartid los pasos de la pasión por los días
f. 65 r de la se/mana en esta manera: *El lunes,* la oración y prendimiento del huerto,[148] y lo que aquella noche pasó en casa de Anás y Caifás.[149] *El martes,* las acusaciones de un juez a otro, y sus crueles azotes, que, atado a la columna, pasó.[150] *El miércoles,* cómo fué coronado y escarnecido, sacándole con vestido de grana, y caña en la mano, porque todo el pueblo le viese, y

146 Cf. Io. 10, 9.
147 Cf. Gen. 28, 12.
148 Cf. Io. 18, 1 ss.
149 Cf. Io. 18, 13 ss.
150 Cf. Io. 19, 1.

dijeron: *Ecce homo.*[151] *El jueves,* no le podemos quitar su misterio muy excelente, conviene a saber, cómo el Hijo de Dios con profunda humildad lavó los pies a sus discípulos,[152] y después les dió su Cuerpo y Sangre en manjar y bebida, mandando a ellos y a todos los por venir que *hiciesen lo mismo en memoria de Él.*[153] Hallaos vos presente a tal lavatorio y a tan excelente convite. Y esperad en Dios, que ni saldréis sin lavar, ni muerta de hambre. Tras el jueves pensaréis, *el viernes,* cómo el Señor fué presentado delante el juez, y sentenciado a muerte,[154] y llevó la cruz encima sus hombros, y después fué crucificado en ella, con todo lo demás que pasó hasta que encomendó su espíritu en las manos del Padre y murió.[155] En *el sábado* quédaos de pensar la lanzada cruel de su sagrado costado; cómo le quitaron de la cruz y le pusieron en los brazos de su sagrada Madre, y, después, en el sepulcro.[156] E id acompañando su ánima al limbo de los santos padres, y hallaos pre/sente en las fiestas y paraíso v
que allí les concede. Y tened memoria de pensar en este día las grandes angustias que la Virgen y Madre pasó. Y sedle compañera fiel en se las ayudar a pasar, pues que, aliende de serle cosa debida, os será a vos muy provechosa. *Del domingo* no hablo, porque ya sabéis que es diputado al pensamiento de la resurrección[157] y a la gloria que en el cielo poseen los que allá (i) están, y en esto os habéis de ocupar aquel día.

[Avisos y normas para la oración

1. *Oraciones vocales y lección*]

Recogida, pues, en vuestra celda, como os he dicho, haréis vuestra confesión general y rezaréis algunas oraciones vocales, y leed, en algún libro de la pasión,

151 Cf. Io. 19, 2 ss.
152 Cf. Io. 13, 1.
153 Cf. Lc. 22, 19 ss.
154 Cf. Io. 19, 13 ss.
155 Cf. Io. 19, 17 ss.
156 Cf. Io. 19, 31 ss.
157 Cf. Io. 20, 1 ss.
i allá] ella

aquel mismo paso en que habéis de pensar aquel rato. Y serviros ha esto de dos cosas: una de enseñaros cómo acaeció aquel paso, para que vos lo sepáis pensar; otra, para recogeros el corazón y pegaros alguna devoción, para que, cuando fuéredes a pensar, no váis derramada ni tibia, y, aunque no paséis de una vez todo lo que el libro dijere cerca de aquel paso, no pierde nada, porque en otra semana, cuando venga el mesmo día, se podía pensar. Y como os he dicho, no ha de ser la lección hasta del todo cansar, mas para despertar el apetito del ánima y dar materia al pensar y obrar.

[2. *Hacerse presente con sencillez*]

Y la lección acabada, hincadas vuestras rodillas y muy recogidos vuestros ojos, suplicad al Señor tenga
f. 66 r por bien de os dar verda/dero sentido de lo que piadosamente quiso padecer por vos. Y poned dentro de vuestro corazón la imagen de aquel paso que quisierdes pensar; y, si esto se os hiciere de mal, haced cuenta que la tenéis allí cerquita de vos. Y digo esto así, por avisaros que no habéis de ir con el pensamiento a contemplar al Señor a Jerusalén, o apartaros lejos de vos, porque suele ser gran daño de la cabeza y secar mucho la devoción; mas, haciendo cuenta que lo tenéis presente, poned los ojos de vuestra ánima en los pies de Él, o en el suelo, cercano a Él. Y con toda reverencia oíd lo que le dicen, y mirad lo que pasa, como si a ello presente estuviérades guardándoos mucho de alborotar vuestro corazón con tristezas forzadas, o con trabajar demasiadamente por echar lágrimas, porque estas cosas suelen secar más el corazón y hacerle inhábil para la visitación del Señor, y suelen destruir mucho la salud corporal; y dejan el ánima tan atemorizada con el sinsabor que allí siente, que teme otra vez de tornar al ejercicio, como a cosa que ha experimentado dalle mucha pena. Si el Señor da lágrimas, o semejantes sentimientos, débense tomar (j), mas que-

j tomar] tornar

rer el hombre tomarlos por fuerza, no es cordura, mas débese de contentar con hallarse presente con vista sosegada y sencilla a lo que el Señor pasó, y mirar el amor con que/padecía, y cuán grandes tormentos y v
deshonras éran los que padecía. Con otros mil pensamientos buenos que el Señor suele dar, dejando en las manos de Dios lo que toca a tener devoción o lágrimas.

[3. *No forzar la imaginación*]

Debéis de estar avisada que no trabajéis mucho los pechos ni cabeza, ni sienes, por *fijar* mucho en vuestra imaginación *la imagen* del Señor, porque suelen venir de estas cosas grandes peligros al ánima, pareciéndoles a algunos que ven verdaderamente las imágines que de dentro piensan y caen en locura o en soberbia. E ya que esto no sea, este modo de imaginar tan profundo causa daño sin remedio en la salud. Por eso haced este ejercicio con todo el mayor sosiego que pudiérdes. Y con una simple atención que tengáis a aquel paso que consideráis, fundaos más en el pensamiento espiritual de la grandeza de quien padecía, y la bajeza vuestra, con otros pensamientos devotos, que no en meter mucho vuestra ánima en la imaginación y figura del Señor, no porque del todo lo debéis dejar, mas para que de tal manera la imaginéis, que no la tengáis a la contina ni con pena fijada, mas poquito a poquito, según que sin trabajo se os diere. Y para esto sirve mucho tener algunas imágines de los pasos de la pasión, bien proporcionadas, en las cuales miréis muchas veces, para que después, sin mu/cha pena, las f. 67 r
podáis vos sola imaginar. Y no sólo habéis de evitar este trabajo de la cabeza y sienes, y pecho, en el imaginar, mas aun en el pensar. Porque algunos piensan con tantos movimientos y trabajos que caen en daños de cuerpo y grandes sequedades del ánima. Por tanto, quien quisiere acertar en este negocio, fúndese principalmente en humillarse a Dios y llegarse a él como un ignorante niño y humilde discípulo a su maestro, yendo más proveído de sosegada atención para oír

lo que le han de decir, que con lengua afilada para hablar.

[4. *De Dios viene la fuerza del pensar*]

Pensad, pues, vuestros pensamientos, de arte que
no os metáis tanto ni pongáis tanta fuerza en ellos,
que parezca que vos sola lo habéis de hacer; mas así
obrad vos vuestro ejercicio como que no sale de vos,
sino que mana de aquel Señor que os alienta el cora-
zón para pensar. Y nunca de tal arte penséis que per-
dáis la atención a lo que el Señor os quiere dar, te-
niendo aquello por principal, y lo que vos pensáis por
accesorio. Y, si esto no pudiéredes hacer, y sintiéredes
que la cabeza y lo que os he dicho siente algún trabajo
notable, no prosigáis adelante, mas sosegaos y quitad
aquella angustia de corazón; con entrañable sosiego y
simplicidad humillaos a Dios, para que de Él os venga
la fuerza para pensar, sin que sea tan a vuestra costa.
v Hasta que esta pena y angustia se os/quite, no prosi-
gáis, por no caer en los males ya dichos. Y, si el
Señor os hiciere merced de os dar este sosiego de pen-
samientos interiores, y más entrañable devoción de lo
que se suele sentir con movimiento de la persona, y
que os dure por muchos días, ya podréis estar pensan-
do muy largos ratos sin sentir pesadumbre; lo cual,
todo hallaréis, al contrario, si de otra manera pensáis.
Y estad avisada que el paso que en un día pensáredes
no os contentéis con pensarlo aquel solo rato del re-
cogimiento, mas, en abriendo los ojos en la cama,
acordaos de Él y traedlo todo aquel día en vuestro
corazón; y dígolo así, porque algunos piensan el paso
como si tuviesen a nuestro Señor dentro de sí, puestos
los pies dentro de su corazón, y reclinados como otra
Magdalena, y ante ellos hallan reposo. Y otros lo pien-
san fuera de sí, aunque cerca, mirando sus pies, según
hemos dicho. Lo que mejor cuadrare a uno por la ex-
periencia, aquello siga, con condición que el paradero
del pensamiento ([k]) devoto no sea fuera de sí. Mas

k piensamiento

agora sea pensando, agora imaginando, agora mirando o oyendo cualquier cosa de fuera, luego ha de recurrir al corazón, en el cual ha de tener el hombre su aposento y ejercicio, estando recogido dentro de sí, como abeja solícita que dentro de su corcho hace la miel.

[5. *Los que no son para oración mental*]

Cuando este ejercicio de pensamiento es más excelente, tanto es razón que haya más/aviso en él, por- f. 68 r
que no dañe con indiscreción; mas, quitadas las espinas de los errores, se cojan los buenos frutos que suele dar. Y sea el primer aviso, que hay muchas personas las cuales no conviene poner en este ejercicio por muchas causas: una, por enfermedad corporal, especialmente de la cabeza, porque, aunque a los muy ejercitados en tiempo de sanidad no les sea penoso ejercitarlo, aun con indisposición corporal, mas a los principiantes esles dañoso e imposible. Otros hay tan dados a ocupaciones exteriores, que no las pueden dejar sin pecado, ni las vaga ([l]) con ellas darse al recogimiento ni es bien que se den. Otros tienen el ánima tan inquieta, y del todo indevota y seca, que por mucho tiempo y cuidado que en el recogimiento gasten, ninguna cosa aprovechan.

Deben éstos consolarse y saber que el espíritu del orar es dádiva de nuestro Señor liberalmente dada a quien Él es servido, y pues a ellos no se la da, débense contentar con rezar vocalmente algunas devociones o pasos de la pasión. E yendo rezando, piensen, aunque brevemente, en aquel paso de que rezan, y tengan alguna imagen devota a quien miren, y usen mucho el leer libros devotos; porque muchas veces acaece que de estos escalones los suele subir el Señor al ejercicio del pensamiento. Y, si no fuere servido, conténte[n]se con lo que les diere.

l vaga] vega

[6. *Ni sólo pensar pecados ni nunca mirarlos*]

Hay otros que están mucho tiempo de su vida ocupa-
dos en pensar los pecados que han hecho, y nunca osan
v pensar/en la pasión, o en otra cosa que les dé algún con-
suelo. Los cuales no lo aciertan, según San Bernardo
dice; porque, aliende de levantarse tentaciones de andar
mucho pensando los pecados pasados, no se agrada nues-
tro Señor de que anden sus siervos en continua tristeza y
desmayo. El contrario de lo cual hacen otros que, el pri-
mer día que comienzan a servir a Dios, olvidan sus pe-
cados del todo, y con liviandad de corazón se dan a pen-
samientos más altos que provechosos. A los cuales les
está cercana la caída como a casa sin edificio. Y, si des-
pués quieren tornar a pensar cosas humildes, no acier-
tan ni pueden, por estar engolosinados en cosas mayo-
res, y ansí suelen quedar sin saber andar ni hablar.
Por tanto, conviene que a los principios nos ocupemos
más en el pensamiento de nuestros pecados que en
otros por devotos que sean. Y después, poco a poco,
vamos aflojando en aquel pensamiento y creciendo en
el de la pasión, aunque nunca del todo debemos estar
sin el uno o sin el otro. Otros hay que se suelen que-
jar que ninguna puerta hallan para entrar en el pen-
samiento de la pasión, y, si quieren porfiar en ello,
sienten gran dureza en el corazón y gran sequedad.
Débeseles decir a éstos que no se lleguen a este pen-
samiento como por fuerza y angustia de corazón, por-
que muchos con el apretamiento que en sí mismos lle-
van, y afligimiento por sentir y llorar, cierran la puerta
f. 69 r a toda blandura y/suavidad que del pensamiento de la
pasión les puede venir; mas, si llegándose con humil-
dad y sosiego, todavía no fueren recebidos, no se des-
consuelen, mas lean alguna cosa sobre ello. Y si sin-
tieren que en buena gana piensan o hablan en devo-
ción o en otra cosa, agora sea en pensamiento de muer-
te, o de infierno o de cielo, o cualquier cosa, por chica
que sea, no la impidan ni la quiten de allí, mas entren
por la puerta que hallaren abierta, porque aquélla es
por donde Dios le[s] quiere meter.

[7. *No atarse demasiado a reglas y posturas del cuerpo*]

Y no hay cosa que más contraria sea a este ejercicio que, hallando el ánima devoción y provecho en alguna parte, sacarla de allí y forzarla a que se vaya a meter a donde no la convidan. Y por eso es muy loable cosa, poniéndonos en nuestro ejercicio, ir con libertad y no estar atados a nuestras reglas, ni estar congojosos en cómo pensaremos lo que deseamos; mas, con tranquilidad y santo descuido, así pensar el paso que solemos que no impidamos a la mano de Dios, si a otra parte nos quisiere llevar. Y lo mismo se ha de entender de los que así toman a dientes el leer o el pensar cierta cosa, que, aunque sienten mucha devoción en el principio de ella, déjanla y piérdenla por acabar su tarea, sabiendo que el fin del leer o el pensar al Señor, y cuando Él se comunica no hemos de dejar a Él por proseguir nuestra o/bra. Y a este propósito v
hace el rigor que otros tienen en estar hincados de rodillas todo el tiempo de este ejercicio, puesto caso que su flaqueza sea tanta que no puedan tener atención a lo que hacen con el trabajo del cuerpo. Los cuales deben saber que, aunque la oración tenga alguna poca de pena, y se ofrezca en satisfacción de los pecados, no es éste el principal fruto de ella, mas el menor, porque en comparación de la lumbre, y del gusto y de las virtudes que en ella da Dios, muy pequeña es la afición y ejercicio del cuerpo, porque, como dice el Apóstol, *tiene poco provecho.* Por tanto, de tal manera debe estar el cuerpo en tiempo de esta meditación como la salud lo sufre, y como el ánima esté descansada para vacar al Señor, mayormente si este tiempo es largo, de dos o tres horas, como algunos lo usan, de los cuales muy pocos son los que pueden tener el cuerpo penado, sin perder la atención que requiere este ejercicio. Y por esto, por no perder la atención, tengan el cuerpo como más esté descansado. También hay otros que se fatigan tanto en la cabeza que otra cosa no sacan sino daño de ella y ceguedad en el corazón. Y han de saber que este negocio más es dado que tomado, y que no en la cabeza, más en el corazón,

f. 70 r ha de ser el ma/yor ejercicio, haciendo allí centro y el nido de todo lo que hobiéremos de recebir.

[8. *Devoción sensible*]

Y mírese mucho que, si en este corazón se levantaren movimientos hervorosos de devoción sensual, o demasiados sollozos, que no se vaya la persona tras ellos, mas debe disimularlos, y, recogiéndose en su ánima, débelos dejar pasar como si no los tuviese, y guardar dentro de sí aquel pensamiento que se los causó. Quiero decir que, quitando de sí los alborotos que causó la carne, goce con el ánima en sosiego de la lumbre y devoción que Dios le dió. Y de esta manera durarle ha mucho tiempo y será su consolación más de raíz y entrañable ([ll]), y no verná a dar muestras de si con gemidos, y otras veces con gritos y con otras exteriores señales. Lo cual no se podrá evitar sin muy gran trabajo, si una vez la persona se acostumbra a darse mucho a los dichos movimientos y hervores sensuales; los cuales, cuanto más recios parecen de fuera, tanto más suelen apagar la lumbre de dentro y ponerle impedimento que no pase adelante. Heos querido dar estos avisos cerca de la oración, porque, huyendo de los inconvenientes que os pueden acaecer, gocéis a vuestro salvo de las muy grandes misericordias que Dios en ella suele hacer.

[9. *No dejar la oración por temor de los peligros*]

No seáis vos como algunos ignorantes que, por
v temor de los peli/gros que han acaecido a los que por su soberbia, o grande ignorancia, han errado en el camino del bien, no quieren servir a Dios ni tener oración, porque no les acaezca lo que a los otros. No debe el hombre dejar de ([m]) entender en otro negocio, en que muchos han salido con ganancia, porque al-

ll entrañables
m de] o

guno, por su propria culpa, salió de él con pérdida; mas la caída ([n]) ajena le debe a él hacer ser avisado, no para dejar el negocio, mas para entender en él con mayor cautela. La Escritura dice: *Quita el orín de la plata y saldrá vaso purísimo;*[158] y así debemos, con humildad y cautela, seguir el ejercicio de la santa oración, por lo cual tantos santos y amigos de Dios han sido enriquecidos. Y no por el orín que algunos pocos indiscretos le pegaron, arrojar de nos a él, y a ella. Que, si a eso mirásemos, en ninguna cosa osaríamos entender corporal ni espiritual, pues en todas ha habido quien yerre. Y por eso, no débense con vanos temores espantar los que quieren seguir el camino de la oración, mas con caridad amonestados y con prudencia avisados. Y más nos deben convidar a la seguir los muchos que en ella aprovecharon que espantarnos los pocos que erraron.

[10. *Ejemplo de Cristo y de los santos*]

Notorio está cuán contino fué en Cristo el orar, y que se escribe en Él que se le pasaba la noche en oración.[159] Y como quien sabe el bien que en ella va, nos amo/nesta muchas veces que oremos, y que siempre f. 71 r
oremos.[160] Y sus santos apóstoles, especialmente San Pablo, nos amonesta orar en todo lugar,[161] y su discípulo San Dionisio. Y después todos los santos a una boca nos enseñan esto mismo, y nos dan reglas y avisos de cómo hemos de entender en este santo ejercicio. Y muchos de ellos cuentan, para nuestro ejemplo, las grandes mercedes que Dios por este santo ejercicio les hizo. Entre los cuales oí lo que el devoto San Buenaventura dice de la virtud de la oración, que es inestimable y poderosa para alcanzar todas las cosas provechosas y alanzar todas las dañosas: "Por tanto, si queréis sufrir con paciencia las adversidades, sed hom-

158 Prov. 25, 4.
159 Lc. 6, 12.
160 Cf. Lc. 18, 1.
161 Cf. 1 Thess. 5, 17.
n caída] caridad

bre de oración; si queréis sobrepujar las tentaciones y tribulaciones, sed hombre de oración; si queréis conocer las astucias de Satanás y huir sus engaños, sed hombre de oración; si queréis vivir alegremente en la obra de Dios y andar con fuerza el camino del trabajo y aflición, sed hombre de oración; si queréis ejercitaros en la vida espiritual, y no hacer caso de la carne en sus deseos, sed hombre de oración; si queréis ahuyentar las moscas vanas de los pensamientos, sed hombre de oración; si queréis engrosar vuestra ánima con santos pensamientos y deseos, y hervores y devociones, sed
v hombre de oración; si/queréis establecer vuestro corazón en la voluntad de Dios en espíritu varonil y propósito constante, sed hombre de oración. En conclusión, si queréis extirpar los vicios, y ser lleno de virtudes, sed lleno de oración, porque en ella se recibe la unción del Espíritu Santo, que enseña al ánima de todas las cosas. Y si queréis huir a la contemplación, y gozar de las cosas del esposo, sed hombre de oración, porque por el ejercicio de la oración van a la contemplación y gusto de las cosas celestiales. ¿Veis de cuánto poder y virtud sea la oración? Para confirmación de todo lo cual, dejadas las probanzas de las escripturas, esto os sea suficiente prueba, que hemos oído y vemos cada día por experiencia personas sin letras y simples haber alcanzado estas cosas ya dichas, y otras mayores, por virtud de la oración. Por tanto, mucho deben dar su ánima a la oración todos los que desean imitar a Cristo, y mayormente los religiosos, los cuales han de tener mayor aparejo para vacar a Dios. Por lo cual te amonesto y encomiendo estrechamente, cuanto puedo, que tomes la oración por principal ejercicio tuyo. Y ninguna otra cosa, sacados los cuidados necesarios, te deleite sino la oración; porque ninguna cosa te debe tanto deleitarte (o) como estar con el Señor, lo cual se hace por la oración." Todo esto dice San Buenaventura, con el cual concueran otros muchos en
f. 72 r la alabanza de la oración, los cuales no/relato por ser cosa tan manifiesta, y porque para vos es demasiada, pues Dios os ha hecho misericordia de enseñaros por

o deleitarse

experiencia cuánta sea la ganacia de este santo ejercicio. Y pues San Hierónimo cuenta y alaba de Santa Paula, viuda honesta, que estaba en oración desde que anochecía hasta que salía el sol, muy más lo alabará en la doncella dedicada a Cristo, que tiene particular obligación a más se comunicar con él, mediante la oración, pues tiene entereza de cuerpo, y nombre de esposa.

[11. *No meterse en consideraciones altas*]

Estas consideraciones que habéis oído así del proprio conocimiento como del conocimiento de Cristo deben ser de vos usadas más que ningunas, porque, aunque haya otras más altas, son éstas más provechosas y más seguras y manuales. Y es cosa delante de Dios agradable que, orando, nos pongamos en el postrer lugar que es el conocimiento de nuestras llagas, o en el lugar de nuestra medicina, que son las llagas de Cristo. Y no debemos temer de ser bajos por ponernos en esta bajeza, porque cuando Dios es servido bien sabe levantar de estos lugares al pobre a la alteza de los gozos de su divinidad. Mas, así como se huelga de levantar al que está humillado a sus pies, así le suele desagradar el desmesurado atrevimiento de los que se quieren meter en consideraciones muy altas. A los cuales o se las concede para su mal, siéndoles ocasión de soberbia o de error, en/pena de su atrevi- v
miento, o usando con ellos de misericordia les reprehende blandamente, para que, abajando sus alas, estén más seguros y dispuestos para volar cuando Dios los llamare, y no por su propria presunción. De esta manera acaeció a la esposa que con atrevido amor dice en los Cantares: *Enséñame tú al que ama mi ánima, adónde apacientas, y adónde te acuestas al mediodía.*[162] Quiere decir y pedir que le sean demostrados los eternos y sobrelucientes pastos del cielo, en los cuales el eterno Pastor Jesucristo, claro como el sol de mediodía, apacienta sus bienaventuradas ovejas, demostrán-

162 Cant. 1, 6.

doles claramente su ([p]) haz así como Él es. Mas esta petición no le es concedida por Dios, antes es reprendida por él, dándole a entender que más razón es que le pida ser enseñada adonde Cristo apacienta y acuesta, no al mediodía, sino a la tarde, cuando haciéndose tinieblas en la universa tierra, porque se ponía el verdadero sol, Cristo, enclavado en su cruz, como rey echado en su real cama. En la cruz apacienta Cristo sus ovejas, y en la cruz veréis su cara no resplandeciente, como el sol de mediodía, mas tan desfigurada que aún sus conocientes tengan que hacer en conocerlo. Esta cama y pasto pedid que os sea enseñada, que la otra su tiempo se tiene. Agora tiempo es de cruz y
f. 73 r de gustar el cáliz que/el Señor bebió la noche de la pasión.[163] Después será tiempo de gozo, y de beber del cáliz de los celestiales deleites que embriagan en el reino de Dios. Y no debemos de celebrar primero la fiesta que la vigilia, ni el domingo que el viernes; mas, por el trabajo de nuestro conocimiento y de la imitación de Jesucristo crucificado, hemos de pasar y esperar la gloria eterna de su resurrección.

[c) Exposición de un lugar de los Cantares]

Y esto mismo nos es amonestado en los Cantares, que dicen así: *Salid y mirad hijas de Sión al rey Salomón con la guirnalda con que le coronó su madre en el día del desposorio de él, y en el día de la alegría del corazón de él.*[164] En ninguna parte de la Escritura santa se lee que el rey Salomón fuese coronado con guirnalda o corona de mano de su madre Bersabé en el día del desposorio de él; y por eso según la historia no conviene al Salomón pecador. Por fuerza, pues la Escritura no puede faltar, lo hemos de entender de otro Salomón verdadero, el cual es Cristo, y con mucha razón, porque Salomón quiere decir *pacífico;* el cual nombre le fué puesto porque no trajo guerras en su tiempo, como las trajo su padre David. Por lo cual

163 Cf. Mt. 26, 42.
164 Cant. 3, 11.
p sus

quiso Dios, que no David, *varón de sangres,* mas su pacífico hijo le edificase aquel tan solmne templo en Hierusalem[165] en que fuese Dios adorado. Pues, si por ser pacífico Salomón en la/paz mundana, que algu- v nas veces los reyes, aunque malos, la suelen en sus reinos tener, le fué puesto nombre de pacífico, ¿con cuánta más razón le conviene a Cristo?, el cual hizo paz entre Dios y los hombres, no sin su costa, mas cayendo sobre él la pena de nuestros pecados que causaban la enemistad, e hizo paz entre los dos contrarios pueblos, judíos y gentiles, *quitando la pared de la enemistad que estaba en medio,*[166] como dice San Pablo; conviene a saber, las cerimonias de la vieja ley, y la idolatría de la gentilidad, para que unos y otros, dejadas sus particularidades y ritos que de sus pasados traían, viniesen a una nueva ley de debajo de *una fe,* y de *un baptismo* y de *un Señor,*[167] esperando partir una misma herencia, por ser todos hijos de *un padre* del cielo que los tornó a engendrar otra vez por agua y Espíritu santo, con mayor ganancia y honra que la primera vez fueron engendrados de sus padres de carne para miseria y deshonra. Y estos bienes todos son por Jesucristo, pacificador de cielos y tierra, y de los de lejos y cerca, y de un hombre dentro de sí mismo, do la guerra es más trabajosa y la paz más deseada. Estas paces no las pudo hacer Salomón, mas tuvo el nombre, en figura del verdadero pacificador. Así como la paz de Salomón, que es temporal, tiene figura y es sombra de la/espiritual y que no tiene fin. f. 74 r

Pues, si bien os acordáis, esposa de Cristo, de lo que es razón que nunca os olvidéis, *la madre de este Salomón verdadero,* que fué y es la bendita virgen María, hallaréis *haberlo coronado con guirnalda hermosa,* dándole carne sin ningún pecado en el día de la encarnación, que fué *día* de ayuntamiento y *desposorio* del Verbo divino con aquella santa humanidad, y del Verbo hecho hombre con su Iglesia, que somos nosotros, y de aquel sagrado vientre salió Cristo *como esposo que sale del tálamo. Y comenzó a correr su carrera como fuerte*

165 Cf. 2 Reg. 7, 13.
166 Eph. 2, 14.
167 Eph. 4, 5.

gigante,[168] tomando a pecho la obra de nuestra redempción, que fué la más dificultosa que ha habido. Y, al fin de la carrera, en el día del viernes santo, casóse con palabras de presente con esta su Iglesia, por quien tanto había trabajado como otro Jacob por Raquel,[169] porque entonces le fué sacada de su costado, estando él durmiendo el sueño de muerte, a semejanza de Eva sacada de Adán, que dormía.[170] Y por esta obra tan excelente y de tanto amor en aquel día obrada llama Cristo a este día *mi día,* cuando dice en el Evangelio: *Abraham, vuestro padre, se gozó para ver mi día; viólo y gozóse.*[171] Lo cual fué, como dice Crisóstomo, cuando a Abraham fué revelada la muerte de Cristo en semejanza de su hijo Isaac, que Dios le
v mandó sa/crificar en el monte de Sión.[172] Y entonces *vió este* penoso *día* y *gozóse.* Mas, ¿por qué se gozó? ¿Por ventura de los azotes, o tristezas o tormentos de Cristo? Cierto es haber sido la tristeza de Cristo tanta que bastaba a hacer entristecer de compasión a cualquiera por mucha alegría que tuviese. Si no, díganlo sus tres amados apóstoles, a los cuales dijo: *Triste es mi ánima hasta la muerte.*[173] ¿Qué sintieron sus corazones al sonido de esta palabra, la cual suele aún a los que de lejos la oyen lastimar su corazón con agudo cuchillo de compasión? Pues sus azotes y tormentos y clavos y cruz, fueron tan lastimeros, que, por duro que uno fuera, y los viera, se moviera a compasión. Y aún no sé si los mismos que le atormentaban, viendo su mansedumbre en el sufrir, y la crueldad de ellos en el herir, algún rato se compadecían de quien tanto padecía por ellos, aunque ellos no lo sabían. Pues, si los que a Cristo aborrecían pudieran ser entristecidos por ver sus tormentos, si del todo piedras no fueran, ¿qué diremos de un hombre tan amigo de Dios como era Abraham que *se gozase de ver el día* en que tanto pasó Cristo?

Mas, porque de esto no nos maravillemos, oíd otra

168 Cf. Ps. 18, 6.
169 Cf. Gen. 29, 20.
170 Cf. Gen. 2, 21.
171 Io. 8, 56.
172 Cf. Gen. 22, 2.
173 Mt. 26, 38.

cosa más maravillosa, la cual dicen las ya dichas palabras de los Cantares: que esta guirnalda le fué puesta *en el día de la alegría del corazón de él.* ¿Cómo es aquesto? ¿Al día de sus excesivos dolores, que lengua no/hay que f. 75 r
los pueda explicar, llama día de alegría de él? Y no alegría fingida o de fuerza, mas dice: *en el de la alegría del corazón de él.* ¡Oh alegría de los ángeles, y río del deleite de ellos, en cuya cara ellos se desean mirar, y de cuyas sobrepujantes ondas ellos son envestidos viéndose dentro de ti, nadando en tu dulcedumbre tan sobrada! ¿Y que se alegre tu corazón en el día de tus trabajos? ¿De qué te alegras entre los azotes y clavos, y deshonras y muerte? ¿Por ventura no te lastima? Lastímate, cierto, y más a ti que a otro ninguno, pues tu complexión era más delicada que todas. Mas, porque lastiman más nuestras lástimas, quieres sufrir de muy buena gana las tuyas por con aquellos dolores quitar los nuestros. Tú eres el que dijiste a tus amados apóstoles poco antes de la pasión: *Con deseo deseado comeré esta pascua con vosotros antes que padezca.*[174] Tú eres el que antes dijiste: *Fuego viene a traer a la tierra, ¿qué quiero sino que se encienda? Con baptismo tengo de ser baptizado, ¡cómo vivo en estrechura hasta que se ponga en efeto!*[175] El fuego de amor de ti, que en nosotros quieres que arda, hasta encendernos, abrasarnos y quemarnos lo que somos, y transformarnos en ti, tú lo soplas con las mercedes que en tu vida nos heciste. Y lo haces arder con la muerte/que por nosotros pasaste. ¿Y quién hobiera que v
te amara, si tú no murieras de amor por dar vida a los que por no amarte están muertos? ¿Y quién será leño tan húmedo y frío, que, viéndote a ti, árbol verde, del cual quien come vive, ser encendido en la cruz y abrasado con fuego de tormentos que te daban, y del amor con que tú padecías, no se encienda en amarte aún hasta la muerte? ¿Quién será tan porfiado, que se defienda de tu porfiada requesta, en que tras nos anduviste desde que naciste del vientre de la Virgen y te tomó en sus brazos y te reclinó en el pese-

174 Lc. 22, 15.
175 Lc. 12, 49-50.

bre,[176] hasta que de las mismas manos y brazos de ella te tomaron y fuiste encerrado en el santo sepulcro[177] como en otro vientre? Quemástete, porque no quedásemos fríos; lloraste, porque riésemos; padeciste, porque descansemos, y *fuiste baptizado* en el derramiento de tu sangre, porque nosotros fuésemos lavados de nuestras maldades. Y dices Señor: *¡Cómo vivo en estrechura, hasta que esto baptismo se acabe!,* dando a entender cuán encendido deseo tenías de nuestro remedio, aunque sabías que te había de costar la vida. Y como el esposo desea el día de su desposorio, para gozarse, tú deseas el de tu pasión, para sacarnos con tus penas de nuestros trabajos. Una hora, Señor, se
f. 76 r te hacía mil años/para haber de morir por nosotros, teniendo tu vida por bien empleada en ponerla por tus criados. Y pues lo que se desea atrae gozo, cuando es cumplido, no es maravilla que se llame *día de tu alegría* el día de tu pasión, pues era deseado por ti. Y aunque el dolor de aquel día fuese muy expresivo, de manera que en tu persona se diga: *¡Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino, atended, y ved si hay dolor que se iguale con el mío,*[178] mas el amor que en tu corazón ardía sin comparación era mayor, porque, si menester fuera a nuestro provecho que tú pasaras mil tanto de lo que pasaste, y que estuvieras enclavado en la cruz hasta que el mundo se acabara, con determinación firme subiste en ella, para hacer y sufrir todo lo que para nuestro remedio fuese necesario. De manera que más amaste que sufriste, y más pudo tu amor que el desamor de los sayones que te atormentaban, y por eso quedó vencedor tu amor, y, como *llama viva, no se pudieron apagar los ríos grandes*[179] y muchas pasiones que contra ti vinieron. Por lo cual, aunque los tormentos te daban tristeza y dolor muy de verdad, tu amor se holgaba del bien que de allí nos venía. Y por eso se llama *día de alegría de tu corazón.*

Y este día vió Abraham, y se gozó, no porque le

176 Cf. Lc. 1, 7.
177 Cf. Lc. 23, 53.
178 Thren. 1, 12.
179 Cf. Cant. 8, 7.

faltase compasión de tantos dolores, mas/porque veía v
que el mundo y él habían de ser redimidos por ello. Pues en este día, *salid, hijas de Sión* — que son las ánimas que atalayan a Dios por la fe —, *a ver el pacífico rey,* que són sus dolores, que va a hacer la paz deseada; y miralde, pues, para mirar a Él os son dados los ojos. Y entre todos sus atavíos de desposorio, que lleva, mirad a *la guirnalda* de espinas que en su divina cabeza lleva, la cual, aunque la trajeron y se la pusieron los caballeros de Pilato,[180] que eran gentiles, dícese habérsela puesto *su madre,* que es la sinagoga, de cuyo linaje Cristo descendió según carne; porque por la acusación de la sinagoga, y por complacer a ella, fué Cristo así atormentado. Y si alguno os dijere: "Nuevos atavíos de desposado son éstos: por guirnalda, lastimera corona; por atavíos de pies y manos, clavos agudos que se los traspasan y rompen; azotes por cinta; los cabellos pegados y enrubiados con su propria sangre; la sagrada barba arrancada; las mejillas bermejas con bofetadas; y la cama blanda, que a los desposados suelen dar con muchos olores, tórnese en áspera cruz donde justiciaban los malhechores. ¿Qué tiene que ver este abatimiento extremo con atavíos de desposorio? ¿Qué tiene que ver acompañado de ladrones,[181] con ser acompañado de amigos, que se
huelgan de honrar al/nuevo desposado? ¿Qué fruto, qué f. 77 r
música, qué placeres vemos aquí, pues la madre y amigos del desposado comen dolores y beben lágrimas, y *los ángeles de la paz lloran amargamente,*[182] y no hay cosa más lejos de desposorio, que todo lo que aquí parece?

Mas no es de maravillar tanta novedad, pues el desposado y el modo de desposar todo es nuevo. Cristo es hombre nuevo, porque es sin pecado, y porque es Dios y hombre, y despósase con nosotros, feos, pobres y llenos de males, no para dejarnos en ellos, mas para matar nuestros males y darnos sus bienes. Para lo cual convenía, según la ordenanza divina, que pagase Él por nosotros, tomando nuestro lugar y semejanza, para, con aquella semejanza de deudor, sin serlo, y con aquel duro

180 Cf. Io. 19, 2.
181 Cf. Mt. 27, 38.
182 Is. 33, 7.

castigo, sin haber hecho por qué, matase nuestra fealdad y nos diese su hermosura y riquezas. Y porque ningún desposado puede hacer a su esposa de mala, buena; ni de infernal, celestial; ni de fea en el ánima, hermosa; por eso busca las esposas que sean buenas, hermosas y ricas, y van, el día del desposorio, ataviados a gozar de los bienes que ellas tienen, y que ellos no les dieron. Mas nuestro nuevo esposo a ninguna ánima halla hermosa ni buena, si Él no la hace. Y lo que nosotros le podemos dar, que es nuestro dote, es la deuda que
v debemos de nuestros pecados. Y porque Él qui/so abajarse a nosotros, tal le paramos, cuales nosotros estábamos. Y tal nos paró cual Él es. Porque, destruyendo con nuestra semejanza nuestro hombre viejo,[183] nos puso su imagen de hombre nuevo y celestial. Y esto obró Él con aquellos atavíos que parecen fealdad y flaqueza y son altísima honra y grandeza, pues pudieron deshacer nuestros muy antiguos y endurecidos pecados, y traernos la gracia y amistad del Señor, que es lo más alto que se puede ganar. Este es el esposo, en que os habéis de mirar, y muchas veces al día para hermosear lo que viéredes feo en vuestra ánima. Y ésta es *la señal puesta en alto,* para que, de *cualquier víbora que seáis mordida, miréis aquí*[184] y recibáis la salud en sus llagas. Y en cualquier bien que os viniere, miréis aquí, y os sea conservado, dando gracias a este Señor, por cuyos trabajos nos vienen todos los bienes.

[3.] CON QUE OJOS HEMOS DE MIRAR LOS PROJIMOS

[a) CON OJOS QUE PASEN POR NOSOTROS]

PUES ya habéis oído con qué ojos habéis de mirar a vos misma y a Cristo, resta, para cumplimiento de la palabra del profeta que os dice: *Ve,* que oyáis con qué ojos habéis de mirar a los prójimos, para que

183 Cf. Rom. 6, 6.
184 Cf. Num. 21, 8.

así de todas partes tengáis luz y ningunas *tinieblas os hallen.*[185] Y para esto habéis de notar que aquél mira bien/a sus prójimos, que los mira con ojos que pasen f. 78 r
por sí mismo y pasen por Cristo. Quiero decir: tiene un hombre trabajos, cuanto a su cuerpo, o tristezas o ignorancias y flaquezas, cuanto a su ánimo. Claro es que siente pena con el calor y frío, y le duele la enfermedad y desea ser no despreciado ni desechado por sus flaquezas, mas sufrido y remediado y aplacado. Pues de esto que pasa en él, así en sentir los trabajos, como en desear remedio en ellos, aprenda y conozca lo que el prójimo siente, pues es de la misma flaca naturaleza de Él. Y con aquella compasión le mire y remedie y sufra, con que se mira a sí mismo y desea ser de los otros mirado y remediado. Y así cumplirá lo que la Escriptura dice: *De ti mismo entiende las cosas que son de tu prójimo.*[186] Y haga con su prójimo lo que quiere que se haga con Él; porque de otra manera, ¿qué cosa puede ser más abominable que querer misericordia en sus yerros y venganza en los ajenos? Querer que todos le sufran con mucha paciencia, pareciéndole sus yerros pequeños, y no querer él sufrir a nadie, haciendo él de la pequeña *mota* del ajeno defecto una gran *viga?*[187] Hombre que todos quiere que miren por él, y le consuelen, y él ser desabrido y descuidado para con los otros, no merece llamarse hombre, pues no mira a los hombres con ojos humanos, que deben de ser piadosos. La Escriptura dice: *Tener peso y peso, medida/y medida, abominable es delante* v
de Dios,[188] a dar a entender que quien tiene una medida grande para recebir, y otra pequeña para dar, que es desagradable delante los ojos de Dios. Y su pena será que, pues él no mide a su prójimo con la misericordia que quiere que midan a él, que le mida Dios a él con la crueldad y estrecha medida con que él mide a su prójimo. Porque escripto está: *con la medida que midiéredes, seréis medidos.*[189] Y *juicio sin misericordia será hecho a quien no hiciere misericor-*

185 Cf. Io. 12, 35.
186 Eccli. 31, 18.
187 Cf. Lc. 6, 41.
188 Prov. 20, 10.
189 Mt. 7, 2.

dia.[190] Pues, doncella, en cualquier cosa que en vuestro prójimo vierdes, ¿qué es lo ([q]) que vos sentís, o querríades que otros sintiesen de vos, acaeciendos a vos?, y con aquellos ojos que *pasan por vos* compadeceos de él, y remedialdo en cuanto pudiéredes y seréis medida de Dios con esta piadosa medida que vos midiéredes, y así habréis sacado conocimiento del prójimo de vuestro proprio conocimiento, y seréis piadosa con todos.

[b) Con ojos que pasen por Cristo

1. *Los prójimos son pedazos del Cuerpo de Cristo*]

Agora mirad cómo lo habéis de sacar del conocimiento de Cristo. Pensad con cuánta misericordia se hizo hombre por amor de los hombres, con cuánto cuidado procuró en toda su vida el bien de ellos; y con cuán excesivo amor y dolor ofreció en la cruz su vida por la vida de ellos, y así como, mirándoos a vos, mirastes a los prójimos con ojos humanos, así,
f. 79 r mirando a Cristo,/los miraréis con ojos cristianos, quiero decir, con los ojos que Él los miró. Porque, si Cristo en vos mora, *sentiréis* de ellos *como Él sintió,* y veréis con cuánta razón sois vos obligada a sufrir y amar a los prójimos, a los cuales Él amó y estimó como la cabeza ama su cuerpo, y el esposo ama a su esposa, y como hermano a hermanos, y como amoroso padre a sus hijos. Suplicad al Señor que os abra los ojos, para que veáis el encendido fuego de amor que en su corazón ardía cuando subió en la cruz por el bien de todos, chicos y grandes, buenos y malos, pasados y presentes y por venir. Y por los mismos que le estaban crucificando. Y pensad que este amor no se le ha resfriado, mas, si la primera muerte no bastara para nuestro remedio, con aquel amor muriera ahora que entonces murió. Y como una sola vez se ofreció al Padre en la cruz corporalmente por nuestro remedio, así mu-

190 Iac. 2, 13.
q lo] que es lo *add.*

chas veces se ofrece en la voluntad con el mismo amor. Decidme, ¿quién será aquel que pueda ser cruel a los que Cristo es tan piadoso? ¿Cómo hallará puerta para codiciar mal ni destruición al que ve que Dios le desea todo bien y salvación? No se puede escribir ni decir el amor que se engendra en el corazón del cristiano que mira a sus prójimos, no según lo de fuera ([r]) así como según riquezas, linaje o parentesco, o/otras condiciones semejables, más como unos entra- v
ñables pedazos del Cuerpo de Jesucristo, y como cosa conjuntísima a Cristo, con todo linaje de parentesco y amistad. Porque, si según dice el refrán: "Quien bien quiere a Beltrán, bien quiere a su can", ¿cuánto os parece que querrá un amador de Cristo a su prójimo, viéndole hecho cuerpo de Él, y que ha dicho el mesmo Señor, por su boca, *que el bien o el mal que al prójimo se hiciere, el mismo Señor lo recibe hecho a sí?*[191] Y de aquí viene que conversa el cristiano con sus prójimos con tanto cuidado de no los enojar, y tanta mansedumbre para los sufrir, que le parece que con el mismo Cristo conversa. Y tiénese en su corazón por más esclavo de ellos y más obligado al provecho de ellos, que si por gran suma de dineros fuera de ellos comprado. Porque, mirando el precioso precio que Jesucristo dió por él, derramando su bendita sangre, ofrécese ([s]) todo en servicio de Cristo, sin querer ser suyo en poco ni en mucho. Y tiene por muy gran merced poder en algo emplearse en servicio de aqueste Señor. Y como oye de la boca de él que los prójimos son su esposa y hermanos,[192] y entrañablemente amados de él, ocúpase con grande alegría en provecho de ellos por él, pareciéndole el trabajo pequeño y los años breves por la grandeza/del amor, y trayendo a la f. 80 r
contina en su corazón lo que el Señor amoroso tan estrechamente mandó, cuando dijo: *Mi mandamiento es aqueste, que os améis unos a otros como yo os amé.*[193]

191 Cf. Mt. 25, 40, 45.
192 Cf. Mt. 12, 50.
193 Io. 15, 12.
r fuera] fuerza
s ofreciéndose

[2. *El amor del Señor en los prójimos se paga*]

Y añadid a esto otros ojos con que habéis de mirar a los prójimos. Y sabed, que aunque por una parte sea gran verdad que de los bienes que el Señor hace a uno no quiera ni espere el Señor interese proprio, mas todo lo que da es para gracia y merced; mas, mirando por otra parte, ninguna cosa da de la cual no quiera retorno, no para sí, mas para los prójimos. Así, como, si un hombre hobiese prestado a otro muchos dineros, y héchole otras muchas buenas obras, y le dijese: "De todo esto que por vos he hecho, yo no tengo necesidad de vuestra paga; mas todo el derecho que contra vos tenía, lo cedo y traspaso en la persona de hulano que es necesitada; pagalde a él el agradecimiento y amor y deudas que a mí me debéis, y con ello me doy yo por pagado, porque con esa intención hice con vos lo que hice." De esta arte entre el cristiano en cuenta con Dios, y mire lo que de él ha recebido, así en los trabajos y muerte que el Hijo de Dios pasó por él, como en las misericordias que después de criado le ha hecho, no castigándole por sus pecados, no
v desechándole por sus enfermedades, esperán/dole a penitencia, y perdoná[n]dole cuantas veces ha pedido perdón, dándole bienes en lugar de males, con otras innumerables mercedes, que no se pueden contar. Y piense que esta amorosa contratación de Dios con él, le ha de ser un dechado y regla para la conversación que él ha de tener con su prójimo. Y que el intento con que Dios ha obrado con él tantas mercedes es para darle a entender que, aunque el prójimo no merezca por sí ser sufrido, ni amado, ni remediado, quiere Dios hacelle gracia de todas estas obligaciones que tiene contra el que recibió las mercedes, para que el bien que el prójimo por sí no merece, le sea concedido por lo que se debía a Dios. Y se conozca por obligado y esclavo de los otros, mirando a Dios, el que, mirando a ellos, se hallaba no deber nada; y tema mucho no sea en algo cruel o desamorado con los prójimos porque Dios no lo sea para con él, quitándole los bienes recebidos y castigándole como a desagradecido del

perdón de los males pasados, así como lo hizo con aquel mal siervo que, habiendo recibido de su Señor perdón de diez mil talentos, fué cruel para con su prójimo, encarcelándole porque le debía cien maravedís. Y oyó de la boca de su Señor palabras de grandísima ira con que le dijo: *Siervo malo, perdonéte toda la deuda que me debías, porque/rogaste, ¿pues no fuera* f. 81 r
razón que hobieras tú misericordia de tu prójimo, como yo la hube de ti?[194] Y airado el Señor entrególe a los atormentadores, hasta que le pagase toda la deuda que le había perdonado. Considerad, pues, a vos, y considerad a Cristo y los bienes de él recebidos, y engendrarse ha en vuestro corazón un limpio y fortísimo amor con todos los prójimos, que ningún trabajo que por ellos pasáredes, y ningunos males que ellos os hagan, os lo puedan quitar; mas, ardiendo este amor como viva llama, vencerá siempre los males que hicieren con bienes que él haga. Y mirando que no los amáis por ellos, no los dejaréis de amar por las malas obras de ellos; mas considerando a Cristo en ellos, aunque os veáis desechada, no os airaréis; aunque recibáis mal por bien, no os enojaréis, porque los ojos que ternéis puestos en Cristo, por cuyo amor los amáis, os darán tanta luz que en ninguna cosa que los prójimos hagan sentiréis tropiezo.

Y éste es el amor y el respeto que a los prójimos habéis de tener, fundado en vos y fundado en Cristo. Y el que de estas fuentes no nace es muy flaco y luego se causa. Y como casa edificada sobre movediza arena[195] a cualquier combate y ocasión da consigo en el suelo.

194 Mt. 18, 23 ss.
195 Cf. Mt. 7, 26-27.

[III. ET INCLINA AUREM TUAM]

TERCERA PALABRA. COMO HEMOS DE *INCLINAR NUESTRAS OREJAS* Y DE LAS MALAS REVELACIONES DEL DEMONIO *

Es tanta la alteza de las cosas de Dios y tan baja nues-
v tra razón, y fácil de ser engañada,/que para seguridad y salvación nuestra, ordenó Dios salvarnos por fe, y no por nuestro saber. Lo cual no hizo sin muy justa causa, porque, pues el *mundo,* como dice San Pablo, *no conoció a Dios en sabiduría,*[196] antes desatinaron los hombres en diversos errores, atribuyendo la gloria de Dios al sol y luna y otras criaturas. Y otros ya que conocieron a Dios por rastro de las criaturas, *tomaron* tanta *soberbia* de su rastrear y conocer cosa tan alta, que les fué quitada esta luz por su soberbia, que el Señor por su bondad les había dado; y así cayeron en tinieblas de idolatría y de muchedumbre de otros pecados,[197] como habían caído los que no conocieron a Dios, por lo cual así como los ángeles malos, después que pecaron,[198] no consitió Dios, como quien queda escarmentado, que hobiese en el cielo criatura que pudiese pecar, así viendo cuán mal las se aprovecharon los hombres de su razón, no quiso dejar en manos de ella el conocimiento de él y salvación de ellos, mas antes, como dice San Pablo, quiso que por la predicación de lo que la razón no alcanza, hacer salvos no a los escudriñadores, mas a los sencillos creyentes, por lo cual después de habernos el Espíritu Santo amonestado las dos ya dichas palabras, *oye* y *ve,* luego nos amonesta la tercera que dice: *Inclina tu oreja.*

196 1 Cor. 1, 21.
197 Cf. Rom. 1, 21-32.
198 Cf. Apoc. 12, 9.
* Este título figuraba en el f. 85 v., antes del párrafo: "No es razón...".

[A) Positivamente

1. *A la palabra de Dios: "toda la Sagrada Escritura*"]

En la cual nos da a entender que de/bemos profundamente sujetar nuestra razón, y no estar yertos en ella, si queremos que el *oír* y *ver* no nos sea ocasión de perdición. Porque es cierto que muchos han oído palabras de Dios, y han tenido claros entendimientos de cosas sutiles y altas, y porque se arrimaron más a la vista que *a inclinar* la oreja, tornóseles la luz en ceguedad y tropeza[ron] en luz de mediodía como si fuera tinieblas. Por eso, ánima, que no queréis errar en el camino del cielo, *inclinad vuestra oreja,* quiero decir, vuestra razón, y no tengáis temor de ser engañada. Inclinada a la palabra de Dios, que está dicha en toda la sagrada Escriptura, y, si no la entendiérdes, y os pareciere que va contra vuestra razón, no penséis que erró el Espíritu Santo que la dijo; mas sujetadle vuestro entendimiento, y creed que por la grandeza de ella vos no la podéis alcanzar. Y mirad que manda Dios por el profeta Esaías que nuestro recurso sea a su santa Escriptura; y que a los que no hallaren según ella, no les nacerá la luz de la mañana.[199] Porque aunque en otras cosas puedan ser sabios sin tener ciencia de ella, mas tener conocimiento de Dios y de lo que cumple a nuestra salud, no se alcanza sino por sabiduría de la palabra de Dios. f. 82 r

Y habéis de mirar que la exposición de esta Escriptura no ha de ser por seso o ingenio de cada cual, que de esta manera qué cosa habría más incierta que ella, pues comúnmente suele haber tantos sentidos cuantas cabezas, mas ha de ser por la deter/minación de la Iglesia católica, a interpretación de los santos de ella, en los cuales habló el mismo Espíritu Santo, declarando la Escriptura que habló en los mismos que la escribieron. Porque de otra manera, ¿cómo se puede bien declarar con espíritu humano lo que habló el Espíritu divino? Pues que cada Escriptura se ha de leer y declarar con el mismo espíritu con que fué hecha. v

Y aunque a toda la Escritura de Dios hayáis de inclinar vuestra oreja con muy gran reverencia, mas inclinalda con muy mayor y particular devoción y humildad a las benditas palabras del Verbo de Dios hecho carne, abriendo vuestras orejas del cuerpo y del ánima a cualquier palabra de este Señor, particularmente dado a nosotros por maestro, por voz del eterno Padre que dijo: *Este es mi amado Hijo en el cual me he aplacido, a él oíd.*[200] Sed estudiosa de leer y oír con atención y deseo de aprovechar estas palabras de Jesucristo. E sin duda hallaréis en ellas una excelente eficacia que obre en vuestra ánima, la cual no la hallaréis en todas, las otras que desde el principio del mundo Dios ha hablado ni ha de hablar hasta el fin de él.

[2. *A la enseñanza de la Iglesia católica, cuya cabeza es el Papa*]

Item, inclinad vuestra oreja a la determinación y enseñanza de la Iglesia católica, cuya cabeza en la tierra es el Pontífice romano. Y tened por cierto, como
f. 83 r San Hierónimo dice, que cualquie/ra persona que fuera de esta obediencia y creencia comiere el cordero de Dios, profano es. Y quienquiera que fuere hallado fuera de esta Iglesia, necesariamente ha de perecer, como los que no entraron en el arca de Noé fueron ahogados en el diluvio.[201] Y contra esta Iglesia no os mueva revelación ni sentimiento de espíritu, ni otra cosa mayor o menor, aunque viniese *ángel del cielo* a lo decir, porque como dice San Pablo, esta Iglesia *es columna y firmamento de la verdad,*[202] y mora en ella el Espíritu Santo, que ni engaña ni puede ser engañado.

Por tanto nos os muevan doctrinas de herejes pasados, o presentes, o por venir, los cuales desamparados de las manos de Dios, en pena de su soberbia, siguen luz falsa, creyendo que es verdadera, y, perdiéndose ellos, son causa de perdición de cuantos los

200 Mt. 17, 5.
201 Cf. Gen. 7, 21.
202 1 Tim. 3, 15.

siguen. Mirad en lo que han parado los que se apartaron de la creencia de esta Iglesia católica y cómo fueron semejables a un ruido de viento que presto se pasa y presto se olvida; y cómo la firmeza de nuestra fe ha quedado por vencedora, y aunque combatida, nunca vencida, *por estar firmada sobre firme piedra,*[203] contra la cual ni *lluvias, ni vientos, ni ríos, ni las puertas del infierno pueden prevalecer.*[204] Cerrad vuestras orejas a toda la dotrina ajena de la Iglesia y según la creencia usada y guardada de tanta muche/dumbre v
de años, pues sabéis de cierto que en ella han sido salvados y santos grandísima muchedumbre de gente. Porque no veo cosa de mayor locura que dejar un camino, del cual está cierto que los que por él han caminado han sido sabios, y han agradado a Dios, [y] han ido al cielo, por seguir a unos menores que éstos sin comparación en todas estas cosas, y solamente mayores en la soberbia y desvergüenza de querer ser más creídos, sin prueba ninguna, que la muchedumbre de los pasados, que tuvieron divinal sabiduría, y excelentísima vida, y muchedumbre de grandes milagros. Esperad un poco y veréis el fin de los malos, y como *los vomitará Dios* con extrema deshonra, declarando el error de ellos, como lo hizo de los pasados y pues esto es así, para que estéis segura de estos engaños, tomad el consejo de esta dicha palabra: *Inclina tu oreja,* y sabed que, aunque es grande la obediencia que Dios nos pide en nuestra voluntad, pues quiere que ninguna cosa amemos sino a Él, o por Él, mas muy mayor sin comparación es la que nos demanda en nuestro entender mandándonos que, hollada nuestra razón, nos sujetemos a creencia de lo que ella no alcanza. Y esto, para que merezcamos ver claramente a Dios en el cielo como Él es, pues le creímos en sus palabras a la Iglesia, aun/que nuestra razón no le alcanzase acá en f. 84 r
el suelo, y para esta firme y bienaventurada creencia no hay cosa que tan contraria sea como tener entendimiento escudriñador, inquieto, dado a argumentos y razones, y ajeno de simplicidad y humildad, y que quiere tantear las inefables cosas de Dios y de su ca-

203 Cf. Mt. 7, 25.
204 Mt. 16, 18.

mino con la poquedad de su rastrear. Y acaece a éstos lo que a los que miran de hito al sol en su luz, los cuales no sólo no ven más que antes, mas menos. Tornáseles la luz tinieblas, no en ella, mas en los ojos de ellos, por ser tan flacos para mirar tan excesiva copia de luz, lo cual dice así la Escriptura: *El escudriñador de la Majestad será oprimido con la gloria,*[205] como si dijese: "El que no se sujeta a creer las cosas de Dios, mas quiere por escudriño entenderlas, será derribado como con peso incomportable, con la altísima gloria que quiere decir claridad que tienen las cosas de Dios que él escudriña; y será rechazado su entendimiento, y cegado, por el sumo exceso que hay de él a la alteza de las cosas de Dios. Y así, en lugar de la luz que buscaba, saca tinieblas, y en lugar de ir satisfecho y con sosiego del ánima, saca inquietud, porque no se queriendo llegar a Dios con sencilleza y humildad de niño, no se le comunica el Espíritu Santo, que a solos *los humildes se da.*[206] Y sin él por fuerza
v ha de quedar el ánima fría, in/quieta, llena de dudas, y en hambre continua, diciendo después que muchos trabajos aquella voz de filósofos cansados de su curiosidad y vacío de contentamiento: "Esto sólo sabemos, que ninguna cosa sabemos".

Quien quisiere, pues, nadar sin ser ahogado en el abismo de las cosas de Dios, no ha menester dos ojos y dos orejas, mas uno. Acordaos como lo dice el esposo a la esposa en los Cantares: *Heriste mi corazón, hermana mía, esposa, en uno de los tus ojos,*[207] y mirad también que en la palabra que estamos declarando no dice el Espíritu Santo: Inclina tus orejas, sino: *Inclina tu oreja,* porque no con ojo de nuestra razón, mas con ojo de fe herimos de amor al corazón de Jesucristo nuestro Señor. Y no nos pide la oreja que escudriña y tantea lo que le dicen, mas la que cree con sinceridad; porque la otra no es oreja de quien quiere aprender, mas de quien se tiene por sabio aún para con Dios, no queriendo creer de Él sino lo que alcanza su ciega razón. Y aunque parece que esta oreja oye, no se inclina, pues no

205 Prov. 25, 27.
206 Cf. 1 Petr. 5, 5.
207 Cant. 4, 9.

quiere creer lo que no entiende. Y así quédase pobre, porque, faltando la fe, ningún bien le puede dar, mas la que se inclina es enriquecida de Dios con darle su espíritu y otras innumerables mercedes que tras las humildad de fe suelen venir, con las cuales queda el ánima hermoseada en su corazón/y en sus obras, a se- f. 85 r
mejanza de Rebeca, hermosa doncella, a la cual le fué dado de parte de Isaac ajorcas para las manos y zarcillos para la oreja.[208] Y, porque nos fuese más y más encomendada esta sencilla sujeción del entendimiento a las cosas de Dios, no se contentó el Espíritu Santo: *Oye hija,* que bien entendido quiere decir: Cree, mas añade la tercera palabra diciendo: *Inclina tu oreja;* para que sepan los hombres que, pues Dios no habla palabras ociosas, en decir tantas veces una misma cosa por diversas palabras, nos quiere muy de verdad encomendar este sencillo y humilde creer y decir que consiste en ello nuestra salud.

[B) Negativamente

1. Malas revelaciones del demonio]

No es razón que pase aquí sin avisaros de un peligro que a los que caminan el camino de Dios acaece, y a muchos ha derribado. El principal remedio del cual, consiste en el aviso que el Espíritu Santo nos dió, mediante aquesta palabra que dice: *Inclina tu oreja.* Y este peligro es ofrecerse a alguna persona devota revelaciones o visiones, o otros sentimien/tos espi- v
rituales; los cuales muchas veces, permitiéndolo Dios, trae el demonio para dos cosas: una, para, con aquellos engaños, quitar el crédito de las verdaderas revelaciones de Dios, como también ha procurado falsos milagros para quitar el crédito de los verdaderos; otra, para engañar a la tal persona debajo de especie de bien, ya que por otra parte no pueda. Muchos de los cuales leemos en los tiempos pasados, y muchos hemos

208 Cf. Gen. 24, 53.

visto en los presentes, los cuales deben poner escarmiento y dar aviso a cualquiera persona deseosa de su salud, a no ser fácil en creer estas cosas, pues los mismos que tanto crédito primero les daban, dejaron y avisaron, después de haber sido libres de aquellos engaños, que se guardasen los otros de caer en ellos.

[a) Engaños pasados]

Gersón cuenta haber acaecido en su tiempo muchos engaños de aquesto. Y dice haber sabido de muchos que decían y tenían por muy cierto haberles revelado Dios que habían de ser papas, y alguno de ellos lo escribió así, y por conjeturas y otras pruebas afirmaban ser verdad. Y otro, teniendo el mismo crédito que había de ser papa, después se le asentó en el corazón que había de ser anticristo, o a lo menos mensajero, y después fué gravemente tentando de matarse él mismo, por no traer tanto daño al pueblo cristiano, hasta
f. 86 r que por la misericordia de Dios fué sacado de/todos estos engaños, y los dejó, enseñándolo para cautela y enseñanza de todos.

[b) Engaños de estos tiempos]

No han faltado en nuestros tiempos personas que han tenido por cierto que ellos habían de reformar la Iglesia cristiana, y traerla a la perfección que en su principio tuvo, o a otra ([t]) mayor. Y el haberse muerto sin hacerlo, ha sido suficiente prueba de su engañado corazón, y que les fuera mejor haber entendido en su propria reformación que con la gracia de Dios les fuera ligera, que, olvidando sus proprias conciencias, poner los ojos de su vanidad en cosa que Dios no la quería hacer por medio de ellos.

Otros han querido buscar sendas nuevas, que les parecía muy breve atajo para llegar presto a Dios. Pa-

t otro

recíales que, dándose una vez perfectamente a Él, y dejándose en sus manos, eran tanto amados de Dios, y regidos por el Espíritu Santo, que todo lo que a su corazón venía no era otra cosa sino lumbre e instinto de Dios. Y llegó a tanto este engaño que, si aqueste movimiento interior no les venía, no habían de moverse a hacer obra, por buena que fuese. Y si les movía el corazón a hacer alguna obra, la habían de hacer, aunque fuese contra el mandamiento de Dios, creyendo que aquella gana que en su corazón sentían era instinto y libertad del/Espíritu Santo que los liber- v
taba de toda obligación de mandamiento de Dios, al cual decían que amaban tan de verdad que, aún quebrantando sus mandamientos, no perdían su amor. Y no miraban que predicó el Hijo de Dios, por su boca lo contrario de esto, diciendo: *Si alguno me ama guardará mi palabra.*[209] *Y el que tiene mis mandamientos y los guarda, aquel es el que ama,*[210] dando claramente a entender, que quien no guarda sus palabras, no tiene su amor ni amistad, porque, como dice San Augustín: "No puede uno amar al rey, cuyo mandamiento aborrece."

Y lo que el Apóstol dice, que *al justo no le es impuesta ley*[211] y que, *donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad,*[212] no se ha de entender que el Espíritu Santo haga a ninguno, por justo que sea, libertado de la guarda de los mandamientos de Dios, mas antes, cuanto más se les comunica, más amor les pone, y, creciendo el amor, crece el cuidado y gana de guardar más y más las palabras de Dios, más amado: Si no que, como este Espíritu sea eficacísimo y haga el hombre verdadero y ferviente amador, pónele tal disposición en el ánimo que no le es pesada la guarda de los mandamientos de Dios, antes muy fácil, y tan sabrosa que diga David: *Cuán dulces son para mi garganta tus palabras, más que la miel para mi boca.*[213] Porque, como este Espíritu ponga/perfectísima confor- f. 87 r
midad en la voluntad del hombre con la voluntad de

209 Io. 14, 23.
210 Io. 14, 21.
211 1 Tim. 1, 9.
212 2 Cor. 3, 17.
213 Ps. 118, 103.

Dios, haciéndole que sea *un espíritu con él,*[214] que quiere decir, tener un querer y no querer, necesariamente ha de ser al hombre sabrosa la guarda de la voluntad de Dios, tanto que si la misma ley de Dios se perdiese, se hallaría escripta por el Espíritu Santo en la voluntad del tal hombre, pues está conforme con la voluntad de Dios, que hizo la ley.

Y como sea fácil y dulce uno obrar lo que ama, de ahí es que quien aqueste Espíritu de Dios, que hace libre tiene en abundancia, obra tan sin pesadumbre y sin captiverio que (u), aunque no hobiese infierno que amenazase ni paraíso que convidase, ni mandamiento que constriñese, obraría por sólo el amor de la voluntad de Dios lo que obra; y todo lo que sufriese (v) le sería agradable; como un amoroso hijo reverencia y ama a su padre, y cumple sus palabras, por sólo el amor libre que del filial parentesco se causa en su corazón, sin mirar a otra. Pues como el Espíritu de Dios obró en el corazón del hombre para con Dios lo que la generación humana en el corazón del hijo para con su padre, hácele obrar por puro amor, sin que ninguna cosa le sea carga. Y tras este perfeto amor viene perfeto aborrecimiento de todo pecado, y viene
v la perfeta confianza, que quita/toda tristeza y temor. Y quitándole del corazón maldad y temor, quítale toda pesadumbre y hácele libre de toda carga; sufre los trabajos no sólo con paciencia, mas con alegría. Y porque ninguna cosa tiene sobre su cuello que se le apegue, dícese no ser esclavo, mas *libre,* que obra por puro amor, y no forzado por las promesas o amenazas de la ley. Y por eso dice que *no le es puesta ley;* porque, aunque la guarda, no siente aquella pena con ella que suelen sentir los que hallan su corazón contrario a la ley, los cuales obran no por amor ni con delites, mas apremiados y compelidos con el temor de la ley. De manera que, aunque al justo le es puesta ley, y es obligado a guardarla, se dice no le ser puesta por el espíritu que le da, y el amor que liberta, no de la guarda de ella, mas de la carga de ella, que hace que no esté él de-

214 Cf. 1 Cor. 6, 17.
u que] y
v sufriese] supiese

bajo de ella como caído y entristecido y atemorizado, mas encima de ella, sintiendo su corazón tan lleno de amor que le hace obrar con deleite lo que ella manda con majestad. No porque es mandado con imperio cargoso, sino porque obrada a Dios entrañablemente amado. Por el cual aun haría hombre más de lo que la ley manda, si menester fuese, ardiendo con mayor fuego que el que la misma ley pone. Y así no está justo debajo de ley, haciéndosele de mal lo que ella manda, mas está encima de ella, porque se deleita en el cumplimiento de ella. Y cuan/to tiene de amor, tanto tiene f. 88 r
de libertad.

Y así se ha de entender lo que dice el apóstol: *Si sois llevados por el espíritu, no estáis debajo de ley.*[215] Como si dijese. El espíritu hace que no os tenga apremiados ni derribados la ley como con peso. Y por eso se dice este espíritu hacer libres, porque quita la gana del pecar, y la pesadumbre de la ley, y las tristezas y congojas que suelen dar los trabajos, y hace robustos y fuertes contra el pecado, y amorosos para con la ley, y gozosos en los trabajos, mas no quebrantadores de los mandamientos de Dios, antes en esto más servidores, porque más amadores; y en quebrándose uno de los mandamientos de Dios, este espíritu se va luego, según está escripto, que *se aparta de los pensamientos que son sin entendimiento, y será echado del ánima, por venir a ella la maldad.*[216] No diga, pues, nadie quebrantando mandamiento de Dios, que sea justo o libre con el amor de Dios; porque, como no hay *participación de luz en tinieblas,*[217] así no la hay entre Dios y el que peca, según está escripto, que *es aborrecible a Dios el malo y su maldad.*[218]

[c) Reglas para no engañarse]

Heos querido dar cuenta de este tan ciego error, como poniéndoos ejemplo por donde saquéis otros muchos tan torpes y más que aqueste, en los cuales han

215 Gal. 5, 18.
216 Sap. 1, 5.
217 Cf. 2 Cor. 6, 14.
218 Sap. 14, 9.

caído en tiempos pasados y presentes los que han querido dar crédito ligeramente a lo que sentían en su co-
v razón, creyendo ser todo de Dios,/y porque vuestra ánima no sea una de aquestas, notaréis las reglas siguientes, pidiendo a nuestro Señor que él, mediante ellas, os libre de lazo tan peligroso.

[1. *No desear revelaciones*]

Sea la primera, que tengáis mucho aviso de no consentir poco ni mucho vivir en vos el deseo de visiones o revelaciones, o cosas semejantes; porque es señal de soberbia o curiosidad peligrosa. De lo cual San Augustín fué en algún tiempo tentado, y suplicaba con mucha instancia a nuestro Señor no le dejase consentir en ello; cuyas palabras son éstas: "¡Con cuántas artes de tentaciones trabajó conmigo el demonio porque pidiese a ti, Señor, algún milagro!; más ruégote, por amor de nuestro rey Jesucristo, y por nuestra ciudad Jerusalén, la del cielo, que es casta y sencilla, que así como está lejos de mí el consentimiento de aquesta tentación, así lo esté siempre más y más lejos." Y San Buenaventura dice que muchos han sido derribados en muchas locuras y errores por el deseo de aquestas cosas, y dice que antes deben ser temidos que deseados.

[2. *No ensoberbecerse, si se tienen*]

Y si, sin quererlas vos, os vinieren, no os alegréis vanamente, ni les deis luego crédito, mas recorred luego a nuestro Señor suplicándole que no sea servido de llevaros por este camino, pues [hay] otros muchos más dignos a quien puede su Majestad tomar por instrumentos para
f. 89 r estas cosas, y a vos/que os deje obrar vuestra salud en humildad, que es camino seguro. Especialmente habéis de mirar aquesto cuanto la revelación o instinto interior os convidare a reprehender, o avisar de alguna cosa secreta a tercera persona, cuanto más, si es sacerdote, o perlado, o semejante persona; desechar muy de co-

razón estas cosas, y decir como dijo Moisén: *Suplícote, Señor, envíes el que has de enviar.*[219] Y como Jeremías decía: *Mochacho soy, Señor, y no sé hablar,*[220] teniéndose entrambos por insuficientes, y huyendo de ser enviados a corregir y avisar a los otros.

Y no temáis que por esta resistencia humilde se enojará o ausentará nuestro Señor, antes se acercará más, y lo aclarará más, pues que quien *da su gracia a los humildes,*[221] no la quitará la que ya ha dado a los que lo son. De San Ambrosio leemos que, apareciéndole ciertas noches la figura de San Pablo, y de Gamaliel no dió crédito que aquello fuese de parte de Dios; mas suplicóle muchas veces, que, si era alguna ilusión del demonio, él la hiciese huir, y, si era cosa buena, él la aclarase. Mas, para que diese crédito a cosa cierta, y no estuviese penado cada duda, y acrecentando él los ayunos y oraciones, certificóle nuestro Señor que aquella visión no era engaño, mas cosa de él. Y entonces se aseguró. De un padre del yermo leemos que, apareciéndole uno en figu/ra del crucifijo, no solo no lo quiso v
adorar ni creer, mas cerrados los ojos, dijo: "No quiero ver en este mundo a Jesucristo, que abástame que lo vea en el cielo". Con la cual repuesta huyó el demonio, que con figura ajena quería engañar al ermitaño. Otro padre respondió a uno que decía ser el ángel enviado a él de parte de Dios: "Yo no he menester ni soy digno de mensajes de ángeles; por eso mira a quien te enviaron, que no es posible que te enviaron a mí, ni te quiero oír". Y así con esta humilde respuesta huyó el demonio soberbio.

Y por esta vía de humildad, y de desechar de corazón estas cosas, han sido muchas personas libres por la mano de Dios de muy grandes lazos que por esta vía el demonio les tenía armados, probando en sí mismos lo que dice David: *El Señor guarda a los pequeñuelos, humilléme yo, y libróme Él.*[222] Y en otra parte dice: *Él me libró del lazo de los cazadores;*[223] y, por el contrario, hallando la falsa revelación o instinto del

219 Ex. 4, 13.
220 Ier. 1, 6.
221 Iac. 4, 6.
222 Ps. 114, 6.
223 Ps. 90, 3.

demonio, algún aplacimiento liviano en el corazón de quien le recibe, prende allí y toma fuerzas para del todo engañar, permitiéndolo Dios no sin justo juicio. Porque, como dice San Augustín, *la soberbia merece ser engañada*. Estad, pues, tan limpio de aqueste aplacimiento, y de pensar que sois algo para aquestas re-
f. 90 r velaciones, que se mude vuestro corazón/del lugar humilde en que antes estaba ([x]) debajo del temor santo de Dios. Y así os habed en ellas como si no os hobieran venido, esperando la voluntad y mandamiento del Señor en todas las cosas, el cual aclare a lo que cerca de ellas habéis de tener y a que estéis libres del deseo curioso de aquestas cosas.

[3. *No darles crédito fácilmente*]

Resta deciros en esto tres reglas cómo se conocerá ser un espíritu de revelación bueno o malo. La cual cuestión no sabría decir si es más necesaria que dificultosa de saber. Porque, si al Espíritu bueno de Dios tenemos por espíritu malo del demonio, ¿qué blasfemia puede ser peor y en qué diferimos de los miserables fariseos contraditores de la verdad de Dios, que atribuyen al espíritu malo las obras que Jesucristo nuestro Redemptor hacía por el Espíritu Santo?[224] Y, si con facilidad de creencia aceptamos el instinto al espíritu malo por cosa del Espíritu Santo, ¿qué mayor mal que de éstos, que seguir las tinieblas por luz, y el engaño por verdad, y lo que peor es al demonio por Dios? En entrambas partes hay peligro grande, o teniendo a Dios por demonio o al demonio por Dios. Y cuán gran necesidad haya de saber distinguir y estimar cada cosa de éstas en lo que ella es, ninguno hay, por ciego que sea, que no lo vea. Mas cuán clara está la necesidad, tan ascondida y dificultosa está la certificación y lumbre de aquesta duda.
v Y así como/no es de todos profetizar o hacer milagros, con otras semejantes gracias, sino de aquellos a quien el Espíritu Santo por su voluntad las reparte, así como

224 Cf. Mt. 12, 24.
x estaban

no es dado al espíritu humano, por sabio que sea, juzgar con certidumbre y verdad la diferencia de los espíritus, si no fuese alguna cosa muy clara contra la Escriptura o Iglesia de Dios. Necesaria es en todo caso lumbre del Espíritu Santo, que se llama *discreción de espíritu,*[225] con la cual entrañable inspiración y alumbramiento se hace huir todo error, y opinión y duda. Y juzga el hombre, que este don tiene, cuál es el espíritu de verdad o de mentira, sin error. Y si nuestro Señor os ha dado este don, excusado es daros otra enseñanza más; sino, para alguna ayuda de aquesta cosa tan alta, miraréis los siguientes avisos, sacados de las palabras de Dios, y de sus santos.

[2. AVISOS DE DISCRECIÓN DE ESPÍRITUS] AVISO PRIMERO PARA CONOCER LAS REVELACIONES

[a) CONFORMIDAD CON LA SAGRADA ESCRITURA]

SEA el primero, que la tal revelación o espíritu no venga sola, mas acompañada de la Escriptura de Dios, contenida en el Viejo y Nuevo Testamento, y nuevas cosas conformes a la enseñanza y vida de Cristo y de los santos pasados.

De esta manera leemos que, cuando apareció Cristo en el monte Tabor, no fué solo, mas con copia de abonados testigos.[226] No porque Él los/hobiese menes- f. 91 r
ter, pues es verdad inmutable, de cuya participación reciben firmeza todas las otras verdades, mas por darnos a entender que así como en otras cosas Él padeció y hizo por nuestro ejemplo lo que mirando a Él no había necesidad de hacerlo, así trayendo testigos el que [no] los hubo menester, se nos da a entender que no debemos recebir cosa ninguna de aquestas, si no trae por testigos al Viejo Testamento con sus profetas, que son figurados en Moisén y Elías, y al Nuevo y dotrina apostólica, figurado en San Pedro, San Juan y Santiago, que presentes estaban. En la cual enseñanza hemos de

225 1 Cor. 12, 10.
226 Cf. Mt. 17, 1 ss.

estar tan firmes que, si el ángel del cielo contra ésta nos enseñase, no lo hemos de creer, mas tenerlo por engaño y maldición,[227] como dice el apóstol San Pablo.

Lo cual no se dice porque el ángel bueno pueda enseñar cosa contra la Escriptura de Dios, mas, para que sepamos que hemos de dar mayor creencia que a criatura del cielo ni de la tierra a la Escriptura divina, pues quien en ella habló es más alto y más verdadero que todos; y ella es el sello real que hace dar crédito a las revelaciones y dotrinas que concuerdan con ella, y es el cuño donde está la verdadera moneda de la verdad de Dios, a la cual se ha de venir a examinar toda otra cosa para ser aprobada, si fuere conforme, o reprobada, v si dis/cordare. E ya os he arriba avisado, y por eso no lo torno a decir, que la interpretación de esta Escriptura no ha de ser por humano sentido, mas por luz del Espíritu Santo, que alumbra a su Iglesia y a los santos dotores que en ella han hablado.

[b) No haya mentira]

El segundo aviso sea, que estéis muy atenta en la tal revelación o instinto a ver si hay en ella alguna mentira.

Porque, si la cosa es de Dios, desde el principio hasta el fin hallaréis verdad sin mezcla de mentira, ni de salir en balde lo que Él dijere; mas lo que es del demonio muchas veces hay mil verdades, para hacer creer una mentira. Y avísoos que no seáis fácil a dar crédito a palabras de revelación, que por voz corporal oyéredes, o a las que dentro del ánima os fueren dichas, las cuales, aunque a algunas ignorantes parecen ser todas de parte de Dios, por ver que el ánima las percibe tan claramente como si con las orejas del cuerpo las oyesen, y sienten de cierto que no salen de ella, sino que les son de otro espíritu dichas; mas, aunque así sea, muchas de ellas, y muchas veces, son del demonio, que puede hablar a nuestra ánima como un hombre a nuestro cuerpo. Y muchas de estas tales pa-

227 Cf. Gal. 1, 8.

labras interiormente dichas al ánima he visto yo en personas haber sido llenas de engaño, y del espíritu de la falsedad.

Esperad, pues, hasta el fin, y mirad si se mezcla alguna mentira, y, si/se mezcla, tenedlo todo por sospechoso y examinadlo con diligencia doblada. f. 92 r

[c) Traiga provecho espiritual]

Sea el tercero aviso, que la tal revelación traya algún provecho y edificación para el ánima, dejando el corazón más aprovechado que antes, instruyéndolo de cosa saludable. Porque, si un hombre bueno no habla cosas ociosas, menos las hablará nuestro Señor, el cual dice: *Yo soy el Señor, que te enseño cosas provechosas, y te gobierno en el camino que andas.*[228] Y cuando viéredes que no hay cosa de provecho, mas marañas y vanidad, tenedlo por fruto del demonio que anda por engañar, o hacer perder tiempo a la persona a quien la trae, y a las otras a quien se cuenta; y cuando más no puede, con este perdimiento de tiempo se da por contenta.

[d) Cierta señal es la humildad]

Otros muchos avisos se suelen dar para esto mismo, así como si la visión trae al (y) principio espanto y después sosiego, suélese tener por buena. Y, si al contrario, por sospechosa. Mas la más cierta señal que asegura lo que el ánima tiene ser de Dios es la humildad. Lo cual pone tal peso en la moneda espiritual, que suficientemente la distingue de la falsa y liviana moneda. Porque, según dice San Gregorio: "Evidentísima señal de los escogidos es la humildad, y de los reprobados es la soberbia." Mirad, pues, qué rostro queda en vuestra ánima de la visión o consola/ción, y espiritual sentimiento. Y, si os veis quedar más humilde y avergonzada de v

228 Is. 48, 17.
y al] el

vuestras faltas, y con mayor reverencia y temblor de la infinita grandeza de Dios, y no tenéis deseos livianos de comunicar con otras personas aquello que os ha acaecido, ni tampoco vos ocupáis mucho en mirarlo o hacer caso de ello, mas echaislo en olvido, como cosa que puede traeros alguna estima de vos; si alguna vez os viene a la memoria, humillaisos y maravillaisos de la gran misericordia de Dios que a cosas tan viles hace tantas mercedes, y sentís vuestro corazón tan sosegado y más en el propio conocimiento, como antes que aquello os viniese lo estábades, pensad que aquella visitación fue de parte de Dios, pues es conforme a la enseñanza y verdad de Él, que es que el hombre sea bajo y despreciado en sus proprios ojos. Y de los bienes que de Dios recibiere se conozca por más obligado y avergonzado, atribuyendo toda la gloria a aquel de cuya mano viene todo lo bueno. Y con esto concuerda San Gregorio, diciendo: "Así el ánima que es llena del divino espíritu tiene sus evidentísimas señales, conviene a saber: verdad y humildad. Las cuales entrambas, si perfectamente en una ánima se juntaren, es cosa notoria que dan testimonio de la presencia del Espíritu Santo. Con esto
f. 93 r mismo concuerda lo que dice el pro/feta Esaías: *Que lava el Señor la suciedad de las hijas de Sión en espíritu de juicio y en espíritu de ardor,*[229] dando a entender que la visitación primero obra en el ánima juicio, que es darle a entender quién ella es y hacerla humillar, y después, como sobre cosa segura, enviarle el espíritu del amor con otros mil bienes.

Mas cuando es espíritu del demonio es muy al revés. Porque, al principio o al cabo de la revelación, o consolación, siéntese el ánima liviana, deseosa de hablar lo que siente, y con alguna estima de su proprio juicio, pensando que ha de hacer Dios grandes cosas en ella y por ella. Y no tiene gana de pensar en sus defetos, ni que otro se los diga ni reprehenda, mas todo su hecho es hablar y revolver en su memoria aquella cosa que tiene, y de ella querría que hablasen. Cuando estas señales y otras que demuestran liviandad de corazón vierdes, pronunciad ([z]) sin duda ninguna que

229 Is. 4, 4.
z pronunciada

anda por allí el espíritu del soberbio demonio. Y de ninguna cosa que en vos acaezca, por buena que os parezca, ahora sea lágrima ahora sea consuelo, ahora sea conocimiento de cosas de Dios, y aunque sea ser subida *hasta el tercero cielo,*[230] si vuestra ánima no queda con profunda humildad, no os fiéis en cosa ninguna, ni la recibáis, porque, mientras más alta es, es
más peligrosa y haceros ha dar mayor caída. Pedí a/ v
Dios gracia para conoceros y humillaros, y sobre esto deos más lo que fuere servido. Mas, faltando esto, todo lo otro, por precioso que parezca, no es oro, sino oropel, y no harina de mantenimiento, sino ceniza de liviandad.

[3. LA SOBERBIA, CAUSA DE ENGAÑOS. EL DIRECTOR ESPIRITUAL]

TIENE este mal la soberbia, que despoja al ánima de la verdadera gracia de Dios y, si algunos bienes le deja, son falsificados para que no agraden a Dios y sean ocasión al que los tiene de mayor caída. Leemos de nuestro Redemptor que, cuando apareció a sus discípulos el día de su Ascensión, primero *les reprehendió la incredulidad y dureza del corazón,*[231] y después los mandó ir a predicar, dándoles poder para hacer muchos y grandes milagros, dando a entender que a quien Él levanta a grandes cosas, primero le abate en sí mesmo, dándole conocimiento de sus proprias flaquezas para que, aunque vuelen sobre los cielos, queden asidos a su propria bajeza, sin poder atribuir a sí mismo otra cosa sino su indignidad.

Mas habéis de notar que muchos sienten en sí mismos su propria vileza, y cuán nada son de su parte, y paréceles que atribuyen primeramente la gloria a Dios de todos sus bienes y tienen otras muchas señales de humildad, y con todo esto están llenos de soberbia y tan enlazados de ella, cuanto ellos más libres piensan estar. Y ésta es la causa, porque ya que vivan en

230 2 Cor. 12, 2.
231 Cf. Mc. 16, 14-15.

f. 94 r verdad, por no/atribuir los bienes a sí, viven en engaño por pensar que son sus bienes más y mayores de lo que a la verdad son. Y piensan tener de Dios tanta lumbre que ellos solos bastan para regirse en el camino de Dios, y aun para regir a otros, sin conocer persona que sea suficiente para los regir. Son en gran manera amigos de su parecer, y aún tienen en poco algunas veces lo que los santos pasados dijeron, y lo que a los santos de Dios, que en su tiempo viven, parece. Y játanse tener el espíritu de Cristo, y ser regidos por Él, y no haber humano consejo, pues con tanta certidumbre Dios les satisface en sus corazones. Piensan, como San Bernardo dice, que hay nublado en las casa[s] ajenas, y que en solas las suyas luce el sol. Desfrezan y desprecian a todos los sabios, como Goliad al pueblo de Dios.[232] Sólo aquél es bueno en su juicio que con ellos se conforma, y no hay cosa que más molesta les sea que hallar quien los contradiga. Quieren ser maestros de todos y creídos de todos, y ellos a ninguno creen. Y a la discreción cauta de los experimentados llaman tibieza y temor. Y a los desenfrenados fervores y novedades, llenas de singularidad, o causadoras de alborotos, llaman libertad de espíritu y fortaleza de Dios. Y aunque trayan en la boca casi a la contina: "Y esto me dijo mi espíritu", "y esto tengo por prue-
v ba muy suficiente", mas otras veces alegan la Escrip/tura de Dios, mas no la quieren entender como la Iglesia y santos la entienden, mas como a ellos parece, creyendo que no tienen ellos menos lumbre que los pasados, antes que los ha tomado Dios por instrumento para cosas mayores que a ellos. Y así, haciendo ídolo de sí mismo, y poniéndose encima de las cabezas de todos con abominable altivez, es tan miserable el engaño de ellos, que, siendo extremadamente soberbios, se tienen por perfetos humildes, y, creyendo que en solos ellos mora Dios, está Dios muy lejos de ellos, y lo que piensan que es luz es muy escuras tinieblas. De éstos dice Gersón: "Hay alguno[s] a los cuales es cosa agradable ser guiados por su parecer proprio y andar en sus invenciones. Guíalos, o por mejor decir, arrójalos su propria

232 Cf. 1 Reg. 17, 8 ss.

opinión, que es peligrosísima guía. Macéranse con ayunos demasiadamente, velando mucho; turban y desvanecen el celebro con demasía de lágrimas. Y entre estas cosas no creen amonestación ni consejo de nadie. No curan de pedir consejo a los sabios en la ley de Dios, ni se curan de oírlos, y cuando los oyen, o piden consejo, desprecian sus dichos y es la causa, porque han hecho entender de sí mismos que son ya alguna cosa, y que saben mejor que todos qué es lo que les conviene hacer. De estos tales yo pronuncio que presto caerán en toda/ilusión de demonios. Presto caerán en la piedra f. 95 r
del tropiezo, porque son llevados con ciega precipitación y ligereza demasiada. Por tanto, cualquiera cosa que dijeren de revelaciones no acostumbradas, tenlo por sospechoso." Todo esto dice Gersón.

[a) Los santos hablan de la necesidad del director]

Item dice San Augustín, reprendiendo a los que quieren ser enseñados inmediatamente por Dios y no por medio de los hombres: "Huyamos tales tentaciones que son soberbiosísimas y peligrosas, antes pensemos cómo el mesmo Apóstol San Pablo, aunque fué postrado y enseñado con voz celestial, con todo eso fué enviado a hombre para recebir los sacramentos, y ser encorporado en la Iglesia.[233] Y Cornelio centurió[n] fue enviado a San Pablo,[234] no solamente para recebir sacramentos, mas para oir de él lo que había de creer y y esperar y amar. Porque, si no hablase Dios a los hombres por boca de hombres, muy abatida cosa sería la condición humana. ¿Y cómo sería verdad lo que está escripto; *el templo de Dios santo es, que sois vosotros,*[235] si no diese Dios respuestas de este templo, que son los hombres, mas todo lo que quisiese que aprendiesen los hombres se lo hubiese de decir desde el cielo, y por medio de ángeles? Y también la misma caridad no ternía entrada para que se juntasen y comunicasen los corazones de unos con otros, si los/hombres no aprendiesen v

233 Cf. Act. 9, 7-10 ss.
234 Cf. Act. 10, 22.
235 1 Cor. 3, 17.

mediante otros hombres. San Felipe fue enviado al eunuco.[236] Y Moisén recibió el consejo de su suegro Yetró".[237] Todo esto dice San Agustín. Item dice San Joan Clímaco que el hombre que se cree a sí mismo no ha menester que le tiente demonio, porque él mismo se es demonio para sí. Item dice San Hierónimo: "No quise yo seguir mi proprio parecer, el cual suele ser muy mal consejero." Item San Vicente aconseja mucho que el hombre que quisiere ser espiritual tenga algún maestro por quien se rija; y, si lo puede haber y no lo toma, que nunca le comunicará Dios la gracia por su soberbia. San Bernardo y San Buenaventura a cada paso aconsejan lo mismo. Y la Escriptura de Dios está llena de esto mismo, que unas veces dice: *¡Ay de vosotros sabios en vuestros ojos y delante de vosotros mismos prudentes!;*[238] y en otra parte: *Si vieres algún hombre que se tiene por sabio, cree que más bien librado que éste será el ignorante.*[239] Y San Pablo nos amonesta: *No queráis ser sabios acerca de vosotros mismos,*[240] y el Sabio dice: *Si no dijeres al necio las cosas que él cree en su corazón no recibirá las palabras de prudencia.*[241] Y en otra parte: *Si inclinares tu oreja, recibirás dotrina; y si amares el oír, serás sabio.*[242] Y, por no ser prolijo, digo
f. 96 r que la Escriptura y las amonestaciones/de los santos, y las vidas de ellos, y las experiencias que hemos visto, todas a una boca nos encomiendan que no nos arrimemos a nuestra prudencia, mas que inclinemos nuestra oreja al ajeno consejo. Porque de otra manera, ¿qué cosa habría más sin orden que la Iglesia de Dios, o cualquiera congregación, si cualquiera ha de seguir su parecer, pensando que acierta? ¿Y cómo puede ser que el espíritu de Cristo, que es espíritu de humildad, y paz, y de unión, mueva y enseñe a uno a ser en contrario de todos los otros en quien el mismo Dios mora? ¿Y cómo puede nacer del que se tenga un hombre en tanta estima que no se halle en la congregación de los hombres?

236 Cf. Act. 8, 26 ss.
237 Cf. Ex. 18, 24.
238 Is. 5, 21.
239 Prov. 26, 12.
240 Rom. 12, 16.
241 Prov. 18, 2.
242 Eccli. 6, 34.

¿Quién lo puede enseñar ni juzgar de él, si su espíritu es bueno o malo? Porque, como dice San Augustín, no dejaría de tomar este ajeno consejo y obedecer, sino por que piensa, por su soberbia, que es mejor que el otro que le aconseja. E ya que sea tanta su soberbia que crea que es mejor que los otros, debe pensar que así como puede ser uno menos bueno que otro, y tener don de profecía, de sanar enfermos o semejantes dones, de los cuales carezca el que es mejor, así puede ser que el que es menor en otros dones sea mayor en tener don de consejo, o de discreción de espíritus, de los cuales carezca el otro que era mayor. Y, pues Dios es tan amigo de humildad/y paz, no tema nadie que, si lo que tiene v
es de Dios, se vaya o se pierda ([a]) por sujetarse por el mismo Dios al ajeno parecer, antes más y más se confirmará. Y si de otra parte fuere, huirá. Y si su sabiduría es infundida de Dios, mire que una de las condiciones de ella, según dice Santiago, es ser suadible.[243]

Y mire que llama San Augustín a estos pensamientos soberbísimos y peligrosísimos, porque, aunque sea peligrosa la soberbia de la voluntad, que es no querer obedecer a voluntad ajena, muy más peligrosa es la soberbia del entendimiento, que es, creyendo a su parecer, no sujetarse al ajeno. Porque el soberbio en la voluntad alguna vez obedeciera pues tiene por mejor el ajeno parecer. Mas quien tiene asentado en sí que su parecer es mejor, ¿quién lo curará? ¿Y cómo obedecerá a lo que no tiene por tan bueno? *Si el ojo del ánima,* que es el entendimiento, con que se había de ver y curar la soberbia, ese mismo *está ciego*[244] y lleno de la misma soberbia, ¿quién lo curara? *Y si la luz se torna tinieblas,*[245] y si la regla se tuerce, ¿qué tal quedará lo demás? Y son tan grandes los males que vienen de aquesta soberbia que turban a todos con cuantos contratan; porque con quien defiende su parecer proprio y es amigo de él, ¿quién hay que en paz pueda vivir? Y porque del todo maldigáis y huyáis de este vicio, sabed que llega su mal hasta hacer a los que eran

243 Cf. Iac. 3, 13.
244 Cf. Lc. 11, 34.
245 Cf. Lc. 11, 35.
a pierdan

f. 97 r buenos cristianos ser perversos herejes./Ni por otra cosa lo han sido, ni son, sino por creer más a su parecer proprio que el de la Iglesia y de sus mayores. Pensaban ellos que acertaban, y que lo que en sus corazones pasaba era obra de Dios; y que si creían más al parecer ajeno que a lo que en sus corazones sentían, dejaban a Dios por el hombre, la luz por las tinieblas, mas la experiencia y verdad nos demuestran, que lo que pensaban ser espíritu de verdad era espíritu de engaño; el cual, cuando por otra parte no los pudo vencer, combatiólos *transformándose en ángel de luz*[246] debajo de semejanza de bien, y así quitóles la vida y el alma. Y todo esto por no querer sujetarse a creer parecer ajeno.

Por tanto, doncella, así como os amonesto que seáis enemiga de vuestra voluntad y mandar, así, y mucho más, os mando que seáis capital enemiga de vuestro parecer, y de querer salir con la vuestra. Sed enemiga de él en vuestra casa y fuera de casa. Y, aunque sea en cosas livianas, no lo sigáis, porque a duras penas hallaréis cosa que tanto turbe el sosiego que Cristo quiere en vuestra ánima, como el profiar y querer salir con la vuestra. Y más vale que se pierda lo que vos deseábades que se hiciese que cosa que tanto habéis menester para gozar de Dios, como es el reposo de vuestra conciencia.

Por tanto, hacedos tan baja y sin contradición, y
v sujeta a toda criatura,/como dice San Pedro, que pueda cualquiera pasar por vos y hollaros *como a un poco de lodo.*[247] Y haced cuenta que primero vuestra madre, y después todas las demás, son vuestra abadesa. A las cuales obedeced con profunda humildad, sin cansaros, pensando que no es muy amiga de obediencia la sierva de Dios que a su sola abadesa o madre obedece, mas que debe buscar la dicha obediencia en todas partes que la pudiere hallar, con mayor deseo que la sierva del mundo y de la vanidad huye de obedecer y desea mandar. Y, para que ligeramente y con gozo hagáis esto, traed a la memoria cuando el soberano Maestro y Señor se hincó de rodillas a lavar los pies de aque-

246 Cf. 2 Cor. 11, 14.
247 1 Petr. 1, 24.

llos que bien le querían, y de aquel que empleó los pies lavados en ir a entregar a la muerte al que con tanto amor se los había lavado.[248] Y aunque estas cosas en que os digo que sigáis voluntad y parecer ajeno sean de asco, y os parezcan de poca importancia, no lo dejéis de hacer, porque, allende de evitar la turbación de corazón que ([b]) es pestilencia del ánima, acostumbraros heis poco a poco a obedecer voluntad y parecer ajeno en casos mayores, porque ya sabéis que los que se han de ver en alguna obra de afrenta se suelen primero ensayar en cosas livianas, para estar algo endustriados en las/que son de verdad mayores. Y así creed que f. 98 r
quien tiene acostumbrado su entendimiento a salir en cada cosita con la suya y hace ídolo de él, estimándolo por más sabio que otro, hallarse ha de nuevo y no se humillará tan sin pena a las cosas de Dios, como el que en ninguna cosa le deja salir con la suya, mas a cada paso le corrige y humilla como ignorante.

[b) Cualidades del director]

Y así, ejercitándoos en estas pocas cosas con obediencia, conviene que, para lo que toca al regimiento de vuestra conciencia, toméis por guía y padre alguna persona letrada y ejercitada y experimentada en las cosas de Dios. Y no toméis a quien tenga lo uno sin lo otro, porque las solas letras en ninguna manera bastan a regir los particulares movimientos ni necesidades del ánima, ni a saber juzgar de las cosas espirituales, y muchas veces pensará ser engaño del demonio las que son mercedes de Dios, como hicieron los apóstoles que, andando en tormenta ([c]) de la mar y tinieblas, pensaron que quien venía a ellos andando sobre la mar *era* alguna *fantasma,*[249] siendo Cristo, que es verdad de Dios. Poneros han demasiados temores, condenándolo todo por malo. Y como en sus corazones están muy lejos de la experiencia del gusto e iluminaciones de

248 Cf. Io. 13, 5.
249 Cf. Mt. 14, 26.
b que] qui
c tormento

Dios, hablan de ello como de cosa no conocida y a
v duras penas pueden creer que/pasan en los corazones
de los otros cosas más altas que las que pasan en el
corazón de ellos. Otros hallaréis ejercitados en cosas
de devoción, que se van ligeramente tras un sentimiento de espíritu y hacen mucho caso de él. Y si alguno
les cuenta algo de aquestas cosas, óyenlo con admiración, teniendo por más santo al que más tiene de ellas;
y aprueban ligeramente estas cosas, como si en ellas
todo estuviese seguro; y, como no lo esté, muchos de
éstos, por ignorancia, caen en errores y dejan caer
a los que tienen entre manos, por no darles suficientes
avisos contra las cautelas del demonio. Por lo cual no
son buenos para regir tampoco, como los pasados.

Y pues tanto os va en acertar con buena guía debéis con mucha instancia pedir al Señor que os la encamine Él de su mano. Y, encaminada, fiadle con mucha seguridad vuestro corazón, y no escondáis cosa de él, buena ni mala: la buena, para que la examine y os avise; la mala, para que os la corrija. Y cosa de importancia no hagáis sin su parecer, teniendo confianza en Dios que es amigo de obediencia, que Él porná en el corazón y lengua a vuestra guía lo que conviene a vuestra salud. Y de esta manera huiréis de dos males y extremos: Uno, de los que dicen: "No he menester consejo de hombre, Dios me regirá y me satisface;"
f. 99 r otros están tan sujetos al hombre, sin/mirar otra cosa
sino que es hombre, que les comprehende aquella maldición, que dice: *Maldito el hombre que confía en el hombre.*[250]

Sujetaos vos a hombre, y habréis escapado del primer peligro; y no confiéis en el saber ni fuerza del hombre, mas en Dios que os hablará y favorecerá por medio del hombre. Y así habréis evitado el segundo peligro. Y tened por cierto que, aunque mucho busquéis, no hallaréis otro camino tan cierto ni tan seguro para hallar la voluntad del Señor, como este de la humilde obediencia, tan aconsejado por todos los santos, y tan obrado por muchos de ellos, según nos dan testimonio las vidas de los santos Padres, entre

250 Ier. 17, 5.

los cuales se tenía por muy gran señal de llegar uno a la perfección en ser muy sujeto a su viejo. Y, entre las muchas buenas cosas que en las órdenes de la Iglesia hay, por maravilla hallaréis otra tan buena como vivir todos debajo de obediencia.

Y porque hará esto mucho a vuestro propósito, acordaos cómo Santa Clara fué fidelísima y sujeta hija a San Francisco. Y Santa Elisabel, hija del rey de Hungría, a un religioso, el cual tenía tanto celo de ella que algunas veces la castigaba con azotes, y ella a él tanta reverencia, que los recibía con mucha paciencia y hacimiento de gracias. Otras muchas que sabemos y no sabemos han ganado mucho por este camino, cuan/do encontraban con buenas guías. Y así v
si Dios a vos os la deparare, tomad el consejo de nuestra letra que dice: *inclina tu oreja*; y viviréis con tal que os acordéis de lo que dice la Escritura: *Pacífico sey ante muchos, mas consejero uno de mil,*[251] dando a entender que, aunque debemos tener paz con todos, mas basta consejo con uno. Porque así [como] en lo corporal muchas manos diversas suelen más descomponer que ataviar, así suele acaecer en lo espiritual, en lo cual pocas veces hallaréis dos guías del todo conformes, si no fuesen muy enseñados por el Espíritu del Señor, que es espíritu de paz y unión, y tuviesen muy echado atrás su proprio sentido, que es causa de diversidad y rencillas; y porque pocas veces éstos se hallan, es bueno, sin decir mal de los otros, escoger a quien Dios os encaminare, *uno entre mil,* al cual en nombre de Dios inclinéis vuestra oreja con toda obediencia y seguridad.

251 Eccli. 6, 6.

[c) EL SEÑOR NOS DA EJEMPLO]

[1.] COMO NINGUNA CRIATURA OYE NI INCLINA SU OREJA A DIOS CON TANTA DILIGENCIA COMO EL LA INCLINA A SUS CRIATURAS *

TIENE esto la gran bondad del Señor que para que sus mandamientos y leyes sean de nosotros guardados, hácelos fáciles en sí, y más fáciles por querer Él mismo pasar por ellos. Hanos mandado, según hemos oído, *que le oyamos y miremos, e inclinemos nuestra oreja,* lo cual todo es muy justo y ligero; porque a tal Maestro, ¿quién no le oirá? A luz tan deleitable, ¿quién no se deleitará de mirar? A sabiduría infinita, ¿quién no la creerá?
f. 100 r ¿quién no la creerá?/Mas, para que lo ligero más ligero nos sea, Él pasa por esta ley que a nosotros pone, y la cumple con gran diligencia. *Él nos oye, y Él nos ve, Él nos inclina su oreja,* para que no digamos: "No tengo quien mire por mí, ni quiera escuchar mis trabajos."

[1. *El Señor nos oye con gran misericordia*]

Gran consuelo es a un desconsolado tener una persona que a cualquier rato del día, y de noche, esté desocupada para oír de buena gana los trabajos y agravios que le quiere contar, y que siempre, sin faltar un momento, [esté] mirando sus miserias y llegas, sin decir: "Cansado estoy de ver miserias, y asco me dan vuestras llagas." E ya que esta tal persona fuese de muy duro corazón, aún querríamos que nos oyese siempre y nos viese, porque creeríamos que, dando siempre a su corazón la gotera de nuestros trabajos, que, como por canal, entra a él por las orejas y ojos, algún día cabaría en él y sacaría compasión, pues, por duro que fuese, no sería tanto como piedra, la cual es cabada de la gotera, aunque algún rato cesa de dar. Y, aunque supiésemos que esta tal persona ningún remedio nos podía dar para nuestros trabajos, aun nos

* Este título iba en el f. 108 v., encabezando el párrafo: "Si bien hemos sabido...".

consolaríamos mucho con sola la compasión que de nos tuviese.

Pues, si a esta tal persona debríamos mucho agradecimiento, ¿qué debemos a Dios nuestro Señor y cuán alegres debemos estar por tener sus orejas y ojos atado[s] con nuestros trabajos, que ni un solo rato los aparta ([d])/de nos? Y esto, no con dureza del corazón, v
mas con entrañable misericordia, y no con misericordia de corazón solamente, mas con entero poder para remediar nuestras penas. ¡Bendito seáis, Señor, para siempre, que no sois sordo ni ciego a nuestros trabajos, pues los oís y veis, ni cruel, pues se dice de vos: *Hacedor de misericordias, y misericordias de corazón, es el Señor, esperador muy misericordioso,*[252] ni tampoco eres flaco, pues todos los males ([e]) del mundo son flacos y pocos, comparados a tu infinito poder, que no tiene fin ni medida!

[2. *Ejemplo del rey Ezequías*]

Leemos que en tiempos pasados concedió Dios una maravillosa vitoria de sus enimigos al rey Ezequías,[253] el cual no hizo al Señor que le dió la vitoria aquellas gracias y cantares que era razón; por lo cual le hizo Dios enfermar, y tan gravemente que ningún remedio por naturaleza tenía. Y porque, con falsa esperanza de vivir, no se olvidase de poner cobro a su ánima, fué a él el profeta Esaías y díjole por mandado de Dios: *Esto dice el Señor: Ordena tu casa, porque sábete que morirás y no vivirás.*[254] Con las cuales palabras atemorizado el rey Ezequías vuelve su cara a la pared, y lloró con gran lloro, pidiendo al Señor misericordia. Consideraba cuán justamente merecía la muerte, pues no fué agradecido al que le había dado la vida, y miraba la sentencia de Dios con/tra él dada, que decía: f. 101 r
No vivirás. No hallaba otro superior que aquel que la dió, para pedir que se revocase. Y, aunque le hubiera, no tuviera buen pleito, pues al desagradecido justa-

d apartar
e malos
252 Ps. 102, 8.
253 Cf. 4 Reg. 19, 35 ss.
254 Is. 38, 1.

mente se quita lo que misericordiosamente se le había dado. Vióse *en la mitad de sus días* y acabarse en él la generación real de David, porque moría sin hijos,[255] y allende de todo esto, era combatido de todos los pecados de su vida pasados. Cayó en temor de los que más suelen penar a la hora postrera. Y con estas cosas estaba su corazón quebrantado con dolor, y turbado así como mar, y adondequiera que miraba hallaba muchas causas de temor y tristeza; mas entre tantos males halló el buen rey remedio, y fué pedir medicina al que le había llagado, seguridad a quien le amedrentó, convertirse por arrepentimiento y esperanza al mismo de quien por ensoberbecerse huyó. Al mismo juez pide que le sea abogado, y halla camino como apelar de Dios no para otro más alto, mas apela del justo para el misericordioso. Y las razones que alega son acusarse, y la retórica son sollozos y lágrimas. Y puede tanto con estas armas en la audiencia de la misericordia que, antes que el profeta Esaías, pregonero de la sentencia de muerte, saliese de la mitad de la sala del rey, le dijo el Señor: *Toma, e*
v *di al rey Ezequías, capitán de mi pueblo:/Oí tu corazón y vi tus lágrimas, yo te concedo salud, y te añado otros quince años de vida, y libra esta ciudad de tus enemigos.*[256]

Señor, ¿qué es aquesto? ¿Tan presto metes tu espada en la vaina, y tornas la ira en misericordia? ¿Unas pocas de lágrimas derramadas, no en el templo, mas en el rincón de la cama, y no de ojos que miran al cielo, mas a una pared, y no de hombre justo, sino de pecador, y así te hacen tan presto revocar la sentencia que tu Majestad había dado y mandado notificar al culpado? ¿Qué es del sacar del proceso? ¿Qué es de las cosas? ¿Qué es de los términos? ¿Qué es del presentar unos y otros escriptos? ¿Qué es del tenerse por afrentado el juez, si le revocan la sentencia que dió? Todo lo disimulas con el amor que nos tienes, y a todo te haces sordo y ciego, por estar atento a hacernos mercedes. Y dices: *Oí tu oración y vi tus lágrimas.* Todo término se te hace breve para librar al culpado,

255 Is. 38, 10 ss.
256 Is. 38, 5-6.

porque ninguno deseó tanto alcanzar el perdón cuanto tú deseas darlo. Y más descansas tú con haber perdonado a los que deseas que vivan que el pecador con haber escapado de muerte. No guardas leyes, no dilaciones, mas la ley es que los que hubieren quebrantado tus leyes, quebranten solamente su corazón de dolor, y la dilación es *que en cualquier hora que el pecador gimiere sus/pecados,* luego y sin dilación *no* f. 102 r
te acuerdes más de ellos.[257] Y porque los pecadores cobrasen ánimo para te pedir perdón de sus yerros, quisiste conceder a este rey más mercedes que él te pedía; quince años de vida y librar la ciudad, y tornarse el sol diez horas atrás, en señal que al tercero día subiría el rey sano al templo; con otras secretas mercedes que le heciste tú, benigno, que no desearías venirnos males, sino para sacar de allí mayores bienes, enseñando tu misericordia en nuestra miseria, tu bondad en nuestra maldad, tu poder en nuestra flaqueza.

Tú, pues, pecador, quienquiera que seas, que estás amenazado por aquella sentencia de Dios que dice: *El ánima que pecare, aquella morirá,*[258] no desmayes debajo de la carga de tus grandes pecados y del incomparable peso de la ira de Dios, mas cobra ánimo en la misericordia de aquel *que no quiere la muerte del pecador, mas que se convierta y viva.*[259] Y humíllate llorando a aquel que despreciaste pecando, y recibe el perdón de quien tanta gana tiene de dártela, y aun de hacerte mercedes mayores que antes, como hizo a este rey, al cual levantó sano del cuerpo y sano del ánima, como él da gracias diciendo: *Tú, Señor, libraste mi ánima porque no se perdiese, y arrojaste mis pecados tras tus espaldas.*[260]

257 Cf. Ez. 18, 22.
258 Ez. 18, 20.
259 Ez. 33, 11.
260 Is. 38, 17.

[3. *¿Cómo es posible amenazar Dios y no cumplirse el castigo?*]

v Mas dirá alguno: ¿Cómo esta/palabra de Dios,
dicha a este rey: *Morirás y no vivirás,* no se cumplió,
pues que las palabras que salen de su boca no son
en vano? Para lo cual es de mirar que algunas veces
manda el Señor decir lo que Él tiene en su alto con-
sejo y eterna voluntad determinado que sea, y aque-
llo así verná como se dice, sin ninguna falta. Y de
esta manera mandó decir al rey Saúl que le había de
de desechar y escoger en su lugar otro mejor.[261] Y de
la misma manera mandó amenazar al sacerdote Helí[262]
y así lo cumplió. Y de la misma manera al rey David,
que le mataría el hijo que hubo de adulterio de Ber-
sabé,[263] y así fué. Y otras veces manda decir no lo
que Él tiene determinado últimadamente de hacer, mas
lo que hará, si no se enmienda el hombre. O manda
decir lo que le acaecerá, según orden de naturaleza,
o según merecen sus pecados. Así, como si a uno que
tuviese una herida mortal por naturaleza, le enviase
a decir: "Morirás", entiéndese que, según las reglas
naturales, no puede escapar de aquel mal, mas no por
eso su palabra, si después le diese la vida, porque no
le fué dicho sino lo que según las reglas o fuerza de
naturaleza le había de venir y no lo que su poder
sobrenatural podía hacer. También envió a decir a
Nínive que *de ahí a cuarenta días sería destruída,*[264]
f. 193 r y después, por la penitencia de ellos, re/vocó esta sen-
tencia. No tenía Él determinado de la destruir, pues
después no lo hizo, mas envióles a decir lo que según
el merecimiento de sus pecados les viniera, si no se
enmendaran ([f]). Y aunque de fuera parece mudanza
decir: *Será destruído,* y no destruirla, en la alta vo-
luntad de Dios no es mudanza, el cual tenía determi-
nado de no destruirla; mas este no destruirla era me-

261 Cf. 1 Reg. 15, 23.
262 Cf. 1 Reg. 3, 13.
263 2 Reg. 12, 14.
264 Ion. 3, 4.
f enmandaran

diante la penitencia, a la cual los quería incitar con la amenaza. Como si un padre amenazase a su hijo con intención que se enmendase, para que no fuese menester castigarlo. E si este padre supiese que, con esta amenaza, el hijo se había de enmendar, aunque le enviase a decir: "Él me lo pagará", y después perdonase por su arrepentimiento, no hay mudanza en la voluntad de este padre, el cual nunca fué su intención castigar, mas perdonar, no sin medio, mas mediante la satisfacción del que había criado. Y esto es lo que Dios dice por Jeremías: *Súbitamente hablaré contra gentes, y contra reino que lo he de destruir de raíz y destrozar; mas, si aquella gente hiciere penitencia de su mal, haré yo también penitencia del mal que pensé hacerle. Y también súbitamente hablaré de gentes y reino que los he de edificar y plantar; mas si hicieren mal en mis ojos, no oyendo mi voz, haré yo también penitencia del bien que dije que le había/de hacer.*[265] De lo cual se saca que, porque no v
sabemos cuándo lo que Dios envía a decir es determinación ultimada, o es amenaza, no debemos desesperar, aunque amenazados, ni dejar de pedir que retoque la sentencia que contra nos tiene dada, como hizo este rey a (g) la ciudad de Nínive, y fué hecho como quisieron. Y como hizo David, cuando oraba al Señor por la vida del hijo, que había dicho al profeta que había de morir; e, aunque no alcanzó lo que pidió, mas no pecó en pedirlo.

Y si Dios nos prometiere de hacer alguna merced, no nos hemos de descuidar con decir: "Cédula tengo de palabra de Dios, que a nadie engañó", porque dice el Señor *que, si nos apartáremos de hacer lo que Él quiere, Él hará penitencia del bien que nos prometió.* No porque en Dios haya arrepentimiento de cosa que diga o que haga, o que quiera, mas quiere decir que, así como uno que se arrepiente torna a deshacer lo que había hecho, así Él deshará la sentencia o el castigo que contra el hombre tenía dada, si el hombre hace penitencia y deshará el bien que le tenía prometido, si el hombre se aparta de Dios.

265 Ier. 18, 7-10.
g a] y

[4. *Las orejas del Señor en los ruegos de los "justos"*]

Tornando, pues, al propósito, bien claro parece cuán bien cumplió Dios esta ley: *Oye y ve,* pues tan presto *oyó* la oración y *vió* las lágrimas de este rey, y le consoló. No sólo a él, mas lo mismo hace con todos,
f. 104 r como dice David: *Los ojos del/Señor sobre los justos y sus orejas en los ruegos de ellos, para librar sus ánimas de la muerte, y para mantenerlos en tiempo de hambre.*[266]

Bien creo que os parece bien aquesta promesa, y también creo que os pone temor la condición con que se dice. Y bienaventurada cosa es estar los ojos y orejas de Dios en nosotros. Mas diréis, ¿qué hace que dice *a los justos* e yo soy pecadora? Así lo conoced por verdad, porque, si hombres hubiera que no tuvieran pecados [que] pecaran, ¿quién era más razón que lo fuesen que los apóstoles de Jesucristo nuestro Señor, que, así como fueron los más cercanos a Él en la conversación corporal, así también lo fueron en la santidad? Y de ellos dice San Pablo que recibieron *las primicias del Espíritu Santo,*[267] que quiere decir las mayores gracias. Y pues a éstos mandó el Señor el *Pater noster,*[268] en el cual decimos: *Perdónanos nuestras culpas,* claro es que las tenían. Y pues ésta es oración de cada día, en la cual pedimos *el pan nuestro de cada día, dánoslo hoy,* claro es que por ella semos amonestados a conocer que, pues cada día la debemos rezar, cada día pecamos. Por lo cual dice aquel limpio de San Joan: *Si dijéremos que no tenemos pecado, nosotros nos engañamos, y la verdad no está en nosotros.*[269] Pues si todos los hombres, cuantos ha habido y habrá (sacando al que es Dios y
v hombre, y a la que es verdadera Ma/dre de Él) son pecadores, ¿decirme heis para quién se dijeron las dichas palabras: *Los ojos del Señor sobre los justos, y sus orejas en los ruegos de ellos?* Respondo ([h]): No

266 Ps. 32, 18-19.
267 Rom. 8, 23.
268 Cf. Mt. 6, 9-13.
269 1 Io. 1, 8.
h Respondió

es Dios achacoso ni cumplidor con solas palabras, mas vemos que al rey Ezequías, aunque pecador, le oyó e miró. Y lo mismo a otros innumerables. Mas sabed que *justo* se dice uno, cuando no está en pecado mortal, pues está amigo con Dios. Y de esta manera muchos ha habido justos, que son todos los que están en estado de gracia; y a éstos oye y mira el Señor, no obstante que tengan pecados veniales, de los cuales se entiende lo que hemos dicho, que todos son pecadores, como dice San Joan.

[5. *No se ensoberbezcan los "justos": en ellos oye el Padre el clamor de Cristo*]

Mas, por oír nombre de justos, no venga algún pensamiento de ciega soberbia, con la cual se haga injusto el que se tenía por justo. La justicia de los que son justos no es suya, mas de Cristo, el cual es justo por sí y justificador de los pecadores que a Él se sujetan. Por lo cual dice San Pablo que la que es verdadera justicia delante los ojos de Dios es justicia por ser de Jesucristo,[270] porque no consiste en nuestras obras proprias, mas en las de Cristo, las cuales se nos comunican por la fe, y así como nuestra justicia está en Él, así, si somos oídos de Dios, no es en nosotros, mas en Él. La voz de todos los hombres, por buenos que sean, sorda es delante las/orejas de f. 105 r
Dios, porque todos son pecadores de sí. Mas la voz de solo Cristo, pontífice nuestro, está acepta delante del Padre, que hace ser oídas todas las voces de todos los suyos.

Esta voz, por ser tan grande se llama clamor, como dice San Pablo, hablando de Cristo: *Con clamor* ([1]) *grande y lágrimas ofreciendo, fué oído por su reverencia.*[271] Ofreció el Señor *ruegos* al Padre muchas veces por nosotros. Ofrecióle también en la cruz su proprio cuerpo, el cual fué tan atormentado que todo él era lenguas que daban voces al Padre, pidiendo por

270 Cf. Rom. 3, 22.
271 Cf. Hebr. 5, 7.
1 clamor] el amor

nos misericordia.[272] Y por ser sus oraciones con entrañable amor hechas, por ser de persona al Padre tan aceptable, y por ser muy oídas y muy eficaces en las orejas del Padre, se llaman *clamor*. Mas muy mayor clamor fué el ofrecer su proprio cuerpo en la cruz, cuanto va de obrar a hablar, y de pagar a prometer, y de padecer a desear. Para la cual os debéis de acordar de lo que dijo Dios a Caín: *La voz de la sangre de tu hermano Abel da voces a mí desde la tierra.*[273] Y también mira lo que dice San Pablo a los cristianos: *Llegado os habéis a un derramamiento de sangre, que clama mejor que la sangre de Abel.*[274] La sangre de Abel derramada en la tierra daba clamores a la justicia divina, pidiendo venganza contra aquel que
v la derramó, mas la sangre de Cristo derra/mada en la tierra daba clamores a la misericordia divina, pidiendo perdón. La de Abel pide ira, ésta blandura. La primera obra enojó, esta reconciliación. La de Abel, venganza contra sólo Caín; ésta perdón para todos los malos que fueron y serán, con tal que ellos le quieran recibir, y aún para aquellos que derramándola estaban. La sangre de Abel a ninguno pudo aprovechar, porque no tenía virtud de pagar los pecados de otros; mas la sangre de Cristo lavó cielos y tierra y mar, y *sacó de las honduras* del limbo (j) *a los que presos estaban.*[275]

Verdaderamente es grande clamor (k) el de la sangre de Cristo, pidiendo misericordia; y pues hizo no ser oídas las voces de los pecados del mundo, que piden venganza contra los que los hacen, pensad, doncella, si un pecado sólo de Caín tales voces daba, pidiendo venganza, ¿qué grita, qué voces y estruendo harán todos los pecados de todos los hombres, pidiendo venganza a las orejas de la justicia de Dios? Mas por mucho que clamen, clama más alto, sin comparación, la sangre de Cristo, pidiendo perdón a las orejas de la misericordia divina. Y hace que no sean oídas

272 Cf. Lc. 23, 34.
273 Gen. 4, 10.
274 Hebr. 12, 24.
275 Cf. Zach. 9, 11.
j limbio
k clamor] amor

y que queden muy bajas las voces de nuestros pecados, y que se haga Dios sordo a ellos, porque más sin comparación le fué agradable la voz de Cristo, que pidía perdón, que todos los pecados del mundo desagradables, pidiendo vengan/za. ¿Qué pensáis que significa aquel callar de Cristo y hacerse *como sordo que no oye, y como mudo que no abre su boca*[276] en el tiempo que era acusado? Por cierto, que, pues los pecados por boca de aquellos que a Cristo acusaban daban voces llenas de mentiras contra quien no les debía nada, y Él, pudiendo con justicia responder, calló, que es bien empleado que, en pago de su atrevimiento, que al restante del mundo no puedan acusar los pecados aunque tengan justicia, mas sean mudos, pues acusaron ([l]) al que no tenía[n] por qué. Y pues Él se hizo sordo, pudiendo responder, justo es que se haga sorda la divina justicia, a la cual Cristo se ofreció por nosotros, aunque nosotros hayamos hecho cosas que pidan venganza. f. 106 r

Alegraos, esposa de Cristo, y alégrense todos los pecadores, si les pesa de corazón por haber pecado, que sordo está Dios a nuestros pecados para vengarlos, y muy atentas tiene sus orejas para hacernos mercedes. No temáis acusadores ni voces, aunque hayáis hecho por qué, pues el inocente cordero fué acusado y con su callar hizo callar las voces de nuestros pecados. Profetizado estaba *que había de callar como calla el cordero delante quien lo trasquila.*[277] Mas mientra más callaba y sufría, más altas voces daba delante la divina justicia, pagando por nos, y *estas voces fueron oídas,* dice San Pablo, *por su reverencia,* quiere decir que, por la gran humildad y *reverencia,* con/ v que *se humilló* al Padre *hasta la muerte, y muerte de cruz,*[278] reverenciando en cuanto hombre aquella sobreexcelente Majestad divina, perdiendo la vida por honra de ella, fué oído del Padre, del cual está escripto: *Miró en la oración de los humildes, y no despreció el ruego de ellos.*[279] Pues, ¿quién tan humilde

276 Cf. Ps. 37, 14.
277 Is. 53, 7.
278 Cf. Phil. 2, 8.
279 Ps. 101, 18.
l acosaron

como el bendito Señor que dice: *Aprende de mí que soy manso, y humilde de corazón?*[280] Por eso fué oído, según estaba profetizado en su persona: *No quitó el Señor su faz de mí, y cuando clamé a Él me oyó.*[281] Y el mismo Señor dice en el evangelio: *Gracias te hago, Padre, porque siempre me oyes.*[282]

Pues no es maravilla que las orejas de Dios estén en los ruegos de los justos, porque, no siendo justos por sí, no son oídos por sí, mas por Cristo, que con su oración y padecer mereció ser oído. A Él oye el Padre cuando nos oye, y por Él nos oye, en señal de lo cual decimos en fin de las oraciones: Concédenos esto por nuestro Señor Jesucristo. Lo cual el mismo Señor nos enseña, diciendo: *Cualquier cosa que pidierdes al Padre en mi nombre, os la dará.*[283] Y porque no pensásemos que por Él, y no a Él, hemos de pedir, dice también: *Y cualquier cosa que me pidierdes en mi nombre yo lo haré.* Cristo hombre nos ganó con su padecer el ser oídos, y Cristo Dios, con el Padre y Espíritu Santo, es el que nos oye.

f. 107 r Oíd, pues, hija, a vues/tro esposo, pues por él sois oída. La voz del cual, aunque ronca, en la cruz dió virtud a nuestras roncas voces, para que fuesen agradables a Dios. Y así como debemos de oír al Señor con el profeta Samuel, diciendo: *Habla, Señor que tu siervo oye,*[284] así nos dice el Señor: *Habla, siervo, que tu Señor oye.* Y así como dijimos que el oír nosotros a Dios no es solamente recebir el sonido de las palabras más aplacernos y poner en obra lo que nos dice, así las orejas del Señor están puestas por Cristo en nuestros ruegos, no para solamente oír lo que hablamos, que de esa manera también oye las blasfemias que de Él se dicen, no para que se agrade, mas para castigarlas, mas oye el Señor nuestros ruegos para cumplirlos.

280 Mt. 11, 29.
281 Ps. 21, 25.
282 Io. 11, 41.
283 Io. 16, 23.
284 1 Reg. 3, 10.

[6. *Antes de que clamemos nos oye el Señor*]

Y porque veáis cuán verdad es que oye el Señor los gemidos que le presentamos, oíd lo que dice el mismo Señor por Esaías: *Antes que clamen, yo los oiré.*[285] ¡Oh bendito sea tu callar, Señor, que de dentro y de fuera en el día de tu prisión callaste: de fuera, no maldiciendo, no respondiendo; y en lo de dentro, no contradiciendo, mas aceptando con mucha paciencia los golpes y voces, y penas de tu pasión, pues tanto habló en las orejas de Dios que antes que hablemos seamos oídos!

Y esto no es maravilla, porque, pues siendo nada tú nos heciste; y, antes que te lo supiésemos pedir,
nos mantuviste en el vien/tre de nuestra madre, y fuera v
de él, y, antes que pudiésemos conocer lo que tanto nos cumplía, nos diste adopción de hijos y gracia del Espíritu Santo en el santo baptismo; y antes que muchos pecados nos derribasen, tú nos guardaste; y, cuando caímos por nuestra culpa, tú nos levantaste y buscástenos, sin buscarte nosotros; y, lo que más es, antes que naciésemos, ya eras muerto por nos, y nos tienes aparejado tu cielo, no es mucho que de quien tanto cuidado has tenido, antes que lo tuviesen de ti, lo tengas en esto, que, viendo tú lo que habemos menester, nos lo des, no esperando a que nos cansemos en te lo pedir, pues tú te cansaste tanto en pedirlo y ganarlo por nos. ¿Qué te daremos, ¡oh Jesú benditísimo!, por este callar que callaste, y qué te daremos por estas voces que diste? Pluguiese a tu infinito amor que tan callados estuviésemos al ofenderte, y sufrir de buena gana lo que de nos quiseres hacer, como si fuésemos muertos; y tantas voces de tus alabanzas te pudiésemos dar, y tan vivos estuviésemos para ello, que ni nosotros, a quien redemiste, ni cielo, tierra, ni debajo de tierra, con todo lo que en ellos está, nunca cesásemos de con infinitas fuerzas y grande alegría contar tus loores.

285 Is. 65, 24.

[7. *Dios se huelga de oírnos*]

Y aún no te contentas, Señor, con tener tus orejas
f. 108 r puestas en nuestros ruegos, y oírnos/antes que te roguemos, mas, como quien muy de verdad ama a otro, que se huelga de oírle hablar o cantar, así tú, Señor, dices al ánima por tu sangre redemida: *Enséñame tu cara, suene tu voz en mis orejas, porque tu voz es dulce y tu cara mucho hermosa.*[286] ¿Qué es esto que dices, Señor? ¿Tú deseas oír a nosotros? ¿Nuestra desgraciada voz te es a ti dulce? ¿Cómo te parece hermosa la cara que, de afeada de muchos pecados, los cuales hecimos mirándonos tú, habemos vergüenza de alzarla a ti? Verdaderamente o merecemos mucho bien o nos amas tú mucho. No es lo primero, ni plega a ti que de tu buen tratamiento saquemos nosotros mal, creyendo que merecemos el bien que nos haces; mas es lo segundo, porque tú quieres agradar en los que por ti heciste amados y agradables a ti. Sea, pues, Señor, a ti gloria, en el cual está nuestro remedio. Y sea a nosotros, y en nosotros, vergüenza y confusión de nuestra maldad, mas en ti gozo y ensalzamiento, que eres nuestra verdadera gloria. En la cual nos gloriamos no vanamente, mas con mucha razón y verdad, porque no es poca honra ser tan amados de ti, que te entregaste
v a tormentos de cruz por nosotros./

[2. LA MIRADA DE DIOS SOBRE NOSOTROS]

Si bien hemos sabido considerar cuánta es la presteza con que Dios escucha nuestros ruegos y necesidades, veremos que ninguna criatura oye ni inclina su oreja a Dios con tata diligencia con cuanta el Criador la inclina a sus criaturas. Y no sólo nos oye, más aún nos mira, para en todo cumplir lo que nos manda a nosotros cuando dice: *Oye y ve. Los ojos del Señor,* según dijo David, *están sobre los justos,*

286 Cant. 2, 14.

para librarlos de muerte; y después dice: *Mas el gesto del Señor está sobre los que hacen mal, para echar a perder de sobre la tierra la memoria de ellos,*[287] de donde parece que pone el Señor sus ojos contra los malos, para que no se le vayan sin castigo de sus pecados, y pone sus ojos sobre los justos, como el pastor sobre su oveja, para que no se le pierda. Dos cosas tenemos en nos: una que hecimos nos, otra, que hizo Dios. La primera es el pecado; la segunda, nuestro cuerpo y ánima, y cuanto bien en ellos tenemos.

[1. *Dios mira con amor a los hombres, su hechura, y con ira a nuestra hechura, que es el pecado*]

Si nosotros no añadiésemos mal sobre la bue/na f. 109 r
hechura de Dios, no teníamos cosa a la cual el Señor mirase con ojos airados, mas mirarnos hía con ojos de amor, pues naturalmente quienquiera ama su obra, mas ya que nosotros habemos afeado y destruido lo que el hermoso Dios bien edificó, mas nuestra maldad no impide su sobrepujante bondad, la cual por salvar lo bueno que crió, quiere destruir lo malo que nosotros hecimos. Porque si vemos que este sol corporal se comienza tan liberalmente, y anda buscando y convidando a quien lo ([11]) quiere recebir, y a todos se da cuando no le ponen impedimento, y, si se le ponen, aún está porfiando que se le quiten, o si algún agujero o resquicio halla, por pequeño que sea, por allí se da, y hinche la casa de luz, ¿qué diremos de la suma bondad divinal que con tanta ansia de amor anda rodeando sus criaturas para darse a ellas, e henchirlas de calor, de vida y de resplandores divinos? ¡Qué ocasiones busca para hacer bien a los hombres! ¡Y a cuántos por un pequeño servicio ha hecho no pequeños mercedes! ¡Cuántos ruegos a los que de Él se apartan, para que a Él se tornen! ¡Cuántos abrazos a los que a Él vienen! ¡Qué buscar de perdidos! ¡Qué encaminar de errados! ¡Qué perdonar de pecados, sin

287 Ps. 33, 16-17.
11 lo] los

darlos en rostro! ¡Qué gozo de la salud de los hombres! Dando a entender que más deseaba Él perdonar
v y que el/errado sea salvo y perdonado. Y por eso dice a los pecadores: *¿Por qué queréis morir? Sabed que yo no quiero la muerte del pecador, mas que se convierta y viva; tornaos a mí y viviréis.*[288] Nuestra muerte es apartarnos de Dios, y por eso nuestro tornar a Él es vivir. A lo cual Dios nos convida, no poniendo sus ojos de ira sobre su hechura, que somos nosotros, mas principalmente contra los pecados que hacemos. Estos quiere Dios destruir, si nosotros no le impidiésemos, e impedímosle cuando amamos nuestros pecados, dando vida con nuestro amor, a los que, siendo amados, nos matan. Y es tanta la gana que esta bondad tiene de destruir nuestra maldad, para que su hechura no quede destruida, que, cuando quiera y cuantas veces quisiere, y de cuantas maldades hubiere hecho, quiera pedir al Señor que las destruya, está el Señor aparejado para destruirla[s], perdonando lo que merecemos, sanando lo que enfermamos, enderezando lo que torcemos, haciéndonos aborrecer lo que amábamos antes, olvidando nuestros pecados como si no fueran hechos, y apartándolos tanto de nos que dice David: *Cuanta distancia hay de donde sale el sol a donde se pone, tanto lanzó Dios nuestros pecados.*[289]

Así que el derecho y el primer *mirar* de los ojos
f. 110 r airados de Dios no es contra el hom/bre que Él crió, mas contra el pecado que nosotros hecimos. Y si algunas veces mira al hombre para lo echar a perder, es porque el hombre no le dejó ejecutar su ira contra los pecados, que Dios quería destruir; mas quiso perseverar y dar vida a lo[s] que a Él mataban, y a Dios desagradaban. Y, por tanto, justo es que su muerte quede viva, y su vida siempre muera pues que no quiso abrir la puerta al que, por amor y con amor, quería y podía matar a su muerte y darle vida.

288 Ez. 33, 11.
289 Ps. 102, 12.

[2. *El remedio para que Dios no mire a nuestros pecados es mirarlos nosotros*]

Mas dirá alguno: ¿Qué remedio para que Dios no mire a mis pecados para me castigar; mas a su hechura para la salvar? La respuesta es muy breve y muy verdadera: Míralos tú, y no los mirará Él. Suplicaba David al Señor por sus pecados, diciendo: *Habe misericordia, Señor, de mí, según la gran misericordia tuya.*[290] Y también le decía: *Aparta, Señor, tu faz de los mis pecados.*[291]

Mas veamos qué alega para alcanzar tan gran merced. Por cierto, no servicios que hobiese hecho; porque bien sabía que, si un siervo por muchos años con gran diligencia sirviese a su señor, y después le hace alguna traición digna de muerte, no se miraría a que ha servido, porque su siervo era obligado a servir y por eso no echó en deuda el Señor; mas mírase a la traición que hizo, la cual era obligado a no hacer. Y por eso/con pagar lo que antes debía, no pudo v
pagar lo que hace agora. Ni tampoco ofreció David sacrificios, porque bien sabía que *Dios no se delita con animales encendidos.*[292] Mas éste ni en servicios pasados ni en merecimientos presentes halla remedio; hallólo *en el corazón contrito, y humillado,*[293] y pide ser perdonado diciendo: *Porque yo conozco mi maldad, y el mi pecado delante mis ojos está siempre.*[294] Admirable poder dió Dios a este *mirar* nuestros pecados, porque, tras nuestro mirar para aborrecerlos, se sigue el *mirar* de Dios para deshacerlos. Y convertiendo nosotros los ojos a lo que malamente hecimos, para afligirnos, convierte Él los suyos a salvar y consolar lo que Él hizo. De manera que si el pecador conoce sus pecados, Dios le perdona; si los olvida Dios le castiga.

Mas dirá alguno: ¿De dónde es tanta fuerza a

290 Ps. 50, 3.
291 Ps. 50, 11.
292 Cf. Ps. 50, 18.
293 Ps. 50, 19.
294 Ps. 50, 5

nuestro mirar, que así trae luego tras si el mirar de Dios, lleno de perdón? No por cierto de sí, porque por conocer el ladrón que ha hecho mal en hurtar, no por eso merece que se le perdone la horca, mas viene de otra vista muy amigable y tan valerosa que es causa de todo nuestro bien. Esta es de la que dice David: *Defendedor nuestro mira, Dios, y mira en la haz de tu Cristo.*[295] En la primera vez que dice mira, suplica a Dios que nos *mire* aceptando nuestros rue-
f. 111 r gos, y hacién/donos bien. Porque eso significa volver Dios a uno la cara. Por lo cual mandaba Dios que bendijesen los sacerdotes al pueblo diciendo: El Señor vuelva su cara a nosotros. Y la segunda vez que dice: Mira, claro es a donde suplica que mire, que es a la faz de Jesucristo; porque así como el mirar Dios a nosotros nos trae todos los bienes, así el mirar Dios a su Cristo trae a nos la vista de Dios.

[3. *La mirada de Dios, llena de perdón, llega a nosotros a través de Cristo, nuestro Sacerdote*]

No penséis, doncella, que los agraciados y amorosos rayos de los ojos de Dios descienden derechamente de Él a nosotros, porque si así lo pensáis, ciega estás; mas sabed que se enderezan a Cristo, y de allí en nosotros por Él. Y no dará el Señor una habla ni vista de amor a persona alguna del mundo universo, por santa que sea, si la ve apartada de Cristo; mas por Cristo, y en Cristo, mira a todos los que se quisieren mirar, por feos que sean. El ser amado Cristo es razón de ser amados nosotros, como dice San Pablo, hablando del Padre: *Hízonos agradables en el amado,*[296] conviene a saber en Cristo. E, si Cristo de en medio se saliese, ningún amado habría de Dios. Y esto es lo que fué figurado en el principio del mundo, cuando el justo Abel, pastor de ganados, ofreció sacrificio a Dios de su manada. El cual sacrificio fué acepto como la Escriptura dice: *que miró el Señor a Abel, y a sus*

295 Ps. 83, 10.
296 Eph. 1, 6.

dones;[297] y éste *mirarlo* fué ser agradable, y/señal de v
este agradamiento invisible envió fuego visible que quemó el sacrificio.

Este justo pastor aquel es el cual dice de sí: *Yo soy buen pastor.*[298] El cual también sacerdote. Y, por consiguiente, como dice San Pablo, *ha de ofrecer dones y sacrificios a Dios.*[299] Mas, ¿qué ofreciera, que digno fuera? No, por cierto, animales brutos; no hombres pecadores; porque estos más provocaran la ira de Dios que alcanzaran misericordia. Y no sin causa mandaba Dios hacer tanto examen en la Vieja Ley sobre el animal que se había de sacrificar; que fuese macho, y no hembra, que fuese de tanta edad, ni muy chico ni muy grande, que no fuese cojo, ni ciego,[300] con otras mil condiciones, para dar a entender que lo que se había de ofrecer para quitar los pecados, no había de tener pecado. Y, porque ninguno sin él estaba, no tenía este gran sacerdote qué ofrecer por los pecados del mundo, sino a sí mismo, haciéndose hostia el que es sacerdote, y ofreciéndose a sí mismo, limpio, por limpiar los sucios; el justo, por justificar los pecadores; el amado y agradado, porque fuesen amados y recebidos a gracia los que por sí eran desamados y desagradados. Y valió tanto este sacrificio, así por él como por quien le ofrecía, que todo era uno, que los que estábamos apartados de Dios, *como*
ovejas perdidas,[301] fuímos traí/dos, lavados, santificados f. 112 r
y hechos dignos de ser ofrecidos a Dios. No porque nosotros tuviésemos algo digno, mas encorporados en este pastor, siendo ataviados con sus riquezas y rociados con su sangre, somos mirados de Dios por su Cristo. Lo cual dice San Pedro así: *Cristo una vez murió por nosotros, el justo por los injustos, para que nos ofreciese a Dios mortificados en la carne, y vivos en el espíritu.*[302]

Veis, pues, como nuestro Abel ofrece a Dios ofrenda de su manada,[303] que son obedientes cristianos, a los

297 Gen. 4, 4.
298 Io. 10, 11.
299 Hebr. 5, 1.
300 Cf. Lev. 22, 19 ss.
301 1 Petr. 2, 25.
302 1 Petr. 3, 18.
303 Cf. Gen. 4, 4.

cuales mira Dios con amor, porque mira primero a nuestro Abel, agradándose en él y por él sus dones, que somos nosotros. Y así como acullá *vino fuego visible,*[304] así también lo vino acá, en figura de lenguas, el día de Pentecostés.[305] Y esto, después que Cristo subió *a los cielos, para aparecer a la cara de Dios por nosotros,*[306] como dice San Pablo. Del cual miramiento de los ojos de Dios *a la haz de Jesucristo* salió este fuego del Espíritu Santo, que abrasó los dones que este gran pastor y pontífice ofreció al Padre, que son sus discípulos, y todos los creyentes en Él, que son ovejas de su rebaño. Veis aquí, pues, doncella, qué habéis de mirar cada vez que Dios mirare, y será conocer que no sois mirada en vos, ni por vos; porque no tenemos qué sino males, mas sois mirada por Cristo, cuya cara *es llena de gracia,*[307] como dijo Ester. Y tenemos tan cierta esta vista de Dios a nos-
v o/tros por Cristo, si nosotros queremos mirarnos, que así como prometió Dios a Noé que, cuando mucho lloviese, *él miraría su arco,* que puso en las nubes *en señal de amistad* de Él con los hombres para no destruir la tierra por agua,[308] así, y mucho más, mirando Dios a su Hijo puesto en la cruz, extendidos sus brazos a modo de arco, se acuerda de su misericordia, y quita de su riguroso y castigador arco las flechas que ya quería arrojar. Y en lugar de castigo da abrazos, vencido más por este valeroso arco, que es Cristo, a hacer misericordia que movido por nuestros pecados a nos castigar; y puesto que nosotros anduvimos errados y vueltas las espa[l]das a la luz, que es Dios, no queriendo mirarle, mas vivir en tinieblas, somos por este pastor traídos en sus hombros, y por traernos él míranos el Señor, haciendo que lo miremos a él.

[4. *Ni un momento quita Dios sus ojos de nosotros*]

Y tiene tan especial cuidado de nos que ni un momento quita sus ojos de nos, porque no nos per-

304 3 Reg. 18, 38.
305 Cf. Act. 2, 3.
306 Hebr. 9, 24.
307 Esth. 15, 17.
308 Cf. Gen. 9, 16.

damos. ¿De dónde pensáis que vino aquella amorosa palabra que Dios dice al pecador que se arrepiente de sus pecados: *Yo te daré entendimiento, y te enseñaré en el camino que has de andar, y poner sobre ti mis ojos,* sino de aquella amorosa vista con que Dios miró a su Cristo? El cual es la sabiduría que nos enseña y el verdadero camino por donde vamos sin tropiezo; y el verdade/ro pastor, por el cual, en cuanto hombre, f. 113 r somos mirados, y el cual, en cuanto Dios, nos mira, quitándonos los peligros de delante, en los cuales ve que hemos de caer; teniéndonos firmes en los que nos vienen; librándonos en los que por nuestra culpa hemos caído; cuidando lo que nos cumple, aunque nosotros hacemos descuidos; acordándose de nuestro provecho, aunque nosotros nos olvidamos de su servicio; velándonos cuando dormimos; teniéndonos consigo cuando nos querríamos ([m]) apartar; llamándonos cuando huímos; consolándonos cuando venimos; y teniendo en todo y por todo un tan vigilante y amoroso mirar con nosotros, que todo, y en todo tiempo, nos lo ordena a nuestro provecho.

¿Qué diremos a tantas mercedes, sino hacer gracias a aquel verdadero pastor que, porque sus ovejas no muriesen de hambre, ni anduviesen lejos de los ojos de Dios, ofreció su cara a tantas deshonras, para que, mirándola el Padre tan afligida, sin culpa, mirase a los culpados con ojos de misericordia, y para que traigamos nosotros en el corazón y en la boca: *Mira, Señor, en la faz de tu Cristo,*[310] probando por experiencia que muy mejor *nos oye* el Señor *y nos ve, y nos inclina oreja,* que nosotros a Él?/. v

310 Ps. 31, 8.
m querríamos] a *add.*

[IV. ET OBLIVISCERE POPULUM TUUM]

CUARTA PALABRA. COMO HEMOS DE *OLVIDAR NUESTRO PUEBLO*

PARA declaración de lo cual es de notar, que todos los son repartidos en dos bandos, o ciudades diversas; una de malos, y otra de buenos. Las cuales ciudades no son distintas por diversidad de lugares, pues los ciudadanos de una y otra viven juntos y aún dentro de una casa, mas por diversidad de afecciones. Porque, según dice San Augustín, dos amores hicieron a dos ciudades. El amor de sí mismo, hasta despreciar a Dios, hizo la ciudad *terrenal;* el amor de Dios, hasta despreciar a sí mismo, hizo la ciudad *celestial.* La primera ensálzase en sí misma, la segunda, no en sí, mas en Dios. La primera quiere ser honrada de los hombres; la segunda, tiene por honra tener la conciencia limpia delante los ojos de Dios. La primera ensalza su cabeza en su honra; la segunda dice a Dios: *Tú eres mi gloria, y el que alzas mi cabeza.*[311] La primera es deseosa de mandar y señorear; en la segunda sírvense unos a otros por caridad: los mayores apro-
f. 114 r vechan/do a los menores, y los menores obedeciendo a sus mayores. La primera atribuye la fortaleza a sus poderosos y gloríase en ellos; la segunda dice a Dios: *Ámete yo, Señor, fortaleza mía.*[312] En la primera los sabios de ella buscan los bienes criados; o *si conocieron al Criador no lo honraron como a criador, mas tornáronse vanos en sus pensamientos y diciendo: somos sabios, tornáronse necios;*[313] mas en la segunda ninguna otra sabiduría hay sino el verdadero servicio de Dios, y espera por galardón honrar al mismo Dios en compañía de los santos hombres y ángeles, *para que sea Dios todas las cosas en todos.*[314] De la primera ciudad son vecinos todos los pecadores; de la segunda todos los justos. Y porque todos los que de Adán des-

311 Ps. 3, 4.
312 Ps. 17, 2.
313 Rom. 1, 21-22.
314 1 Cor. 15, 28.

cienden, sacando el Hijo de Dios y su bendita Madre son pecadores, aun en siendo engendrados, por tanto todos somos naturalmente ciudadanos de aquesta ciudad, de la cual Cristo nos saca por gracia para hacernos de la suya.

[1. *Los diversos nombres que se dan al mundo, nuestro pueblo, indican su maldad*]

Esta mala ciudad que es de congregación, no de plazas ni calles, mas de hombres que se aman a sí y presumen de sí, se llama por diversos nombres, que declaran la maldad de ella. Llámase *Egipto,* que quiere decir *tiniebla* o *angustia;* porque los que en esta ciudad viven ca/recen de luz, pues no conocen a Dios. v
Y no lo conocen, porque no le aman; porque según dice San Joan: *el que no ama a Dios, no conoce a Dios; porque Dios es amor.*[315] Y viviendo en tinieblas, no tiene[n] gozo, porque, según decía Tobías: ¿Qué gozo puedo yo tener, pues no veo la lumbre del cielo?[316]

Llámase también *Babilonia,* que quiere decir *confusión,*[317] el cual nombre fué puesto cuando los soberbios quisieron edificar una torre que llegase hasta el cielo, para defenderse de la ira de Dios, si quisiese otra vez destruir el mundo por agua, y para hacer un tal edificio, por el cual fuesen nombrados en el mundo. Mas impidió su locura el Señor de esta manera, que les confundió el lenguaje, que antes era uno, en muchos lenguajes, para que así no se entendiesen unos a otros. De lo cual nacían rencillas, pensando cada uno que hacía el otro burla de él, diciendo uno y respondiendo otro. Y así el fin de la soberbia fué *confusión* y rencilla, y división. Muy propiamente compete este nombre a la ciudad de los malos, pues quieren pecar y no ser castigados. Y no quieren huir los castigos de Dios, evitando el ofenderle, mas, si pudie-

315 1 Io. 4, 8.
316 Tob. 5, 12.
317 Cf. Gen. 11, 9.

sen por fuerza o por maña pecar, y no ser castigados, lo intentarían. Son soberbios, y todo su fin es que se nombre su nombre en la tierra. Hacen torres de obras
f. 115 r vanas, si pueden, y/si no, a lo menos en los pensamientos. Los cuales destruídos al mejor favor que ellos están, según está escripto: *A los soberbios resiste y a los humildes da gracia,*[318] y porque no quisieron vivir en unidad de lenguaje, *dando la obediencia a Dios,*[319] son castigados en que ni ellos se entiendan a sí mismos, ni entiendan a Dios, ni se entiendan unos a otros, ni entiendan cosa criada; pues, faltándoles la sabiduría de Dios, ninguna cosa entienden como se debe de entender para su provecho. ¡Cuántas cosas pasan en el corazón de los malos que los sacan de tiento, y no saben cómo remediarse! Ya pide uno con deseo una cosa y otra, y a las veces contraria; ya hacen, ya deshacen; lloran y alégranse; ya quieren desesperar, ya se ensalzan vanamente; buscan con mucha diligencia una cosa, y, después de habella alcanzado, pésales por haberla alcanzado; desean una cosa y hacen otra, siendo regidos, no por razón, mas por pasión. Y de aquí es que como el hombre sea *animal racional,* cuya principal parte es la ánima, que ha de vivir según razón, y éstos viven según apetito, no se conocen ni entienden, pues viven vida bestial, que es vida de cuerpos, y no racional, que es propria vida de hombres. De lo cual nace que, como Dios sea espíritu y haya de ser amado y conocido no de nuestro cuerpo, mas de
v nuestro espíritu, estos/tales no le conocen, porque su vida es al contrario de Él. Y como la unión de los prójimos nace de la unión de sí mismos, y de la unión de sí con Dios, estos ciudadanos, divididos en sí y divididos de Dios, no pueden tener buena y duradera paz unos con otros; mas antes de sus hablas y obras y juntas nacen rencillas, viviendo cada uno a su proprio querer, sin curar de agradar al otro, y sintiendo cada uno a su injuria, sin curar de sufrirse unos a otros. Estos son los que no entienden a qué fin fueron criados, ni cómo han de usar de las criaturas, ni temen infierno, ni desean el cielo; mas todas las cosas las

318 Iac. 4, 6.
319 Cf. Iac. 4, 7.

quieren para sí, haciéndose fin de todas ellas. Con mucha razón, pues, son llamados *Babilonia* los que todos andan en ceguedad, sin usar de sí ni de otra cosa conforme al querer del Criador.

Llámanse también *caldeos,* llámanse *Sodoma,* llámanse *Edón,* con otros mil nombres que representan la maldad de este pueblo, y todos aun no pueden declarar la malicia de él. Este es el pueblo del cual manda Dios salir a Lot,[320] porque no le comprehenda el castigo que de Dios viene sobre él, y le es mandado que se salve en el monte, que es la alteza de la fe y buena vida. Este es el pueblo del cual manda Dios que salga a Israel, para caminar a la tierra de promisión,[321] que es figura del cielo. Este es el pueblo del cual mandó Dios/primero a Abraham que se saliese, f. 116 r
cuando le dijo: *Sal de tu tierra, y de tu tierra, y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y ven a la tierra que te mostraré.*[322] Este es el pueblo del cual dice Dios por San Pablo a los que quieren ser suyos: *No queráis tener compañía con los infieles. Porque ¿qué compañía puede tener la maldad con la bondad, o la luz con las tinieblas? ¿Qué junta puede haber en ti, Cristo, y Belial o entre el fiel y el infiel? ¿Qué convención hay entre el pueblo de Dios con los ídolos? Porque vosotros sois templos de Dios vivo, como dice el Señor: Yo moraré en ellos, y andaré entre ellos, y seré Dios de ellos, y ellos me serán pueblo. Por lo cual salid del medio de ellos y apartaos, dice el Señor, de ellos.*[323] Todo esto dice San Pablo.

De las cuales cosas veréis claro con cuánta razón se os dice de parte de Dios: *Olvida tu pueblo, y la casa de tu padre;* porque no os recibirá el Señor por suya, si no os extrañáis a este pueblo.

No es cosa segura estar debajo de una casa, la cual sin duda se ha de caer y tomar a cuantos debajo estuvieren, y no agradeceremos poco a quien de tal peligro nos avisase. Pues sabed muy de cierto que vendrá día en que se cumpla aquella visión que vió

320 Cf. Gen. 19, 17.
321 Cf. Gen. 17, 8.
322 Gen. 12, 1.
323 2 Cor. 6, 14-17.

San Joan cuando dijo: *Vi otro ángel que descendió del*
v *cielo, que tenía gran poder, y que tenía la/tierra alumbrada con su gloria. Y él clamó con su fortaleza y dijo: Caído ha, caído ha Babilonia la grande, y hecha es morada de demonios, y casa de todo espíritu sucio, y de toda ave sucia y horrible.*[324] Y abajo dice: *Tomó un ángel una piedra grande, como de molino, y echóla en la mar, diciendo: Con este ímpetu será echada la gran Babilonia en la mar, y no será más hallada.*[325] Y, porque no se descuiden los que desean salvarse, pensando que, teniendo compañía con los malos, no les comprehenderán sus azotes, dice el mismo San Joan que oyó otra voz del cielo que decía: *Salid de ella, pueblo mío, y no seáis participantes en sus delitos, y no recibáis de sus plagas, porque llegado han sus pecados al cielo, y acordado se ha el Señor de las maldades de ella.*[326]

[2. *¿Qué quiere decir "salir del mundo"?*]

Sobre lo cual dice San Augustín que este *salir del medio de Babilonia* no quiere decir ir con el cuerpo de entre los malos, mas con el ánima, porque en una misma ciudad y en una misma casa está Jerusalén y Babilonia, juntas cuanto al cuerpo, mas, si miramos a los corazones, muy apartados están. Y en uno es conocida Jerusalén, ciudad de Dios, y en otro Babilonia, ciudad de los malos. *Olvidad, pues, vuestro pueblo,* y salid al pueblo de Cristo, sabiendo que no podéis comenzar vida nueva, si no salís de la vida vieja.
f. 117 r Acordaos de lo ([n]) que dijo San Pablo, que *pa/ra santificarle a su pueblo por su sangre, padeció muerte fuera de la puerta de Jerusalén, y pues así es, salgamos a él fuera de los reales, imitándole en su deshonra.*[327] Esto dice San Pablo, amonestándonos que por eso *Cristo padeció fuera de la ciudad,* para darnos a en-

324 Apoc. 18, 1-2.
325 Apoc. 18, 21.
326 Apoc. 18, 4-5.
327 Hebr. 13, 12.
n lo] los

tender que, si le queremos seguir, hemos de salir de esta ciudad, que hemos dicho, que es congregación de los que se aman a sí. Bien pudiera Cristo curar el ciego en Betsaida,[328] y más quiso sacarle de ella y así darle la vista, para darnos a entender que fuera de la vida común, que siguen los muchos, hemos de ser curados de Cristo, siguiendo el camino estrecho, por el cual dice la misma verdad que andan pocos.[329] No os engañe nadie; que no quiere Cristo a los que quieren cumplir con Él y con el mundo. Y por su bendita boca prometió que *ninguno pudiese servir a dos señores.*[330]

Por tanto, si queréis que Él se acuerde de vos, *olvidad vuestro pueblo*. Si queréis que os ame, no os améis vos. Si queréis que Él cuide de vos, no estéis estribada en vuestro cuidado. Si queréis que os mire con amor, no os miréis complaciendo a vos. Si queréis estar arrimada a Él, desarrimaos de vos. Y si queréis agradarle, no temáis desagradar al universo mundo por Él. Y si deseáis hallarle, no dudéis perder padre y madre, y hermanos y casa, y aun vuestra propria vida, por Él.[331] No porque/conviene aborrecer estas cosas, mas porque con- v
viene mirar tan de verdad, y con todo vuestro corazón, a Cristo, que no torzáis en un solo cabello de agradar a Él por agradar a criatura alguna, por amada que sea, ni aun por vos misma. San Pablo predica que *los que tienen mujeres las tengan como si no las tuviesen, y los que compran como si no poseyesen, y los que venden como si no vendiesen, y los que lloran como si no llorasen, y los que se gozan como si no gozasen;*[332] y la causa es lo que añade, diciendo. *Porque se pasa presto la figura de este mundo*. Pues así os digo, doncella, que lo uno, porque presto se pasa, y lo otro, porque ya no sois vuestra, así tened padres y hermanos, parientes y casa y pueblo, como si no los tuviésedes, no para no reverenciarlos y amarlos, pues la gracia no destruye la orden de naturaleza, y aún en el mismo cielo ha de haber reverencia de hijo a padre; mas para que no os ocupen el corazón y estor-

328 Cf. Mc. 8, 25.
329 Cf. Mt. 7, 14.
330 Mt. 6, 24.
331 Cf. Mc. 10, 10-20.
332 1 Cor. 7, 29-31.

ben el servicio de Dios. Amaldos en Cristo, no en ellos, que no os los dió Cristo para que os sean estorbo a lo que tanto debéis siempre hacer, mas para que os sean ayuda. San Hierónimo cuenta de una doncella, que estaba tan mortificada a la afeción del parentesco, que a su propria hermana, aunque era doncella, no curaba de verla, contentándose con amarla por Dios.

f. 118 r Creedme que/así como en un pergamino no pueden escribir, si no está muy raído, quitado de la carne, así no está el ánima aparejada para que el Señor escriba sus gracias en ella, hasta que estén en ella estas afecciones, que nacen de carne, muy muertas. Leemos en los tiempos pasados que pusieron el arca de Dios en un carro, para que la llevasen dos vacas paridas, cuyos becerros quedaban en cierta parte encerrados, y aunque las vacas *daban gemidos* por sus hijos, mas nunca dejaron su camino real, ni tornaron atrás, *ni se apartaron,* dice la Escriptura, *a la mano derecha ni a la izquierda,*[333] mas por el querer de Dios que así le hacía, llevaban su arca hasta la tierra de Jerusalén, que era el lugar donde Dios moraba. Los que se han puesto encima de sus hombros la cruz de Jesucristo nuestro Señor, que es arca donde Él está y se halla muy de verdad, no deben dejar ni tardar su camino por estas afecciones naturales de amor de padres e hijos, y casa, y semejables cosas. Ni deben gozarse livianamente con las prosperidades de ellos, ni penarse por sus adversidades. Porque lo primero es apartarse del camino de la mano derecha, y el segundo, a la izquierda; mas proseguir en fervor su camino, encomendando al Señor que guíe a su gloria lo uno y lo otro. Y estar tan muertos a estas cosas, como si
v no les tocasen,/o a lo menos, si esto no pueden, no dejarse vencer de la tristeza o del gozo por lo que a ellos toca, aunque algo lo sientan; lo cual fué figurado en las vacas que, aunque *daban bramidos* por sus hijos, no por eso dejaban de llevar el arca de Dios. E si los padres ven que sus hijos quieren de alguna manera servir a Dios que a ellos no es apacible, deben de

333 Cf. 1 Reg. 6, 10-12.

mirar lo que Dios quiere. Y, aunque giman con amor de los hijos, deben vencerse con el amor de Dios, ofreciendo sus hijos a Dios, y serán semejables a Abraham, que quería matar a su unigénito hijo por la obediencia de Dios,[334] no curando de lo que su sensualidad deseaba. Y el dolor natural que en estos trances se pasa, débese sufrir con paciencia, el cual aún no irá sin galardón, pues que el Señor ordenó el dicho amor, y por amor de él se vencen como quien padece martirio. *Olvidad,* pues, *vuestro pueblo,* doncella, y sed como otro Melquisedec, del cual *no se cuenta padre ni madre ni linaje alguno.*[335] En lo cual, como San Bernardo dice, se da ejemplo a los siervos de Dios, que han de tener tan olvidado su pueblo y parientes, que sean de su corazón como este Melquisedec solos y extranjeros en este mundo, sin tener cosa que les retarde su apresurado caminar, que caminan a Dios.

[3. *La vanidad de la nobleza del linaje*]

No querría que os cegase a vos la vanidad que/a muchos ciega, presumiendo de su linaje carnal. Y, por tanto, quiéroos decir lo que a una doncella San Hirónimo dice: "No quiero que mires aquellas que son doncellas del mundo y no de Cristo, las cuales, no acordándose de su propósito comenzado, se gozan en sus deleites, y se deleitan en sus vanidades y glorias en el cuerpo, en la origen de su linaje, las cuales, si se tuviesen por hijas de Dios, nunca después del nacimiento divino, ternían en algo la nobleza del cuerpo; y si sintiesen a Dios ser padre, no amarían la nobleza de la carne. ¿Para qué te glorías con nobleza de tu linaje? Un hombre[336] y una mujer[337] hizo Dios en el principio del mundo, de los (o) cuales descendió la muchedumbre del género humano. La nobleza del linaje f. 119 r

334 Cf. Gen. 22, 9-10.
335 Cf. Hebr. 7, 3.
336 Cf. Gen. 2, 7.
337 Cf. Gen. 2, 22.
o los] las

no la da la igualdad de naturaleza, mas la ambición de la codicia; y ninguna diferencia puede haber entre aquellos a los cuales el segundo nacimiento engendró, por el cual así el rico como el pobre, el libre y el esclavo, es de linaje, y sin él no son hechos hijos de Dios. Y el linaje de carne terrena es oscurecido con el resplandor de la celestial honra. Y en ninguna manera ya parece, pues que los que eran antes desiguales por honras del mundo son igualmente vestidos con nobleza de honra celestial y divina. Ningún lugar hay ya allí de linaje
v bajo, y ninguno de aquéllos es sin/linaje, a los cuales el alteza del nacimiento divino los hermosea. Y, si lo hay, en el pensamiento de aquellos que no tienen en más las cosas celestiales que las humanas. O, si las tienen, cuán vanamente lo hacen en tenerse en más que aquellos por cosas menores, los cuales conocen serles iguales en las cosas mayores, y estiman a los otros como a hombres puestos en tierra debajo de sí, los cuales creen que son sus iguales en las cosas del cielo. Mas, tú, quienquiera que eres, doncella de Cristo y no del siglo, huye toda gloria de la vida presente, para que alcances todo lo que se promete en el siglo, que está por venir." Todo esto dice San Hierónimo. De lo cual podréis ver cuánto os conviene olvidar vuestro pueblo y casa de padre, sabiendo que lo que de los padres de carne traéis es ser concebida en pecado y llena de muchas miserias, y nacida en ira de Dios por el primer pecado de Adán, que, mediante nuestra concepción, heredamos. Un cuerpecillo nos dieron nuestros padres, y tan vergonzosamente engendrado que es asco pensarlo, y decirlo, y es tal este cuerpo que mancha el ánima, que Dios cría limpia y la infunde en él. Como cuando un limpio da una manzana limpia en las manos de un leproso, que con sólo tomarla la ensucia. Un cuerpo nos dieron, lleno de
f. 120 r mil necesidades y flaquezas, y proprio para/hacer penitencia en sufrirlo. Un cuerpo, que, si un solo cuerezuelo le quitasen de encima, los muy hermosos serían abominables. Un cuerpo, que, mirándolo por defuera blanco, y considerando las cosas que dentro en sí encierra, no diréis sino que es un vil muladar, cubierto de nieve. Un cuerpo, que pluguiera a Dios que no hubiera más en él que ser trabajoso y vergonzoso; mas esto es lo

menos, porque es el mayor enemigo que tenemos, y el
mayor traidor que nunca se vió, que anda buscando la
muerte, y muerte eterna, a quien le da de comer, y
todo lo que ha menester. Un cuerpo, que para haber
él un poco de placer, no tiene en nada dar enojos a
Dios y echar el ánima en el infierno. Un cuerpo, pere-
zoso como asno y malicioso más que mula; y si no,
probá a dejarlo sin freno, que ande él como quisiere,
y descuidaos un poco de guardaros de él, entonces ve-
réis lo que tiene.

¡Oh vanidad para burlar de los que de linaje pre-
sumen!, pues que todas las ánimas Dios las cría, que
no se heredan, y la carne que se hereda, es cosa para
haber vergüenza y temor. Digan los tales lo que Dios
dijo a Esaías: Da voces. *¿Y qué diré a voces?,* dijo
Esaías. Respondió el Señor. *Que toda carne es feno,
y toda su gloria como la florecilla del campo.*[338] Voces
manda dar Dios, y aún no las oyen los sordos, los
cuales más se quieren gloriar de la suciedad, que de
la carne trajeron, que en la alteza que por el Espíritu
Santo les es concedida./No seáis ciega, esposa de Cris- v
to, ni desagradecida. La estima en que Dios os tiene
no es por vuestro linaje, mas por ser cristiana; no por
nacer en sala entoldada, mas por tornar a nacer en
el santo baptismo. El primer nacimiento es deshonra,
el segundo es honra. El primero, de desnobleza; el se-
gundo, de nobleza. El primero, de pecado; el segun-
do de justificación de pecados. El primero, de *carne
que mata;*[339] el segundo, de espíritu que aviva. Por
el primero somos hijos de hombres; por el segundo,
hijos de Dios. Por el primero, aunque somos herede-
ros de nuestros padres, cuanto a su hacienda, somos
herederos cuanto a ser pecadores y llenos de mu-
chos trabajos; mas por el segundo somos hechos her-
manos de Cristo, y juntamente herederos del cielo con
él:[340] de presente recebimos el Espíritu Santo y espe-
ramos ver a Dios cara a cara.

Pues, ¿qué os parece que dirá Dios al que se pre-
cia más ser nacido de hombres, para ser pecador y

338 Is. 40, 6.
339 Cf. Io. 6, 64.
340 Cf. Rom. 8, 17.

miserable, que por ser nacido de Dios, para ser justo y después bienaventurado? Éstos son semejables a uno que fuese engendrado de un rey en una muy fea esclava, y se preciase él de ser hijo de ella, y la trajese mucho en la boca, y no mirase ni se acordase ser hijo del rey.

Olvidad, pues, *vuestro pueblo,* para que seáis del pueblo de Dios. El pueblo malo, ése es el vuestro, y
f. 121 r por eso/dice: *Olvida tu pueblo,* porque de vos no sois sino pecadora y muy vil, mas, si os sacudís de eso que es vuestro, recebiros ha el Señor en lo que es suyo, en su nobleza, en su justificación, en su amor. Mas, mientra tuviéredes, no recebiréis. Desnuda os quiere Cristo, porque Él os quiere dotar, que tiene con qué. Porque de vos, ¿qué tenéis sino deudas? *Olvidad vuestro pueblo,* que es ser pecadora, extrañándoos a los pecados pasados, y no viviendo según mundo. *Olvidad vuestro pueblo,* olvidando vuestro linaje. *Olvidad vuestro pueblo,* haciendo cuenta que estáis en un desierto sola con Dios. *Olvidad,* pues, *vuestro pueblo,* pues tantas razones y tan suficientes veis para lo hacer.

[V. ET DOMUM PATRIS TUI]

QUINTA PALABRA. COMO HEMOS DE *OLVIDAR LA* (p) *CASA DE NUESTRO PADRE* PARA HALLAR LA DE DIOS

[1. *El padre de nuestra casa es el demonio*]

SÍGUESE otra palabra que dice: *Olvida la casa de tu padre.* Este padre el demonio es; porque, según dice San Joan, *el que hace pecado, del diablo precede, porque el diablo pecó desde el principio.*[341] No porque él crió o engendró a los malos, mas porque imitan sus obras. Y de aquél se dice ser uno hijo, según el santo Evangelio, cuyas obras imita.[342]

341 1 Io. 3, 8.
342 Cf. Io. 8, 39.
p la] las

Este padre/malaventurado vive en el mundo, y quiere decir en los malos, según se escribe de él en Job: *En la sombra duerme, y en lo secreto de la caña, y en los lugares húmidos.*[343] *Sombra* son las riquezas, porque no dando el descanso que prometen, mas punzando el corazón con sus congojas, como con espinas, experimenta el que las tiene que no son riquezas, mas sombra de ellas, y verdadera necesidad, y que ninguna cosa son menos de lo que suena su nombre. *Caña* es la gloria de este mundo, que cuando de fuera mayor parece, tanto de dentro está más vacía, y aún lo que de fuera parece es tan mudable que con razón se llama caña, que a todo viento se mueve. *Lugares húmidos* son las almas relajadas con los carnales deleites, que corren tras ellos, sin detenencia, contrarias a aquellas de las cuales dice el santo Evangelio que *se salen del espíritu sucio del hombre donde estaban, y va a buscar donde entrar, y anda por los lugares secos, buscando holganza, y no la halla,*[344] porque en las ánimas ajenas de estos carnales deseos no halla el demonio posada, mas en las codicias, honras y deleites es su aposento. Por lo cual dice *el príncipe de este mundo,*[345] y regidor y señor de él, no porque él lo haya criado, mas porque los malos, que son/de Dios por creación, quieren sujetarse al demonio, conformándose con su voluntad para que así sean también conformes con él en la infernal pena como les será crudamente dicho el día postrero, por boca de Cristo: *Id, malditos, al fuego eterno, que está aparejado al diablo y a sus ángeles.*[346]

v / f. 122 r

[2. *Nuestra casa es la propia voluntad*]

Y si bien consideramos cuál sea esta *casa del demonio,* hallamos que no es otra sino la propria y mala voluntad de los malos, en la cual se asienta el demonio como rey en silla, mandando desde allí a todo el hombre, pues tiene lo principal de él. *Olvidar,* pues, *la casa*

343 Iob 40, 16.
344 Cf. Mt. 12, 43.
345 Io. 12, 31.
346 Mt. 25, 41.

de vuestro padre no es otra cosa sino olvidar y quitar la voluntad propria, en la cual algún tiempo aposentamos a este mal padre, y abrazar con entero corazón la divina diciendo: *no mi voluntad, Señor, sino la tuya sea hecha.*[347] El cual amonestamiento es de los más provechosos que se nos pueden hacer; porque, quitada nuestra voluntad, quitaremos los pecados que nacen de ella, como ramos de raíz. Lo cual denota San Pablo, contando muchedumbre de pecados que en los días postreros había de haber. Primero dice *que serán los hombres amadores de sí mismos,*[348] dando a entender, como dice la glosa, que este amor de sí, es raíz y cabeza de todos los pecados, el cual quitado, queda el hombre en su sujeción de Dios, de la cual le viene su bien. Item, la causa de nuestros desabrimientos, tristezas, trabajos, v no es otra sino nues/tra voluntad, la cual querríamos que se cumpliese. Y, porque no se cumple, tomamos pena; mas este yerro quitado, ¿qué cosa puede venir que nos pene? Pues no nace la tristeza de venir el trabajo, mas de no querer que nos venga.

Y no sólo se quitan las penas de acá, mas del otro mundo, porque, como San Bernardo dice, cese la voluntad propria y no habrá infierno; mas así como es la cosa más provechosa de todas negar nuestra voluntad, así es la cosa más trabajosa que hay; y aun por mucho que trabajemos no saldremos con ello, si aquel Señor que mandó *quitar la piedra* de la sepultura de Lázaro muerto,[349] no quita esta dureza que tiene muertos a los que debajo toma. Y, si no mata a este fuerte Goliat, que no hay quien le pueda vencer si no el que es invencible. Mas, aunque nosotros no podamos librar nuestro cuello de estas cadenas, no por eso debemos dejar de esforzarnos, según las fuerzas que el Señor nos diere, llamándole con corazón, y considerando los males que de seguirla nos vienen, y los bienes que de no seguirla. Item, los santos ejemplos de Cristo, el cual dice de sí: *Descendí del cielo, no para hacer mi voluntad, mas la de aquel que me envió.*[350] Y esto no en cosas de poca im-

347 Lc. 22, 42.
348 2 Tim. 3, 2.
349 Cf. Io. 11, 39.
350 Io. 6, 38.

portancia, como algunos hacen, mas en las cosas de afrenta y que llegan, como dicen, al ánima. Tal era el pade/cer Cristo pasión por nosotros, mas en ella se f. 123 r
conformó con la voluntad de su Padre, echando de sí la voluntad de su carne, que era no padecer, para darnos ejemplo, que ninguna cosa nos debe ser tan amada, que, por él, no la abracemos.

Y si todas las cosas que consideramos no nos movieren a olvidar este pueblo y casa de nuestro padre, a lo menos muévanos lo que tanta razón es que nos mueva, conviene a saber, la palabra que tras ésta se sigue, como para dar esfuerzo a cumplir las pasadas, la cual dice así: *Y codiciará al rey tu hermosura.*

[VI. ET CONCUPISCET REX DECOREM TUUM]

QUE TAL HA DE SER NUESTRA ALMA, PARA QUE EL SEÑOR *CODICIE SU HERMOSURA*

Cosa es de maravillar que haya hermosura en la criatura que pueda atraer a los benditos ojos de Dios para ser de Él codiciada. Dichosa cosa es enamorarse el ánima de la hermosura de Dios; mas ni es de maravillar que la fea ame al todo hermoso, ni es de tener en mucho que la criatura mire a su Criador. Mas enamorarse y aplacer a Dios en su criatura, esto es de maravillar y agradecer, y da a ella inefable causa/de v
gloriarse y gozarse. Si es grande honra ser cautiva una ánima del Señor, ¿qué será tener ella a Él cautivo de amor? Si es gran riqueza no tener corazón por dársele a Dios, ¿qué será tener por nuestro el corazón del Señor?, el cual da Él a quien da su amor. Y tras el corazón, da a todo si, porque de quien es nuestro corazón, de aquél somos. Sin duda grandes y muchos son los bienes que la infinita bondad da a los hombres, mas, como no haciendo caso de todos ellos, dice Job a Dios: Señor, *¿qué cosa es el hombre, porque le engrandeces y pones en él tu corazón?*[351] Dando a enten-

351 Iob 7, 17.

der que, pues por dar Dios el corazón, se da a Él, tanta diferencia va de dar otras dádivas a dar el corazón por amor, cuanto va de Dios a criaturas. Y, si por las otras dádivas le debemos gracias, la principal causa es porque nos las da con amor, y si en ellas nos debemos gozar, mucho más por hallar gracia en los altísimos ojos de Dios. Ésta es la verdadera honra nuestra, de la cual nos podemos gloriar, no de que amamos nosotros a Él, porque maldito es quien hace caso de sí, ensalzándose en las obras que hace, mas de que un tan alto rey, a quien adoran todos los ángeles, quiere por su sola bondad amar cosas tan bajas como somos nosotros.

Mirad, pues, doncella, si es razón *de oír y ver, e*
f. 124 r *inclinar a Dios nuestra ore/ja,* pues el galardón de ello es que *codicie Dios nuestra hermosura.* Verdaderamente, aunque las palabras que manda fueron muy recias, se tornarán livianas con tales promesas, cuanto más siendo cosa tan poca lo que nos pide.

[1. *Esta hermosura no es la del cuerpo*]

Mas diréis: ¿De dónde viene al ánima tener hermosura, pues que es pecadora, y de los pecadores se escribe que *es denegrida su cara más que carbones?*[352] Si este Señor buscase hermosura de cuerpo, no es de maravillar que la hallase, pues Él lo crió; y así, como Él es hermoso, crió todas las cosas hermosas, para que así fuesen algún pequeñuelo rastro de su hermosura inefable, comparada a la cual, toda hermosura es fealdad. Mas sabemos que dice David, hablando de la esposa de este gran rey, *que toda su hermosura consiste en lo de dentro,* [353] que es el ánima. Y esto con mucha razón, porque la hermosura del cuerpo es muy poca cosa, y puede estar en quien tenga muy fea su ánima. ¿Pues qué aprovecha ser fea en lo más, y hermosa en lo (q) que es casi nada? ¿Qué aprovecha la hermosura en lo que los hombres pueden mirar, y fealdad en lo que Dios mira? De fuera ángel, y de dentro diablo.

352 Thren. 4. 8.
353 Ps. 44, 14.
q lo] los

[a) La hermosura corporal es peligrosa al que la tiene]

Y no sólo esta hermosura no aprovecha para ser el ánima amada de Dios, mas aún por la mayor parte es ocasión para ser desamada. Porque, así como la espiritual hermosura da seso y sabiduría, así la hermosura del cuerpo la suele/quitar. No tienen pequeña gue- v
rra la castidad, la humildad, recogimiento, de una parte, contra la hermosura corporal, de otra. Y a muchos les fuera mejor extrema fealdad en la cara, para no tener con quién pelear, que gran hermosura y gran liviandad, con que fueron vencidas. No por pequeño mal dice Dios a tal ánima: *Perdiste la sabiduría entre tu hermosura.*[354] Y en otra parte dice: *Heciste abominable tu hermosura.*[355] Y dice esto, porque, cuando con la hermosura del cuerpo se juntan fealdades en las costumbres, es abominable la tal hermosura, y tornada en fealdad verdadera.

Bien veo yo que si las ánimas de los que miran las cosas hermosas, y de las que son hermosas, fuesen puros en buscar a Dios solo en las criaturas cuanto ellas fuesen más hermosas, tanto más claro espejo serían de la hermosura de Dios; mas, ¿adónde está agora quien no llore lo que San Augustín lloraba cuando decía: "Andaba hermosa, para tanto más guardarse limpia en el ánima, cuanta más hermosura ve en su cuerpo"? Naturalmente huímos más de ensuciarnos cuando estamos limpios, que cuando no. Y hacen al contrario de esto muchas personas que, siendo feas, no pecarían tanto, y de la misma limpieza toman ocasión a ensuciarse. Y de éstas dice la Escritura: *Como manilla de oro en el hocico del puerco, así es la mujer her/mosa, que es* f. 125 r
loca.[356] Muy poca honra cataría el puerco al oro que en su hocico tuviese, y no dejaría, por mucho que resplandeciese, de ensuciarlo y meterlo en el hediondo cieno; así es la mujer loca, que emplea su hermosura,

354 Ez. 28, 17.
355 Ez. 16, 25.
356 Prov. 11, 22.

sin algún asco, en mil vanidades, hediondeces, ya de cuerpo ya de ánima.

[b) Puede ser dañosa a los demás]

Pues si la hermosura no ayuda, antes desayuda a guardar la limpieza de la propria ánima, ¿qué pensáis que hace en las ánimas de quien lo mira? ¡Cuán buena cosa sería no tener ellos ojos para mirar, ni ellas pies para andar, ni manos para hermosear, ni gana para ser vista! ¿Qué dirán estas miserables hermosas al parecer, y feas, según la verdad, cuando les falte la hermosura del cuerpo, para lo cual tanto trabajaron, y se tornen tan hediondos sus cuerpos en las sepulturas cuan hediondas andaban sus ánimas debajo de los cuerpos hermosos, y sean así presentadas desnudas de bienes delante los ojos de aquel, al cual no curaron parecer bien, y sean avergonzadas de sus secretas maldades probando por experiencia, que vino el día en que, como Dios había prometido, *echó a perder el nombre de los ídolos de la tierra?*[357] *Ídolo* es la mujer vana y hermosa, que quiere contrahacer a Dios verdadero, pintándose como Dios no la pintó, y queriendo que los corazones de los hombres se ocupen de ellas, y haciendo para ello todo
v lo/que pueden y deseando lo que no pueden. Los nombres muy mentados de éstas destruirlos ha Dios, para que sepan que no aprovechó ser mentadas en las bocas de los hombres, si están raídas del libro de Dios.

De esta hermosura os amonesto, esposa de Cristo, que ni aun os acordéis de ella, porque, si las mujeres vanas se pasan como quiera donde no las ve hombre, y guardan su hermosura para cuando las mire alguna muchedumbre del pueblo, o algún alto príncipe, ¿por qué la esposa de Cristo no hará otro tanto, esperando aquel día, cuando ha de ser vista de todos los hombres y todos los ángeles, y del Señor de hombres y ángeles, cuando parecerá mejor la cara llorosa que la risueña, y la saya baja que la preciosa, y la virtud que la hermosura? Mas, no penséis que os basta tener vues-

357 Zach. 13, 2.

tro corazón limpio de esta vanidad, mas conviéneos mucho mirar y remirar, no seáis causa que a quien os mirare se le aparte el corazón de Dios ni un solo punto.

Las vanas doncellas del mundo desean bien parecer a los hombres, mas la de Cristo ninguna cosa debe tanto huir ni temer, porque no puede ser peor locura que desear el peligro ajeno y suyo. Acordaos de lo que San Hierónimo dice a una doncella: "Guárdate que no des alguna ocasión de deseo malo, porque tu esposo es celoso, y peor será adulterar contra Cristo que contra el mari/do." Y en otra parte dice: "Acuérdate que te f. 126 r
he dicho que eres hecha sacrificio de Dios y el sacrificio da santificación a las otras cosas, y cualquiera que de él dignamente participare se hará participante en la santificación. Pues de esta manera, por tu causa, como por sacrificio divino, se santifiquen las otras, con las cuales así vivas que, cualquiera que tocare tu vida con el mirarte, o con el oírte, sienta en sí la fuerza de la santificación, y deseándote mirar, sea hecho digno de ser sacrificio." Todo esto dice Hierónimo. De lo cual veréis que esta honra tan grande que es ser esposa de Cristo, no anda sola, ni se ha de poseer con descuido, mas así como es el más alto título que decirse puede, así pide mayor cuidado que otro para tenerlo como conviene. No penséis que por no tener marido que sea hombre, ya por eso habéis de vivir ni con un solo punto de descuido; mas sabed que estáis obligada a miraros más y más cuanto vuestro esposo es mayor y más cosas las que os demanda. Con el marido de acá cumple la mujer con no tener tachas muy grandes, mas con el esposo celestial, no. Si no le amáis con todo vuestro corazón y fuerzas, y una palabra y un rato ocioso no pasará sin castigo, es tanto lo que a este Señor se le debe que el no amarlo y reverenciarlo muy mucho/es tacha, y de ella se le debe pedir perdón. v
Y esto no os parezca pesado, porque aun acá, en el mundo, cuanto una mujer alcanza marido más alto está obligada a ser ella mejor. Pues, si podéis, considerad quién es aquel a quien por esposo tomastes, o por mejor decir, quién por esposa os tomó, y veréis que, aunque lo que mandase fuese pequeño, por man-

darlo él no hay mandamiento pequeño ni pecado pequeño.

[c) Ejemplo de la virgen Asela]

Y porque tal dignidad como ésta no la tengáis indignamente, y la honra no se os torne en deshonra, quiero poneros delante un dechado vivo en que os miréis, y del saquéis, que fué una doncella llamada Asela ([q]), de la cual dice San Hierónimo así: "Ninguna cosa había más alegre que su gravedad, ni más grave que su alegría. Ninguna cosa más suave que su tristeza, ni más triste que su suavidad. Y así tenía amarillez en la cara, que, aunque fuese señal de abstinencia, no demostrarse hipocresía. Su palabra callaba, y su callar hablaba; ni muy tardo ni presurado su andar; su hábito, de una misma manera; su limpieza era sin ser procurada; y su vestido, sin curiosidad; y su atavío, sin atavío. Y por la bondad de su vida mereció que en la ciudad de Roma, donde tantas pompas hay, en la cual ser humilde es tenido por miseria, los buenos digan bien de ella, y los malos no osen murmurar de ella. Esta es el
f. 127 r dechado que debéis de mi/rar para lo de fuera, que, para lo de dentro, no hay sino Jesucristo, puesto en la cruz. Al cual tanto más os debéis conformar cuanto tenéis nombre de mayor unión con él, que es casamiento."

Mas mirá, no desmayéis por la mucha santidad que vuestro título pide, temiendo ([r]) más tal estado que gozándoos con él. Cuando oyerdes que os amonestan cosas altas, no debéis derribaros, más esforzaros, porque así como las cargas y mantenimiento del matrimonio no cargan principalmente sobre los hombros de la mujer, mas cumple con guardar bien lo que el marido trae ganado, así no penséis que os tomó el Señor por esposa para dejar sobre vuestros hombros los trabajos de manteneros, pues que ni vos seréis para ello, ni quiere él que la honra de ser vos la que debéis, sea vuestra. Plega a él que sepáis vos darle vuestro corazón y responderle a sus inspiraciones que él os enviará; y que

q. Asecla
r temiendo] teniendo

no ensuciéis con tibieza o con soberbia, o con negligencia, o con indiscretos fervores, el agua limpia que en vuestra ánima él lloverá; que en lo demás, y aun en esto, vuestra ánima ha de reposar en confianza no de vos, mas de vuestro esposo, que sabe vuestra necesidad y puede muy bien manteneros, si vos de vuestra voluntad de su casa no os vais.

[d) El estado de virginidad]

El estado de virginidad que tenéis no se debe tomar livianamente por cualquier breve de/voción que v
venga, ni por no poder hallar casamiento con hombre; mas, como cosa en que mucho va, ha de haber mucho consejo y experiencia, y aparejo para servir a Cristo, y haberlo encomendado a Dios muchos días, y muy de corazón, porque no se guarde negligentemente el estado que livianamente se tomó.

Mas, cuando es tomado como debe, y por el fin que es razón, debe tener mucha alegría la persona que lo tuviere, porque es estado de incorrupción y estado de fecundidad. Porque, así como la bendita Virgen María, que por su excelente y limpísima virginidad se llama *Virgen de vírgines,* y es amparadora de vírgines, dió fruto y no perdió la flor de su limpieza, así las vírgines, que son de verdad vírgines, tienen fruto en su ánima y entereza en su cuerpo. Porque este celestial esposo, Cristo, no es como los de la tierra que quitan la hermosura e integridad a sus esposas; mas es tan guardador de hermosura y tan amador de limpieza que, como dice santa Inés, "a Él solo guardo mi fe, a Él solo me encomiendo con toda devoción, al cual, cuando amare, soy casta, cuando le tocare, soy limpia, cuando lo recibiere, soy virgen. Ni faltarán hijos de aquestas bodas, en las cuales hay parto sin dolor, y la fecundidad de cada día es acrecentada." Esto dice/san- f. 128 r
ta Inés, como quien probaba la suavidad de este celestial desposado. Porque confusión, y no pequeña, es para la doncella que se llama esposa de Cristo, no gustar más de las condiciones y suavidad de su esposo que si fuera un extranjero. ¡Oh cuántos dolores ahorra la

virginidad, y cuántos cuidados y desasosiegos! Unos, que por fuerza los trae el mismo estado de matrimonio de carne; otros, que de la mala condición del marido suelen nacer. Más acá, los hijos ([s]) son *gozo, caridad y paz,*[358] con otros semejables que cuenta San Pablo; el esposo, bueno, pacífico, rico, sabio y hermoso, y, según la esposa dice en los Cantares, *todo para desear.*[359]

¿No os parece, pues, que hace este rey gran merced a quien toma no sólo para esclava, o sirvienta, más para esposa? ¿No os parece buen trueco, parto con dolor por parto con gozo, hijos de cuidado con hijos de descanso, y que ellos traen consigo la paz y la honra? Por cierto, como San Hierónimo dice, hablando a una madre de una doncella: "No sé por qué tienes por mal que tu hija no quiso ser mujer o esposa de caballero por ser esposa del rey, y que te hizo a ti suegra de Cristo." No resta, pues, doncella, sino que así os alegréis con el estado que el Señor por su sola
v bondad os dió, que ten/gáis cuidado de ser la que debéis, y así temáis de vuestra flaqueza que confiéis en el Señor que acabará en vos lo que ha comenzado; para que así ni la merced fecha os dé alegría liviana, ni el temor de lo mucho que debéis os derribe. Mas entre temor y esperanza caminéis hasta que el temor se quite con el perfeto amor que en el cielo obra, y la esperanza, cuando tengamos presente, y sin temor de perder, aquello que aquí en ausencia esperamos.

[2. *Hermosura del alma*]

Mucho nos hemos apartado de la pregunta que preguntamos: ¿De dónde viene hermosura al ánima, para que Dios la codicie? Y ha sido la causa, porque no pensemos que lo había este rey por la hermosura del cuerpo. Agora tornemos a nuestro propósito.

358 Gal. 5, 22.
359 Cant. 5, 16.
s hijos] ojos

[a) El pecado afea el alma]

Habéis de saber que, para ser una cosa del todo hermosa, cuatro cosas se requieren: la una, *cumplimiento* de todo lo que ha de tener; porque, faltando algo, ya no se puede decir hermosa, como faltando una mano, o pie, o cosa semejante; la segunda, es *proporción* de un miembro con otro, y, si es imagen de otra cosa ha de ser sacada muy al proprio de su dechado; lo tercero, ha de tener viveza *de color;* lo cuarto, *suficiente grandeza,* porque lo pequeño, aunque sea bien proporcionado, no se dice del todo hermoso.

Pues, si consideramos todas estas condiciones en el ánima pecadora, hallaremos que ni una sola de ellas tiene./No *cumplimiento,* porque faltándole la fe, o la f. 129 r
caridad, o dones de Espíritu Santo, los cuales había de tener, no se puede decir hermosa a quien tantas cosas le faltan. No tiene *proporción* entre sí, porque ni obedece la sensualidad a la razón, ni la razón a Dios, mayormente que, siendo el ánima criada a imagen de Dios, como lo es en su ser natural; pues, siendo Dios bueno y el ánima mala, Dios limpio y ella sucia, Dios manso y ella airada, y ansí en lo demás ¿cómo puede haber hermosura en imagen que tan desconforme está a su dechado? Pues lo tercero, que es una luz espiritual de gracia y conocimiento, que avivan la hermosura del ánima como los *colores* al cuerpo, también le falta, porque ella anda en tinieblas, y queda *denegrida más que carbones,*[360] como lo llora Jeremías. Pues menos tiene lo cuarto, pues no hay cosa más poca ni más *chica* que ser pecadora, que es nada. De manera que, faltándole todas las condiciones para ser hermosa, sin duda será fea. Y porque todas las ánimas de los cuerpos que de Adán vienen son criadas, ordinariamente son pecadoras, síguese que todas son feas.

Y esta fealdad de pecado es tan dificultosa, o por mejor decir, es tan imposible de ser quitada por fuerzas de criaturas que todas juntas no pueden hermosear una sola áni/ma fea. Lo cual denota el Señor por Jere- v
mías diciendo: *Si te lavares con salitre, y con abundan-*

360 Thren. 4, 8.

cia de jabón, todavía estás manchada en mi acatamiento;[361] quiere decir: que para quitar esta mancha, ni aprovecha el salitre de reprehensiones de los profetas, ni recios castigos de la Ley Vieja, ni tampoco la blandura de los halagos y prometimientos que Dios entonces hacía. Manchados estaban los hombres entre los castigos y entre las consolaciones, y entre amenazas y promesas. *Porque por las obras de la Ley Vieja ninguno era justificado delante los ojos de Dios,*[362] como dice San Pablo, y por eso no podía haber *hermosura* para ser *codiciada de Dios,* pues no había justificación, que es causa de la hermosura. Y, si en la ley y sacrificios dados por Dios no podía darse hermosura, claro es que menos la habría en la ley de naturaleza, pues no tenía tantos remedios contra el pecado como la de Escriptura.

[b) El Verbo de Dios hermosea nuestra fealdad]

Considerad, pues, qué cosa tan fea, es y cuanto se debe huir la fealdad y mancha del pecado. Pues que, una vez recebida en el ánima, ni pudo lavar con todas las fuerzas humanas ni con tanto derramamiento de sangre que por mandamiento de Dios se ofrecía en su templo. Y si el hermoso Verbo de Dios, dechado de hermosura, no viniera a hermosearnos, para siem-
f. 130 r pre la fealdad, en que por nuestra culpa/incurrimos, nos durara. Mas, viniendo el Cordero sin mancha, pudo y supo y quiso lavar nuestras manchas. Y amando a los feos, destruyóles la fealdad y dióles la hermosura.

Y para que veáis cuán razonablemente el Hijo de Dios, más que el Padre y el Espíritu Santo, convenía que hermosease lo feo, considerad que así como los santos doctores atribuyen al Eterno Padre la eternidad, y al Espíritu Santo el amor, así al Hijo de Dios, en cuanto Dios, se le atribuye la hermosura, porque Él es perfetísimo, sin defeto alguno, y *es imagen del*

361 Ier. 2, 22.
362 Rom. 3, 20.

Padre,[363] tan al proprio que, por ser engendrado del Padre, es semejable del todo al Padre y tiene la mesma esencia del Padre. De manera que *quien a Él ve, ve al Padre,*[364] como Él mismo dice en el santo Evangelio. Pues *proporción* tan igual del Hijo e imagen con el Padre, cuyo es imagen con razón se le atribuye la hermosura pues tan bien es sacado. Esta *luz* no le falta, pues que se llama Verbo, que es cosa engendrada del entendimiento y en el entendimiento, y por eso dice San Joan que era *luz verdadera,* y confesamos que es *Dios de Dios, y lumbre de lumbre.*[365] Pues *grandeza* no le falta, teniendo como tiene su inmensidad infinita, y por eso convino que este hermoso, por quien fuimos hechos hermosos, cuando no erramos, viniese a repararnos después de perdidos. Y se vistiese de carne, para en ella tomar las cargas de nuestra fealdad, y dar en nuestras ánimas la/lindeza de su hermosa. v

Y aunque ni el ser nosotros castigados ni halagados, no nos podía quitar nuestra mancha, fué de tanto valor para nosotros el ser castigado el hermoso que, cayendo sobre sus hombros el recio salitre de su pasión, cayó sobre nosotros el blanco jabón de su blancura. Y aunque Dios dice al pecador: *Aunque tú te laves con salitre e yerba de jabón no serás limpio,* mas, dando a entender que había de enviar remedio para esta mancha, dice en otra parte: *Si fueren vuestros pecados como la grana, serán blanqueados como la nieve. Y si fueren bermejos como sangre con que tiñen carmesí, serán blancos como lana blanca.*[366] Muy bien creía esto David cuando decía: *Rociarme has con hisopo, Señor, y seré limpio, lavarme has y seré emblanquecido más que la nieve.*[367] Hisopo es una yerba pequeña y un poco caliente, y tiene propiedad para purgar los pulmones por do resollamos. Y esta yerba juntábanla con un palo de cedro como vara, y atábanlos con una cuerda de grana dos veces teñida, y a todo junto decían hisopo, con el cual, mojado con sangre y agua, y

363 Hebr. 1, 3.
364 Io. 14, 9.
365 Io. 1, 9.
366 Is. 1, 18.
367 Ps. 50, 9.

otras veces con agua y ceniza, rociaban al leproso y al que había tocado cosa muerta, y con aquello era tenido por limpio. Muy bien sabía David que la yerba ni el cedro, ni la sangre de pájaros y animales, ni el agua
f. 131 r ni/ceniza, no podían dar limpieza en el ánima, aunque lo figuraban. Y por eso no pide a Dios que tome en su mano este hisopo y le rocie con él, mas dícelo por la humanidad y humildad de Jesucristo nuestro Señor, la cual se dice yerba, porque nacía de la tierra de la bendita Virgen María, y porque nació sin obra de varón,[368] como la flor nace en el campo sin ser arada ni sembrada. Y por eso dice: *Yo soy flor del campo.*[369] Esta yerba se dice *pequeña,* por la bajeza que en este mundo tomó hasta decir: *Gusano soy y no hombre, deshonra de hombres y desprecio del pueblo.*[370] Esta carne humillada es remedio contra el viento de nuestra soberbia, porque no hay soberbia tan loca que no sea curada con tanta humildad. Si el hombre mira, verá que no es razón que se ensalce el gusano, viendo abatido el rey de la majestad, y se olvida que el hisopo es caliente, porque Cristo, por el fuego de amor que en sus entrañas ardía, se quiso abajar para nos purgar, dándonos a entender que, si el que es alto se abaja, cuanta razón es el que tiene tanto para se abajar no se ensalce. Y si Dios es humilde, que el hombre lo debe ser. Esta carne medicinal fué juntada al palo del cedro, fué puesta en la cruz, y atada con delgada hebra de grana dos veces teñida, porque aunque duros y gruesos, y largos clavos
v le tenían fijados con ellas los pies y las manos, mas,/ si su abrasado hilo de amor no lo atara a la cruz, queriendo Él entregar ([t]) su vida para matar nuestra muerte, poca parte fueran los clavos para lo tener. De manera que no ellos, más el amor le tenía. Y este amor es doblado, como grana dos veces teñida, porque, por satisfacer a la honra del Padre, que por los pecados era ofendida, y por amor de los pecadores, padeció Él.

368 Cf. Lc. 1, 35.
369 Cant. 2, 1.
370 Ps. 21, 7.
t entregara

[c) La sangre de Jesucristo]

La ropa que el sumo pontífice se vestía en la ley había de ser grana teñida dos veces, porque la santa humanidad (u) de Cristo, que es su vestidura, se había de teñir en sangre por amor de Dios y del prójimo. Esta carne, puesta en la cruz, es el velo que Dios mandó hacer a Moisés de *hiacinto y carmesí, y grana dos veces teñida,*[371] y de blanca y retejida holanda, hecho con labores de aguja, y tejido con hermosas diferencias, porque esta santa humanidad es teñida con sangre como el *carmesí;* es abrasada con fuego significado en la *grana* según hemos dicho; es blanca como la holanda con castidad en inocencia, y es *retejida,* porque no fue muelle ni relajada, mas apretada debajo de toda disciplina virtuosa y de muchos trabajos, y es también significada e el *hiacinto,* que tiene color de cielo, porque es formada por obra (v) sobrenatural del Espíritu Santo, y por eso se llama celestial, con otras mil lindezas y virtudes que tiene formadas por el saber muy sutil de la sabiduría de/Dios. Y este velo manda que se cuel- f. 132 r
gue delante cuatro columnas que lo sustenten, que quiere decir que en cuatro brazos de cruz fué puesto Cristo, y cuatro evangelios ponen y predican manifiesto delante del mundo.

Pues, como el real profeta David fuese tan alumbrado profeta en saber los misterios de Cristo que habían de venir, viéndose afeado con aquel feo pecado, cuando tomó la ovejita y mató al pastor, temiendo la ira del Omnipotente, con la cual estaba amenazado por boca del profeta Natán,[372] suplica a Dios que le hermosee su fealdad, no con hisopc material, pues que el mismo David dice a Dios: *No te deleitarás con sacrificio de animales,*[373] mas pide ser rociado con la sangre y carne de Jesucristo, atado con cuerdas y lazos de amor en la cruz, confesando que, aunque su fealdad sea mucha,

371 Ex. 28, 33.
372 Cf. 2 Reg. 12, 9.
373 Ps. 50, 18.
u humanidad] humildad
v obras

será emblanquecida más que la nieve con la sangre que de la cruz cae. ¡Oh sangre hermosa de Cristo hermoso, que, aunque eres colorada más que rubíes, tienes poder para emblanquecer más que la leche! ¿Y quién viera con cuánta violencia eras derramada por los sayones y con qué amor eras derramada del mismo Señor? ¡Cuán de buena gana, extiendes, Señor, tus brazos y pies, para ser sangrado de brazo y tobillo, para remediar nuestra soltura tan mala que en deseos y obrar
v tenemos! ¡Gran fuerza ponen con/tra ti tus contrarios, mas muy mayor fuerza te hizo tu amor, pues que te venció! *Hermoso* llama David a Cristo *sobre todos los hijos de los hombres.*[374] Mas este hermoso sobre hombres y ángeles quiso disimular su hermosura y vestirse en su cuerpo, y en lo de fuera, de la semejanza de nuestra fealdad, que en nuestras ánimas tenemos, para que así fuese nuestra fealdad absorbida en el abismo de su hermosura, como lo es una pequeña pajita en un grandioso fuego, y nos diese su imagen hermosa, haciéndonos semejables a Él.

[d) Por hermosearnos, el Hijo de Dios esconde su hermosura a los ojos del cuerpo]

Y si bien miramos las condiciones ya dichas que se requieren para ser uno hermoso, todas las cuales están excelentemente en el Verbo divino, hallaremos que todas las disimuló y escondió, para que, siendo escondidas en él, se manifestasen en nosotros. ¡Cuán entero, *acabado* y lleno es el Verbo de Dios, pues ninguna cosa le falta ni puede faltar, y quita él la falta a todas las cosas! Mas a este tan rico en el seno del Padre, miradle hecho hombre en el vientre y brazos de su Madre. Id por todo el discurso de su vida y muerte, y veréis cuántas veces le faltó el comer y el beber en toda su vida: cuán falto de cama para se echar, cuando le puso la Virgen *en el pesebre,*[375] porque ni cama ni lugar tenía en el portal de Belén; cuántas veces le faltó

374 Ps. 44, 3.
375 Cf. Lc. 2, 7.

con qué remediar su frío y su calor, y no tenía sino lo que le daban. Y si en la vida *no tenía a dónde re/clinar su cabeza,*[376] como él lo dice, ¿qué diréis de la extrema pobreza que en su muerte tuvo? En la cual menos tenía donde reclinar su cabeza, porque o la había de reclinar en la cruz, y padecer extremo dolor por las espinas que más se le hincaban en ella, o la había de tener abajada en vago, no sin grave dolor. ¡Oh sagrada cabeza, de la cual dice la esposa *que es oro finísimo,*[377] por ser cabeza de Dios, y cuán a tu costa pagas lo que nosotros contra tu amor nos declinamos en las criaturas, amándolas y queriendo ser amados y alabados de ellas, haciendo cama de reposo en lo que habíamos de pasar de camino hasta descansar en ti! Y dinos, ¿para qué pasas tanta falta y pobreza? Oyamos a San Pablo que dice: *Bien sabéis, hermanos, la gracia que nos hizo nuestro Señor Jesucristo, que, siendo Él rico, se hizo pobre por nos, para que, con la pobreza, fuésemos nosotros ricos.*[378] f. 133 r

Veis aquí, pues, disimulada muy por entero la primera condición de hermosura, que es ser cumplido, pues le falta tanto en el suelo al que en el cielo es la misma abundancia. Pues, si miráis a la otra condición del hermoso Verbo de Dios, como es perfetísima imagen del Padre, igual a Él y proporcionado con Él, hallaréis que no menos que la primera la disimula en la tierra. Decidme, ¿qué es el Padre sino fortaleza, saber, honra, hermosura, bondad, gozo, con otros semejantes bienes? Pues poned de una parte este/admirable dechado, glorioso en v
sí y adorado de ángeles, y acordaos de aquel paso que había de pasar y traspasar a lo más dentro de nuestras ánimas, de cuando la hermosa imagen del Padre, Jesucristo nuestro Señor, fue sacado de la audiencia de Pilato, cruelmente azotado y vestido con una ropa colorada, y con corona de escarnio en los ojos de los que lo vían, y de agudo dolor en el celebro de quien la tenía. Las manos atadas, y una caña en ellas; los ojos llenos de lágrimas, que de ellos salían, y de sangre, que de la cabeza venía; las mejillas amarillas y descoloridas, llenas de san-

376 Mt. 8, 20.
377 Cant. 5, 11.
378 2 Cor. 8, 9.

gre y afeadas con salivas. Y con este dolor y deshonra fué sacado a ser visto de todo el pueblo diciendo: *Mirad el hombre.*[379] Y esto para que a Él le creciese la vergüenza de ser visto de ellos, y ellos hobiesen compasión de Él, viéndole tal, y dejasen de perseguir a quien tanto vían padecer. Mas, ¡oh cuán malos ojos miraron las penas de quien más se penaba por la dureza de ellos que por sus proprios dolores!, que, en lugar de apagar el fuego de su rabiosa malquerencia con el agua de sus deshonras, ardíoles más y más como fuego de alquitrán que arde en el agua, y no escucharon la palabra a ellos dicha por Pilatos: *Mirad* el hombre, mas no queriendo verle allí, dicen que lo quieren ver en la cruz.

[e) "Ecce Homo"]

f. 134 r Ánima redimida por los dolores de Cris/to, escuchad vos y escuchemos todos esta palabra: *Veis ahí el hombre; Mirad el hombre,* porque no seamos ajenos de la redención de Jesucristo, no sabiendo mirar y agradecer sus dolores.

Cuando quieren sacar alguna cosa para ser vista, suelen ataviársela lo mejor que pueden, para que enamore a los que la vieren. Y cuando quieren sacar otra para que sea temida, cércanla de armas y de cuantas cosas pueden, para que haga temblar a los que la vieren. Y cuando quieren sacar una imagen, para hacer llorar, vístenla de luto y pónenle todo lo que incita a tristeza. Pues, decidme, ¿qué fué el intento de Pilato en sacar a Cristo a ser visto del pueblo? No, por cierto, para ser amado ni temido ([x]), y por eso no lo hermoseó y cercó de armas y caballeros, mas sacólo para aplacar ([y]) los corazones crueles con la vista del Redemptor, y esto no por amor, que bien sabía que entrañablemente le aborrecían, mas a poder de sus grandes tormentos, y a propria costa de su delicado cuerpo. Y por eso atavió Pilato tan ataviado a Cristo de tormentos tales y tantos que pudiesen obrar compasión

379 Io. 19, 5.
x tenido
y aplaçar

en los corazones de los que lo viesen, aunque muy mal lo quisiesen. Y, por tanto, es de creer que lo sacó él más afligido y abatido y deshonrado que él pudo, reveyéndose en afearlo, como se revén en una novia para/ v
ataviarla, para que por esta vía aplacase la ira de los que le desamaban, pues no podía por otras que había intentado.

Pues decidme, si salió Cristo tal que bastaba a apagar el fuego de la malquerencia en los corazones de los que le aborrecían, ¿cuánta razón es que su vista y salida encienda fuego en los corazones de quien lo conoce por Dios y le confiesa por Redemptor? Mucho tiempo antes que esto acaeciese vió el profeta Esaías este paso y, contemplando al Señor, dijo: *No tiene lindeza ni hermosura. Mirámosle y no tenía vista; y deseámosle despreciado y el más abatido de los hombres, varón de dolores y que sabe de penas. Su gesto fué como escondido y despreciado, y, por tanto, no le estimamos. Verdaderamente Él llevó nuestras enfermedades, y Él mismo sufrió nuestros dolores; y nosotros estimámosle, como a leproso y herido de Dios y abajado.*[380]

Si estas palabras de Esaías quisiéredes mirar una por una, veréis cuán *escondida* estaba la hermosura de Cristo en el día que trabajó para hermosearnos. Dice la esposa en los Cantares, hablando con Cristo: *Hermoso eres y lindo, amado mío*[381] y aquí dice Esaías que *no tiene lindeza ni hermosura;* y aquel en cuya cara se revén los ángeles, *y la desean mirar,*[382] aquí dice que no tiene vista. Y en aquel que, *cuando entró en este mun/do, fué* por mandado del Padre *adorado de todos* f. 135 r
los ángeles,[383] agora que sale del mundo, despreciado de muy viles hombres. Dice David de Cristo que *es ensalzado sobre todas las obras de las manos de Dios.*[384] Y dice Esaías que está *el más abatido de todos los hombres.* Y si esto fuera, comparándolo con los que eran buenos, no fuera tanto el desprecio. Mas, ¿qué diréis, que, siendo cotejado con Barrabás, matador y alborotador y ladrón, les parece mejor que Cristo, que es

380 Is. 53, 2-4.
381 Cant. 1, 15.
382 1 Petr. 1, 12.
383 Hebr. 1, 6.
384 Ps. 8, 7.

dador de la vida, hacedor de las paces del Padre y del mundo; y está tan lejos de tomar lo ajeno, que, como David, *pagó lo que no tomó.*[385] Cristo no tenía por qué tener dolor, pues la causa de él es el pecado, que en Él nunca cupo; mas llámale aquí Esaías *varón de dolores.* Y aunque nunca supo por experiencia de malos deleites, es varón que sabe de penas, porque las experimenta, y en tanta abundancia que diga Él por boca de David: *Muy llena de penas está la mía ánima.*[386]

Cristo se llama luz, porque con sus admirables palabras y obras alegraba y sacaba de tinieblas al mundo; mas esta luz dice Esaías que *tiene su gesto como escondido,* porque, si solamente es mirado con ojos del cuerpo, no se vió quien le pudiera conocer por el rostro, por mucho que antes le hobiera tratado, lo cual no es mucho de maravillar, porque, aunque la Virgen para
v siempre bendita y en a/quel día lastimada, *lo parió y envolvió,*[387] y se remiraba en su cara como en espejo luciente, mas con todo esto creo que, si allí estaba presente en este paso de tanto dolor, miraba y remiraba, con cuanta atención las lágrimas de los ojos y el dolor del corazón le daban lugar, si era aquél su bendito hijo, que tan de otro color y manera estaba, que antes le había conocido. Y si los que miraban creyeran que todo esto pasaba el Señor, no porque lo debiese, mas porque amaba a los que lo debíamos, ser alivio a la pena de Cristo. Mas, ¿qué diremos, que dice Esaías que le tuvieron *por herido de Dios y abatido?,* porque pensaban que Dios lo abatía así por sus pecados, y que merecía aquello y mucho más, y que por eso pidieron que fuese puesto en la cruz. De manera que en lo de fuera quitaban sus ojos de mirarle, porque habían asco como de un leproso, y en el corazón lo tenían por malo y digno de aquello y mucho más. Cosa era para mirar y llorar, que, si lo miraban escupían hacia Él, y, si no le miraban, hacían grandes ascos, como de cosa muy fea. Lo que de Él hablaban eran injurias que tanto lastimaban como los dolores, y con todo decían

385 Cf. Ps. 68, 5.
386 Ps. 87, 4.
387 Cf. Lc. 2, 7.

que aún no tenía lo que merecía, mas que lo pusiesen en cruz.

¿Quién no se maravillará y dará mil alabanzas a Dios por su saber infinito, que por modo tan extra/ño f. 136 r
quiso remediar el mundo perdido, sacando los mayores bienes de los mayores males que los hombres hicieron? ¿Qué cosa peor en el mundo se ha hecho ni se hará que deshonrar y afear, y atormentar y crucificar al Hijo de Dios? ¿Mas de cuál otra cosa tanto provecho vino al mundo como de esta bendita pasión? Pensaba Pilato, cuando ataviada a este desposado con atavíos de muchos dolores, que para los ojos de aquel pueblo no más le ataviaba. Y atavíalo para ser visto de los ojos del mundo universo, sirviendo en esto, aunque él no lo sabía, a lo que Dios tanto antes había prometido, diciendo: *Verá todo hombre la salud de Dios.*[388] Esta salud Jesucristo es, al cual dijo el Padre: *en poco tengo que despiertes a servirme los tribus de Jacob, y que me conviertas las heces de Israel, yo te di en luz de las gentes, para que seas salud mía hasta lo postrero de la tierra.*[389]

Jesucristo predicó en persona *a las ovejas que habían perecido de la casa de Israel*[390] no más, y después, sus santos apóstoles, en el mismo pueblo de Israel, comenzaron a predicar y convertiéronse no todos los judíos, mas algunos. Y por eso dice *las heces.* Mas no paró *la salud del Padre,* que es Cristo, en el pueblo de los judíos, mas salió cuando fué predicado por los apóstoles en el mundo, y agora lo es, acrecentándose cada día la predicación del nombre de Cristo a tierras más lejos, para que así sea/luz no sólo de los judíos, que v
creyeron en Él, y a los cuales fué enviado, mas también a los gentiles, que estaban en ceguedad de idolatría lejos de Dios. Y esto es lo que aquel santo cisne Simeón cantó, ya que se quería morir, diciendo: *Agora dejas, Señor, a tu siervo en paz, según tu promesa; porque vieron mis ojos a mi salud, la cual pusiste ante el acatamiento de todos los pueblos, lumbre para los gentiles y honra para tu pueblo Israel.*[391] Si miramos que Cristo

388 Lc. 3, 6.
389 Is. 49, 6.
390 Mt. 15, 24.
391 Lc. 2, 29-32.

fué puesto por mano de Pilato a ser visto de aquel pueblo en su propria casa, y después en el alto de la cruz en el monte Calvario, claro es que, aunque de todo estado y linaje, y naturales y extranjeros, que habían venido a la Pascua había gran copia de gente, mas no fué Cristo puesto *en el aca*[*ta*]*miento de todos los pueblos,* como dice Simeón. Y, por tanto, es Cristo, *puesto en el acatamiento y vista de todos los pueblos,* cuando es predicado en el mundo por los apóstoles y sus sucesores, de los cuales dice David; *que en toda la tierra salió su sonido y hasta los fines de la tierra sus palabras.*[392] Y Cristo predicado es *luz* entonces y agora *para los judíos* ([z]) que le quisieren creer; porque grande honra es para ellos venir de ellos, y principalmente a ellos, el que es Salvador de todo el mundo y verdadero Dios y hombre.

Pues miremos cuán de otra manera lo ordenó Dios f. 137 r de como/lo pensaba Pilato. Él pensaba que ponía a Cristo en acatamiento de aquella gente no más, y dijo: *Veis ahí el hombre,* y pensó que, cuando no quisieron que fuese suelto, mas pidieron que lo crucificase, ya no había Cristo de ser más visto de nadie. Mas, porque vió el Padre eterno que tal espectáculo como aquel de su unigénito Hijo, e *imagen de su hermosura,* no era razón que tan pocos ojos lo mirasen, ni que a corazones tan duros se presentase, ordenó que se diese otra voz muy mayor que sonase en el mundo, y por boca de muchos y muy santos pregoneros, que dijesen: *Mirad este hombre,* porque la voz de Pilato sonaba poco, y era uno y malo, y lleno de temor, por lo cual crucificó a Cristo y no merecía ser el pregonero de esta palabra: *Mirad a este hombre,* y por eso lo manda Dios pregonar a otros, y tan sin temor, que antes quisieron y quieren morir que ni un solo punto dejen de predicar y confesar la verdad que es Cristo. Pilato era sucio, porque era infiel y pecador, mas los pregoneros de esta voz: *Mirad a este hombre,* profetizó Isaías diciendo: *Cuán hermosos son los pies, sobre los montes, de los que predican nuevas*

392 Ps. 18, 5.
z judíos] gentiles

buenas de paz y de bienes, y que dicen: Sión, reinará tu Dios.[393]

El Dios de Sión es Jesucristo, en cuya persona dice David: *Yo soy constituído rey, de mano de Dios, sobre Sión, mon/te santo suyo, predicando su mandamiento.*[394] Y este *rey que predica el mandamiento del Padre,* que es la palabra del santo Evangelio, comenzó a reinar en Sión, cuando fué recebido el domingo de Ramos por rey de Israel[395] en el templo que estaba puesto en el monte de Sión. Y, para dar a entender que este reino había de ser en las cosas espirituales, se dice en David *ser constituído rey sobre el monte de Sión,* que es monte donde estaba el templo, en que a Dios se ofrecía su divino culto. Y después, cuando este Señor envió en el mismo monte Sión el Espíritu Santo sobre los creyentes, y fué predicado públicamente en medio de Jerusalén, y en las orejas de los pontífices y fariseos, entonces se acrecentaba su reino; y, cuando se convirtieron del primer sermón de san Pedro *casi tres mil hombres,*[396] crecía este reino; y, cuando más gente se convertía, predicaban los apóstoles a Sión: *Reinará tu Dios.* Como quien dice: Aunque agora es conocido de pocos, mas siempre irá creciendo su reino, hasta que, al fin del mundo, reine en todos los hombres, galardonando con misericordia a los buenos, castigando *con vara de hierro*[397] de rigurosa justicia a los malos. Ésta es la voz de los predicadores de Cristo, que dice: *Reinará tu Dios.* Y porque en el corazón del hombre sucio no reinará Cristo, pues reina el pecado, no es razón que pre/dique a los otros el reino de Cristo el que en su ánima no consiente reinar a Cristo. Y por eso dice Esaías que *son hermosos los pies de los que predican la paz.* Porque *en los pies* son significados los deseos del ánima, que han de ser *hermosos.* Y por eso no quiere Cristo que se cubran con zapatos los pies de los predicadores por la parte de arriba, porque lo hermoso de ellos lo pone Dios en público para ejemplo de muchos. Mas mire mucho quien tiene limpios los pies, no pien-

393 Is. 52, 7.
394 Ps. 2, 6.
395 Cf. Io. 12, 13.
396 Act. 2, 41.
397 Cf. Ps. 2, 9.

se que Él se los alimpió, mas dé gracias a aquel que
lavó el jueves santo los pies a los discípulos[398] con
agua material, y lava las ánimas de todos los lavados
con su sangre bendita. No era pues razón que tan lim-
pio rey como Cristo fuese anunciado con boca tan su-
cia como la de Pilato, ni que para espectáculo de tan-
tas maravillas había que mirar cómo sea [a] Cristo,
cuando salió a ser visto del pueblo, [y] hobiese un pre-
gonero no más, y que tan poco sonase ([a]). Y si Pilato
pensó que ya no había de haber memoria de Cristo,
ni quien de Él hobiese compasión, ordenó Dios que, en
lugar de los pocos que le escupían, hobiese, y haya,
y habrá, muchos que con reverencia le adoren y, en
lugar de los que no querían mirarle de asco, haya mu-
chos más que se revean en mirar aquella bendita cara
v como en espejo muy luciente,/y, en lugar de los que
pensaban que lo que padecía lo merecía, haya tantos
que confiesen que ningún mal hizo por que padeciese,
sino que ellos pecaron y Él padeció por amarlos. Y si
la crueldad de ellos fué tanta que no hubieron de Él
compasión, mas pidieron que fuese muerto en la cruz,
quiere Dios que haya muchos que deseen morir por
Cristo y digan con toda su ánima: *Heridas tenéis amigo
y duelen vos, ¡yo las tuviese por vos!* No piense Pilato
que atavió a Cristo en balde, aunque no pudo mover a
compasión a los que allí estaban, pues que tantos, acor-
dándose de estos trabajos de Cristo, han compasión
tanta de Él que están azotados y coronados y *crucifi-
cados* en el corazón *con Él.*

Y pues esto ha sido así, y es y será en tantas personas, trabajad, doncella, en ser vos una de ellas, para que no seáis vos de los duros que aquella voz oyeron en balde, mas de los que el oírla fué causa de su salvación. No seáis de aquellos que no supieron estimar al que presente tenían; mas de los que dice Esaías: *Deseamos verle, porque muchos reyes y profetas desearon ver la cara y oír la voz de Cristo nuestro Señor.*[399] Oíd doncella esta voz y *mirad a este hombre,* que por un indigno pregonero de Cristo os es pregonado. *Mirad*

398 Cf. Io. 13, 5.
399 Cf. Lc. 10, 24.
a sanase

a este hombre, para oír sus palabras. Este es el maestro que el Padre nos dió. *Mirad/a este hombre,* para imitar f. 139 r su vida, porque no hay otro camino para ser salvos, si él no. *Mirad a este hombre,* para haber compasión de él, pues estaba tal que bastaba mover a compasión a los que mal lo querían. *Mirad a este hombre*, para llorar, porque nosotros le paramos tal cual está por nuestros pecados. *Mirad a este hombre,* para le amar, pues padece tanto por vos. *Mirad a este hombre,* para os hermosear, porque en él hallaréis cuantas colores quisierdes, con que os hermoseéis; bermejo de las bofetadas que recientes le han dado, y colorado de las que rato ha, y en la noche pasada, le dieron; amarillo, con la abstinencia de toda la vida y trabajos de la noche pasada; blanco, de las salivas que en la cara le echaron; denegrido, de los golpes que le habían magullado su sagrada cara; las mejillas hinchadas, y de cuantos colores las quisieron pintar los sayones, porque, según estaba profetizado por Esaías en persona de Cristo: *Mis mejillas di a los que las arrancaban, y mi cuerpo a quien lo hería.*[400] ¡Qué matices, qué aguas, qué blanco, qué colorado hallaréis aquí para os hermosear! *Mirad,* pues, doncella a *este hombre,* porque no puede escapar de muerte quien no lo mirare, porque *así como alzó en un palo Moisés la serpiente en el desierto,*[401] para que los heridos mirándola viviesen, y quien no la mirase muriese, así/quien a Cristo puesto en el madero de la v cruz no mirare, morirá para siempre, y así como arriba os dije que hemos de suplicar al Padre, diciendo: *Mira señor en la haz de tu Cristo,*[402] así nos manda el Eterno Padre diciendo: Mira, hombre, la haz de tu Cristo, y si quieres que mire yo a su cara para te perdonar él, mira tú a su cara, para me pedir perdón por él. En la cara de Cristo nuestro mediador se junta la vista del Padre y la nuestra. Allí van a parar los rayos de nuestro creer y amar, y los rayos de su perdonar y hacer mercedes.

Cristo se llama *Cristo del Padre,* porque el Padre lo engendró y le dió lo que tiene, y llámase Cristo

400 Is. 50, 6.
401 Cf. Io. 3, 14-15.
402 Ps. 83, 10.

nuestro, porque se ofreció por nos, dándonos todos sus merecimientos. *Mirad,* pues, *en la haz de vuestro Cristo,* creyendo en Él, confiando en Él, amando a Él y a todos por Él. *Mirad en la faz, de vuestro Cristo,* pensando en Él y cotejando vuestra vida con Él, para que en Él, como en espejo, veáis vuestras faltas y cuán lejos vais de Él, para que, conociéndoos por fea, toméis de sus lágrimas y de su sangre, que por su cara hermosa veréis correr, y alimpiéis vuestras manchas. Mirad vuestro Cristo, y conoceréis quién sois vos, porque tal cual está Él de fuera, tal érades vos de dentro, que por eso se vistió de nuestra fea semejanza, para destruirla y darnos su imagen hermosa. Y así como los judíos quitaban sus ojos de Cristo, porque le veían tan mal tratado, así
f. 140 r Cristo qui/ta sus ojos de la ánima mala y la abomina como a leprosa, mas, después que la ha hermoseado con sus trabajos, pone sus ojos en ella, diciendo: *¡Cuán hermosa eres, amiga mía, cuán hermosa eres! Tus ojos son de paloma, sin lo que esta escondido de dentro.*[403] Dos veces dice *hermosa,* porque ha de ser en cuerpo y en ánima. De dentro en deseos y de fuera en obras. Y porque ha de ser más lo de dentro que lo de fuera, por eso dice: *sin lo que de dentro está escondido.* Y porque la hermosura del ánima, como dice San Augustín, consiste en amar a Dios, por eso dice: *Tus ojos son de paloma.* En lo cual se denota la intención sencilla y amorosa que a solo agradar a Dios mira, sin mezcla de interese proprio. Mirad, pues, a Cristo, porque os mire Cristo. Vos veréis a vos en Él, y Él verá a sí en vos, porque ni era propria de Él la imagen que tenía de tanta afeción, ni es propria del ánima la imagen hermosa que tiene, y así como no habíades de pensar que Él había hecho alguna cosa por la cual mereciese tomar sobre sí imagen de feo, así no penséis que habéis vos merecido la hermosura que Él os ha dado de gracia, que no de deuda se vistió de nuestra fealdad, y de gracia y sin deuda nos vistió de su hermosura, y a los que piensan que la hermosura que tiene en su ánima la tienen
v de sí, dice Dios por Ezequiel:/*Perfeta eras con hermosura que había puesto sobre ti, y teniendo fiucia* ([b]) *en*

403 Cant. 4, 1.
b fincia

tu hermosura, fornicaste en tu nombre, y pusiste tu fornicación a cualquiera que pasaba, para ser hecha suya.[404] Esto dice Dios. Porque, cuando una ánima atribuye a sí misma la hermosura que Dios le dió, es como fornicar consigo misma, pues quiere gozar de sí misma en sí, y no de Dios, que es su verdadero marido, del cual le viene el ser hermosa, y quiere más gloriarse en su nombre, que es *fornicar en su nombre,* que gloriarse en Dios, que le dió lo que tiene, y por eso quítale Dios su hermosura, pues se le quería alzar con ella. Y como ([c]) ese vano y mal aplacimiento ([d]) en sí mismo es soberbia y principio de todo mal, por eso dice: *Pusiste tu fornicación a todo cualquier que pasaba,* porque el soberbio, como tiene por arrimo a sí mismo, que es vanidad, a cualquier viento es llevado, y es hecho captivo de cualquier pecado que pasa, y con mucha razón, pues no quiso abajarse para permanecer en ser guardado de Dios. *Mirad,* pues, *este hombre* en sí, y miraldo en vos. En sí, para ver quien sois vos; en vos, para ver quién es él. Sus deshonras y abatimientos vos los merecíades, y por eso aquello es vuestro. Lo bueno que en vos hay suyo es, y, sin merecerlo vos, se os ha dado.

[f) Cristo hermoso a los ojos de la fe]

Sabed, pues, mirar a este hombre con ojos de fe y deamor, y a/provecharos ha más que si lo viérades con f. 141 r
ojos de cuerpo. A los ojos de cuerpo parecía Cristo afeado; mas a los de la fe muy hermoso. A los del cuerpo dice Esaías *que estaba su gesto como escondido;*[405] mas a los de la fe, no hay cosa que se le esconda. Mas con ojos de lobo cerval, que ven tras paredes, así traspasan lo que parecen de fuera, y debajo de aquella flaqueza humana hallan fortaleza divina, y debajo de la fealdad y desprecio, hermosura con honra. Y por eso lo que dijo Isaías: *Vímosle, y no tenía hermosura,*[406] díjolo

404 Ez. 16, 14-15.
405 Is. 53, 3.
406 Is. 53, 2.
c como] con
d aplacamiento

en persona de los que lo miraron con ojos del cuerpo no más.

Mas, tomad, doncella, la luz de la fe, y mirá más adentro, y veréis cómo este que sale en semejanza de pecador es justo y justificador de pecadores, éste, que es muerto, es inocente como cordero; éste, que tiene la cara muy amarilla, es en sí muy hermoso, y por hermosear a los feos se para tal. Y, pues, mientra el esposo más pasa por la esposa y más se abaja, más lo debe ella ensalzar; y mientras más sudando viene, y con heridas y sangre, por amor de ella, más (e) hermoso le parece, mirando el amor con que se puso al trabajo, claro es que, mirando la causa de tomar Cristo esta fealdad, parecerá más hermoso mientra más afeado. Decidme si *la primer* condición de hermosura escondió,
v cuando de rico y abundante se abajó a que le faltasen/
muchas cosas, ¿qué fué la causa, si no porque a nos ningún bien faltase? Y si fué hecho al parecer *desemejable* a la imagen del Padre hermoso, no fué sino porque ordenó el Padre de no darnos hermosura, sino tomando su Hijo nuestra fealdad. Y si escondió *lo tercero,* que es la luz (f) o color, cuando aquella sagrada cara estaba amortiguada y escurecida, y aquellos ojos lucientes se escurecían, ya que quería morir y después de muerto, ¿por qué fué esto, sino por dar luz y color vivo a nuestras escuridades?, según él mismo lo figuró, cuando de su saliva, que significa a él en cuanto Dios, y de la tierra, que significa la humanidad, hizo lodo, que significa su abatida pasión, y con aquella bajeza recibió vista el ciego,[407] que significa el género humano. Y si lo *cuarto,* que es el ser grande, escondió cuando se hizo hombre y el más abatido de todos los hombres, ¿por qué fué sino para conformarse con los chicos y pegarles su grandeza?, según fué figurado en el grande Eliseo, que, para resucitar el mochacho chico, se encogió y midió con él, y así le dió vida.[408] Pues, si San Augustín dice que, amando a Dios somos hechos hermosos, claro es que en la obra de mayor amor más so-

407 Cf. Io. 9, 6-7.
408 Cf. 4 Reg. 4, 34.
e más] mar
f luz] cruz

mos hermosos. Pues, ¿en qué cosa tanto demostró el grande amor que Jesu/cristo tenía al Padre, como padecer por su honra como él dijo *porque conozca el mundo que amó al Padre, levantaos, y vamos de aquí?*[409] Mas, ¿adónde iba? Claro es que a padecer. Y mientra una es mejor obra tanto es más hermosa, porque lo bueno es hermoso y lo malo feo. Claro está que cuanto Cristo más padecía mejor obra era; y por tanto, mientra más abajado y afeado, más hermoso es a los ojos de quien conoce que quien lo pasó no lo debía, más pasólo por honra del Padre y provecho de nosotros. f. 142 r

Estos son los ojos con que habéis *de mirar a este hombre,* para que siempre os parezca hermoso, como lo es, y para que sepa Pilato allá en el infierno, donde está, que pone Dios unos ojos al mundo, con los cuales, mirando a Cristo, tanto más hermoso parezca cuanto él más afeado lo quiso. Agora oíd cómo todo esto dice San Augustín: "Amemos a Cristo, y si algo feo en él halláremos, no le amemos, aunque él halló en nosotros muchas fealdades, y nos amó. Y si halláremos en él algo feo no le amemos, porque el estar vestido de carne, por lo cual se dice de él: *Vímosle, y no tenía hermosura,* si considérares la misericordia con que se hizo hombre, allí también te parecerá hermoso, porque aquello que dijo Isaías: *Vímosle, y no te/nía hermosura,* en persona v de los judíos lo decía. Mas ¿por qué le vieron sin hermosura? Porque no le miraban con entendimiento; mas a los que entienden *al Verbo hecho hombre,* gran hermosura les parece. Y así dijo uno de los amigos del desposado: *No me gloríe yo* [en] *otra cosa sino en la cruz de Jesucristo, nuestro Señor.*[410] ¿Poco os parece, San Pablo, no haber vergüenza de las deshonras de Cristo, si no que aun os honráis de ellas, porque no tuvo Cristo crucificado hermosura, porque Cristo crucificado es escándalo *para los judíos, y parece necedad a los infieles gentiles?*[411] Mas ¿por qué Cristo tuvo en la cruz hermosura? *Porque, lo de Dios, que parece necedad, es más lleno de saber que lo sabio de todos los hombres. Y lo de Dios, que parece flaco, es más fuerte que lo*

409 Io. 14, 31.
410 Gal. 6, 14.
411 1 Cor. 1, 23.

más fuerte de todos los hombres.[412] Y pues así es, paparézcaos Cristo esposo hermoso. Siendo Dios es hermoso, Palabra acerca del Padre. Hermoso también en el vientre de la Madre, adonde no perdió la divinidad y tomó la humanidad. Hermoso el Verbo nacido infante, porque aunque él era infante que no hablaba, cuando mamaba, cuando era traído en los brazos, los cielos hablaron, los ángeles cantaron alabanzas, la estrella trujo a los Reyes magos, fué adorado en el pese-
f. 143 r bre, como manjar de animales man/sos. Hermoso, pues, es en el cielo, hermoso en la tierra, hermoso en el vientre de la Madre, y hermoso en los brazos de ella, hermoso en los milagros, hermoso en los azotes, hermoso convidando a la vida, hermoso no teniendo en nada la muerte, hermoso dejando su ánima cuando expiró, hermoso tornándola a tomar cuando resucitó, hermoso en la cruz, hermoso en el sepulcro, hermoso en el cielo, hermoso en el entendimiento, la suma y verdadera hermosura, la justicia es. Allí no le verás hermoso, adonde le hallares no justo. Y pues en todas partes es justo, en todas partes es hermoso." Esto todo dice San Augustín.

Y cierto, si con esos ojos miráredes a Cristo, no os parecerá feo, como a los carnales, que en su pasión le despreciaban; mas con los santos apóstoles que en el monte Tabor le miraron, pareceros *ha su cara resplandeciente como el sol, y sus vestiduras blancas como la nieve,*[413] y tan blancas, que, como dice San Marcos, *ningún batanero sobre la tierra los pudiera emblanquecer, tan bien,*[414] lo cual significa que nosotros, que somos dichos *vestidura de Cristo,*[415] porque le rodeamos y ataviamos con creerle y alabarle, y amarle, somos tan blanqueados por Él, que ningún hombre sobre la tierra nos pudiera dar la hermosura que Él nos
v dió. Parez/caos Él *como el sol,* y las almas por Él redimidas *blancas como la nieve.* Aquéllas, digo, que confesando y conociendo y aborreciendo su propria fealdad, piden ser hermoseadas y lavadas en esta piscina

412 1 Cor. 1, 25.
413 Mt. 17, 2.
414 Mc. 9, 2.
415 Is. 49, 18.

de sangre del Salvador, de la cual salen tan hermoseadas por Él que basten para enamorar a Dios, y que le sean cantadas con gran verdad las palabra[s] ya dichas: *Deseará el Rey tu hermosura.*[416]

Impreso en la florentísima Universidad de Alcalá de Henares, en casa de Juan de Brocar, que santa gloria haya, año 1556.

416 Ps. 44, 12.

APÉNDICE I

"VIDA DE DOÑA SANCHA CARRILLO", DISCÍPULA DEL MTRO. ÁVILA, ESCRITA POR SU HERMANO DON PEDRO FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA

UNA de las muchas y gratas sorpresas que nos depararon seis meses de estudio en la Hispanic Society of America Library, de New York, fue el hallazgo, entre sus ricos fondos manuscritos, de un librillo tras el cual andábamos hacía años: la *Vida de doña Sancha Carrillo,* escrita por su hermano don Pedro.

En la introducción al tomo I de las *Obras completas del Mtro. Juan de Ávila,* al tratar de los primeros discípulos del Maestro, mencionábamos a esa privilegiada doncella para la que se escribió el primer borrador del *Audi, filia,* el más representativo de los tratados espirituales del P. Ávila. Y lamentábamos carecer de las dos fuentes más importantes para el conocimiento de su vida y espiritualidad: los memoriales que dejó manuscritos el P. Mtro. Ávila y la biografía nunca impresa que redactó el hijo de los señores de Guadalcázar, don Pedro Fernández de Córdoba.[1]

Los papeles del P. Ávila, que sin duda utilizó fray Luis de Granada para el esbozo biográfico de doña Sancha que incluyó en su *Vida* de Ávila,[2] siguen todavía sin aparecer. Aunque nos consta de manera positiva su existencia por varios testimonios de la primera mitad del siglo XVII. Sea el primero el P. Martín de Roa, S. I., autor de una vida clásica de doña Sancha, quien nos asegura en el prólogo que, para escribirla, utilizó "los memoriales" del P. Ávila.[3] También sabemos que los había tenido en sus manos uno de los testigos del proceso de beatificación, el licenciado Bartolomé de Madrid, quien asegura haber recibido del P. Juan de Vi-

1 *Obras completas del Mtro. Juan de Ávila,* tomo I (Madrid, B. A. C., 1952), p. XXXI y s.; p. 102, nota 24.

2 L. DE GRANADA, O. P., *Vida,* 3 p., c. 4, 5 (*Obras* del P. Ávila, ed. Mesa: Madrid. P. Madrigal, 1588, ff. 61 v.-63 v.; *Obras* de Granada, ed. Cuervo, t. XIV, pp. 301-304).

3 M. DE ROA, S. I., *Vida y maravillosas virtudes de doña Sancha Carrillo,* "Razón de lo que se escribe en este libro" (Sevilla, 1615), ff. prels. 3 y 4 r.

llarás, el dulce amanuense del P. Ávila, "un escripto de mano que el dicho P. Mtro. Ávila había escripto de la conversión, vida y costumbres de la dicha doña Sancha Carrillo".[4] Y hasta hubo un intento de publicarlos en la edición de las obras completas del P. Maestro, que preparó el licenciado Martín Ruiz de Mesa. Pero el censor, Fr. Cristobal de Ovalle, se opuso a su impresión, como negó también su licencia para publicar los memoriales avilinos para el Concilio de Trento.[5]

También por el P. Roa conocíamos la biografía, que ahora damos a conocer, del hermano de doña Sancha. Al hablarnos sobre las fuentes de su *Vida y maravillosas virtudes de doña Sancha Carrillo,* afirma que supo de tales virtudes por haberlas leído en lo que sobre ellas escribió "don Pedro de Córdoba, su hermano, varón en aquel tiempo de letras y aprobada virtud, que las oyó de boca de ella, habiéndole servido un tiempo de confesor, cuando por el rigor de sus enfermedades no le era dado poder salir de casa a la iglesia y fue testigo de vista de muchas cosas", y nos certifica que el manuscrito por él utilizado pertenecía al sobrino de don Pedro, don Luis Fernández de Córdoba, entonces obispo de Málaga.[6] Otro manuscrito poseía por aquel tiempo el patrono y catedrático de la Universidad de Baeza, don Francisco Ibáñez de Herrera, según declara en los procesos de beatificación.[7] Sabían también de dicha obra otros dos testigos calificados, el Mtro. Juan de Cisneros, prior de la iglesia de San Pedro de Baeza, y el jesuita Sebastián de Escabias.[8]

Con todo el libro seguía desconocido de todos hasta que dimos con una copia en New York. Dejando para otro lugar una descripción más cuidadosa del ms.

4 Proceso de Montilla: Arch. Vaticano, Rit., Proc. 3.173, f. 548 r.-v.

5 *Obras*, Madrid, 1618, t. I, f. prel. 2 v.

6 *Vida y maravillosas virtudes...*, l. c.

7 "Don Pedro Fernández de Córdoba en la vida manuscripta de doña Sancha Carrillo, que tiene este testigo en su poder..." (Proc. Baeza: Arch. Vaticano, Rit. Proc. 3.173, f. 1.434 v.).

8 Cf. nuestra edición de las *Obras completas*, t. I, p. 102, nota 24. Dice Sebastián de Escabias en los *Casos notables (de la ciudad de Córdoba)*, ed. A. González Palencia: Madrid, Soc. Bibliófilos Españoles, 1949: "su vida (de doña Sancha) tan notoria, pues, como se sabe, la escribió don Pedro, su hermano, por mandado del Padre Ávila".

y una valoración de su importancia, queremos dar ahora, con el texto, una breve idea de su contenido.

La pieza que luego transcribiremos, discretamente modernizada la ortografía, forma parte de un volumen misceláneo en cuarto, escrito a final del siglo XVI o primeros del siglo XVII, y adquirido por Mr. M. A. Huntington en los primeros años del siglo al Marqués de Jerez. El Ms. está todavía sin catalogar y no tienen paginación seguida las distintas piezas. Daremos la foliación particular del cuadernillo que contiene esta vida, la cual consta de 13 folios, el último con la v. en blanco. El escrito termina, por tanto, en el folio 13 r, leyéndose en él, a continuación de la vida, estos versos anónimos de otra mano:

Sancha, Sancha, pues de Dios
estáis tan favorecida,
alcanzáme que mi vida
os imite en algo a vos.

Grande vuestra alteza es.
¡Ay, Dios, si yo mereciera
que mi cabeza estuviera
donde vos tenéis los pies!

El título de este Ms. reza así: "La vida de doña Sancha Carrillo, hija de don Luis Carrillo de Córdoba y de doña Luisa de Aguilar, escripta por don Pedro Fernández de Córdoba, su hermano". Lleva como subtítulo: "Cosas que le pasaron a doña Sancha con nuestro Señor en el discurso de su vida y cómo comenzó a servirle". En realidad este subtítulo es mucho más exacto que el propio título, puesto que, como se verá, [I] previa una ligera introducción sobre la persona de doña Sancha, el resto del escrito se limita a [II] referir la conversión por el P. Ávila y su género de vida a partir de entonces, y [III] una serie de favores que del Señor recibió a lo largo de sus días.

El brevísimo prólogo, y aun todo el resto del libro, es bien pobre de datos concretos. La cronología se limita a decirnos que ella "sería de edad de quince a diez y seis años, cuando el misericordioso Dios hizo este llamamiento". Apenas unos nombres de lugar: el convento de Santa María de Gracia, de Sevilla, como un proyecto no realizado; Ecija, con sus monasterios

de Santa Inés, donde tenía doña Sancha dos hermanas monjas, y el de Santo Domingo; San Francisco de Córdoba, lugar de su enterramiento. Lo demás es todo intemporal. Ni siquiera se nos da la fecha de su muerte. Lo importante para el biógrafo son únicamente los favores recibidos del Señor. Y éstos se nos cuentan con detalle en la tercera parte, pero sin orden alguno lógico ni cronológico, la sola asociación de ideas une a las veces los más afines. Es esta parte, la más importante del escrito, una narración escueta de anécdotas, a las que sigue muy rara vez un breve colofón ascético. Son tan pocos que los copiamos a continuación.[9]

"Porque quien con Cristo ha de gozar juntamente ha de padecer, y no es posible serle compañero en los celestiales deleites quien en este mundo no le fuere en la cruz" (párr. 12).

"Nunca al justo falta tentación, mas con la buena fe las vence todas" (párr. 18).

"Quién quisiere no cansarse en el camino de Dios, ponga los ojos en lo que Jesucristo nuestro Señor padeció por los hombres y todas las cosas dificultosas serán fáciles" (párr. 20).

Las mercedes recibidas son ordinariamente visiones, sentimientos, luces, profecías. Hay visiones de Jesucristo (párr. 6, 11, 16, 20, 21, 22, 27, 29, 34), de la Virgen María (párr. 28), el ángel de la guarda (párr. 15), vírgenes (párr. 7, 28), su propia alma (párr. 5), varias de difuntos (párr. 9, 10, 11), con frecuencia de demonios, en formas diversas (párr. 8, 18, 19, 23, 27). Curiosa es la siguiente: "Vía un lucero sobre la cabeza del Mtro. Ávila, lleno de luz y resplandor, y grande, y que le salían de su boca unos rayos que iban a parar a las orejas de los oyentes" (párr. 17). Unas veces son estas visiones "con los ojos del cuerpo" (párr. 5, 11, 15, 21), otras con los ojos interiores o del alma, arrebatada en espíritu, cerrados los ojos del cuerpo (párr. 12, 20, 29, 34). En otra ocasión aquilata don Pedro que su hermana "vió una luz grandísima, que no era de sol ni de luna, ni de cosa natural, que era más que de fe y menos que de visión beatífica, luz media entre estas dos cosas, como lo ponen nuestros teólogos santos" (párrafo 27). Solían ser estas visiones y arrobos en lugares

9 Los párrafos a que nos referimos corresponden a la numeración que, entre corchetes, hemos puesto nosotros en la edición del texto, para mayor facilidad en las citas.

secretos, para no llamar la atención (párr. 14). Sólo el P. Ávila y sus confesores sabían de ello, o acaso alguna persona que la acompañaba (párr. 15, 16, 32). Pero aún para el Mtro. Ávila hubo secreto absoluto en una ocasión, contentándose con decirle: "Padre, ¡qué cosa tan grande me ha mostrado Dios!" (párr. 26).

Los sentimientos que experimenta consisten con frecuencia en "sentir entrañablemente una brizna siquiera del trabajo que Nuestro Señor sintió" en la pasión (párrafos 6, 7, 16). Ella pide también al Señor dolores corporales (párr. 25): quiere participar en el misterio de Cristo (cf. párr. 6, 7, 12).

Luces interiores las tiene sobre diversos temas: el purgatorio, la Trinidad, la resurrección, la Eucaristía, etcétera (párr. 12, 13, 17, 21, 24, 27, 34). También nos refiere el biógrafo varias de sus profecías o anuncios de cosas futuras, su conocimiento del corazón ajeno (párr. 22, 30, 31, 32, 33).

Si observamos la vida ordinaria de doña Sancha advertimos que su vida es extraordinariamente penitente y austera (cf. párr. 3, 4, 36). Vive como ermitaña en su propia casa, donde apenas trata más que con su hermano don Pedro y el P. Ávila o algún confesor; sus salidas son sólo a las iglesias — a misa, tal vez a un bautismo — o al algún convento, acaso acompañada de una doncella (párr. 3, 11, 15, 16, 24, 29, 30, 34). Dedica largas horas a la oración. En ella, conforme a la escuela del P. Ávila, hay lugar para la meditación de la muerte y de la pasión de Cristo (párr. 4, 6, 7, 12, 13, 16, 20, 27, 29, 34, 35). Su gran devoción es el Santísimo Sacramento (párr. 16, 20, 21, 22, 27, 29). Y, como su Maestro, vive la variedad del año litúrgico y da gran importancia a "las fiestas principales, como de la Natividad de Jesucristo, Semana Santa, el día de la Encarnación, las fiestas de la Trinidad" (párr. 14).

Cuando al final de su vida el P. Mtro. Juan de Ávila escriba el prólogo definitivo de su *Audi, filia,* nos revelará que doña Sancha Carrillo más tenía necesidad de ser esforzada con confianza que atemorizada con rigor.[10] Entre las tentaciones diabólicas que nos refiere

10 "También me pareció avisarte de que, como este libro fue escrito a aquella religiosa doncella que dije, la cual y las de su calidad han menester más esforzarlas el corazón con confianza que

su hermano no falta la desconfianza: "La cruz... no os aprovecha cosa alguna — le dice el demonio —, porque al fin sois de las que se han de conducir y no os podéis salvar" (párr. 23). Pero el eco de las enseñanzas del Mtro. Ávila, levantando el corazón a confiar en Jesucristo, aparece también en la biografía, particularmente en este párrafo: "Decía [doña Sancha] que no había cosa por qué un alma desconfiase de Dios por grandes pecados que tuviese, y que así lo hacía ella; porque, si el pecador ha menester a Jesucristo para que le perdone sus pecados, Nuestro Señor ha menester al pecador para pue sea manifiesta su misericordia en él, y, porque ella era la mayor pecadora que el mundo tenía, por eso confiaba más, porque, para mostrar Dios su misericordia, la había menester" (párr. 35; cf. 27, 29). También es tema preferido en la espiritualidad de doña Sancha el del amor de Dios (párr. 14, 27).

Si el libro es particularmente de interés para cuando se escriba sobre las características espirituales de los discípulos de la escuela del P. Ávila, lo cual habrá de dar luz a la propia figura y doctrina del Maestro, no por ello son desdeñables los datos biográficos sobre Juan de Ávila que el librillo nos proporciona. Sobre todo, teniendo en cuenta que él conoció este escrito de don Pedro y dió, por tanto, su aprobación a las noticias consignadas: papel que él jugó en la conversión de doña Sancha Carrillo (párr. 2), la interpretación de la visión del alma de la misma (párr. 5), su opinión teológica sobre la magnitud de las penas del purgatorio (párr. 13), haber dicho misa sobre la cruz que había de ponerse doña Sancha como defensa contra el demonio (párr. 23), la negativa de parte de su discípula a manifestarle una gran revelación de Dios, que creía no debía revelar a nadie (párr. 26), la presencia del Mtro. Ávila a su entierro en Córdoba en agosto de 1537 (párr. 33).

Cuando el lector haya concluido, por su cuenta, la lectura de esta vida de doña Sancha Carrillo escrita por su hermano, creemos que la impresión recibida la encontrará bien reflejada en las palabras del P. Roa

---

atemorizarlas con rigor, así va enderezado más a lo primero que a lo segundo" (Cf. aquí, p. 18).

que opina que lo que en la biografía "leemos mucho menos es de lo que ella hizo y le comunicó Nuestro Señor", porque el autor estuvo más atento "a referir las grandes prendas que tuvo de lo que la amaba su Esposo que a decir con las que ella le correspondía".[11] Y asimismo comprenderá la oportunidad de la censura negativa de Fr. Cristóbal de Ovalle que no autoriza la inclusión de la vida de doña Sancha escrita por el Apóstol de Andalucía, entre las *Obras* de éste: "La vida — dice — de doña Sancha Carrillo, que esté en gloria, es santísima y de mucha edificación, pero llena de muchas revelaciones y favores exteriores de Nuestro Señor. Los tiempos corren algo sospechosos en esta materia. No parece conveniente poner tropiezo a mujeres flacas con tales lecturas".[12]

11 *Vida y maravillosas virtudes...*, l. c.
12 *Obras*, Madrid, 1618, t. I, f. prel. 2 v.

LA VIDA DE DOÑA SANCHA CARRILLO, HIJA DE DON LUIS CARRILLO DE CÓRDOBA Y DE DOÑA LUISA DE AGUILAR, SEÑORES QUE FUERON DE LA VILLA DE GUADALCÁZAR, ESCRIPTA POR DON PEDRO FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, SU HERMANO

Cosas que le pasaron a doña Sancha con Nuestro Señor en el discurso de su vida y cómo comenzó a servirle

[I. Doña Sancha, galana y gentil]

[1] Esta señora fue muy hermosa de rostro y tuvo
muy buena disposición de cuerpo, y fue la hija mayor
de sus padres, a quien mucho amaban. Y tractando de
invialla a que sirviese de dama a la emperatriz, nues-
tra señora, estando ya recibida, acordó el Emperador
del cielo de llamarla para su corte. Sería de edad de
quince a diez y seis años, cuando el misericordioso
Dios hizo este llamamiento. Estaba en todo el fervor y
flor de las cosas de vanidad, y galana prima y tan
gentil que en Ecija, en donde entonces vivía, y en otros
v lugares muchos, no se ponía en otra los ojos. Y lo/
mismo hacían todos sus deudos para la casar más prin-
cipalmente. Porque sus cualidades naturales lo pedían,
cierto, y eran tantas y tales que verdaderamente no la
mereció hombre mortal por mujer en la tierra, sino la
misericordia de Dios la encaminó por esposa de Cristo.

[II. Como comenzó a servir a Dios]

[2] Fue su llamamiento así. Yo la importunaba que se confesase generalmente, y poníalo a cuenta de palacio, riéndolo mucho por ser yo mozo diez y seis meses

mayor en edad que ella, y pareciendome que era vida de mucho peligro querer cumplir con Dios y las gentes, atraíala de ordinario a que confesase y quitase los cuidados de la vanidad. Y para este fin pedí yo muchas veces a grandes siervos de Dios muchas oraciones y muy especiales, en particular, a un siervo de Dios letrado, con quien yo deseaba que se confesase, que era el P. Mtro. Juán de Ávila. Un día entre otros muchos que le había pedido que hiciese la confisión, yo dije: Mirad, señora, cuán poco sabéis, que, por ser este clérigo pasajero, que mañana se irá y no veréis más a quien sabe vuestros pecados, lo debíades hacer, porque sé que las doncellas os holgáis mucho de esto".

Cuadróle el negocio y dijo que efectuásemos la confisión. Yo fuí al P. Ávila, al cual referí mi recado, y concertamos el día y la hora para ello. Y fué esta virgen tan galana, y con tan buenos aderezos y tan ricos y primos que, según hizo después el extremo, más parecía día de dar hábito a monja, que les quitan las galas que para tomarlo se pusieron, que confisión. Porque, acabada ésta, salió del confisionario, el manto sobre su cabeza, cubierta toda, y con haber dejado un charco notable de lágrimas en el lugar adonde se confesó, donde parece que debió poner el rostro, en la tierra, cognociendo y doliéndose de sus pecados mucho. Eran tan grandes/los suspiros y gemidos, y llanto y derra- f. 2 r
mamiento de lágrimas que por la calle iba echando, que le ayudábamos todos los que la acompañábamos, sin poder hacer otra cosa, cognociendo su arrepentimiento entrañable. Y, entrada en el aposento y posada de nuestros padres, subióse a un cuarto alto y encerróse, y no pareció hasta la hora del cenar. Salió trasquilada de todos sus cabellos, que los tenía como una madeja de oro, y con una saya negra sin guarnición, con dos dedos o tres de falda, y tocas largas, y tan diferenciada que aquí no lo podría decir, ya con aire y lustre de esposa del Rey del cielo.

[3] No diré aquí el sentimiento de mis padres y el escándalo de los criados y la alteración de los deudos, sino sólo de su determinación que fue tal que jamás bajó de lo comenzado en poco ni en mucho, y cada día crecía en perfección en grande manera, pidiendo a nuestros padres o que ella se había de entrar monja

luego en Santa María de Gracia, en Sevilla, o se le había de dar un cuarto en casa tan apartado de todos que pareciese a ella estar muerta y debajo de la tierra, y que ya la pisaban los perros y comían los gusanos. Diósele todo muy a su contento, aunque para efectuarse se pasó harto, porque el negocio pedía grandes dificultades como en cosa tan nueva, y hija tan estimada y amada de todos. Hizo voto de castidad, la cual guardó muy perfectamente siempre, y ella no moró en este aposento tan de veras que jamás salió de él sino para ir al sermón y a misa. Y, luego de venida, se encerraba muy presto, antes que nuestros padres tuviesen lugar de
v ocuparla en hablar, que era cosa que/ ellos harto deseaban continuamente, y, para poderlo hacer, llamaban a la puerta de su aposento, que jamás la tuvo abierta, y ella no respondía, antes les decía después, cuando salía [a] misa, que ya sabían que estaba enterrada y que no habían de hablar los muertos. En este aposento estuvo sola, sin admitir para su servicio dueña ni doncella alguna, ni otra compañía de noche ni de día. Su cama era un corcho y la cabecera dos docenas de libros espirituales y santos que allí tenía para sus ejercicios espirituales. A la hora de comer llamaban, y, si respondía, dábanle que comiese, y si no, no. Porque ella iba a los corrales, sin que nadie la viese, y por los corrales del servicio de las mujeres cogía cáscaras de naranjas y algunas hojas de legumbres, y guardábalas para su mantenimiento. Y, cuando esto le faltaba, recibía la comida, y cuando no, no. Y para su beber tenía en el patio de su aposento tinajas, adonde, cuando llovía, cogía agua y de allí bebía.

Traía por camisa un silicio, con mangas, hasta los pies, con ñudos de cerdas, y una tomisa [*sic;* túnica?] basta encima y un cinto de cardas tan justo que, cuando esornudaba, decía quejándose: "¡Ay! ¡ay!", de que se le entraban por las carnes las púas. Y así, después de muerta, le hallaron que pudiera caberle por lo lastimado del cuerpo más que un dedo de grueso en la carne.

Sus disciplinas eran de púas de plata cruelísimas, y muy ordinarias. Su comer, beber, vestir, dormir, fue tan penitente que en nuestros tiempos no se vió cosa tan excesiva, y no sé yo si en los pasados hubo muchos que la excediesen.

[4] Su ejercicio fue emplear los días y noches en la oración mental y contemplación, y bien daba a entender que gustaba bien de las cosas del cielo, pues tanto aborrecía las de la tierra.

Su dormir eran tres o cuatro horas las noches y todo lo demás gastaba en oración y/lición y ejercicios f. 3 r
espirituales. Tuvo grande amor a Dios, nuestro Señor, y eran tan sentidas las palabras que decía, que verdaderamente parecían guisadas del corazón, sigún las daba a comer a los que presentes estaban.

Tenía particular cuenta con darse a pensar en la muerte, en tanto grado que acontecía muchas veces amortecerse con el profundo sentimiento de ella. Pero pagábaselo bien su Esposo con otros que le daba muy altos y divinos. Y decíame muchas veces: "Señor, será cosa tan nueva decir al hombre, cuando quiera morirse: Hermano, mirad que os queréis morir, que le parecerá la cosa más árdua que jamás oyó." Con toda esta santidad era tan afable y tan dulce que no daba pesadumbre a nadie jamás.

[III. Cosas que le pasaron con nuestro Señor]

Acaeciéronle en el discurso de su vida cosas grandes con Dios nuestro Señor, y pondré aquí algunas cosas de las que me ocurrieren a la memoria:

[5] Dióle a esta virgen y esposa de Cristo muy grande gana de ver a su propria ánima, y ocupóse tres días o cuatro en suplicar a Nuestro Señor que se la mostrase, porque la imaginaba muy fea de las culpas y pecados pasados, con su profunda humildad. Y una noche, a las ocho horas, estando sentada en una sala, entraba la luna por la puerta y estaba clara, que ella podía muy bien ver, y súbitamente vió con los ojos del cuerpo pasar delante de sí a un ermitaño viejo con una cayada en la mano, y, como ella le vió, díjole con gran temor: "Padre, ¿qué buscáis aquí?" Respondióle: "Alza este cabo de mi manto y verlo has." Alzó los ojos doña Sancha y vió una niña muy chiquita y muy flaquita y muy lleno el rostro de moscas. Tomóla en las manos y preguntó al ermitaño: "¿Quién es ésta?" Díjole el viejo: "¿Tú no te acuerdas que has suplicado/con v

continua oración y ahincadamente, y con particulares penitencias, que te muestre tu misma ánima? Pues ve ahí su rostro, y mira bien que a aquesta traza la tienes." Acabado de decir esto, desapareció el viejo. Quedó muy atemorizada, y tanto que me decía que sentía desencasársele los huesos o coyunturas, y que le parecía que, a no acudirle Dios, no pudiera llevarlo, por verse llena de moscas y flacas. Fuese al otro día al P. Mtro. Ávila y refirióle este cuento, suplicándole por amor de Dios le dijese lo que ella sacaría de ello y qué quería ser. Pidióle esto con grandes lágrimas y reventando de dolor, porque temía no fuesen aquellas moscas algunos pecados mortales. Él se recogió, oyendo esto, grande rato en oración y, salido, le dijo: "Señora, no os congojéis, antes dad gracias a Nuestro Señor por esta merced. Y sabed que os quiso mostrar en las moscas, que tenéis algunos pecadillos veniales, los cuales totalmente no se pueden en esta vida evitar, aunque disminuirse sí. Y si fueran mortales, el ánima estaría muerta, porque el pecado mortal quita la vida del ánima, que es el hábito de la gracia, y el venial quita el acto, que es aquél favor y promptitud para andar en las cosas de Dios y disponerse para venir a dar en culpa mortal."

Alentóse tanto esta bendita virgen a evitar estos pequeños defectos y purgar las moscas que vió que, por áspera y solitaria que era su vida, la subió de punto y hizo extremos muy grandes.

[6] Estaba una vez comiendo, y como trabajaba siempre tener recogido el corazón y ocupado en las cosas del espíritu lo más que ella podía, dióle muy grandísimo deseo de sentir muy entrañablemente una brizna siquiera del trabajo que Nuestro Señor sintió en la calle del amargura, y súbitamente le apareció Cristo f. 4 r nuestro Señor con la cruz a cuestas/y muy cansado, con un rostro piadosísimo. Ella echóse a sus pies, diciéndole: "Señor, dame tu cruz. Te la ayudaré a llevar." Miróla Cristo con ojos muy amorosos y díjole: "No doy yo mi cruz a perezosos", y desapareciósele. Sintió tanto esta sierva de Dios esta palabra, que supe yo de ella ser esto gran parte de su áspera y extremada penitencia.

[7] Estaba una vez en su cama, que adelante se dirá, que fué de la que murió. Vió entrar dos doncellas muy honestas y cada una de ellas con un vaso en las manos.

Pidióles le diesen de lo que allí traían. Y respondiéronle: "Traemos aquí dos licores muy diferentes, porque uno es suave y dulce, y el otro es muy amargo." Y decíame mi hermana que vió el un vaso tan negro y abominable que era gran temor mirarle solamente, y el otro tan reclaro y apacible que, de mirarle, le causaba grande alegría y contento. Preguntóles: "Señoras, ¿qué es esto que traéis?" Dijéronle: "Este negro y amargo se dice Jordán, y esotro dulce y claro se dice Sión. Y no es pusible beber de Sión, si primero no se gusta de Jordán." Díjoles mi hermana: "Dadme, pues, señoras, del vaso de Jordán, porque no carezca de cosa tan dulce como Sión." Llególe el vaso a la boca y dióle a beber un trago de Jordán. Quedóle tan sentido el gusto del amargor del licor que le tuvo hartos días.

[8] Muchas veces se amortecía de cosas que le acontecían con los demonios, porque, como esta virgen tenía tan de veras el gusto de Dios, la tractaban como a [e]nemiga suya, atormentándola y persiguiéndola, permitiéndolo y/ordenándo[lo] el Señor para grande bien v
suyo, y así se lo pagaba dándole grandes sentimientos y comunicándole celestiales bienes.

Estando una vez comiendo, la cercaron de improviso grande multitud de demonios en figura de negrillos, y ella mirólos con grande espanto, y decíanle: "Mira, no trabajes en vano, porque al fin te has de condenar muy cierto. Por eso será bien que con ese cuchillo que ahí tienes te mates." Ella arrojó el cuchillo, y encomendóse a Nuestro Señor, pidiendole favor, y desaparecieron.

[9] Estando una noche durmiendo, sintió sobre sí un peso grande y despertó atemorizada. Y era una esclava de nuestros padres que había muerto de parto, y díjole: "Ruega a Dios mucho por mí, que estoy en grandes penas y hasme de decir misas." Ella con grande temor prometió mandarselas decir, y rogó a Dios por ella y olvidóse de las misas, por no haber entendido cuántas le había pedido. Volvió otra noche y ahogábala, hasta que prometió hacerselas decir, y no volvió más esta difunta.

[10] Tres días antes que muriese nuestro abuelo, señor que fué de la villa de Guadalajara, [Guadalcazar?] sin que supiésemos su enfermedad, dijo esta señora que,

estando en oración, le había visto en su propria casa y que se le representó amortajado y muerto, y luego nos vino la nueva que era así.

[11] En Santo Domingo de Ecija estaba un fraile, grande siervo de Dios, extremado en oración y penitencias. Con éste confesaba muchas veces. Prometiéronse en vida el uno al otro que el primero muriese viniese al otro a avisarle de la necesidad en que estaba, permitiéndolo Dios. Estando una noche doña Sancha, a las dos, durmiendo, despertáronla, tirándola del brazo. Abrió los ojos y vió al fraile muerto. Y díjole: "Levántate y no duermas." Ella con muy gran temor pidió le dijese quién era. Y él le respondió: "No temas, sino busca a Jesucristo vivamente y muy de veras en el pe-
f. 5 r sebre." Y respondió ella: / "¿Y cómo le buscaré?" Díjole: "Mira allí." Alzó los ojos y vió a Nuestra Señora bellísima, más que se puede imaginar; que ella decía después a mi que no sabía hablar en ello, y se mudaba tanto que parecía quería espirar y vía que Nuestra Señora tenía junto a sí al Niño Jesús en el pesebre, y todo cercado de un gran resplandor. Y díjole estonces el fraile difunto: "Allí le has de buscar, imitándole en todo." Desapareció. Levantóse y fue a mi aposento y díjomelo con tan grande sentimiento y devoción y humildad que me parece las piedras tuvieran sentimiento. Y envié luego a saber del fraile y había expirado en el mismo punto que había aparecido a esta santa. Quedó harto aprovechada de este aparecimiento y cada día crecía más en devoción y perfección.

[12] Pensando una vez en la resurrección y ascensión con mucha atención fué arrebatada en espíritu y vió a Jesucristo, que era más glorioso que todos los santos, y esto no sólo por ser Hijo de Dios, más porque trabajó en cuanto hombre más que todos ellos, y vió que le daban la gloria conforme a los trabajos que pasó, y de aquí sacó desear padecer por quien tanto padeció por nosotros. Porque quien con Cristo ha de gozar juntamente ha de padecer, y no es pusible serle compañero en los celestiales deleites quien en este mundo no le fuere en la cruz.

[13] Deseó saber esta virgen mucho cuáles eran mayores dolores, los que Jesucristo nuestro Señor pasó en este mundo o los que se pasan en el purgatorio. Y fué-

le revelado que fueron mayores los dolores del Hijo de Dios, que todos los que en esta vida se pueden pasar, más fueron menores que los que en purgatorio pasan las ánimas, porque ellas los tienes mayores. Siempre esta sierva de Dios dudaba de sí y temía por no errar. Confesóse con el P. Mtro. Ávila, y preguntóle si esto era verdad, y él díjole que sí, y que así lo había de tener.

[14] Muy/ordinariamente se solía esta santa arro- v
bar cuando estaba en lugares secretos, y tenía grande prudencia, y en lugares de publicidad resistía a los sentimientos y visiones de Dios, que me decía que le quedaban quebrantados los güesos de resistir y decía interiormente: "Yo dejo a Dios por Dios." Por no dar nota de sí, quitaba la atención de las cosas que la podían señalar entre las otras gentes. Especialmente tenía estos sentimientos y mercedes de Dios en fiestas principales, como de la Natividad de Jesucristo, Semana Santa, el día de la Encarnación, las fiestas de la Trinidad, y todas las veces que oía hablar del amor de Dios.

[15] Una vez, bajando esta virgen santa por una escalera, yendo en su compañía otra doncella muy santa, súbitamente vieron ambas una luz que las alumbraba, sin atinar de adonde salía. Y pidióle a Nuestro Señor le revelase que era aquello, y fuele dicho que era el ángel de su guarda que le había alumbrado.

[16] Una noche, jueves santo, estando en una iglesia, delante del Santísimo Sacramento, suplicándole le diese un poquito de sentimiento del dolor que tuvo en una mano cuando se la enclavaron, y súbitamente sintió grande estruendo de gente de armas, y fué que se le representó el prendimiento de Jesucristo nuestro Señor con lo demás del discurso de su pasión. Quedóse arrobada en las faldas de otra doncella, y, pasado grande espacio, volvió en sí con grande dolor en una palma de una mano, que le hacía dar muchas lágrimas. Preguntóle que qué tenía, y díjole: "Mostradme acá esa mano", y apretóla con la suya, y dióle a la otra tan grandísimo dolor en la suya que no lo podía sufrir. Díjole doña Sancha: "Probad, hermana, de lo que vuestro Esposo padeció esta noche y mañana en la cruz." Y contóle esto. Y ella dió muchas gracias a Dios y duróle media hora,
poco/más y a doña Sancha más de ocho días una rosa f. 6 r

en la palma de la mano, muy sangrienta y lastimada. Y otras veces sentía estos dolores en los pies y las manos, que cuasi no podía moverse. Y era tan grande la imaginación que tenía ya hecha a pensar en la vida de Cristo nuestro Señor que muchas veces le parecía hallarse con él o en el huerto, o llevándole preso, o en otros pasos de su vida santísima.

[17] Decía esta santa que vía un lucero sobre la cabeza del Mtro. Ávila, lleno de luz y resplandor, y grande, y que le salían de su boca unos rayos que iban a parar a las orejas de los oyentes.

[18] Esta santa virgen estaba enferma en la cama, y vió entrar en su sala un perro negro muy grande, teniendo ella cerrada la sala, púsole las manos sobre la cama, y díjolo [*sic*]: "Dime, loca, ¿cómo puede ser eso que tú crees de la Trinidad, que tan devota eres?" Respondió ella: "Como es lo del Santísimo Sacramento y de otros misterios divinos, los cuales mientras más dificultosos son a la razón tanto más augmentan la buena fe cristiana, y esas y las demás cosas de la fe son más ciertas que los visibles que veo." Respondió el perro: "Muy neciamente respondiste", y desapareció, dejando un pistífero olor. Nunca al justo falta tentación, más con la buena fe las vence todas.

[19] Otra vez, estando enferma, vió entrar al demonio en hábito de fraile muy penitente, y llegó una silla junto a su cama y sentóse. Ella pensó que era un fraile, que a la sazón estaba en casa, con quién ella se confesaba algunas veces. Comenzole el fraile a hablar de Dios y poco a poco vínole a decir: "Sabed, señora, que las cosas naturales no son pecados ni hay culpa en ponellas por obra. Cumplid con el deseo de la carne y satisfaced a su apetito." Y díjole otras cosas a ese tono, por las cuales cognoció y vió luego que era demonio.
v Hizo la señal de la cruz, llamando al nombre/de Jesús, y desapareció luego.

[20] Iba una vez a comulgar a un monasterio algo lejos de la casa de nuestros padres y hacía grande sol y calor, porque era verano, y a la mitad del camino cansóse, porque tenía muy poca salud, y quiso de allí volverse. Y, queriéndolo hacer, vió con los ojos del alma a Cristo nuestro Señor con un rostro piadosísimo y amoroso en grande manera y muy cansado. Vió que le

iban por el rostro muchas gotas de sudor y llevaba los pies descalzos, y iba como caminante, y miróla y díjole: "Hija, no me cansé yo de buscarte hasta la cruz y dí mi vida por tí y tú te cansas, buscándose a mí." Decía esta santa que allí se le dieron luego unas nuevas fuerzas, con que fué su camino, y antes que recibiese el Santísimo Sacramento alzó los ojos a mirarle y parecióle que todo era un inmenso fuego que quemaba todo el mundo de amor. Quien quisiere no cansarse en el camino de Dios, ponga los ojos en lo que Jesucristo nuestro Señor padeció por los hombres y todas las cosas dificultosas serán fáciles.

[21] Otra vez estaba atribulada que cuasi de reverencia no osaba llegar al Santísimo Sacramento, y cognociendo que no había en otra parte remedio más cierto, fuese a comulgar y alzó los ojos y vió en el Santísimo Sacramento a Jesucristo nuestro Señor crucificado, y díjole: "Soy todo tuyo y todo me dí por tí". Y fue tanto lo que le quedó de estas palabras que las mayores tribulaciones ya le eran alivio. Y desde esta comunión le quedó una lumbre que ninguna criatura puede aparejarse de su parte para recibir a Jesucristo como merece ser recibido, por mucho que haga, y Cristo es el que da el verdadero aparejo. Y desde entonces, aunque se veía fría y tibia, con mucha confianza se llegaba a comulgar y muchas veces veía la humanidad santísima en la hostia. Particularmente en una comunión se le dió un sorbo de ver con gran sentimiento a Jesucristo nuestro Señor en el cielo, y decíame a mí que fué una centella que, a ser un poco más, le parecía cosa impusible llevar.

[22] Cuando esta santa virgen quería recibir alguna merced [iba]/a comulgar y allí se la daban. Y una vez f. 7 r
encomendó a Dios un negocio de un sacerdote que estaba en una tribulación y vió a Jesucristo nuestro Señor en el Santísimo Sacramento como Juez rigurosísimo y justísimo, y allí le prometía que el negocio que le pedía saldría con mucha honra y gloria suya. Y otra vez sobre el mismo negocio, vió un clérigo vestido con alba y estola, el cual dijo: "Eso que pides se hará como lo quieres", y ansí fué.

[23] Estaba una vez trabajada de los demonios que la afligían y perseguían mucho. Sabía esto el P. Mtro. Ávila, su confesor. Dijo una misa sobre una cruz, y

mandó se la pusiese y sintió grandísimo alivio contra los demonios.

Unos pocos días adelante, tomó el demonio mi propria forma y entró en su aposento y díjole: "Hermana, yo os querría decir una cosa, y, pues la habéis de saber tarde o temprano, quieroos hacer cierta de ella. Y es que la cruz que os truje no os aprovecha cosa alguna, porque al fin sois de las que se han de condenar, y no os podéis salvar." Y, acabadas de decir estas palabras, conoció doña Sancha ser el demonio, y, hecha la señal de la cruz, desapareció.

[24] Entre muchas mercedes que Nuestro Señor le hacía, particularmente se las daba en dos misterios de nuestra santa fe: en el Santísimo Sacramento y en el de
v la Santísima Trinidad. Una vez,/yendo a un monasterio de Santa Inés, adonde teníamos dos hermanas monjas, que no les costó poco a nuestros padres que hiciese esta visita, porque no quería desperdiciar el tiempo, /y/ estando dentro del convento y volviendo de él para su casa no sintió ida ni vuelta, ni si había estado con gentes, porque la recogió el Señor tanto y la embebió en aquél divino misterio, que le pareció estar elevada aquel día en el cielo.

[25] Había una vez gran falta de agua, y sucedió grandes necesidades en los prójimos. Sintió tanto esto que casi de día y de noche lloraba, pidiendo a Dios remedio para el mundo, porque con la necesidad no fuese Dios ofendido. Y así con viva caridad suplicó a Dios que ella le ofrecía su salud y vida, y que librase con esto la ira que con el pueblo tenía. Y un día, estando oyendo misa, en ella le prometió Nuestro Señor lo que le había pedido, y, en comenzándole a hacer la merced, y llover y dar el año esperanza de ser bueno, comenzó a enfermar de grandísimos dolores en todo su cuerpo, y todavía se continuaba esta orden que, cuando Dios más le concedía la promesa y remedio de las necesidades de los prójimos, tanto más crecía su enfermedad, hasta que Dios la llevó de esta vida. De manera que dió su salud por los prójimos, y su vida.

[26] Estando muy al canto de morir, díjole al P. Mtro. Ávila, que estaba allí: "Padre, ¡qué cosa tan grande me ha mostrado Dios!" Y rogóle él que se la dijese,
f. 8 r y díjole que no se la podía decir,/porque no le daba

Dios licencia para revelarla a nadie. Y jamás se la pudo sacar por ninguna vía.

[27] Una vez, estando yo junto a su cama, estando ella muy mala de la enfermedad que murió, alzáronle la cama muchos demonios, y ella pensó que era ya la hora de su muerte, y a grandes voces decía: "Credo, credo", y miraba con unos ojos temerosos, y pidió el Santísimo Sacramento y el de la Extrema Unción, y, recebidos ambos, dejáronla los demonios, y luego dió una voz muy alta y devota diciendo: "¡Que veo!, ¡que veo!", y, sentada en la cama, comenzó a hacer una plática a sus padres de cómo se habían de ordenar en sus vidas para salvarse, y, acabada ésta, hizo otra a nuestros hermanos y a cada uno dijo lo que le cumplía y luego pidió por los criados y esclavos de casa y hablóles de Dios tan eficazmente, diciendo a cada uno lo que debía hacer para entrar en el cielo, que verdaderamente no se oía sino llantos de todos. Y, después que tuvo cumplido con todos, dándoles doctrina, dijo: "Hijos de Adán, redentor tenéis, venid a Él, que bueno es y misericordioso para todos los que quisieren ser remediados, fuente e bibida es para todos los sedientos, y manjar y hartura para todos los que han hambre." Con otras grandes y sentidas palabras procedió todo esto, y, acabados de ir los demonios,/vió una luz grandísima, v
que no era de sol ni de luna, ni de cosa natural, que era más que de fe y menos que de visión beatífica, luz media entre estas dos cosas, como la ponen nuestros teólogos santos. En esta lumbre le mostró Dios desde la creación del mundo hasta que le pusieron en la cruz, y vió cómo Adán había pecado, y, para remedio del pecado, había de encarnar el Hijo de Dios. Vió las profecias de Jeremias y de Isaias, y los demás profetas, y las lágrimas y /y/ entrañables deseos que tuvieron muchos por la redención. Vió el nacimiento y circuncisión de Jesucristo nuestro Señor, la huida a Egito y la predicación en el templo, y el resto del discurso de su vida, sin faltar cosa hasta verle puesto en la cruz. Allí vió las profecías cumplidas en la ley de gracia. Y, cuando llegó al paso de la cruz, decía que había visto en Jesucristo nuestro Señor un amor tan grande para los hombres, igualmente a todos, con tan grande amor de salvarlos a todos, que no se podía decir ni imaginar, y

entonces fue constreñida a dar voces y decir lo arriba dicho: "Oí, hijos de Adán." Y ahí, en aquella luz, le fue mostrada ciertos pecadillos, los cuales no se había acordado, para confesarlos, los cuales luego confesó.

[28] Estando enferma, oyó grandes músicas muy acordadas de lejos con increible suavidad, y poco a poco se venía acercando a ella, y tanto cuanto más se
f. 9 r acercaba, se le iban quitando los do/lores de la enfermedad que tenía, hasta que quedó sana y libre de todo mal, y entraron en su aposento y cercáronle la cama grande multitud de vírgines, cantando todas, y Nuestra Señora, con una falda de rosas y olorosos lirios, se le puso junto a la cabecera, y todos la miraban y se reían, y una de ellas dió a cada una su candela, y, al irse, todas le llamaban a esta virgen y le hacían señas con la cabeza. Y decíame que se le representó Nuestra Señora tan hermosa que el sol era tinieblas, y gozó grande rato de esta merced, y poco a poco se iban saliendo hasta que del todo no vió ni oyó nada. Este día había estado a la muerte, y luego se levantó sana, habiendo más de tres meses que no se levantaba de la cama. Y tan sana como si no hubiera pasado por ella mal alguno. Y turóle [*sic:* duróle] algunos días el sentimiento de esta revelación y, como se iba quitando, le fue volviendo la enfermedad.

[29] Un día del Corpus Christi fue a misa de mañana, y oída una, pareciéndole todas las cosas que oía, juegos y regocijos, instrumentos de la pasión y prisión de Jesucristo, que le llevaban preso, miró y vió toda la tierra hecha charcos de sangre que del Hijo de Dios salían, y oyó pregonarle por malhechor, y con grande ruido de gente que iban burlando y escarneciendo de él, y preguntó a uno de ellos qué era aquello y respondieronle que hoy llevaban por las calles a Jesús Nazareno,
v hijo de María Virgen. Esta/sierva de Dios se vino a su casa, embebida en este sentimiento. Yo le ví en su talle de ojos y lágrimas y semblantes que sentía algún misterio, y todos cuantos la miraban se lo conocieron. Ella se entró en su aposento y se hincó de rudillas, y cerró los ojos, y vió delante de sí a Jesucristo nuestro Señor atadas las manos con una gran soga y abofeteado y muy acardenalado el rostro, y muy sangriento, con un rostro el más piadoso y misericordioso que se podía imaginar,

y los ojos en la tierra llorando, y corriendole lágrimas por el rostro y barbas. Y díjole: "Señor mío, ¿cómo estáis ansí?" Miróla muy amorosamente y díjole: "Hija, hoy me para el mundo tal", y desaparecióle. Quedóle tan vivo en el espíritu y tan fija esta palabra que en veinte o treinta días no entendió sino en derramar lágrimas de lastimada, y los días de esta fiesta se cerraba, rogando a Nuestro Señor por el pueblo, no le ofendiese, juntamente con asperezas que hacía sobre este particular.

[30] Decíame esta virgen que algunas veces se afligía de pensar que, después que muriese, no podría servir a Dios, sino que habría de estar su cuerpo ocioso en el sepulcro, que ni había de pasar trabajos, ni hacer penitencia, ni se desvelaría de noche, ni su lengua publicaría alabanzas a Dios, antes todo ha de estar vacante. "Pero consuélome que ha de haber día, donde mi alma se tomará para siempre, sin cesar de bendecir y loar a Dios. Y plugiese a él que, después de muerta, pudiese salir/ f. 10 r
por las plazas a predicar a los hombres su engaño y descuido." Cumplióle Dios este deseo, porque, dos o tres días antes que expiró en Guadalcazar, vino un caballero deudo suyo, harto trabajoso y distraido, y comencéle a tratar las cosas de esta virgen, y, oídas, comenzó a derramar lágrimas y arrepentirse, y, vuelto a su casa, enmendó su vida muy deseoso, confesándose muy a menudo, que era harta novedad para él, y dióse a oración y otros santos ejercicios, y dióle luego una enfermedad y murió en esta demanda del cielo. Y ansí en esto como en otras sus cosas cumplió Nuestro Señor su deseo a esta santa virgen.

[31] Entré un día en su aposento y halléla con un rostro lleno de lágrimas, y muy sentida y llagada, y díjome: "Señor, sabed que estas yerbas y tierra, sol y luna y cielo, me es grande martirio y tristeza. Finalmente me hallo en tristeza y destierro, pues no veo a mi Dios. Y desde ayer siento más doblado este dolor. Diréos la ocasión, prometiéndome de no decirlo hasta que se haya cumplido lo que os dijere. Y también suplico me diréis la pena que os ha de dar, porque sois la cosa que yo más he querido en la tierra, y de vos me siento ser amada." Y acaeció ser ello cierto como lo dijo, porque nos queríamos tanto que jamás abría su aposento a criatura nacida sino era a mí. A cualquiera hora que yo quisiera

entraba allá, y lo mesmo hacía ella en el mío. Díjele:
v "Yo os prometo de guardaros secreto, y no dejeís nada/ por decirme, pues sabeís que me ha de caber buena parte de lo que fuere." "Sabed, señor, que ayer me hizo llamar fray Fulano y fuí a Santa Inés (esto era en Ecija, y este fraile era muy santo, de grande espíritu, y ella le quería mucho), y díjome que un día, estando en oración, de la semana pasada, en su celda, sintió en ella un estruendo como de volar una palomica muy blanca, y púsose sobre sus libros, y vió que le cortaron el pescuezo, y salió sangre y se murió allí. Pidió a Nuestro Señor le mostrase aquél misterio y respondióle: Ve a doña Sancha y dile que he mostrado esto para que sepa que morirá dentro de un año, contando desde la hora que viste esta palomica blanca." Díjome: "Esto me notificó aquél fraile. Yo sé ya de Nuestro Señor que será así. ¿Cómo podré yo vivir tanto tiempo, sin ver a mi celestial Esposo? ¡Oh destierro!, ¡oh prisión!, ¡y cuán largo martirio me haces!" Díjome tan sentidas cosas sobre esto que verdaderamente me sacaba de mí. Yo la consolé, y sé que me debía ella consolar a mí, según sentía el ausencia suya. Salí de allí y escrebi todo este cuento en un libro y púselo entre unos papeles que mi padre tenía, sin que él lo viera que ponía el libro debajo de todos sus papeles, en una caja. Iba firmado de mi nombre el día y la hora, todo muy declarado. Murió mi hermana y, acabada de espirar, llevé a mi padre a su cámara y hice que abriese la caja, y con su mano sacó el libro, y leyó todo este cuento, que no le fué pequeña
f. 11 r admiración. Y glorificó a Nuestro Señor, y sacó/consuelo muy grande para llevar los trabajos y el que presente tenía. Este libro l[e]yeron muchos, y a todos parecía cosa misteriosa.

[32] Cierto caballero vino a mí, y díjome que había yo hecho cierto negocio de ofensa de Dios. Yo les satisfice con juramentos muy solenes, para hacerlo cierto de la verdad. Y para que viese ser testimonio, fuime luego a mi hermana. Y, como me vió, sin decirle yo esto, díjome: "¡Cuán flaco soís, señor! No sabéis estimar la merced que os hace Nuestro Señor. Esforzaos a padecer y llevar alguna rajita de la cruz. Y, cuando os la diere, tenelda por reliquia muy grande." Yo, muy congojado del testimonio, díjele todo lo que me había

pasado, y ella bendijo a Dios y díjome: "¿Qué es lo que
pedimos en la oración, sino que nos dé a padecer por
su amor? Ahora es la prueba" y otras cosas semejantes
harto para esforzar a la cruz, como quien estaba hecha
a ella. Puśo las manos en los ojos y estuvo tres o cuatro
credos callando, y miróme y díjome: "Yo os prometo
de parte de Dios que el que os dijo que habíades hecho
eso, vuelva a vos, antes de una hora, a pediros perdón,
porque el Señor me ha mostrado vuestra justicia." Y den-
tro de este espacio llamaronme muy apriesa que me
llamaba un caballero, y era el mismo. Y así como me
vido, hinco ambas rodillas en tierra y tomóme la mano
y comenzó a llorar, pidiéndome perdón, diciéndome que
ya sabía quien había hecho el pecado, y que se decía
don Pedro, como yo, y que tenía ya remedio todo.
Y esto con tantas lágrimas suyas y mías que no nos
podíamos apartar/el uno del otro. Entré a mi hermana v
y díjome: "Si vos no fuérades tan flaco, más os durara
la merced que Dios hacía. ¡Bendito sea el que así pro-
ve[e] a nuestras miserias y flaquezas." Y, diciéndome
esto, arrobóse, y dejéle y salime.

[33] Muchas veces la oía decir que tenía gran deseo
de ser arrastrada a colas de rocines por amor de su es-
poso Jesucristo por las calles, públicamente, y confiaba
de Él que, viva o muerta, le había de hacer esta merced.
Y fué así, que ella murió en Guadalcazar y de allí la
llevamos con mucho acompañamiento a enterrarla a
Córdoba, que son cuatro leguas pequeñas, con muchas
hachas y cruz delante, en una litera metida la caja y
bien clavada, al entierro de nuestros padres, en San
Francisco, en Córdoba, en la capilla mayor, porque to-
da ella es de los señores de Guadalzacar, debajo del
altar mayor, donde esta sagrada virgen se enterró. Fui-
mos con el cuerpo con harta devoción y verdaderamen-
te parecía llevar allí una cosa celestial. Llevábamos en
medio el P. Mtro. Ávila y yo, y llegamos a Córdoba, y
pasada toda la puente hallamos a todos los frailes fran-
ciscos con sus velas encendidas, cantando, que la ha-
bían salido a recebir. Parecianos a todos cosa celestial,
cerca de la una o las dos de la noche. Súbitamente a la
puerta postrera de la puente, espantóse una mula de la
litera y las otra corrió tras de ella, y dan con la caja
de mi hermana, y quedó colgada, que no se sabe cómo

ni parece que fue posible, de manera que iba por el suelo la caja de la parte de la cabeza; se desenclavó, y f. 12 r quedó de fuera/el celebro. Y así la llevaron arrastrando hasta que llegaron a la puerta de la iglesia de San Francisco, que es la puerta de la iglesia, porque para ella caminaron derechos, sin poder detenerlas, y allí pararon bufando y mirando a la puerta de la iglesia. Había tan grande llanto de los que íbamos y de los de la ciudad, con tanto temor y devoción, que bien parecía cosa encaminada por la mano de Dios. Y hase de advertir que, con todo el tropel de la gente, y mulas y caballos, y alboroto, que era mucho, no hubo caido ni peligró nadie, con ir unos corriendo por un cabo y otros por otro, encontrándose con otros. Llegamos y hallamos el rostro de mi hermana sudado y un color sonroseado, y la boca como quien se reía, sin haberse lastimado, la cabeza tan entera como lo estaba antes de esto. Llevámosla al sepulcro, donde con gran devoción y lágrimas... Y después se le oyó al provincial decir que era tan grande el olor que de su sepulcro salía, y que había frailes del convento que no se podían apartar de allí y se venían a tener horas de oración, y les levantaba el espíritu estar allí, porque tienen en mucha veneración y por cosa muy de estimar este dichoso cuerpo. Uno de ellos dijo que le había parecido después de muerta en un corro de vírgines celestiales, y llevar llenas de rosas y flores las faldas, y muy hermosas, cantando cantares de gloria.

[34] Dejo de poner muchas cosas que a mi hermana pasaron, porque bastan las dichas para que nos esforcemos a servir a Dios. Y acuérdome que, cuando se hallaba en un bautismo, alguna vez se demudaba el rostro, que los que presentes estaban conocían tener algún sentimiento espiritual, y era que todas las veces que oía decir las palabras sacramentales del bautismo y
v echar el agua el sacerdote, veía con los ojos interiores/ a Jesucristo nuestro Señor en la cruz y abierto el costado, y cómo salía el que baptizaba[n] del mesmo costado y corazón de Jesucristo. O, si veía algún jubileo o perdones, decía a todos que se aparejasen y agradeciesen a Nuestro Señor merced tan grande, que ande su sangre rogando por las calles y plazas del mundo a todos los cristianos, que la reciban y se aprovechen de ella.

[35] Y decía que no hacía cosa porque un alma desconfiase de Dios, por grandes pecados que tuviese, y que así lo hacía ella, porque si el pecador ha menester a Jesucristo para que le perdone sus pecados, Nuestro Señor ha menester al pecador para que sea manifestada su misericordia con él, y, porque ella era la mayor pecadora que el mundo tenía, por eso confiaba más, porque, para mostrar Dios su misericordia, la había menester, y que le decía: "Mirad, Señor, que os valdré mucho en el cielo y que por aquesta vuestra misericordia, me habéis menester, pues, por ser la mayor que sufristes en el mundo, notificaremos largamente vuestra virtud y bondad en el cielo." Y decía que, por este respeto, ordenó la Sabiduría eterna que el día de la redención del mundo, al lado derecho de Cristo crucificado estuviese un tan grande pecador, como el ladrón, para que fuese notorio al mundo la grande bondad y misericordia de nuestro Señor Dios./ f. 13 r

[36] No dejaré de poner una tentación que esta gloriosa virgen tuvo y venció valerosamente. En una noche de invierno harto fría, por venirle una tentación sensual, se metió en carnes en una tinaja de agua fría hasta la garganta, y estuvo allí más de dos horas, hasta que se le quitó. Y de allí le sucedieron grandes enfermedades, las cuales hoy se pueden creer habersele convertido en salud, gozándose con su dulcísimo esposo eternalmente. A quien sea gloria *in saecula saeculorum. Amen.*

APÉNDICE II

CENSURA INÉDITA DEL "AUDI, FILIA" DE 1556, POR FR. JUAN DE LA PEÑA, O.P. (?)

SU INFLUJO EN EL TEXTO CORREGIDO POR EL BEATO ÁVILA

Edición de J. IGNACIO TELLECHEA IDÌGORAS

SALA BALUST, autor de la presente edición, ha reseñado suficientemente las vicisitudes de la primera redacción del *Audi, filia,* del Maestro Ávila, señalando de paso la afinidad y relación existentes entre el santo sacerdote de Almodóvar y el dominico fray Bartolomé Carranza.[1] Este último sucinto atisbo se merecería comentarios amplios, que a su vez requerirían el estudio y cotejos exhaustivos de sus espiritualidades. Por esta vez me limito a dar al público el fruto de otros lazos fortuitos y puramente externos, que confirman la tesis de Sala.

Más de una vez aparece el nombre de Ávila en los folios del proceso de Carranza. Sala recoge de Menéndez y Pelayo una cita, en la que doña Antonia de Mella confiesa haber escuchado la lectura de escritos avilinos de labios de un cierto Padilla, penitenciado luego por el S. Oficio.[2] Francisca de Zúñiga, al examinar papeles procedentes del monasterio de Santa Catalina de Valladolid, reconocerá entre escritos de Carranza, Granada y Tomás de Villanueva, "un tratado que está a la postre que es del Mtro. Ávila, que está en el Andaluzia".[3] No es frase propagandística la estampada por Luis Gutiérrez, editor furtivo del primer "Audi, filia", en el prólogo de la obra; en ella refleja el interés de muchos hombres "muy sabios y espirituales" por las obras de Ávila, llegando a decir que "no hay ninguno dellos que no las haya hecho trasladar para tenerlas". El mismo Maestro desautoriza en el prólogo de su edición revisada los escritos que circulan bajo

1 SALA BALUST, L., *Vicisitudes del "Audi, filia" del Maestro Ávila,* en "Hispania Sacra", 3 (1950), 76 ss. *Cfr.* Introducción de este libro.

2 *Ibíd.,* pp. 75-6. *Cfr.* Proceso de Carranza (Academia de la Historia, Madrid), I, 14 v-15 r.

3 *Proceso,* I, f. 20 v.

su nombre y parece insinuar la falsificación de su caligrafía y firma.[4]

Más interés que estas menciones esporádicas merece la censura inédita del primer *Audi, filia,* que ha permanecido sepultada en el tomo VIII del Proceso de Carranza. Está envuelta en brumas difíciles de disipar. No sabemos a ciencia segura quién es su autor, ni si la hizo a título privado o como consultor del Santo Oficio. Sobre su cronología existen dos fechas tope entre las que hay que situar su composición: es posterior a 1556, fecha en que aparece en Alcalá la obra avilina, y anterior al 19 de agosto de 1559, fecha en que parece descubrirse por los oficiales del Santo Oficio. Con todo, por aquello de que en la investigación histórica se acepta de buen grado cualquier nuevo resquicio abierto en la oscuridad de los tiempos, me limito a aportar tenue luz, deseando a otros mejor suerte.

Alguna claridad se puede obtener respecto a la localización de estas breves hojas. En el citado tomo VIII del proceso de Carranza se encuentran incidentalmente papeles provenientes del registro efectuado por los inquisidores en las celdas conventuales de dos figuras de no escaso relieve en la época y muy ligadas a fray Bartolomé Carranza: me refiero a fray Antonio de Santo Domingo y a fray Juan de la Peña. Estos dos beneméritos padres dominicos habían tomado parte activa en la defensa de Carranza, amigo y hermano de hábito de ambos, en los meses angustiosos que precedieron a su prisión. Actuaron en su nombre ante el Santo Oficio y trataron de suavizar tensiones existentes dentro de la Orden.[5]

No tuvieron éxito sus gestiones apaciguadoras. Se ganaron una reprimenda de fray Melchor Cano, que cumplía con ello la voluntad del Inquisidor General Valdés.[6] Y además, bien con ánimo de pesquisa, bien

4 *Al devoto lector* (Ed. 1556). Y *Al lector cristiano* (Ed. 1556).

5 *Cfr.* V. Beltrán de Heredia, O. P., *El maestro fray Juan de la Peña,* en "Ciencia Tomista", 51 (1935), 329-334 y mi artículo *Prolegómenos jurídicos del Proceso de Carranza,* en "Anthologica Annua", 7 (1959), 280. El texto de la carta conjunta al Santo Oficio en *Proceso,* I, 317 ss.; II, 499 ss.; VIII, 257 ss.; XII, 292 ss. y XIII, 28 ss.

6 De la reprimenda recibida hablan Peña y Santo Domingo, en *Proceso,* XII, 232 r-v. y 118 r.

para efectos intimidatorios, se registraron oficialmente sus celdas por miembros del Santo Oficio. Lo había pedido el fiscal lic. Camino el 19 de agosto de 1559, tres días antes del arresto del arzobispo de Toledo. Ejecutó la orden Jerónimo Ramírez "después de las dos del mediodía". Antonio de Santo Domingo hubo de jurar ante los emisarios, que la celda que visitaban era la suya y que no poseía más papeles que los secuestrados ni los había ocultado o puesto en otro lugar. Fray Juan de la Peña estaba ausente, pero no por eso se libró del registro de su celda y del secuestro de papeles.[7]

No podemos certificar exactamente cuál fué el botín completo de tan desagradable pesquisa ni interesa seguir el curso de todas las incidencias; parece que se devolvieron buen número de papeles, conservándose tan sólo algunos. Así al frente de algunos votos sobre el Catecismo de Carranza y de algunas cartas — entre ellas una importantísima escrita de letra de Carranza desde Toledo — se leen estas palabras: *Estos son los papeles y escripturas que se hallaron en la zelda de fray Antonio de Santo Domingo, rector del collegio de Sant Gregorio desta villa, que paresció se devía retener. Truxéronse otros muchos de sermones y consultas...* (folio 225 r).

Pocas hojas más atrás, en el f. 264 r., se repite la indicación, aunque esta vez se nombra a fray Juan de la Peña: *Estos son los papeles que se hallaron en la zelda de fray Juan de la Peña, que parezió se devían retener. Truxéronse otros muchos de escriptura y sermones. Volviéronse, vistos.* Casi inmediatamente, en el f. 268 r., empieza el texto de la censura que presentamos. Dadas estas circunstancias externas de tipo archivístico y la condición de censor habitual del Santo Oficio que desempeñaba fray Juan de la Peña, se puede conjeturar con fundamento que él es el autor de este escrito, sorprendido en su celda.

¿Influyó esta censura en la prohibición valdesiana de la obra de Juan de Ávila y su inclusión en el *Catálogo*? Precisamente aquel verano había intentado fray Luis de Granada detener los golpes que se cernían sobre sus escritos, pero llegaba tarde, al tiempo en que

7 *Proceso*, VIII, 217 ss.

salía ya el *Catálogo*.[8] ¿Fué escrita esta censura de Peña antes o después de la aparición del *Catálogo*? ¿Acaso fué el voto oficial dado por Peña ante el Santo Oficio y los inquisidores quisieron retenerlo para sustraerlo a posibles curiosidades capaces de desvelar secretos? ¿O se trata simplemente de una censura privada e íntima, amigablemente enviada al Maestro para que se guardase la ropa en adelante?

Ningún dato positivo nos ayuda a resolver la cuestión y prefiero ahorrar hipótesis gratuitas. Sí quiero indicar que en todo caso parece que en la edición corregida del *Audi, filia* se tuvo presente esta censura, particular que acrecienta su valor e interés histórico. Alguno podría objetar que pudieron existir otras censuras más amplias en las que se purgasen los mismos pasajes; pero esta sospecha se disipa cuando la corrección es insignificante y afecta solamente a una palabra o incorrección leve.

En el texto se agrupan una quincena de correcciones; vamos a darlo por entero porque su misma lectura ilustra más que cualquier comentario. Las numeramos para su cita posterior; el folio por el que citan las frases corresponde a la edición de 1556. En nota indicamos las variantes de la edición siguiente, corregida por el Maestro.[9]

[T E X T O]

Lo que me parece en el artículo *Audi, filia,* etc..., se deve notar y explicar es lo siguiente:

[1] En la foja 19, ca. 2.ª, adonde parece dezir, que los philosophos por su libre albedrío y fuerças naturales alcançaron el don de la castidad; explíquese con una palabra que diga más claramente cómo los philósophos no tuvieron virtud perfecta, aún hablando de las acquisitas, porque aunque ellos trataron las virtudes

8 SALA BALUST, *art. cit.*, p. 81.

9 Citamos a dos columnas el texto primitivo y el corregido, siguiendo para este último la edición de Fernández Montaña (Madrid, 1902), t. II, en espera de la anunciada en la BAC por el mismo doctor SALA BALUST.

en grado heroico, ninguno las tuvo todas juntas ni ninguna dellas en particular.[10]

[2] En la foja 23, ca. 2.ª, adonde dize *Y sola nuestra vistidura a de ser su sanctíssima voluntad;* añada: explicada en las Sanctas Scripturas y por las leyes de los perlados y personas que están en su lugar, por uyr del lenguaje de los dejados y luteranos.[11]

[3] En el renglón que se sigue un poco más abaxo dize *y oir demonios como oir angeles.* Esta palabra se podía quitar si paresciere porque ofende a algunos flacos. He notado estas dos cosas porque este estar colgados los hombres de solo la voluntad de Dios con ser suma perfection y la doctrina que lo enseña ser verdaderíssima, porque en el lenguaje conviene con los que se llamavan alumbrados dexados, y por otra parte también es tema de los luteranos y como común proverbio que a solo Dios avemos de obedecer y solas sus palabras se an de guardar, de donde infieren que no obligan las leyes positivas, etc. Quando se tocare en semejante manera de hablar, siempre se a de explicar de manera que el lector, especialmente simple, o malicioso, no tome ocasión de error.[12]

Texto de 1556	*Texto corregido*
10 Este excellente estado rastrearon algunos philosophos, los quales dixeron que havía algunos varones tan excelentes que tenían sus ánimos tan purgados, que obraban las virtudes con facilidad y deleite, sin que se levantassen passiones, o si se levantaban eran sinceramente y sin pena vencidos. Mas esto que ellos hablavan o quiçá no tenían, o si lo tenian era por inclinación natural o si era por elección era a cabo de mucho tiempo... *(f. 19 v.).*	Este excelente estado rastrearon los philosophos que dijeron que había algunos varones tan excelentes que tenían sus ánimos tan purgados, que no sólo obraban el bien sin guerra de pasiones, más aún de muy vencidas las tenían olvidadas, y que no sólo las pasiones no los vencían, más aún ni los acometían. *blaban y no tenían, porque sin* Mas esto que los filósofos *ha- gracia no hay verdadera virtud,* los buenos cristianos lo tienen. *(Cap. XVI, p. 62.)*
11 *Cfr.* Sala Balust, *artículo cit.*, p. 59, nota 154. Y sola nuestra vestidura ha de ser su sanctíssima voluntad sin mirar a otra parte. Igualmente... *(28.).*	Y nuestra vestidura sola ha de ser hacer su santa voluntad, *según está declarada en los Mandamientos de Él y de su Iglesia y recibir con amorosa obediencia lo que Él nos quisiere enviar, por duro que sea.* Igualmente... *(Cap. XXVI, p. 89.)*
12 Igualmente hemos de tomar la tentación que la consolación de su mano y oir demonios como oir ángeles. *(28 v.)*	Igualmente hemos de tomar de su mano la tentación y consolación, *y darle gracias* por uno y por otro *(Ibíd.).*

[4] A esta forma se a de explicar lo que en consequencia desto se dize en la foja 29, especialmente aquella palabra que dize: *Mas vale comer o dormir,* etc. Añádase alguna palabra porque los floxos no tomen ocasión de dezir que más vale comer y dormir que ayunar o velar, porque fingen que Dios lo quiere.[13]

[5] En la foja 30 al principio della dize, *Esta es el arte,* etc. Algunos se ofenden en dezir que se haga arte de servir a Dios y de vencer al demonio y de orar y de meditar pues que esto es don de Dios, no se alcança por arte, etc... (268 v.). Esto se puede explicar brevemente con alguna palabra ne escandalicemus eos, que bien se entiende la verdad así la que aqui se scrive en este libro como la que otras personas spirituales escriben quando dan reglas para meditar. Y lo mismo se advierta adonde quiera que desto se tratare.[14]

[6] En la foja 35, ca. 1.ª, se dize: *Y que es gran maldad aver miedo,* etc... Adviértase que esta scripto, Veatus vir qui semper est pavidus. Y la esperiencia que ay de nuestra flaqueza y el miedo que justamente se puede tener de que Dios nos niegue su favor por nuestros pecados. Esplíquese esta cláusula y la que sigue que dize, *Ni sientan bien de su verdad,* etc..., porque esta certidumbre de la fe de las promesas de Dios es muy familiar a los luteranos, porque una cosa es creer yo que lo que Dios prometió es verdad y lo a de cumplir quanto es de su parte, que es fe catholica. Otra cosa es yo estar obligado a creer firmemente por fe catholica que a mí en particular hic et nunc, etc... se me a de conceder, que esto no pertenece a la fe christiana, sino a credulidad.[15]

Texto de 1556	*Texto corregido*
13 Más vale sin comparación comer o dormir si el Señor lo manda, que estar en el cielo sin su querer. *(29 v.)*	Más vale sin comparación *estar en trabajos*, si el Señor lo manda, que estar en el cielo sin su querer. *(Ibíd., p. 91.)*
14 Ésta es el arte con que se engaña el arte que el demonio traía. *(30 r.)*	Y si una vez de verdad... [*Cambia totalmente la redacción*] *(Ibíd., p. 91).*
15 ... veremos que resistiendo nosotros en fee, el Señor ha de hazer la victoria y que es gran maldad aver miedo... Ni siente bien de su verdad quien no cree esta promessa... *(35 r.)*	[*Cambia y amplía mucho*] ... no sentiría el cristiano como cristiano, de Dios y de su verdad, bondad y poder, si no creyese que él de su parte cumple muy bien las promesas de su socorro... Mas, como ninguno está cierto sin especial revelación,

[7] Modérese también lo que se dize en la foja 36, ca. 2.ª en consequencia desto, adonde dize, *Estrema incredulidad es,* etc... Y adviértase que la incredulidad pertenece al entendimiento, la desconfianza a la voluntad. Los luteranos confunden la fe y esperanza muchas vezes. Mírese que en esta obra no convengan con ellos en este herror. También se advierta que los luteranos a todo pecado mortal llaman incredulidad y dizen que por qualquiera dellos se pierde la fe, mayormente quando es desconfianza de la propia justificación y de que Dios me haga merced en concederme sus promesas. En esta cláusula que digo ay algún olor en la manera de hablar desta doctrina. Modérese y adonde dize fe, diga confiança y irá más llano.[16]

[8] En la foja 37, ca. 1.ª se dize, *brevemente digo que a solo Dios se a de oir.* Porque no convengamos aun en las palabras con los luteranos que dizen que solus Deus est audiendus et soli verbo Dei est adhaerendum, de donde infieren que no se a de creer sino solo lo que está en Sagrada Escriptura. Explíquese la exclusiva *solo* y mírese que en las biblias que se mandaron enmendar se corrigen semejantes proposiciones.

Lo que está adelante, de la foja 38, a de entrar aquí.[17]

[9] En la foja 39, ca. 2.ª adonde dize, *Y la charidad que es el fin y perfection de la obra,* añádase, y la forma y vida de la misma fe y así irá más llano, porque los luteranos teniendo que sola la fe justifica, con-

Texto de 1556	*Texto corregido*
	que él esté en estado de gracia... *(Cap. XXIX, p. 98.)*
16 Extrema incredulidad es y digna de grande castigo no creer más de Dios de lo que presente con nosotros haze y nunca de lo passado cobrar fee que no nos asegure lo por venir... *(36 v.)*	¿Pues por qué no tendremos esta credulidad de que Dios nos amparará en nuestros peligros... Acordaos bien de cuántas veces os ha sacado a vos con victoria... concebisteis crédito y confianza..., etc. [*Cfr. el texto entero muy alterado.*] *(Cap. XXX, páginas 101-3.)*
17 ... dessaeareis saber a quien hemos de oir? Brevemente digo que a solo Dios, que es suma verdad... *(37 r.)*	Que lo primero que hemos de oír es la verdad divina, mediante la fe, que es principio... habéis de oír de lo que habla Dios en su divina Escritura y en su Iglesia católica. [Luego retoca ampliamente el texto para hablar de la fe.] *(Cap. XXXI, páginas 106-7.)*

fiesan que la charidad executa y perfectiona las buenas obras.[18] (269 r.).

[10] En la foja siguiente quadragesima, ca. 1.ª adonde dize, *y pedir el don de la gracia con que cumplan provechosamente,* etc..., diga si pareciere, con que puedan cumplir todos los mandamientos de Dios, lo qual no se puede hazer sin su gracia, y juntamente con esto los cumplan provechosamente mereciendo... Esto digo porque herror es dezir que los mandamientos de Dios [aun los naturales] universalmente se pueden cumplir eficazmente y por toda la vida sin gracia de Dios y para huir este olor de Pelagio y esplicar la fuerza de la gracia y necesidad della me pareció notar lo sobredicho aunque es verdad que la proposición aquí puesta verdadera es, porque lo que afirma es verdad, aunque omisit aliud.[19]

[11] En la foja 38, ca. 1.ª, adonde dize, *Esta fe es fundamento,* etc., más llano será para estos tiempos, es principio, porque el fundamento spiritual presupone charidad. También en la coluna que se sigue en la misma consecuencia hablando de la fe se le atribuyen los efectos de la gracia y charidad. Son proposiciones en estos tiempos peligrosas y por esto en las biblias que se mandaron enmendar se borraron semejantes proposiciones porque en el sentido que las ponen los hereges hablando de sola la fe, lo qual es herétivo dezir que la fe en el sentido [que la toman los hereges, *ad*] nos incorpora en Christo. Y no se salva bastantemente lo sobredicho con añadir abaxo, *Y quando hablamos de fe, no entendemos de fe muerta, mas de la viva;* porque también los luteranos a su modo distinguen entre fe muerta y viva y llaman la fe muerta la histórica

Texto de 1556	*Texto corregido*
18 Y la caridad que es el fin y perfección de la obra, tampoco es de nuestra cosecha... *(39 v.)*	... el amor llama fe, tomando al efecto por nombre de causa... se entiende el amor por nombre de fe... fe y amor llamó por sus nombres y entrambas se requieren para justificar... [*Capítulo muy ampliado.*] *(Capítulo XLIV, p. 137.)*
19 No deve pues desmayar el hombre por la grandeza de los mandamientos de Dios ... y pedir el don de la gracia con que cumplan provechosamente,...	[No identificado].

solamente y viba llaman la de las promisiones. Y ansi podría dezir un luterano que la fe que nos incorpora en Cristo, etc..., no es la muerta, sino la viba y así lo dizen, de manera que la vida de la fe según los luteranos no es la charidad, sino la firmeza y certidumbre con que cree que Dios le a dado a él en particular lo que promete en general, la remisión de los pecados. Ase pues de hablar con gran cautela en esta materia de manera que cuando se hablare de justificación, nunca se atribuya a fe sin juntar con ella la charidad. Y el exemplo que está avaxo en la misma coluna, *quando hablamos de hombres o de cavallos, no entendemos de los muertos,* etc..., es peligroso y ocasión de caer en otro herror luterano que dize que la fe muerta en el christiano no es fe, como el hombre muerto no es hombre. En el Concilio Tridentino se definió que fides mortua est vera fides et per consequens quod habitus fidei, qui est donum Dei, manet in peccatoribus. De manera que la fe muerta es verdadera fe, como el cuerpo muerto es verdadero cuerpo, aunque no vivo. Esta es la comparación que puso Santiago, sicut corpus sine anima, etcétera. Esta anotación baste en este capítulo para buen entendedor y advierta que lo principal que ay que enmendar en este libro es esto.[20] (269 v.).

[12] En la foja 64, ca. 2.ª, adonde dize, *Y no dar su comunicación,* etc..., puédese añadir, familiar, porque a algunos se comunica Dios en muchas cosas, aunque no tengan continua meditación de la Humanidad de Christo.[21]

[13] En la foja 69, ca. 1.ª, ay un consejo que aunque para algunos, mayormente provectos en la virtud y exercicio spiritual y exercitados en él, sea muy

Texto de 1556	*Texto corregido*
20 *Cfr.* SALA BALUST, *artículo cit.*, pp. 95 y 105 ss. Esta fe es fundamento de todos los bienes y la primera reverencia que el hombre haze al Señor. *(38 r.)* Y quando hablamos de fe, no entendemos de fe muerta, mas de la viva...	Y esta fe es *principio* de la vida espiritual... y la primera reverencia... *(Cap. XXXI, página 107.)* ... mas si alguno quisiere atribuir a esta fe, que *por sola ella alcanza la justciia... errará...* claramente se sigue que *puede un hombre tener fe sin tener gracia...* (Cap. XLIV, página 136.) *Cfr. pp. 137-140.)*
21 Y no dar su comunicación... *(64 v.)*	Y no dar su *familiar* comunicación... *(Cap. LXVIII, página 201.)*

bueno, pero para los nuevos y principiantes en él puede ser no provechoso porque es muy ordinario quando comiençan a pensar una cosa, agotarse luego y desear andar vagueando por otros objetos y materiales y ansi nunca se enseñan a tener unidad en la oración y meditación, y piensan algunas vezes que los llama Dios a pensar en otra cosa y con efecto hallan más devoción por un ratillo en ella, y no los llama Dios, sino que fué tentación y deseo de vaguear. Y el gusto que después tienen no es de devoción verdadera, sino de aver cumplido su voluntar en dexar lo que les dava pena. Y en fin, nace de la común delectación que tienen los hombres con la variación. Paréceme que un hombre bien exercitado en esto podría fácilmente obviar este inconveniente y dar el consejo de manera que ni los flacos tomen ocasión de variar fácilmente ni los mayores piensen que an de meditar por fuerça lo que ellos imaginen y que allí an de hallar a Dios, aunque Dios no quiera, y no adonde él es servido de ser hallado.[22]

[14] En la foja 90, ca. 2.ª, adonde se comiençan a dar avisos para conocer las revelaciones, se advierta que para andar en romance no creo que conviene dar reglas porque la gente simple no se engañara más aina con las reglas que sin ellas. Si mi parecer se tomase en este caso, solo se daría aviso general que no crean a todo spiritu, y que consulten luego sus imaginaciones con personas doctas y spirituales y que sigan su parecer. El tercer aviso que aquí se pone en la foja 92, en especial desde donde dize, *mas la más cierta señal que asegura,* me parece bien que cercenando algunas cosas, puede quedar en esto como no se trata de herror en fe, sino de buena prudencia fácilmente abrá diversos pareceres, pero yo no daría voto para que se imprimiese libro en romance por donde los simples tomasen ocasión de hazerse juezes en cosas tan dificultosas.[23]

Texto de 1556	*Texto corregido*
22 Y por esso es muy loable cosa, poniéndonos en nuestro exercicio, ir con libertad y no estar atados a nuestras reglas... Y quando Él se comunica, no hemos de dexar a Él por proseguir nuestra obra... *(69 v.)*	Por tanto, *no debéis lijeramente dejar lo que tenéis,* si no fuéredes con eficacia interiormente convidada... [*Cfr. Texto entero.*] *(Cap. LXXV, páginas 220-1.)*
23 *Cfr.* SALA BALUST, *artículo cit.*, pp. 96-7.	*(Cfr. Caps. L-LIV del texto ampliado, p. 154 ss.)*

[15] En la foja 95, ca. 1.ª, está una mentira que dize, *Cornelio fué imbiado a sant Pablo a dezir a sant Pedro.*[24]

[16] En la foja 101, ca. 2.ª, adonde dize, *y no justo, sino pecador,* la negativa que dize que Ezechías no era justo es falsa y por consiguiente la segunda que dize sino pecador, si entiende de pecado mortal, porque la común inteligencia de los santos es que Ezechías era varón sancto en aquella sazón y oró y así se colige del contesto, en especial de la oración que hizo diziendo: Obsecro Domine, memento quaeso quomodo ambulaverim coram te in veritate et in corde perfecto et quod bonum est in oculis tuis feci. Témplese aquellas palabras, porque lo que se dize en la coluna siguiente 102 no prueva que a la sazón que el propheta le dixo morieris, estuviere en pecado mortal, el qual solo haze que el hombre no sea justo, dexando aparte el pecado original.[25]

* * *

La lectura de estas notas críticas y el estrecho reflejo de las mismas en la redacción segunda, hasta en detalles insignificantes, confirman la sospecha de que el Beato hubo de conocer esta censura, que respira toda ella ánimo benevolente y busca más que nada el evitar toda posible dificultad para el autor y sus lectores. Las correcciones motivadas por esta censura se ajustan al esquema general trazado por Sala Balust sobre los matices de la segunda edición del *Audi, filia:* incorporación de la Teología tridentina, y aclaración de oscuridades,

Texto de 1556	*Texto corregido*
Aviso primero para conocer las revelaciones. *(90 v.)* Mas la más cierta señal que asegura lo que el ánima tiene ser de Dios, es la humildad... *(92 r.)*	*(Cfr. Cap. LII, pp. 160-2.)*
24 Y Cornelio centurión fué embiado a sant Pablo... *(95 r.) página 165.)*	Y Cornelio Centurión fué enviado *a San Pedro... (Cap. LIV,*
25 Señor, ¿qué es aquesto? Tan presto metes tu espada.. Unas pocas lágrimas, no de hombre justo, sino de pecador... *(101 v.).*	Señor, ¿qué es aquesto. Tan presto metes tu espada... Unas pocas lágrimas (ommit.) *(Capítulo LXXII, p. 243).*

enmienda de interpretaciones y supresión de palabras inoportunas.[26]

Es de notar que nada se aprecia en estas notas críticas acerca de un punto capital como el de la espiritualidad del beneficio de Cristo. En cambio sí se invita a revisar los párrafos dedicados al tema de la fe, como en efecto se hará por el Beato.[27] Nada se advierte acerca de la teología del pecado o del valor e interpretación de la S. Escritura; pero son varias las advertencias que se refieren a puntos ascéticos, cuya corrección notara el mismo Sala.[28]

Con ello queda demostrado que la censura, eventualmente atribuída a fray Juan de la Peña, influyó decisivamente en la corrección del texto del famoso tratado avilino. Además de aquella, hay que suponer otras advertencias de tipo censorial y la propia reflexión del Beato, para explicarse la refundición de otros pasajes y capítulos. Mas, el descubrimiento apuntado más arriba merecía los honores de la publicidad, por estar tan íntimamente asociado a las vicisitudes del *Audi, filia,* y ninguna ocasión más propicia pudo brindarme la amistad de Sala Balust que el otorgarme el honor de rematar con un apéndice la reedición del primer texto avilino que él ha tenido la fortuna de descubrir y el tesón gozoso de publicarlo.[29]

Seminario de San Sebastián,
15 de octubre de 1960

26 *Art. cit.*, p. 100.
27 *Ibíd.*, 110-105 y 105-109.
28 *Ibíd.*, 109-120 y 120 ss. Sala alude concretamente a la corrección de las proposiciones 1, 2, 3, 4, 13, 14. *Cfr.* Sala, *art. cit.*, páginas 121-3 y 96.
29 Puede ser de alguna utilidad la comparación de estas correcciones con las que hizo Carranza en su Catecismo pocos meses antes de su prisión. *Cfr.* mi artículo, *Los "Comentarios sobre el Catechismo Christiano" de B. Carranza. Estudio sobre las correcciones autógrafas del autor (1559)*, en "Bulletin Hispanique", LXI (1959), 273-87. A pesar de la analogía de circunstancias — año 1559 — no existe el parecido ideológico que se podía sospechar en las correcciones; pero en cambio sí existirá respecto a la censura de Cano sobre el Catecismo y los problemas debatidos en el proceso de Carranza. El comentario nos llevaría muy lejos.

APÉNDICE III

CAPÍTULOS SOBRE LA JUSTIFICACIÓN, DEL P. MTRO. JUAN DE ÁVILA: *Audi, filia* (1574), caps. 88-93, f. 300 v - 319 v

Capítulo ochenta y ocho

Cómo se ha de entender que Cristo es nuestra justicia, para que no vengamos a caer en algún error, pensando que no tienen los justos justicia distinta de aquella por la cual Jesucristo es justo.

Es tanta la cizaña que nuestro enemigo ha sembrado en los que le creen, que de las palabras de la divina Escritura que hablan de este dulcísimo misterio de Jesucristo nuestro Señor, y de los bienes que por Él y en Él poseemos, sacan perversos entendimientos, de los cuales es menester avisaros, para que no incurráis en peligro.

No penséis que por llamarse Cristo *nuestra justicia,*[1] o por decir que somos hechos agradables en Él, o por semejantes palabras, no tengan los que están en gracia, propia justicia en sí mismos, por la cual sean justos y agradables a Dios, distinta de aquella por la cual es justo Jesucristo nuestro Señor. Porque creerlo así, sería muy grave error. El cual nace de no conocer el amor que Jesucristo nuestro Señor tiene a los que están en gracia; al cual no le consintieron sus amorosas entrañas que, siendo Él justo y lleno de bienes, dijera a sus justificados: contentaos con que yo tenga estos bienes, y tenedlos por vuestros en mí, aunque en vosotros mismos os quedéis injustos, desnudos y pobres. Ninguna cabeza hobiera que tal cosa dijera a sus miembros vivos ni esposo a su esposa, si mucho la amara. Y menos lo dirá el celestial Esposo, que es dado por ejemplo a los otros, para que, a semejanza de Él, amen y traten a sus esposas. *Varones,* dice San Pablo, *amad a vuestras mujeres como Cristo amó su Iglesia, y se entregó por ella para la santificar, alimpiándola con el baptismo, y palabra de vida.*[2]

1 1 Cor. 1, 30.
2 Eph. 5, 25-26.

Pues si la santifica, lava, y alimpia, y aun con su propia sangre, que es la que da virtud a los sacramentos, para limpiar las ánimas, por la gracia que dan, ¿cómo puede quedar injusta, o sucia, la que con tan eficacísima cosa es alimpiada, y lavada?

La cual limpieza había Dios prometido de dar, en el tiempo de su Mesías, cuando dijo: *Derramaré sobre vosotros agua limpia, y seréis alimpiados de todas vuestras suciedades.*[3] Y el Señor, en el jueves de la cena, dió testimonio que sus once discípulos estaban limpios,[4] y no como quiera, sino que estaban del todo limpios. Por que las culpas veniales que de algunas afecciones demasiadas se causan en el ánima, como el polvo que se pega a los pies, son quitadas por los remedios de los sacramentos, y buena disposición de quien los recibe, como son lavados los pies corporales con el agua corporal, como el Señor entonces hizo, lavando de fuera, y lavando de dentro, dejándolos limpios de todo pecado, como San Juan da testimonio, diciendo: *La sangre de Jesucristo nos alimpia de todo pecado.*[5] A la cual llamó el profeta Miqueas, mucho antes que se derramase, mar, en que se ahogan todos nuestros pecados, y dijo: *Arrojará Dios todos nuestros pecados en el profundo de la mar.*[6] Pues si estos lugares de la Escritura, y otros muchos, dan testimonio que el hombre queda perdonado y alimpiado de todo pecado, ¿quién habrá que ose decir que nunca un hombre viene a estar limpio de él?

Porque decir que se queda el pecado en el hombre, según verdadera razón de pecado, y que, por amor de Jesucristo nuestro Señor, se le suelta al hombre la pena debida al tal pecado, no es cosa que basta a verificar las Escrituras, ni conveniente a la honra de Jesucristo. Porque como la pena debida al pecado sea menor mal para el hombre que la culpa del mismo pecado, y la injusticia y fealdad causada por él, no se puede decir que Cristo hace salvo *a su pueblo de sus pecados,*[7] si quita con su merecimiento que no se imputen a pena, y

3 Ez. 36, 25.
4 Io. 13, 10.
5 1 Io. 1, 7.
6 Mich. 7, 19.
7 Mt. 1, 21.

no los quita cuanto a la culpa, dando su gracia, ni alcanza limpieza para que el hombre, aborreciendo el pecado, guarde la ley de Dios. Y si bien se mira la divina Escritura, hallarse ha que cuando se da el perdón del pecado, se da con él *novedad de vida,*[8] y *corazón limpio, de nuevo criado,*[9] como lo pedía David, según estaba profetizado: *Yo os daré corazón nuevo, y espíritu nuevo porné en medio de vosotros; y os quitaré el corazón de piedra y os daré corazón de carne; y porné mi espíritu en medio de vosotros, y haré que andéis en mis mandamientos, y que guardéis, y obréis mis juicios.*[10] Esto promete Dios a los que primero había dicho que *los había de alimpiar de todas sus suciedades.* Y abajo dice: *Yo os salvaré de todas ellas;*[11] para dar claramente a entender, que el *salvar de los pecados,* no sólo es quitar la pena de ellos, mas dar limpieza interior, y tal corazón y gracia y espíritu, que baste a hacer guardar los mandamientos de Dios. San Juan dice, que dice el Señor: *Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno me abriere, entraré en él, y cenaré con él, y él conmigo.*[12] Esaías convida, de parte de Dios, *a los hambrientos que vayan a comer, y a los sedientos a beber.*[13] Por San Pablo dice el Señor: *Salid de en medio de los malos, y no toquéis cosa sucia; y yo os recebiré, y os seré padre, y vosotros me seréis hijos y hijas.*[14] En los cuales, y en otros muchos lugares, parece claro que los bienes que con la justificación se dan, son más y mejores que el no imputar Dios a pena el pecado, pues que se da la gracia y la limpieza del corazón, y virtudes, y Espíritu del Señor, con que pueda guardar su ley, y, por vía de hijo y de buenas obras, gozar de Dios para siempre. Y por que Cristo nos ganó estos bienes, juntamente con el perdón de la pena, se llama a boca llena *Salvador de pecados.* Y más por lo primero que por lo segundo; pues que nos libra de la culpa, y nos hace aborrecer el pecado, y nos alcanza la participación de Dios de presente

8 Rom. 6, 4.
9 Ps. 50, 12
10 Ez. 11, 19-20.
11 Ez. 36, 29.
12 Apoc 3, 20.
13 Is. 55, 1.
14 2 Cor. 6, 17-18.

y derecho para lo poseer para siempre en el cielo. En lo cual nos libra de mayor mal, y nos alcanza bienes de mayor peso, que el libertarnos de cualquier pena.

Capítulo ochenta y nueve

Que en los justos no queda el pecado, sino que en ellos es destruída la culpa, y quedan ellos limpios, y, como tales, agradables a Dios.

Posible es que llegue a tanto la ceguedad de algunos, que les parezca, que no sólo basta el favor de Jesucristo para que estos tales, en quien dicen que se queda el pecado, no sólo se les quite la pena, más que, por estar encorporados en Jesucristo, que es muy amado del Padre, sean también ellos amados y agradables y limpios, porque Él lo es, aunque en ellos quede el pecado. Porque aún les parecerá que es honrar a Jesucristo, sentir del amor que su Padre le tiene tan altamente, que venza al aborrecimiento que tiene a los tales, en quien queda el pecado; mas tal honra como ésta, del todo es contraria a su verdadera honra, y a la verdad de la Escritura divina.

Ninguna honra es, por cierto, para un juez que deje de castigar, o que quiera bien a algunos malos, porque viven con su hijo: porque se demuestra en ello que el hijo no es perfecto amador de la bondad, pues ama a los malos criados: y que el padre no es amador de justicia, pues sufre y ama a los que había de castigar, sin respecto de nadie. Los que han de ser criados agradables a Jesucristo nuestro Señor, no han de tener maldad de pecado mortal, pues que Él es cabeza que influye en ellos, como en miembros vivos, el influjo de su espíritu y gracia, con la cual viven vida ajena de pecado, y semejable a la de Él. Porque espantable monstruo sería, en lo corporal, cabeza de hombre y cuerpo de animal bruto; y así lo sería en lo espiritual que, debajo de cabeza justa, limpia y llena de virtudes, hobiese miembros vivos contrarios a Él. Frescos están los sarmientos, y llenos de frutos, cuando están vivos en la vid. Y por esta comparación quiso Cristo que entendiésemos qué tal están los suyos que están en gracia encorporados en Él; por-

que están semejables a Él, teniendo proprios bienes que reciben de Él, y por Él; para que así se cumpla lo que dice San Pablo, *que los que han de ser salvos, ordenó Dios que fuesen conformes a la imagen de su Hijo.*[15] ¿Pues cómo puede haber semejanza entre cabeza que siempre guardó los mandamientos de su Padre, y entre miembros que, por muy perdonados y justificados que estén, están siempre quebrantando con entero quebrantamiento, el primero y noveno mandamiento de Dios? Ni hay participación de bondad con maldad,[16] ni de Cristo con quien quebranta los mandamientos del Padre; pues Él predicó: *No todo aquel que me llama Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, mas el que hiciere la voluntad de mi Padre.*[17]

Y está tan lejos de la verdad que el favor de Cristo se extienda a que estén en gracia del Padre, ni de Él, los que quebrantan los mandamientos, que dice el mismo Señor: *Si guardáredes mis mandamientos, estaréis en mi amor, como lo guardé los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor.*[18] ¿Pues quién habrá que espere que, quebrantando [los] mandamientos, sea amado del Padre, por respecto de Jesucristo, pues que [Él] permanece en el amor del Padre, guardando sus mandamientos? No será, cierto, amado el esclavo, sino por la vía que lo fue el hijo; ni Él terná en su gracia y amor sino a quien guardare sus mandamientos, como claramente lo dijo en las palabras ya dichas. Y porque nadie en esto se engañase, habiendo dicho primero: *Estad en mí y yo en vosotros,*[19] dijo después: *Estad en mi amor.*[20] Y para declarar qué era estar en Él, y en su amor, dijo: *Si estuviéredes en mí, y mis palabras estuvieren en vosotros, cualquiera cosa que quisiéredes pediréis, y os será cumplida.*[21] De manera que quien quebranta sus palabras, no piense que está en su amor, ni encorporado en su cuerpo, como miembro vivo; porque fija está la sentencia de la divina Escritura, que dice: *Aborrecible es*

15 Rom. 8, 29.
16 Cf. 2 Cor. 6, 14.
17 Mt. 7, 21.
18 Io. 15, 10.
19 Io. 15, 4.
20 Io. 15, 9.
21 Io. 15, 7.

a Dios el malo y su maldad.[22] Y para declarar el Señor cómo los suyos no son aborrecibles, sino amados en sí mismos, dijo a sus discípulos: *No os digo agora que rogaré al Padre por vosotros, porque el mismo Padre os ama, porque vosotros me amastes a mí, y creístes que salí de Él.*[23] Como si dijese: "Poco ha que os dije: *Yo rogaré al Padre, y daros ha otro consolador;*[24] mas no penséis que he de rogar por vosotros como acaece rogar uno a su amigo que dé algo a otros, con los cuales aquel rogado está mal; y lo que les da es solamente porque ama mucho al que se lo ruega; y quédanse los otros desamados, y desagradables, como antes se estaban. No es así acá, porque, por haberme amado y creído, mi Padre os quiere bien, y le parecéis bien; y tenéis licencia, como gente amada con propio amor, y que tiene propia gracia y justicia, para entrar vosotros delante su acatamiento, y pedirle lo que habéis menester en mi nombre. Y lo que yo por vosotros ruego es como por gente amada, a la cual el Padre hace mercedes, porque yo las pido, y porque para vosotros las pido."

Tales son los que Jesucristo nuestro Señor tiene encorporados consigo, como miembros vivos que les alcanzó la gracia, cuando no la tenían, con que agraden al Padre; y después de alcanzada, hagan obras que tengan condignidad para merecer la vida eterna, como galardón justo de tales servicios, y como herencia debida a los hijos. Y si os parece cosa desproporcionada a la humana bajeza, hacer cosa que tenga la igualdad de merecimiento con la alteza y eternidad del celestial reino, no miréis vos para esto al hombre a solas, sino honrado y acompañado con la celestial gracia que en su ánima le es infundida, y *hecho participante de la naturaleza divina,* como dice San Pedro.[25] Y miraldo como a miembro vivo de Jesucristo nuestro Señor que, encorporado en Él, vive y obra por el espiritual influjo que viene de Él, y participa de sus merecimientos. Las cuales cosas son tan altas, que tienen igualdad con las que se esperan, y son bastantes para que de los que así viven

22 Sap. 14, 9.
23 Io. 16, 27.
24 Io. 14, 16.
25 2 Petr. 1, 4.

se pueda afirmar que cumplen la ley de Dios. Y lo que San Pablo dice a los Colosenses[26] y Tesalonicenses, cuando les dice *que vivan dignamente de Dios;*[27] a los cuales no les pidiera cosa tan alta, si no entendiera que, con los favores ya dichos, la pudieran cumplir, y que era más obra de Dios que no de ellos. Porque luego el mismo Apóstol da gracias a Dios porque los hizo *dignos de la ración de los santos en lumbre;*[28] y cuál sea esta ración declároslo Jeremías, diciendo: *Mi ración es el Señor, y por eso lo esperaré.*[29] Y David dice de Dios: *Tú eres mi ración para siempre.*[30] Digno es de esta ración quien la ley de Dios cumple con las buenas obras ya dichas; y quien es hallado leal en las pruebas que Dios le envía, según está escrito: *Tentólos el Señor, y hallólos dignos de sí.*[31] Y por lo uno y por lo otro está escrito, que *dará Dios el jornal de los trabajos de sus santos.*[32]

Capítulo noventa

Que el conceder en los justos perfecta limpieza de pecados por los merecimientos de Jesucristo, no sólo no disminuye su honra, antes la manifiesta mucho más.

No tenga nadie temor de atribuir la alteza de honra espiritual, y grandeza de espirituales riquezas, y perfecta limpieza de los pecados, a los que el celestial Padre justifica por merecimientos de Jesucristo nuestro Señor. Ni piense nadie que el ser ellos tales perjudica a la honra del mismo Señor. Porque, como todo lo que ellos tienen les viene por Él, no sólo no disminuye la honra del ser ellos tan valerosos, más aún la manifiestan y engrandecen, pues es claro que cuanto ellos más justos y más hermosos están, tanto más se manifiesta ser de gran valor los merecimientos de Aquel que tanto bien alcanzó a los que de si ni lo tenían ni lo merecían. La Escritura

26 Col. 1, 10.
27 2 Thess. 1, 11.
28 Col. 1, 2.
29 Lam. 3, 24.
30 Ps. 72, 26.
31 Sap. 3, 5.
32 Sap. 10, 17.

dice: *Si el pesebre está lleno, manifiéstase la fortaleza del buey;*[33] y es la razón, porque con su trabajo lo hinchó de mantenimiento. Y San Pablo dice a unos hombres, a los cuales había aprovechado con su doctrina y trabajos, que ellos son [su] *honra y corona delante el Señor.*[34] Pues, ¿cuánto más lo serán de Jesucristo nuestro Señor los que por Él son traídos a honra de hijos y a riquezas de bienes; y tanto mayor cuanto los bienes fueren mayores?

No es el Señor como algunos que les pesa, o les place poco, con la honra o virtud de sus criados, pareciéndoles que perjudica a la suya; o como las vanas mujeres, que huyen de acompañarse de criadas hermosas, porque no escurezcan la hermosura de ellas. *Caridad* tiene, cierto, Jesucristo nuestro Señor; y *que excede a todo nuestro conocimiento*, como dice San Pablo,[35] para tener nuestro bien por suyo. Y porque tuviésemos muchos bienes, perdió Él su dignísima vida en la cruz. Hijo natural es de Dios, y nosotros hijos adoptivos por Él. Y, siendo Él único Hijo, nos tomó por hermanos, dándonos su Dios por Dios, y su Padre por Padre; como Él lo dijo: Subo al *Padre mío, y Padre vuestro; Dios mío y Dios vuestro.*[36] Y así como dice San Juan, hablando del mismo Señor: *Vimos la honra de Él, como honra de Hijo unigénito,* y dice de Él, que es *lleno de gracia y de verdad,*[37] así la honra y espirituales riquezas de los hijos adoptivos, ha de ser como de hijos de un Padre, que es Dios.

Y si *la gracia y verdad fue hecha por Jesucristo,* como dice San Juan,[38] no fue para que en Él sólo se quedasen, mas para que se derivasen en nosotros, y tomásemos del cumplimiento de Él, y en tanta abundancia, que le llama San Pablo *don que no se puede contar,*[39] a lo que de presente tenemos. Y para conocer las riquezas de la heredad que en compañía de Él esperamos gozar, ruega San Pablo a Dios que *nos dé espí-*

33 Prov. 14, 4.
34 1 Thess. 2, 20.
35 Eph. 3, 19.
36 Io. 20, 17.
37 Io. 1, 14.
38 Io. 1, 17.
39 2 Cor. 9, 15.

ritu de sabiduría y de revelación,[40] porque aquel bien mayor es de lo que nuestra razón puede alcanzar.

Gloria y gracias sean a ti, Señor, para siempre, que así nos honraste y enriqueciste con los dones presentes, y nos consolaste con la esperanza de ser herederos de Dios juntamente contigo; y que tuviste tanto amor con nosotros, que te movió, muy mejor que a Job, a que *no comieses tu bocado de pan a solas, sino que comiese el huérfano de él.*[41] Y así como el amor del Padre estuvo en ti, y no estéril, más lleno de muchos bienes, así tú, Señor, queriéndonos hacer compañeros tuyos en esto, rogaste al Padre, diciendo: *Que el amor con que me amaste esté en ellos;*[42] y con este amor, tales bienes, cuales uno, por sí y por los que habían de gozar de estos bienes, dijo de esta manera: *Gozando me gozaré en el Señor, y regocijarse ha mi ánima en Dios; porque me vistió con vestiduras de salud, y me rodeó con vestidos de justicia; como a esposo hermoseado con corona, y esposa ataviada con sus atavíos.*[43] La cual confesión con otras semejables que en la Escritura divina hay, de los bienes que por Jesucristo nos vienen, da ciertamente más honra a Jesucristo, que decir que ni la virtud de su sangre, ni de su gracia, ni sacramentos, ni infundirse el Espíritu Santo en un hombre, ni encorporarlo consigo, no son bastantes a quitar el pecado de un hombre, sino a hacer que no sea condenado por Él. ¿Qué es esto, sino sentir mal de Dios Padre, que prometiendo enviar con su único Hijo remedio entero contra el pecado, y que en su tiempo *había de recebir fin el pecado,*[44] no cumple lo prometido, pues, el Hijo venido, el pecado se queda aún en quien participa del Hijo? ¿Cómo se puede cumplir la palabra que dice: *Derramaré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpios de todas vuestas suciedades;*[45] si de verdad no me alimpian en mí, sino échanme un manto limpio encima, diciéndome que se imputa por mía la justicia y limpieza de Jesucristo nuestro Señor? Lo cual más es cubrir mi suciedad, que quitarla. Y quien

40 Eph. 1, 17.
41 Job 31, 17.
42 Io. 17, 26.
43 Is. 61, 10.
44 Dan. 9, 24.
45 Ez. 36, 25.

esto dice, por el mismo caso niega ser el Mesías prometido en la ley Jesucristo nuestro Señor; y debe esperar otro, que libre, no sólo de la condenación del pecado, más del mismo pecado; pues es claro que el que de entrambas cosas librase, sería mejor Salvador que quien dē la una.

A estos tales despeñaderos sube la ciega soberbia a quien la recibe.

Capítulo noventa y uno

Cómo se han de entender algunos lugares de la Escritura, en que se dice que Jesucristo es nuestra justicia, o cosas semejantes, para mayor declaración de los capítulos precedentes.

La manera que la divina Escritura tiene en decir *que Cristo nos es hecho sabiduría, justicia, santificación, y redención,*[46] no debe ser ocasión a nadie para pensar que los justos no tienen en sí propria justicia. Porque, si por eso somos justos, porque Cristo es justo, y no por justicia que tengamos, también se dirá que no hay sabiduría en nosotros, con que seamos sabios, ni santificación ni redempción. San Juan dice: *La unción del Espíritu Santo, que enseña todas las cosas, está en los justos.*[47] San Pablo dice: *Lavados estáis, santificados estáis.*[48] Y San Pedro dice: *Redemidos estáis de vuestra vana conversación.*[49] Pues como Cristo no fué redemido, pues no tuvo pecado, de [ahí] que esta redención ha de estar en nosotros, por la cual somos llamados redemidos, no obstante que la Escritura diga que Cristo nos es hecho redempción. Porque en esto, y en las otras tres palabras, lo que quiere decir es que, por su merecimiento, nos son dadas aquestas cosas.

El Apóstol dice que *Cristo es nuestra vida.*[50] Mas por esto no se sigue que los justos no viven, pues sé que dice el Señor: *El que come a mí, vive por mí.*[51] Y no ternía razón de hombre, quien por oír decir que

46 1 Cor. 1, 30.
47 1 Io. 2, 20. 27.
48 1 Cor. 6, 11.
49 1 Petr. 1, 18.
50 Col. 3, 4.
51 Io. 6, 58.

Dios es hermosura de la rosa, o fortaleza del león, o cosa de esta manera, negase tener estas criaturas hermosura o fortaleza, distintas de las de Dios. La Escritura dice: *Dios es vida tuya y longura de tus días.*[52] El cual modo de hablar quiere decir, que Dios es causa eficiente de estas cosas, y el que nos la da.

Ni tampoco debe ser tomada ocasión para el dicho error de que la Escritura dice que *somos hechos justicia de Dios en Jesucristo,*[53] y que el Padre nos hizo *agradables en su amado Hijo,*[54] y cosas de esta manera. Porque este modo de hablar es para dar a entender, como arriba se dijo, el misterio de ser Cristo cabeza, y de ser los justos sus miembros vivos. Los cuales están arrimados a Él, para que se conserve y acreciente el bien que han recibido. Porque, si por este modo de hablar, se hobiese de entender que los justos no tenían estos bienes en sí mismos, sino porque los tiene Jesucristo, ¿qué se podría responder a lo que dice San Pablo, que *son justificados los justos por la redempción que está en Jesucristo,*[55] pues que, no habiendo en Él captiverio, no hubo redempción?; y por esto ha de estar en los justificados, aunque ganado por el Señor.

El mismo Apóstol dice: *¿Quién nos apartará del amor de Dios, que está en Jesucristo?*[56] Mas por esto no se sigue que no está en nosotros, y muy dentro de nosotros; pues dice en otra parte *que el amor de Dios está derramado en nuestros corazones, por el Espíritu Santo, que nos es dado.*[57] Este mismo modo de hablar tiene, cuando dice, aun de los bienes naturales, que *en Dios vivimos, y nos movemos y somos.*[58] Mas no habrá quien diga que no tenemos ser y vida, y operaciones distintas de las de Dios.

Tiene la Escritura este modo de hablar, para dar a entender que ni tenemos el bien de nosotros, ni le podemos conservar en nosotros; y algunas veces dice que los tales bienes no son nuestros, ni los obramos nosotros,

52 Deut. 30, 20.
53 2 Cor. 5, 21.
54 Eph. 1, 6.
55 Rom. 3, 24.
56 Rom. 8, 35.
57 Rom. 5, 5.
58 Act. 17, 28.

así como donde dice el Señor a sus discípulos: *No me elegistes vosotros, mas yo os elegí.*[59] Y en otra parte: *No sois vosotros los que habláis, mas el Espíritu de vuestro Padre habla en vosotros.*[60] Y porque no entendiese nadie que por esto el hombre no obraba bien, y con libertad, dice en otras partes que hace el hombre aquel tal bien, sin hacer mención de que lo hace Dios.

Yo os daré corazón nuevo, dice Dios en Ezequiel,[61] y dice a los hombres en el mismo profeta: *Haced para vosotros corazón nuevo.*[62] San Pablo dice que *no es del que quiere: ni es del que corre,*[63] y en otra parte dice: *Yo quiero el bien,*[64] *y yo corro, y no como a cosa incierta.*[65] Y así en otras muchas partes, para dar a entender que el bien que tienen, lo tienen de Dios, y que en la buena obra concurren Dios y el hombre; más que la gloria del uno y del otro se debe a Dios, pues todo el bien viene de Él. Y por esta manera de hablar dijo nuestro Señor: *Mi doctrina no es mía, mas de Aquel que me envió.*[66] Y así pudiera decir: "Mis obras no son mías, mi justicia no es mía, mas de Aquel que me envió." Y quien por esta manera de hablar entendiere que el Señor no tenía en sí mismo sabiduría y doctrina, y los otros bienes, claramente se ve cuán gravemente se engañaría. *Mi doctrina no es mía,* quiere decir: "No la tengo de mí mismo, sino de mi Padre." Y así, por semejantes palabras, no se había de sacar que los justos no tienen en sí propia justicia, sino que no la tienen de sí.

Y de esta manera se concuerda lo que el Concilio Tridentino dice, *Sess. 6, de justificatione,*[67] que la justicia es nuestra, porque por ella, sujetada en nosotros, somos justificados; y lo que el Señor aquí dice, y en otra parte: *La palabra que oístes no es mía;*[68] porque, aunque esté en nosotros, no la tenemos de nosotros, sino dada de la mano de Dios; y por eso se dice ser justicia de Dios.

59 Io. 15, 16
60 Mt. 10, 20.
61 Ez. 36, 26.
62 Ez. 18, 31.
63 Rom. 9, 16.
64 Rom. 7, 15.
65 1 Cor. 9, 26.
66 Io. 7, 16
67 Cap. 7, et can. 11: D. 799 ss., 822.
68 Io. 14, 24.

Capítulo noventa y dos

Que debemos grandemente huir la soberbia que se suele levantar de las buenas obras, viendo lo mucho que por ellas se merece. Y de una doctrina de Cristo, de que nos debemos aprovechar, contra esta tentación.

Mucha diferencia va de saber una verdad a saber usar de ella como se debe usar. Porque lo primero sin lo segundo, no sólo no aprovecha, mas aún daña; pues, como dice San Pablo: *El que piensa que sabe algo, no ha sabido cómo debe saber.*[69] Y dícelo porque algunos cristianos sabían que lo sacrificado a ídolos se podía comer como lo que no era sacrificado; y usaron mal de aquesta ciencia; pues comían delante de aquellos que se escandalizaban de verlo comer.

Y hemos dicho esto, porque os contentéis con saber esta verdad, que los que están en gracia del Señor son justos y agradables con propia gracia y justicia; y que el valor de sus buenas obras es tan alto, que merece que les crezca la gracia, y se les dé la gloria; mas procuréis de poner esta verdad en su lugar, pues que hay gentes que usan mal de ella, o por más, o por menos. Los primeros corren peligro de soberbia, y los segundos de pereza y pusilanimidad. Muchos he visto que, por la gracia de Dios, en breve tiempo son libres de grandes males, en que mucho tiempo estuvieron; y no son libres en los muchos años de los peligros que por las buenas obras que hacen se les ofrecen. Acordaos que dice David que le *pusieron lazo los malos cerca de su camino;*[70] y que también *lo pusieron en el mismo camino.*[71] Porque no sólo pretenden nuestros enemigos *sacarnos del buen camino,* incitándonos a que hagamos mal, mas también lo ponen *en el mismo camino* de las buenas obras, incitándonos a que no usemos del bien como debemos, para que se verifique en nosotros lo que dice el Sabio: *Vi otro mal debajo del sol, riquezas allegadas para mal*

69 1 Cor. 8, 2.
70 Ps. 139, 6.
71 Ps. 141, 4.

de su dueño;[72] porque a quien usa mal de la cosa, mejor sería no la tener.

Acaece a éstos que mirando las buenas obras que hacen, y oyendo decir lo mucho que por ellas se merece, se les anda la cabeza alrededor con vanidad y altivo complacimiento, sin mirar las muchas faltas que en ellas hacen, y sin tenerlas por merced de Dios, como lo son, y sin procurar de pasar adelante, como gente de pequeño y liviano corazón, que con pocas cosas se satisface, siendo razón, como dice San Bernardo, que no estemos descuidados mirando lo que tenemos de las cosas de Dios, más cuidadosos por alcanzar lo mucho que nos falte. Y hay algunos tan ciegos con ignorante soberbia, que, aunque su lengua diga otra cosa, mas su corazón siente muy de verdad que por sus merecimientos, sin mirar que son gracia de Dios está obligado a darles lo que piden, y lo que esperan, por tan pura justicia, que si algo se les niega, se quejan en su corazón, teniéndose por agravados, y que sirviendo tan bien, no se les hace justicia, negándoles algo.

No os mueva esta mala soberbia, que días ha que se queja Dios de ella en Esaías, diciendo: *Pídenme juicios de justicia, y quiérense llegar a Dios, y dicen: ¿Por qué ayunamos y no lo miraste; y humillamos nuestras ánimas, y no lo aprobaste?*[73] Y porque esta ponzoña tan peligrosa no entre en vuestra ánima, con otras que de ella se siguen, debéis de tomar aquella excelente doctrina que Jesucristo nuestro Señor dijo en San Lucas de esta manera: *¿Quién de vosotros tiene un siervo que ara, o apacienta bueyes, que viniendo del campo, le diga luego: Vete a descansar; y no le diga: Aparéjame lo que he de cenar, y cíñete, y sírveme hasta que yo haya comido y bebido, y después comerás tú y beberás? ¿Por ventura agradece aquel señor a su siervo que hizo las cosas que le había mandado? Pienso que no. Pues así vosotros, cuando hobiéredes hecho todas las cosas que os son mandadas, decid: Siervos desaprovechados somos; lo que éramos obligados a hacer, hecimos.*[74] De las cuales palabras debéis sacar cuán provechoso senti-

72 Eccl. 5, 12.
73 Is. 58, 2-3.
74 Lc. 17, 7-10.

miento es para el cristiano tenerse por *esclavo* de Dios, pues el Señor nos mandó que así nos llamemos; y esto no con el corazón con que suele servir el esclavo, que es temor, y no amor, porque de éste dice San Pablo: *No recebistes el espíritu de servidumbre otra vez en temor, mas recebistes el espíritu de adopción de hijos de Dios; en el cual clamamos,* diciendo Dios: *Padre, Padre.*[75] Porque, como San Augustín dice: "La diferencia, en breve, de la Ley vieja al Evangelio es la que hay de temor a amor."

Y así, dejando aparte este *espíritu de servidumbre,* porque no es de *hijos de Dios,* y el *espíritu del temor,* por imperfecto, aunque no malo, pues es don de Dios temerle, aun por las penas, entended por nombre de siervo a un hombre que se tiene por sujeto a Dios por más fuertes y justas obligaciones que ningún esclavo lo es de otro hombre, por muy caro que le haya costado. Y mirando a esto, todo lo que dentro de sí, o fuera de sí, hace de bien, todo lo hace para gloria y contentamiento de Dios, como un esclavo leal que todo lo que gana lo da a su señor. Item, no es flojo ni descuidado en servir hoy, por haber servido muchos años pasados; ni se tiene por desobligado de hacer un servicio, porque ha hecho otro, como dice el santo Evangelio; mas tiene de continuo una *hambre y sed de justicia,*[76] que todo lo hecho tiene por poco, mirando lo mucho que ha recebido, y lo mucho que merece el Señor a quien sirve. Y así cumple lo que dice San Pablo, que *olvidando las cosas pasadas, se esfuerza a servir de nuevo en lo porvenir.*[77] Y también entiende que de lo que hace, por mucho que sea, ni le viene provecho a Dios, ni es obligado a agradecer a él lo que hace, mirando a las obras como a nacidas de solas nuestras fuerzas y natural, pues no le puede pagar aún lo que se le debe. Y por esto dice el santo Evangelio: *Cuando hobiéredes hecho todas las cosas que os fueren mandadas, decid: Siervos somos sin provecho; lo que debíamos hacer hecimos.*[78] Sin provecho digo para Dios, que para sí ganan la vida eterna, como se dirá en el capítulo siguiente.

75 Rom. 8, 15.
76 Mt. 5, 6.
77 Phil. 3, 13.
78 Lc. 17, 10

Y de esta manera, entendido el nombre de esclavo, veréis que es nombre de humildad, obediencia, diligencia y amor. El cual sentimiento tuvo la sagrada Virgen María, cuando enseñada por el Espíritu Santo respondió: *He aquí la esclava del Señor; sea hecho en mí según tu palabra.*[79] Su propia bajeza confiesa; su servicio y amor liberalmente ofrece, sin atribuirse a sí misma otra honra ni otro interés, más de tener cuenta de servir como esclava en lo que el Señor le mandase para gloria de él. Todo lo cual sintió y dijo en llamarse nombre de esclava. De este mismo nombre se precia y se nombra San Pablo, cuando dice: *Pablo, siervo de Jesucristo.*[80] Y, finalmente, así lo han de sentir todos los que sirven a Dios, altos o bajos, si quieren que no se les torne en daño el servicio.

Aprovechaos, pues, vos de esta verdad, y hallaréis gran remedio contra los peligros que de las buenas obras suelen nacer, no por naturaleza de ellas, sino por la imperfección de quien las hace. Y usad a decir con la boca y el corazón muchas veces: "Esclava soy de Dios, por ser Dios quien es, y por mil cuentos de beneficios que de su mano he recebido; y por mucho que haga por él, no le pagaré un paso que por mí dió hecho hombre, ni el menor de los tormentos que por mí pasó, ni un pecado que me ha perdonado: ni otro de que me haya librado, ni un propósito bueno que me ha dado para le servir, ni un día del cielo que espero para lo alcanzar. Y *menor soy,* como dijo Jacob, *que cualquiera de las misericordias de Dios.*[81] Y si dice el Señor que los que hacen *todo lo que les es mandado* se deben humillar y decir: *Siervos somos sin provecho, lo que debíamos hacer, hicimos,* cuanto más me debo yo humillar, pues en tantas faltas caigo por ignorancia, o flaqueza o malicia? Esclava soy, y mala esclava, y no sirvo a Dios como puedo ni debo. Y si a lo que yo merezco hobiese mirado, ya ha días que me hobiera enviado al infierno por los pecados que he hecho, y por otros muchos en que justamente me pudiera haber dejado caer.

Éste, pues, sea el sentimiento que de vos tengáis, y éste sea el lugar donde os pongáis, pues de vuestra parte

79 Lc. 1, 38.
80 Rom. 1, 1.
81 Gen. 32, 10.

así lo merecéis. Y vuestro cuidado sea servir al Señor lo mejor que pudiéredes, sin echar de ver en ello, y sin pensar que por ello os debe Dios agradecimiento, *ni que podéis responder* a lo que le debéis, *ni uno por mil,* como dice Job.[82] Y cuando oyéredes decir lo mucho que merecen las buenas obras, no alivianéis vuestro corazón, sino decir: "Merced tuya es Señor: gracias sean dadas a ti, que tal valor das a nuestros indignos servicios." De manera, que siempre os quedéis en vuestro lugar de negligente e indigna esclava.

Capítulo noventa y tres

Que, allanado el hombre y humillado con lo ya dicho en el capítulo pasado, puede gozar de la grandeza que el Señor se dignó dar a las obras de los justos, con seguridad, y hacimiento de gracias.

Asegurada, pues, vuestra ánima de los peligros ya dichos, con este sentimiento que el Señor nos enseña, podréis gozar con seguridad de la grandeza y valor que el Señor da a los suyos; y bendecirlo heis, porque a los que son esclavos de naturaleza, les infunde Él su gracia, con la cual son hechos hijos adoptivos de Dios; y, *si hijos, herederos juntamente con Cristo,* como dice San Pablo.[83] Y porque los recebidos por hijos de Dios es razón que vivan y obren conforme a la condición de su Padre, dales el Señor el Espíritu Santo, y muchas virtudes y dones, con que le puedan servir y cumplir su ley, y tenerle contento. Y aquellos, cuyos servicios, por grandes que fuesen, mirados en sí, no subían de los tejados arriba, han ya bebido del agua de la gracia, que es tan poderosa, que *se les ha dado una fuente en sus entrañas, que salta hasta la vida eterna;*[84] con el valor de la cual las buenas obras, por pequeñas que sean, suben *hasta la vida eterna,* porque la merecen por las causas ya dichas.

82 Job 9, 3.
83 Rom. 8, 17.
84 Io. 4, 14.

Mirad lo que va de vos, mirándoos en vos, a vos, mirándoos en Dios y en su gracia. De vos, sois una gran suma de deudas, y, por mucho que hagáis, no sólo no podréis merecer la vida eterna, mas ni aún pagar lo que debéis. Mas en Dios y su gracia, el mismo servicio que sois obligada a hacer, os es recibido por merecimiento de la vida eterna. Y, no siendo el Señor obligado a vos para agradeceros ni pagaros lo que por Él hiciéredes, ordena las cosas de tal arte, que las buenas obras de los suyos sean galardonadas con poseerlo a Él en el cielo. Y aunque para hacerlo así no debe Dios nada a nadie, por quien él es, mas débelo a sí mismo, cuya ordenación es muy justo y debido que se cumpla, y muy por entero. Glorificad, pues, a Dios por estas mercedes; y entended que, si Dios no hobiera sido misericordioso padre de San Pablo en darle una vida llena de buenos merecimientos, no osara él decir, ya que estaba cerca de su muerte, que *le había de dar corona de justicia el justo juez.*[85] Coronóle Dios por justicia; mas Él le dió primero los merecimientos de la gracia; y así todo redunda en gloria de Dios: o de justo galardonador del bien hecho, o de misericordioso y primer dador del bien que hecimos. Lo cual ninguno debe negar, sino el que quiere privar a Dios de su honra.

Poneos, pues, en vuestro propio lugar, y teneos por digna de infierno y de todos los males, y por indigna del menor de los bienes. Y no desmayéis por aquella bajeza; mas, hollada toda la pusilanimidad, esperad en la misericordia de Dios, que, pues os ha puesto en su camino, os esforzará en él para que lo llevéis adelante, hasta que cojáis en la vida eterna el fruto de las buenas obras que aquí por su gracia hecistes.

85 2 Tim. 4, 8.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

ÍNDICE ESCRITURÍSTICO

ESPIRITUALES ESPAÑOLES

Biblioteca patrocinada por el "Centro de estudios de espiritualidad" de la Universidad Pontificia de Salamanca.

Dirigida por:

PEDRO SÁINZ RODRÍGUEZ

De las RR. Academias Española y de la Historia.

LUIS SALA BALUST

Catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca.

Espirituales Españoles pretende dar a conocer las obras maestras, inaccesibles hoy, que en su día estuvieron en gran aprecio y dejaron de entrar hace tiempo en la rutina de los editores. La colección se titula así porque abre los brazos con generosidad a todos los autores cristianos, ascéticos o místicos, especulativos o experimentales, tratadistas o devotos, que en los diversos climas hispanos y en distintos tiempos se afanaron en levantar su espíritu y el de los lectores hasta Dios.

La colección constará de dos series: una (serie A) de TEXTOS, con las obras de nuestros místicos olvidados, a veces inéditas todavía. Incluirá libros escritos en cualquiera de las lenguas de España y se dará siempre en versión castellana. En la otra (serie B) se publicarán las LECTURAS de nuestros mejores autores. En esta serie, además del texto original de las obras no españolas que, leídas por nuestros místicos, influyeron, sin duda, en nuestra espiritualidad, se dará también traducción castellana, y, a ser posible, aquella misma versión clásica, si la hubo, que manejaron nuestros autores.

Cada volumen va precedido por una introducción jugosa y al día, en que un especialista presenta al autor y su obra. Los tomos son manuales y nítidamente presentados. Y para facilidad del lector actual la ortografía ha sido discretamente modernizada según criterio uniforme.

